ANDREA LONGARELA

· NEÏRA ·

Ojalá ésta fuera nuestra historia de amor

esencia

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Ésta es la historia de un flechazo. Y del amor de una vida. Y de un corazón hecho pedazos.

Ésta es la historia de un montón de ojalás por cumplir.

Ésta es la historia del viaje de Lola hacia aquello que no se ve, pero que está ahí. Hacia aquellas cosas que se buscan y se encuentran en el peor momento de la vida. Hacia sus sueños.

Ésta es la historia de la sonrisa más bonita del mundo, de una nariz roja, de un tango en la playa, de una habitación convertida en hogar y de una casa perdida bajo la nieve.

Ésta es una historia de amor… O quizá no.

Ojalá ésta fuera nuestra historia de amor

Andrea Longarela (Neïra)

Esencia/Planeta

Para Saray.

Tú y yo fuimos pura serendipia...

Te encontré y me perdí.
Te perdí y me encontré.
En ambas ocasiones, acerté.

JAVIER RUIZ TABOADA

Nunca imaginé que el amor fuese abrazar muy fuerte a la otra persona para intentar juntar sus partes rotas. Rodearla con los brazos para agarrarla y evitar que caiga. Aunque no sea correspondido. Nunca imaginé que amar fuese sostener el corazón del otro, mientras el tuyo, en silencio, llora. Y eso duele.

Primera parte
Lola

Prólogo

—Lola, ¿estás preparada?

—No.

—Si quieres podemos...

—No, no es eso. Quiero hacerlo. Necesito hacerlo.

Observo la sala que me rodea. Vacía. Oscura, excepto por un par de focos que miran hacia mí. Silenciosa. Esperando a que yo sea capaz de poner en palabras todo lo que llevo años callado, encerrado.

Suspiro y me centro en la lucecita roja que acaba de encenderse.

Cojo aire. Al sentirlo entrar en mis pulmones, me da la sensación de que hace mucho tiempo que no lo hago, que no respiro.

Lo busco sin poder evitarlo y lo veo al fondo, fumando rápido y sin mirarme. Sé que ahora mismo no lo haría ni aunque me plantara frente a él y lo zarandeara por los hombros pidiéndole explicaciones. Sé que en este instante está tan confundido como yo. Sé que le cuesta lo mismo que a mí comenzar con esto que hemos accedido a hacer, a contar, a desprendernos de ello como si fuera un pañuelo que lleváramos atado al cuello durante demasiado tiempo.

Han pasado años desde la última vez que nos vimos y me parece que sigue exactamente igual que aquel día, cuando nos despedimos frente a aquella verja desvencijada de color granate.

Tiene la mirada fija en el linóleo grisáceo del suelo; parece perdido en esos recuerdos que ha recuperado y su pierna tiembla como consecuencia de la inquietud que le produce estar aquí, con nosotros. Conmigo, después de lo vivido.

Aún me sorprende que haya aceptado venir.

Trago saliva y deseo volver a ser aquella Lola que conoció hace tanto y que le habría gritado por sus actos y sus silencios, quizá también le habría pedido perdón, pero yo ya no soy ella y no... no... no puedo culparlo por lo que acaba de ocurrir, no puedo culparlo de nada, en realidad, pero tampoco comprendo por qué lo ha hecho.

Por qué lo ha dicho.

Por qué no lo confesó en su momento.

No lo entiendo.

No, ahora.

O quizá el problema sea que de pronto lo entiendo todo.

Ojalá fuese capaz de enfadarme con él, pero, de repente, tras sus palabras, me ha azotado la sensación de que no tengo derecho a hacerlo. No tengo derecho a nada después de todo lo que me dio.

Las piezas de mi vida se juntan y encajan en mi cabeza, como si por fin tomaran forma, y él se encuentra en un lugar que antes de reencontrarnos estaba vacío.

Cierro los ojos y echo la vista atrás hasta un día de invierno.

Al instante, lo siento clavarse dentro, como pequeñas agujas.

Y es que el pasado siempre duele, aunque se recuerde con cariño, casi con anhelo.

Parpadeo y vuelvo a hacerlo; vuelvo a observarlo, mientras él observa la nada.

Sé que la cámara me está grabando y yo aún no he pronunciado ni una palabra, porque no puedo apartar mis ojos de allí, del fondo de esta sala, recordando una puesta de sol en la que yo cumplí un «ojalá» y él me entregó algo más que no supe ver.

En la que él dejó de esconderse, pero yo estaba tan ciega que sólo vi un atardecer.

Lola y la sonrisa más bonita del mundo

Resulta complicado relatar una historia que lleva tanto de ti sin miedo a romperte un poco, o a vaciarte de tal modo que el recuerdo de ella nunca vuelva a ser el mismo.

Mi madre me decía de pequeña que contar un cuento es como entrar en un laberinto. Puedes conocer el final y sólo guiarte hacia él, o puede que sea algo completamente nuevo cada vez y decidir dejarte llevar por tu instinto.

Y mi historia, nuestra historia, funcionó un poco de las dos formas. Conocíamos el final y, aun así, nos dejamos llevar por todo lo demás, casi a ciegas, con una venda invisible sobre los ojos con la que obviamos algunas cosas y fuimos descubriendo otras.

Ni siquiera sé por dónde empezar..., si por un beso, o por uno de esos instantes compartidos que guardo y que visito cada vez que cierro los ojos, o por aquel viaje que hicimos a una playa nevada sin necesidad de levantarnos de la cama.

O quizá por cómo acabó todo.

Puede que lo mejor sea comenzar por el principio; pero no por el oficial, que contábamos a los demás y que se resumía en «él, yo y una cita desastrosa», sino por el otro. El especial. El que hizo que captara mi atención y que él se fijase en mí.

La casualidad. El destino. La magia.

Sí, quizá debería empezar hablando de una sonrisa...

* * *

—¡Lola, despierta! —La voz dulce de Elena me trajo de vuelta a la vida antes de salir de mi dormitorio igual de rápido que había aparecido.

—Mmm..., no. Un poquito más... —me quejé, como si fuera una niña a la que obligan a despertar para ir al colegio.

Su cabeza se asomó una última vez, aunque lo hizo tapándose los ojos verdes con los dedos para no ver más de lo debido.

—Están echando *Dirty Dancing*.

Cerró la puerta y yo suspiré.

Patrick Swayze siempre me había parecido un buen motivo para levantarme de la cama.

Enfoqué la mirada y vi en el despertador que eran casi las cuatro de la tarde. Otro domingo más perdido. En el acto, intenté recordar la noche anterior. Había salido con unos amigos y había llegado a casa cerca de las siete de la mañana, algo borracha y con los zapatos en la mano. Y no lo había hecho sola.

No me gusta confesar que nuestra historia de amor comenzó así, conmigo con el maquillaje corrido y acompañada por un cuerpo que no conocía de más que de unas horas entre sombras y chupitos de vodka. Y, no, no se trataba de él.

No obstante, debo hacerlo, porque los condicionantes estaban en todas partes, incluso en esa cama de dosel blanco y con lo que la llené en aquellos meses anteriores hasta sentirme vacía y algo perdida. Además, siempre he sido de las que piensan que cada paso que damos nos lleva a lo que de verdad nos está destinado, aguardando el momento preciso en el que dejarse ver. Cada error, cada decepción, cada éxito, cada fracaso, cada experiencia conforman los peldaños que nos acercan hacia lo que, al final, marcará nuestra vida.

Me tumbé boca arriba y, con la voz algo ronca, le hablé al cuerpo desnudo con el que había compartido sueño.

—Tienes que irte.

—¿Qué hora es?

—La de marcharte.

—¿Siempre eres así de simpática por las mañanas?

—No. Ésta es mi cara buena. No te aconsejo que esperes a ver la mala.

Él se rio. ¿Cómo se llamaba? ¿Samuel? ¿Sergio? Ni siquiera podía recordarlo. Y lo que es peor, ni siquiera me importaba; sólo quería que se marchara y que me dejase sola.

Se incorporó y me regaló un desnudo de espaldas bastante decente.

—¿Me das tu número?

—Mejor me das tú el tuyo —contesté, mordiéndome el labio, algo incómoda por la situación. Odiaba ese momento.

Volvió a reírse y sacudió la cabeza.

—Debería ofenderme, pero en realidad me gustas, Lola.

Se giró, mientras se abrochaba el pantalón, y me sonrió. Era muy mono, con los ojos azules y el pelo negro revuelto, pero no me transmitió nada más que eso.

Hacía tiempo que nadie me provocaba nada.

Yo le devolví mi mejor sonrisa de niña buena. Pese a ello, no volvería a llamarlo y ambos lo intuíamos.

—Me lo pasé bien ayer —dije en un intento por sentirme un poco mejor y que ese regusto amargo y decepcionante desapareciera.

—Yo también. —Fui a hacer el amago de levantarme para vestirme y acompañarlo a la puerta, pero negó con una mano—. No hace falta. De verdad. Ya sé dónde está la salida.

Me dio un beso en la mejilla como despedida y se marchó, echándose la cazadora sobre un hombro y guiñándome un ojo al salir.

Al final, no me había dado su número.

Respiré aliviada y me dejé caer sobre la cama.

Después observé el mural que adornaba el techo de madera de mi cama, mientras asumía que ya hacía demasiado tiempo que no tenía nada nuevo que escribir en él. Nada. Los días de los últimos meses no eran más que una sucesión de vacíos olvidables.

Y es que, cuando él apareció, yo estaba en una de esas épocas... La clase de etapa en la que te zambulles cuando lo has dejado con un tío con el que pensabas cumplir mil planes y sueños, y tú crees vengarte de él y de las injusticias del mundo acostándote con todo el que te hace tilín que se te pone por delante. Un período de mi vida en el que no sentir era mucho mejor que volver a hacerlo. Llevaba así ocho meses, para ser exacta, y la lista de noches que acababan igual que aquélla comenzaba a ser considerable. No era algo malo, sólo divertido, pero empezaba a ver más claro de lo que deseaba que aquellas rutinas estaban dejando de servirme, porque una cosa era evitar sentir y otra, vaciarme cada día un poco más hasta quedarme en blanco. Habían pasado de resultarme estimulantes a bastante insípidas.

No sé si mi estado anímico influyó en lo nuestro, quién sabe. Lo que tengo claro es que llegó en el momento indicado, cuando yo casi anhelaba encontrar de nuevo lo que fuese que provocara algo en mí. Y eso es lo que fue, pese a que llegara como una sorpresa de esas que nunca esperas, porque piensas que no son para ti.

No obstante, llegan y te sientes tan especial que sólo te queda disfrutarlas.

Me levanté, me puse una camiseta larga encima de la ropa interior y salí al salón. Al hacerlo, me encontré con Elena clavada frente al televisor con un bol gigante de palomitas y con corazones saliendo de sus ojos. *Dirty Dancing* era su película favorita y ella, mi compañera de piso desde hacía poco más de tres años, pero ya se había convertido en parte de mi familia. La visión de su mirada verde radiante por la emoción del cine, su melena castaña recogida

en una coleta y sus pecas, que la hacían parecer tener diez años menos, me resultaba adorable.

—¿Quién era ese culo que me ha recibido al abrir la puerta? —Se sonrojó al decirlo.

—No importa.

—Lo he visto al marcharse. Era guapo.

—Sí, pero sólo era eso. —Ella me entendió a la perfección y no dijo nada—. Además, no era tan guapo como Patrick.

—Nadie lo es.

Me metí un puñado de palomitas en la boca y apoyé la cabeza en su hombro.

Tardé en dormirme cinco minutos, puede que menos.

Cuando me desperté, la película ya había terminado y yo estaba completamente tumbada en el sofá. Elena había desaparecido, la televisión estaba apagada y sólo la luz de la lamparita de la mesilla me iluminaba, pero no me encontraba sola. Otro cuerpo estaba sentado debajo de mis piernas y me las tapaba con una vieja manta de cuadros.

Suspiré reconfortada y me estiré. Estaba muy a gustito.

—Hola...

Bostecé y Tristán me miró con cariño.

—Hola, Lolita. A juzgar por tus ronquidos, la noche fue memorable.

—Te eché de menos. Nadie sigue mi ritmo bebiendo tequila como tú.

—Tenía trabajo.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien. He terminado el proyecto.

Alcé los brazos en señal de victoria y susurré:

—Bieeeen...

Él sonrió.

Tristán era mi otro compañero de piso; en realidad, no sólo era eso, sino que su puesto más importante era el de mi mejor amigo. Nos habíamos conocido cinco años atrás y había ocurrido como lo hacen las cosas especiales de la vida: de un modo casual y un tanto tonto. Yo bailaba con unas amigas en una fiesta cuando él, al pasar a mi lado, se tropezó y derramó su copa sobre mi vestido. Sin embargo, pese a su torpeza y lo ridículo de la situación, comenzamos a charlar y enseguida asumimos que había algo invisible que nos unía. Fue fácil; hablamos durante horas e intercambiamos teléfonos y, dos días después, quedamos por primera vez.

No habíamos vuelto a separarnos.

Lo quería con locura. Yo... lo sigo haciendo, pese a todo; puede que cada día de mi vida lo haga un poquito más.

Tristán se dedicaba al diseño gráfico y era muy bueno. Al menos, a mí me lo parecía, aunque teniendo en cuenta mi aptitud para el dibujo, no soy una fuente muy fiable en ese aspecto. Y apreciarlo tanto afectaba a que cualquier opinión que tuviera sobre él no fuera lo que se dice muy objetiva.

Así que podría decirse que no sólo compartíamos casa, sino también la vida.

Moví los deditos de los pies y él me los agarró, acariciándome con mimo.

—¿Qué tal el chico? ¿Ha cumplido?

—Sí.

—¿Vas a volver a verlo?

—No.

—Lola...

Su expresión se volvió más dulce, pero ya sabía lo que venía a continuación. Tristán siempre que me reñía ponía esa cara, como si por mirarme con ternura el golpe fuera a doler menos. Siendo honesta, un poco menos lo hacía. Y aquella noche tocaba la charla de: «Lola, ¿no ves que esto no es para ti?».

—No lo digas. Estoy bien. Sólo estoy en *esa* etapa.

—Una etapa que hace ocho meses que dura.

—Tú vives en *esa* etapa.

Y era verdad. Tristán se pasaba el día follando con desconocidas en rincones oscuros. Nunca repetía ni se acordaba de su nombre al día siguiente. Nunca había conocido a ninguna chica que fuera especial para él. Nunca mostraba afinidad más allá de las sábanas con ninguna. No era quién para decirme nada.

—Ya, pero tú no eres una persona que pueda ser feliz mucho tiempo en ella, Lola.

Suspiré. Era posible que tuviese razón.

En algún momento de mi vida no muy lejano, yo había sido una persona que no creía en las relaciones esporádicas. Las había disfrutado, pero se me quedaban muy deprisa vacías e inútiles, porque yo creía en el amor. Era una persona visceral cuando de sentimientos se trataba. Me entregaba, soñaba alto y necesitaba sentir para no perderme. Sólo me había mecido en un paréntesis, como un descanso de mí misma que hacía ya demasiado que duraba. Y, en el fondo, incluso dentro de ese paréntesis de realidad, era consciente de que no había dejado de buscar *eso* a lo que no

sabía poner nombre en la compañía de todos aquellos desconocidos.

Aún no lo había encontrado en nadie, aunque estaba muy cerca.

Demasiado, pese a que nunca habría imaginado que tanto.

Era 14 de enero y sólo un día después mi vida iba a cambiar para siempre.

Pensándolo así, en frío y desde la distancia, asusta. Y no sé cómo no lo vi venir. Siempre había creído que las cosas grandes se atisban, que es imposible que se escondan por todo lo que abarcan. Sin embargo, no fue así, y aquella mañana, más bien tarde, Elena me despertó y yo me levanté pensando que mi vida iba a seguir igual mucho tiempo, estancada en esa fase cómoda y segura en la que me movía como pez en el agua, aunque en mi interior supiera que no estaba hecha para mí.

Había llegado a ella como consecuencia de las decepciones pasadas, no era una chica especial en ese sentido. Simplemente, ¿qué pasa cuando el amor te enseña sus dos caras? Que huyes, te escondes y te lames las cicatrices hasta que retomas fuerzas y te dejas ver de nuevo. Y yo no sólo había experimentado con Elías la parte de los fuegos artificiales y de las mariposas en el estómago, sino también el dolor y la decepción, y una parte de mí tenía miedo. Nos habíamos querido durante dos años, pero no habíamos sabido gestionarlo; no como los gritos y los reproches, en los cuales habíamos sido dos expertos.

No estaba enamorada de él, ahora creo que nunca llegué a estarlo. Lo nuestro se había acabado como sucede con las cosas que no pueden seguir alargándose y no había vuelto a verlo ni tenía intención de hacerlo. No obstante, al recordarlo, un sentimiento que odiaba me crecía por dentro, y es que habíamos fracasado, llevándonos, de forma inevitable, el uno una parte del otro por el camino, y no quería seguir perdiéndome a mí misma. Y yo me daba, me entregaba sin reservas; ése había sido siempre mi principal problema.

Además, tras la ruptura, me había reencontrado con la libertad de estar sola, del coqueteo, del no pensar en responsabilidades ni compromisos, porque no los tenía, y en sentir placer y ya. Lo bueno. Lo sano. No creía necesitar nada más.

—¿Y tú sí eres feliz así? —le pregunté, porque seguía sin creer que Tristán fuera sólo lo que dejaba ver al mundo en ese sentido.

El chico introvertido y un tanto rebelde que destilaba oscuridad; aunque a mí nunca me transmitió eso, sólo una dulce tristeza de la que quería curarlo o, de no poder hacerlo, cuidarlo.

—Sabes que sí. Yo sólo valgo para meterla, Lola.

Solté una carcajada y él me acompañó. Me gustaba cuando se reía así, porque lo hacía poco, con risas roncas que parecían romperse según salían de sus labios.

Mi niño triste, cuánto lo quería.

—Vamos, anda. Voy a hacerte la cena.

—Son las dos de la mañana.

—¿En serio? —pregunté sorprendida y mirando el reloj de la pared sin creérmelo del todo.

—Sí. Llevas todo el día dormida.

Solté un bufido, pensando en las horas en vela que me venían por delante, y me levanté de un salto, ofreciéndole la mano para que me acompañara a la cocina.

—Entonces nos espera una laaaarga noche.

—¿Nos espera? —gruñó.

Yo ni me molesté en contestar.

Pero sí, nos esperaba, porque sabía que, por mucho que se quejara y maldijera entre dientes, aquélla había pasado a convertirse en una de nuestras noches de comida, zumo y charla alrededor de la isla de aquella cocina.

Creo que había pocas cosas que me gustaran más en el mundo que aquello, que sentarme frente a Tristán y escucharlo hablar de la vida, de trabajo, de chicas, de lo que fuera. A mí me encantaba oír su voz, suave y susurrada, como si alzarla le costase, y dejarme mecer por ella hasta que todo parecía ir bien. Tenía ese efecto inmediato en mí.

A veces se nos añadía Elena, aunque solía quedarse medio dormida en su silla, hasta que Tristán la cogía en brazos y la llevaba de vuelta a su cama como a una niña. Incluso la arropaba.

Éramos tres personas que no podíamos ser más diferentes, pero que juntos funcionábamos como un triángulo perfecto; éramos felices.

* * *

Al día siguiente, fui a trabajar sin dormir. No era la primera vez. Tampoco sería la última. Mi vida era un tanto caótica a nivel de horarios, pero me gustaba el poder ir y venir sin entrar en rutinas.

Yo soñaba con ser actriz; bueno, como me decía siempre mi padre, yo ya era actriz, pero, mientras la oportunidad de mi vida llegaba, me ganaba el sueldo como animadora en un hotel y en mi tiempo libre seguía formándome con clases de canto, interpretación e inglés, salía con mis amigos o iba al hospital como voluntaria.

Aquella tarde, casi lo necesitaba. Las visitas allí funcionaban tanto como un golpe de realidad como, de manera un tanto incomprensible, una especie de refugio para mí.

Cogí el autobús al salir del hotel, cerca de las cinco, y lo hice con mi maletín de los juegos al hombro. Era de color rojo y estaba recubierto de pegatinas. Un enorme lazo morado adornaba sus asas. Era una horterada y llamaba la atención dondequiera que fuese con él, pero a los niños les encantaba.

Como no había pasado por casa, llevaba el uniforme del hotel, que consistía en un polo naranja con el membrete cosido y unas mallas azules. Deportivas, el abrigo por encima y una coleta alta. No es que mi ropa importase, pero si hubiera sabido que lo iba a conocer, me habría peinado al menos antes de montarme en aquel autobús.

Subí de un salto; si hubiese tardado un segundo más, se habría marchado sin mí. También lo habría hecho él.

Supongo que el azar funciona así. En un solo instante, o por un desliz, todo tu mundo puede empezar a girar, cambiar de dirección o incluso perderse.

Ya dentro, cogí aire antes de caminar por el pasillo, buscando un asiento libre. A esa hora no solía estar muy concurrido, así que rápidamente atisbé uno y me senté, dejándome caer con cansancio, y apoyé el maletín entre mis piernas.

No lo vi. Ni siquiera lo miré.

Cuando lo recuerdo, pienso en las personas interesantes que me habré perdido por el camino, personas sentadas a mi lado en un avión que me hablaron y con las que no quise entablar conversación, personas en la cola del supermercado, personas en la sala de espera de una entrevista de trabajo. Personas invisibles para mí que estuvieron ahí, a mi alcance, y que no llegaron a ser.

Menos mal que el destino nos dio otra oportunidad. No dejó de hacerlo, en realidad, como si, quisiéramos nosotros o no, nos hubiéramos visto obligados a encontrarnos.

Me pasé todo el trayecto susurrando mi función, recordándola, porque últimamente no tenía tiempo para ensayar y me daba miedo quedarme en blanco. Un público es un público, haya pagado una entrada astronómica para verte o sea sólo un bebé de un año, y se merece cierto respeto.

Imagino que debió de pensar que estaba loca, con los ojos cerrados y repitiendo un montón de tonterías en voz baja; sin embargo, no dijo nada. Al menos, no hasta que terminé, como si tuviera miedo de mi reacción si me interrumpía antes de hacerlo.

—Perdona, siento molestarte.

Me giré y, entonces, sí le presté atención. Era un chico joven, poco mayor que yo. Un chico cualquiera. Un chico más. Un chico normal que, de entrada, no tenía nada de especial.

—Sí, dime.

—Estás pillándome el pantalón. No puedo moverme.

Bajé la vista y me encontré con un trozo de sus vaqueros atrapado entre la barra del asiento delantero y mi pesado maletín.

—Oh. ¡Lo siento!

Lo levanté y eso fue todo. Un «gracias» susurrado por su parte y después sólo vi su cogote, porque había pegado la frente a la ventana, observando la ciudad que parecía moverse a nuestro paso e ignorando a su compañera de asiento que hablaba sola.

Cuando vi las paredes del hospital al final de la calle, me levanté y me moví hasta la puerta. En cuanto se abrió, bajé y eché a andar hacia la entrada, sin mirar atrás.

Subí los seis pisos en el ascensor sintiendo ese cosquilleo que siempre me acompaña antes de una función. Recorrí los pasillos con mi maletín, hasta que llegué a la zona que más odiaba en el mundo por el simple hecho de tener que existir, a la vez que era mi favorita por muchas otras razones.

Es increíble cómo lo bueno y lo malo a veces convergen en un punto, regalándote algo increíble.

Abrí una de las puertas de oncología infantil y todo cambió. El color de las paredes, llenas de ilustraciones y de dibujos hechos por los niños, de árboles que simulaban un bosque encantado, el sonido de las risas y los cuchicheos infantiles, el olor a esperanza, pese a que estuvieran allí por una lucha que nadie merecía tener que vivir; mucho menos ángeles en tierra.

La sala común de juegos que se encontraba al final del pasillo estaba casi vacía, pero, en cuanto dos de ellos me vieron llegar, avisaron a la enfermera y, minutos después, todos los niños de la planta estaban allí; incluso algunos, los más débiles, eran trasladados en sillas de ruedas para que no se perdieran nada. Bastante se perdían ya todos los días.

Y allí estaban una tarde más. Observándome. Con sus rostros pálidos marcados por la enfermedad. Con sus máscaras, sus cicatrices, sus marcas de pinchazos en los brazos, sus vías, sus cabezas pelonas. Con los ojos brillantes llenos de ilusión, de esa magia que yo sólo he visto en los niños que siguen creyendo cuando ya no tienen en qué hacerlo.

Me cambié rápidamente en los baños, poniéndome mi vestido de

retales, las medias de rayas y los zapatones, pero aún me quedaba el toque final. Antes de entrar de nuevo, me coloqué la peluca naranja de media melena y, lo más importante, la nariz roja de payaso.

Cerré los ojos, conté hasta tres, empujé la puerta y sonreí.

Sólo entonces, los abrí y me enfrenté a mi público favorito del mundo entero.

* * *

Sus risas me acompañaron mientras volvía a ponerme mi ropa en los aseos. Eso y la sensación plácida que me dejaba compartir aquello con ellos. Siempre me resultaba una experiencia única e increíble; sus expresiones de sorpresa, de incredulidad cuando los engañaba con alguno de mis trucos, sus carcajadas sinceras.

Antes de salir, leí en el teléfono un mensaje de Elena diciéndome que ella y Tristán me esperaban abajo. Sonreí agradecida y eché a correr por el pasillo mientras les decía adiós a los que aún paseaban por allí y a algunos que se asomaban desde sus habitaciones.

Adoraba a mis amigos por cosas como ésa, entre muchas otras. Y es que, aunque amaba esas visitas, solían dejarme emocionalmente exhausta, y me moría de ganas de pasar unas horas con ellos, tomar unas cervezas y charlar de todo y de nada.

Al llegar a la doble puerta que separaba esa zona del resto del hospital triste y gris, seguía con los ojos clavados en el móvil y no miré, sólo apoyé la mano en la superficie y empujé. Al dar un paso, choqué con un hombre que entraba igual de rápido que yo en ese mismo momento. Mi móvil salió volando hasta hacer un ruido seco en el suelo.

Puede que mi mundo lo hiciera también.

—Oh, lo siento.

Lo recogió y me lo tendió.

—Perdona, ¿estás bien? Espero que no se haya roto.

Lo comprobé pulsando un par de teclas y suspiré con alivio.

Sólo entonces alcé la mirada y me encontré con la disculpa también en sus ojos. Unos ojos que ya había visto antes, aunque sólo fuese durante un segundo.

Se trataba del chico del autobús y aquélla, de la segunda vez que le pedía perdón.

Observé un brillo de reconocimiento en ellos, aunque nunca llegué a saber si de verdad lo había hecho, si él me había reconocido a mí también como la chica rara del maletín rojo.

No sé por qué, pero fue algo que nunca comentamos. Algo tan

nuestro como todo lo demás que se quedó allí, sin desenredar, sin compartir.

Mientras lo miraba, pensé en lo curiosa que es la vida en ocasiones, haciéndote cruzar dos veces con la misma persona en una misma tarde. Una persona que nunca antes habías visto. Casi como si te lanzase a sus brazos.

Me gusta pensar que fue eso lo que ocurrió; me parece demasiado bonito como para no hacerlo.

—Sí, ha sido culpa mía. No miro por dónde voy.

Le mostré el teléfono y me disculpé yo también con la mirada, sonriendo.

Él me devolvió la sonrisa.

Era bonita. Mucho. Una sonrisa de esas que miras si te la cruzas por la calle, aunque no vaya destinada a ti. De las que no puedes evitar devolver a tu vez, más intensamente. Una sonrisa que brillaba, que hablaba, que despertaba.

No me moví. Y no sé por qué. Quizá por la sorpresa. Quizá porque pensé en esas señales en las que me gustaba creer, aunque nunca se cumplieran. Quizá porque esperaba algo más, pese a que no supiera el qué.

No lo sé, pero no lo hice. Sólo me quedé quieta, frente a él, y ése fue el comienzo de todo.

Un chico. Una chica. Un choque. Tres vueltas de campana.

El instante exacto de mi vida que me indicaba que algo estaba a punto de cambiar. Aunque no lo vimos. Supongo que sólo lo sentimos.

A veces sucede, ves a alguien y sabes que tiene algo. Llamémoslo equis. O encanto. O duende. Y te quedas clavada, disfrutando del momento y de las sensaciones que te evoca, estudiando sus ojos, entre grises y verdes, un color extraño que en el acto te parece un poco único, y su expresión divertida, porque sabe que lo estás haciendo, que estás pensando que tiene ese *algo* que ha captado tu atención, hasta hacerte olvidar que te encuentras en la zona infantil de oncología de un hospital cubriéndole el paso y que tus amigos te esperan abajo.

—¿Me dejas pasar, por favor?

—Oh, claro.

Reaccioné, aunque fuese tarde, y bajé la vista hasta fijarla en mis zapatos.

Me aparté de su camino y me marché de allí, sintiéndome estúpida, pero, inexplicablemente, sintiendo también aún su sonrisa en mi espalda, siguiéndome, acompañándome.

* * *

En cuanto salí, los vi.

Elena parloteaba alrededor de Tristán, que fumaba en silencio, con un pie apoyado en la pared y con su mejor pose de rebelde sin causa, aunque conmigo, por muy estudiada que fuese, nunca obtuvo el resultado esperado; a mí siempre me pareció más un niño perdido.

Ella llevaba un vestido de cuadros estilo años sesenta y una cinta a juego en la cabeza. Parecía una muñeca. Él, un matón de colegio; con sus pantalones negros rotos, jersey de lana gris y su pelo, ya un poco largo, tapándole el rostro.

Cuando llegué a su lado, se lo retiré hacia atrás con los dedos.

—¿A qué se debe tanta emoción?

—¡Adivínalo! —me animó ella inquieta.

Lo supe enseguida, sólo por verle los ojos. Detrás, Tristán ponía los suyos en blanco demostrándome su disconformidad. Cuando se trataba de Elena, nunca le parecía nada bien. Era como si quisiera protegerla de un modo irracional, como si la viese de cristal y cualquier acercamiento con un hombre fuese a dañarla sin poder evitarlo. Como si se tratase de una niña y no de una chica de veintiséis años que podía resultar ser más fuerte que nosotros dos juntos.

—Te lo ha pedido.

—¡Sí!

Elena se puso a saltar y a dar grititos y yo la acompañé, porque llevaba meses detrás de un compañero del colegio en el que trabajaba y, por fin, él había dado el paso y la había invitado a cenar. Tristán opinaba que no iba a funcionar, y solía tener muy buena intuición para esas cosas, pero preferíamos ignorarlo y ser felices por un rato antes de asumir que el amor apesta casi siempre, más teniendo en cuenta la nefasta vida amorosa que arrastrábamos los tres.

—¿Y tu cara de «tierra, trágame»? —me preguntó él divertido; siempre fue único leyéndome—. ¿A qué se debe?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué has hecho esta vez, Lolita? —insistió.

Yo suspiré y me mordí el labio. También pensé en el rostro de aquel desconocido con el que me había encontrado dos veces. Un chico normal, un chico como cualquier otro, un chico que sólo me había sonreído, pero que me había hecho volver a colgarme las alas

en la espalda y volar unos segundos sin levantar los pies del suelo, aunque sólo fuese en mi cabeza.

Hacía tanto que nadie provocaba nada en mí que eso había sido suficiente.

Después sonreí y me enganché del brazo de mis amigos.

—Nada. Cruzarme con el chico con la sonrisa más bonita del mundo.

Era 15 de enero, el día en que mi vida cambió.

Lola y el reto

La semana siguiente, volví al hospital.

Lo hacía siempre que podía, porque, aunque pudiera parecer aburrido para ellos ver a la misma chica haciendo el payaso a menudo, allí el tiempo se multiplicaba por mil, pasaba pesado y denso, y cada ruptura de la rutina suponía una alegría. Incluso los mayores, los adolescentes que solían quejarse por ese tipo de actividades para las que ya se sentían adultos, acudían y disfrutaban. Supongo que no dejaba de ser un modo de escapar durante un rato de su realidad.

Llevaba dos años apuntada al programa de voluntariado. Ni siquiera sé muy bien cómo acabé allí, pero daba gracias cada día que iba a lo que fuera que me hubiera empujado a hacerlo, porque, desde la primera vez, aquellos niños me habían dado mucho más que lo que yo les daba a ellos.

Solía ir siempre sola. A veces coincidía con otros voluntarios, pero, por norma, cada uno avisaba por teléfono y tenía su propio espacio reservado. A algunos les gustaba ir por parejas o en grupo, aunque a mí siempre me agradó más acudir en soledad. Era como algo muy mío.

Una vez conseguí llevarme a Elena y a Tristán, que me ayudaron a hacer algunos trucos de magia que había ensayado en casa y parecieron disfrutar de la tarde. Además, a los chicos les encantó la novedad; Elena mostró su dulzura con los pequeños y Tristán dejó atónitos con su aspecto y su actitud rebelde a los mayores, que en el acto quisieron parecerse a él.

No obstante, al llegar a casa, Elena rompió a llorar y estuvo tres días meditabunda y triste, por lo que me di cuenta de que no todas las personas servimos para afrontar determinadas situaciones y que no había sido muy buena idea.

Tristán no se quejó; ni siquiera pareció molesto, aunque sí que se cerró más en sí mismo de lo normal.

Eso era lo que había aprendido desde que entré en ese lugar que ya me era tan familiar, según recorría los pasillos y saludaba a las cabecitas pelonas que ocupaban las camas. Eso y mucho más. Como a evitar preocuparme por aspectos de mi vida que en realidad carecían de importancia, a dar el valor justo que las vivencias

tenían, porque siempre había tendido al drama, a la intensidad, a hacer montañas de granos de arena que desaparecían con un soplido y, allí dentro, todo eso se evaporaba y quedaba otra Lola, una que sólo buscaba sonrisas desdentadas en cuerpos preciosos pero débiles. Una Lola de la que me sentía orgullosa y a la que aspiraba a ser también fuera de esas paredes.

* * *

Aquella tarde no empezó diferente. Me coloqué mi nariz roja y disfruté haciendo lo que más me gustaba, satisfecha al oír las carcajadas que surgían espontáneas con cada gesto ridículo.

Era el sonido más bonito del mundo. De verdad. Ojalá hubiera podido guardar todas aquellas sonrisas en tarros, atraparlas, alargarles la vida.

Continué con mi número cerca de media hora, hasta que la puerta se abrió y se coló en la sala alguien que no esperaba volver a ver. Habían pasado diez días desde que me había chocado contra él; diez días en los que había fantaseado con nuevos encuentros improbables pero no imposibles, y ahí estaba de nuevo, apoyado en una pared con una ceja alzada, y observándome a mí. Ni siquiera sabía si me habría reconocido; además, sólo podía pensar en lo caprichoso que es a veces el destino.

Intenté disimular mi inquietud repentina ante su aparición centrándome en los niños y no mirándolo ni una sola vez.

—¡Y esto es lo que pasa cuando comemos más garbanzos de los que debemos! —exclamé, mostrándoles el roto que tenía mi vestido en la zona del trasero y terminando en ese instante con la función.

Las risas lo llenaron todo, incluso a mí misma por dentro, y me dieron el oxígeno que necesitaba hasta poder volver la semana siguiente.

Observé a cada uno de ellos y los saludé con efusividad y reverencias exageradas, mientras ellos rompían en aplausos y en un alboroto que recordaba más a un patio de recreo que a un hospital.

Y, entonces, la vi otra vez.

La sonrisa bonita.

Se la devolví.

* * *

—Ha sido divertido.

Estaba terminando de recoger el material cuando lo oí de nuevo;

sólo había oído su voz en aquellos dos encuentros rápidos y tontos, pero la recordaba. Cómo no hacerlo.

Creo que funciona así: puedes olvidar lo que has comido ayer, el color de los ojos de un familiar e incluso el primer beso con una persona que un día fue importante para ti y, sin embargo, recordar para siempre ciertos instantes, ciertas sensaciones que se quedan grabadas a fuego, marcadas en la piel al momento.

Imborrables.

Aquel sonido fue uno de ellos.

Me giré y me encontré de nuevo con él. En el acto, sentí unos nervios desconocidos agazapados en mi garganta. Me resulta curioso que no me diera pudor ni me inquietara que me viese actuar vestida con un atuendo ridículo y sí que se me acercase. Como si el hecho de haber fantaseado con él durante esa semana me hiciera sentir que lo conocía más de lo que lo hacía, que era nada. Pero yo era así. Sentía que había estado un tiempo escondida y que por fin estaba resurgiendo con fuerza.

No lo sé...

Por otra parte, siempre había creído en esas tonterías del destino, y percibía que compartía algo con él sólo por habernos cruzado dos veces de manera casual en la misma tarde. Y, ahora, una tercera. Era una tontería, pero la sensación ahí estaba. La serendipia escondida.

—Gracias. No suelo tener público mayor de dieciocho años que no lleve bata blanca.

—Pues deberían venir. Eso último ha sido muy educativo —bromeó.

Nos sonreímos. Otra vez.

Y no dijimos nada más; los gritos de los niños rompían el silencio, pero parecía que por un momento ni siquiera estuvieran; como si se hubiesen ido alejando para dejarnos solos.

Un chico. Una chica. Uno frente al otro en un planeta distinto de todos los demás. Dos miradas. Y el mundo girando a nuestro alrededor.

Carraspeé y decidí decir algo para romper yo el que se había creado entre nosotros; un silencio en el que sólo cabían nuestras sonrisas.

—¿Eres el padre de Marco?

Señalé con la cabeza al chico de ojos azules y pecas que charlaba y reía con otro de los niños en un rincón. Llevaba una máscara de respiración puesta.

Los había visto saludarse con un abrazo al terminar mi número;

su forma de interactuar me había hecho llegar a la conclusión de que eran familia; al menos, lo parecían. Además, conocía a muchos de los padres o hermanos de los chicos y a Marco nunca lo había visto acompañado. Eso explicaba sus visitas a la planta y el habernos chocado por casualidad aquella otra tarde. Incluso el haber compartido autobús de camino al mismo lugar sin saberlo.

No obstante, soltó una carcajada y negó con la cabeza; fue entonces cuando fui consciente de mi metedura de pata, ya que era demasiado joven para ser el padre de un chaval de quince años.

—Perdona, o fuiste muy precoz o eso es imposible. Su hermano, ¿quizá?

Sonrió de medio lado y tardó un par de segundos de más en responder mientras estudiaba mis ojos sin descanso, como si estuviera debatiendo en su interior consigo mismo sobre alguna cuestión.

Debería haberme dado cuenta de esos dos segundos, de que dudaba, de que había algo que lo hacía tardar en responder, pero no lo hice, porque no podía dejar de estudiarlo aprovechando que podía.

No voy a negar que no lo hiciera, porque yo no soy así. Y, al llegar a casa aquel primer día en el que nos habíamos cruzado, me había encerrado con Elena en su dormitorio y le había hablado del destino, del poder de una casualidad y de las señales que la vida nos enviaba continuamente.

Le había hablado de un autobús, de un choque y de una sonrisa.

Sin embargo, al hacerlo, el rostro de aquel chico se me aparecía un poco borroso, porque apenas había podido fijarme en sus rasgos y sólo me acordaba de detalles. Del tono grisáceo de sus ojos. De su pelo alborotado en la nuca. Del color de su jersey. Así que, allí de nuevo con él a mi lado, me centré en eso, en memorizar aquello que había olvidado por si acaso tardaba mucho en volver a verlo.

Es curioso, pero en mi interior tenía la certeza de que habría otro encuentro, aunque no lo forzáramos; estaba segura de que había algo que nos estaba avisando de que, de un modo u otro, acabaríamos por conocernos.

—Soy su hermano mayor.

—Os lleváis bastantes años.

—¿Soy joven para ser padre y viejo para ser su hermano? —me rebatió, alzando una ceja.

Yo me reí, porque sabía que mis palabras habían estado fuera de lugar, pero sólo lo había dicho como un intento por saber algo más de él. Su edad. Su historia. Lo que fuera que me aportase algo.

Despertó mi curiosidad desde el primer segundo.

Me despertó a mí.

—No, sólo soy una cotilla nata.

—Dicen que la curiosidad mató al gato.

Agaché la cabeza, un poco avergonzada por ser tan directa la mayoría de las veces, y dije lo único que se me ocurrió para salir del paso.

—Es un gran chico.

—Lo es.

—Aunque suele bostezar de aburrimiento cuando vengo —confesé un tanto molesta.

Él pareció divertido por mi reacción.

—¿Qué esperas? Tiene quince años. Su deber es encontrar un equilibrio entre ser insoportablemente irritante y encantador a ratos, para que no sintamos deseos de atarlo a la cama y no soltarlo.

Pensé en Marco, lo observé, y después recordé mi adolescencia. Sonreí con ternura, porque aquello no se parecía en nada a lo que yo había vivido.

—Lo sé. En realidad, yo fui mucho peor a su edad.

—¿Cómo de peor?

—Mucho peor, créeme. —Nos reímos; podría haberle hablado de esa Lola que se hacía *piercings* a escondidas y tenía un novio nuevo cada semana, pero no quería asustarlo tan pronto—. Aquí todos son diferentes.

Era verdad; allí crecían con sus propias etapas, como si vivieran en un mundo paralelo en el que hacerse mayor fuera otra cosa distinta que para el resto de los adolescentes del planeta. Eran mucho más maduros en algunos aspectos, pero en otros parecían seguir siendo niños encerrados en una burbuja.

—Además, eres una chica mayor y guapa, o finge odiarte o se enamora de ti. No hay término medio a esa edad.

—¿Acabas de llamarme «guapa»? —rebatí, alzando las cejas.

Me respondió mordiéndose el labio y me observó de arriba abajo ladeando la cabeza. Me había quitado la peluca y la nariz de payaso, pero seguía con el disfraz puesto.

—Sí, y ni siquiera sé cómo.

Nos reímos. No daba la impresión de ser tímido, pero tampoco muy dado a ese tipo de comentarios.

Me gustó sentirme una excepción.

Él sí que me pareció guapo en aquella primera conversación. Seguía siendo el mismo chico normal al que había observado la semana anterior, pero por primera vez pensé que no lo era, porque

tenía una forma de mirar que encandilaba.

La belleza es eso. No son sólo unos ojos bonitos, un rostro simétrico y armónico o un cuerpo escultural. Ayuda, pero no consiste en eso. La belleza suele estar escondida en miradas, en gestos, en sensaciones provocadas por un brillo de ojos o en una sonrisa. En esas pequeñas cosas que nos hacen grandes. Y él era uno de los chicos más guapos que yo había visto en mi vida por todos esos detalles que dejaba entrever cuando lo tenías cerca.

Y continuamos observándonos, sin saber muy bien qué decir, porque la situación era un poco rara. Allí, uno al lado del otro en la sala de juegos de un hospital, con la canción de unos dibujos animados de fondo y yo vestida de colores chillones y con la cara pintada. Aun así, lo hicimos. Nos miramos. Mientras la algarabía de los niños nos rodeaba y el olor a enfermedad se colaba por mi nariz.

Al percibir que la puerta se abría y un nuevo adulto entraba en la sala, desvié la mirada detrás de su espalda y comprobé de quién se trataba; lo saludé con la mano.

Él se giró y me preguntó:

—¿Quién es?

—Ah, es otro voluntario. El cuentacuentos. A veces coincidimos. —Y no sé por qué lo dije; quizá porque yo era así, de dejarme llevar por lo que me pedía el cuerpo sin pensar en las consecuencias, pero hablé antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo—. ¿Te apetece quedarte a verlo? Creo que hoy toca *El flautista de Hamelín*. Tocará la flauta, aunque te confieso que no lo hace muy bien —susurré esto último haciendo una mueca exagerada, como si fuese una confidencia.

Aunque se trataba de un secreto a voces que ese chico era pésimo en lo que hacía, en eso precisamente radicaba su éxito entre los pequeños. Cada vez que abría la boca, ellos se partían de risa.

—Sólo si me dejas invitarte a un café.

—Hecho.

Y el chico de la sonrisa bonita hizo lo propio, sonrió, y yo pensé que no había nada que me apeteciera más en aquel momento que compartir un café de máquina expendedora, con los pitidos agudos del peor flautista de la historia y las risas de los niños de fondo en la zona de oncología de un hospital.

En ocasiones, tiempo después, me imaginaba a mí misma diciéndole que no. Excusándome teniendo prisa y desapareciendo, y aquello me aliviaba. Lo tuve al alcance y me consolaba pensar en las posibilidades que dejé escapar, aunque sólo fuese durante unos minutos. Pero nunca me funcionaba, porque, por mucho que me lo

niegue, volvería a pasar mil veces por todo lo que ocurrió, desde el principio, con tal de haberlo vivido.

* * *

Salimos de la sala y yo entré en los lavabos para cambiarme, mientras él se perdía en los pasillos buscando las máquinas. Me puse los vaqueros y un jersey gastado de lana y me observé en el espejo. Me limpié la pintura con una toallita húmeda y me solté el pelo, intentando tener una imagen más o menos presentable, aunque sin mucho éxito, porque con la peluca siempre se me aplastaba.

Sonreí a mi reflejo y volví a encontrarme con él; me esperaba en la puerta con dos vasos de cartón en las manos.

—Solo con azúcar.

—Gracias.

Sonreímos y lo hicimos de nuevo. Era como si cada vez que nos mirábamos a los ojos nos enredáramos. Ni siquiera hacía falta abrir la boca, porque nos decíamos cosas sin parar. Al menos, yo lo intentaba, y la sensación de imaginar que él también lo hacía me gustaba.

Oímos cómo las voces de la sala menguaban y que la del voluntario comenzaba a relatar una historia. Él sacudió la cabeza, puede que sorprendido por lo que estábamos haciendo, y al final habló:

—Quizá deberíamos movernos. Ya sabes, para no perder el hilo.

—Sí. Cierto. La primera parte es realmente mala, te encantará.

Escudándome en el humor, entramos y nos sentamos uno al lado del otro en un banco pegado a la pared más cercana a la puerta, intentando pasar desapercibidos en aquel grupo.

Unos minutos después, sentí que se acercaba a mi cuerpo y me susurraba al oído.

Olía a café y a algo nuevo.

—Tenías razón, la música no es lo suyo.

—No, pero es lo que les hace gracia.

—No creo que pueda haber mejor público que éste.

—No lo hay.

Marco volvió la cabeza, casi como si lo hubiera oído, y sonrió después de levantar ambas cejas con picardía al vernos juntos. Se me escapó la risa.

—Es un payaso —dijo él.

—Así es como debe ser.

Asintió, mirándome de reojo. Luego dio un trago y levantó su vaso, frunciendo el ceño.

—Este café es un asco.

—Es como beber barro.

—Preferiría beber barro.

Me reí.

—¿Alguna vez has bebido barro?

—No, pero una vez me caí en un charco con la boca abierta jugando al fútbol. ¿Eso cuenta?

—Podría valer.

Pasamos una hora escuchando al cuentacuentos, que leía y gesticulaba dando vida a una historia con la que los niños se habían quedado hipnotizados; parecían sus propias ratas de Hamelín. Nosotros hicimos lo mismo, aunque de vez en cuando susurrábamos algún comentario al otro.

—No quiero parecerte una persona horrible, pero ¿se gana la vida con esto?

—No, creo que es cristalero.

—Bien por él.

Y nos reímos entre dientes.

Yo, a ratos, seguía el hilo de la historia y, a otros, me perdía en las caras de los chicos, las estudiaba y memorizaba, por miedo a olvidarme de alguno de ellos si algún día me faltaban. De muchos no sabía ni el nombre, pero no me importaba y solía inventarme uno en mi cabeza con el que asociarlos: «ojazos azules», «pecas», «gafitas amarillas»...

Sólo deseaba que no fueran un simple número en una lista de hospital.

No era la primera vez que, de un día para otro, alguno desaparecía de entre el público y me aterrorizaba la idea de no recordarlos. En ocasiones, su ausencia era una buena señal y solíamos celebrarlo, pero en otras... en otras significaba demasiado.

Pasadas las siete y media, y después de la despedida del cuentacuentos, la sala comenzó a vaciarse; los niños estaban cansados y en nada llegaría el turno de las cenas.

Me despedí de ellos y de las enfermeras, y vi que él hacía lo mismo con Marco, que no me quitaba ojo desde que me había visto sentada con su hermano. Lo conocía hacía tiempo, aunque no había hablado apenas con él, porque los mayores solían estar bastante ausentes en esas actividades; llevaba casi dos años saltando de un ingreso a otro por una leucemia, era todo lo que sabía.

Me intrigaba su historia, cómo habrían sido sus vidas fuera de

allí, y me daban ganas de encerrar al chico en su habitación e interrogarlo, pero aún me parecía más bonito quedarme quieta y observarlos interactuar, ya que se palpaba una complicidad pura entre ellos. Yo no tenía hermanos, así que no sabía cómo podía ser ese vínculo ni lo que debía ser tener a uno en aquella planta de hospital; aunque sólo de imaginármelo con mis amigos ya me oprimían el pecho unas inmensas ganas de llorar.

Salí al pasillo y me dirigí a la salida. Al llegar a las puertas del ascensor, lo esperé. No sé por qué. Quizá pensaba que lo mínimo era despedirnos, porque habíamos compartido algo; aunque sólo fuese hacernos compañía mientras escuchábamos un cuento. Lo hice sintiéndome un poco tonta, pero deseando que aquel encuentro que habíamos compartido, algo corto y al final más silencioso que otra cosa, no terminara.

Me dije que podía ignorar las señales una vez. Incluso dos. Pero tres..., creía demasiado en ello como para mirar hacia otra dirección.

Cuando llegó a mi lado, sonreí.

—Bueno, gracias por el café.

—Siento que sea el peor que has probado —se disculpó.

—Lo importante es lo que acompaña al café.

Entramos en el ascensor y bajamos en silencio. Dentro del cubículo había tres personas más, que charlaban animadamente sobre la recuperación de un familiar y que dejaban espacio suficiente para no tener que movernos, pero, de manera inconsciente, nos apartamos y acabamos en un rincón. Al instante, sentí el calor que desprendía su cuerpo. Era inevitable. No nos tocábamos, pero casi. Y ese casi era mejor que rozarnos. O casi.

Lo miré de reojo y descubrí que estaba tenso.

—Dime que no te dan miedo los ascensores.

—¿Qué? —Parpadeó y pareció confuso por mi pregunta, como si no se esperase que pudiese intuir su inquietud—. No.

—Entonces ¿por qué estás nervioso? ¿Estoy demasiado cerca?

Estaba coqueteando, estaba acostumbrada a hacerlo y me gustaba. Y me pareció un buen momento. Él enseguida captó mi intención, porque sonrió de medio lado y vi algo en sus ojos. Algo que brilla en la mirada de un hombre cuando se siente halagado. Lo había visto muchas veces. Sin embargo, aquélla no me salió como esperaba.

Llegamos a la planta baja y echamos a andar uno junto al otro hacia la salida.

Al abrir la puerta, el aire helado me dio en la cara. Ya había

anochecido y me abroché el abrigo sintiendo el frío colándose por debajo de la ropa.

Pensé en las opciones que tenía; en animarlo a alargar aquel encuentro; en dejar caer la posibilidad de un segundo en el futuro; en inventarme una excusa cualquiera para que me acompañara a casa.

No obstante, no me salió bien, porque él me miró una última vez y se despidió de mí antes de yo ser capaz de decir nada, girando hacia el aparcamiento exterior que rodeaba el hospital.

—Gracias por la compañía.

—Vale. Adiós.

Me quedé allí parada, con las manos heladas y vaho saliendo de entre mis labios con cada bocanada, y me eché a reír. Por el desplante. Y por lo surrealista de todo. Y porque ni siquiera sabía su nombre.

—Eh, tú, ¡el de la sonrisa bonita! —grité con los brazos en jarras y esa chulería en la cara que me salía sola. Él se paró en la mitad de un paso de cebra y se giró, sorprendido por mi descaro—. ¿Ni siquiera vas a intentarlo?

—¿El qué?

—Pedirme el teléfono. O una cita. O algo. ¿O quieres que te lo pida yo? ¿Es eso? ¿Eres de los que se hacen de rogar?

Y su sonrisa fue grande y franca, pero, en el acto, y por primera vez desde que nos habíamos cruzado, se rompió un poco, hasta pedirme perdón con los ojos y borrarse de su rostro.

—Yo... no puedo, lo siento.

Echó a andar y desapareció dentro de un coche de color rojo.

Yo me encogí de hombros y las últimas palabras las susurré para mí.

—No pasa nada.

Pero sí que pasaba, porque en mi interior aquello acababa de convertirse en un reto.

* * *

Volví a casa pensando durante todo el trayecto de autobús. Dándole vueltas a qué había hecho mal, porque siempre me funcionaba. La modestia no estaba entre mis virtudes, pero es que nunca había tenido problema para atraer miradas ni para salirme con la mía. Llevaba ocho meses demostrándome una y otra vez que necesitaba poco esfuerzo para conseguir lo que me proponía. Quizá ahí radicaba el problema y no me había dado cuenta. Y, bueno,

supongo que, aunque tuviera veinticuatro años, aún no había vivido demasiado como para saber que eso no era más que algo efímero que poco podía aportarme.

Llegué a la conclusión de que quizá él tenía pareja y que eso había sido todo, un «¿qué habría pasado si...?» de esos con los que nos cruzamos en la vida de vez en cuando y que acaban formando parte de fantasías con las que soñar despierta.

Tristán siempre decía que la vida es un cúmulo de «¿y si...?» sin cumplir. Era una de esas teorías que compartía con Ele y conmigo en el calor de nuestro hogar, y de las que tanto aprendía. Algunas no eran más que un puñado de tonterías, pero quizá ésa fuera cierta.

Sin embargo, yo prefería pensar que siempre estaba la opción de intentarlo, de insistir.

Al entrar en casa, me lo encontré saliendo de la ducha. Llevaba una toalla diminuta alrededor de las caderas, y sus tatuajes brillaban más por las gotas de agua que aún mojaban su cuerpo. Le gustaba grabarse momentos, recuerdos, secretos, aunque eran sólo para él, porque los demás únicamente veíamos formas geométricas sin aparente sentido.

Al pasar a mi lado en dirección a su cuarto, me dejó un beso en la frente y yo le pellizqué un costado, haciéndole unas leves cosquillas y poniendo su carne de gallina.

Siempre le preocupaban mis visitas al hospital; creo que, en el fondo, siempre supo que acabarían haciéndome daño; aunque ninguno pudo imaginarse nunca de qué modo.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien.

—¿Y por qué frunces el ceño?

Lo seguí hasta sentarme en su cama y observé la habitación. Era la más pequeña de las tres, pero, y no sabría decir el porqué, nunca me lo pareció; siempre fue mi rincón favorito de aquella casa. Allí me sentía más protegida que en cualquier otro lugar.

Estaba como siempre, ordenada. Las sábanas olían a cama recién hecha y un poco a él. Su escritorio, con todo perfectamente colocado. Tristán era metódico y un tanto obsesivo con sus cosas; nada que ver conmigo, pues el orden para mí era un desorden controlado. Y la música puesta, porque rara vez la apagaba, incluso cuando dormía la dejaba bajito, girando el vinilo hasta que éste terminaba. Porque el Tristán de aquellos años escuchaba vinilos, fumaba tabaco de liar y compraba la ropa en tiendas de segunda mano.

Aquella tarde los Ramones cantaban *I Wanna Be Sedated*, y descubrí una nueva ilustración clavada en una de sus paredes. Estaban llenas de ellas, de imágenes, de recortes, de postales, de lo que fuera que provocara alguna emoción en él. Si causabas alguna sensación en Tristán, él te guardaba un sitio en su espacio personal. Elena estaba en una foto disfrazada de abejita en una fiesta de hacía un par de años. Salía riéndose a carcajadas y sus antenas difusas por el movimiento. Yo estaba cerca de la mesilla, con los labios pintados de rojo y los tacones en la mano, una instantánea que me sacó una noche en la que acabamos viendo amanecer sentados en un banco de un parque.

Me tumbé sobre los dos cojines grises enormes que ocupaban la cama y lo estudié. Le había crecido el pelo, le llegaba por debajo de las orejas y el flequillo se le iba continuamente a la cara. Su madre lo odiaba. A mí me gustaba, porque me encantaba el gesto de retirárselo con los dedos. Lo tenía oscuro, casi negro, igual que los ojos. Igual que yo.

Tristán rompió el silencio dejando caer la toalla al suelo como si nada delante de mí y abriendo un cajón de la cómoda para sacar la ropa interior.

—Estás más delgado.

Era verdad; a épocas, apenas comía.

—¿Quieres dejar de mirarme el culo y decirme lo que te pasa?

Suspiré. Era obvio que algo me rondaba por la cabeza como para molestarlo cuando estaba cambiándose para salir. No me lo había dicho, pero lo sabía; los tres nos habíamos aprendido de memoria las rutinas de los otros. Y esa noche llegaría tarde, un poco bebido y oliendo a perfume de mujer.

No pensé demasiado, sólo lo dije tal y como lo sentía.

—Me han rechazado.

Tristán se quedó mirándome callado unos segundos, como valorando si me estaba quedando con él o si aquello iba en serio, y después se echó a reír.

—Joder, Lola...

—¡¿Qué?! —Le lancé la almohada a la cara y él la atrapó y dejó de vestirse para tumbarse a mi lado—. Es verdad.

—No tenemos quince años. No debería molestarte que un niño no te haga caso.

Me giré, dándole la espalda, porque su actitud y su tono de burla me molestaban, y enseguida sentí su barbilla en mi hombro y su mano rodeándome en un abrazo que no rechacé.

Tenía motivos para reírse de mí, pero eso no hacía que me

cabrease menos.

—Vale, perdona. Cuéntamelo. Te escucho.

—He vuelto a verlo.

—¿A quién?

—Al chico de la sonrisa.

—¿El del hospital?

—El mismo. Y no me equivocaba. Es la sonrisa más bonita del mundo.

Noté que asentía y que su mano apretaba un poco mi estómago.

Su calidez se coló por debajo de mi ropa.

Y dejé de sentirme una idiota, porque con él no importaba. Con él podía ser todo lo idiota que quisiera. En eso consiste la amistad la mayor parte de las veces.

—¿Qué hacía allí?

—Es el hermano de uno de los chicos. ¿No es casualidad? Me ha visto actuar, hemos charlado y luego me ha invitado a un café, ¿sabes?, eso me ha envalentonado.

—¿Y qué ha pasado después?

Me volví y me encontré con su rostro, muy cerca del mío. Sus pestañas aún se notaban mojadas y me sonreía, pero las sonrisas de Tristán eran siempre a medias, algo tristes. Eran parte de él, sí, pero a mí a veces me hacían pensar en todo lo que escondían y que él nunca dejaba salir. Lo encerraba. Como el significado de sus tatuajes; como todo lo relacionado con él. Era un experto en esconderse y a mí me aterraba que el mundo no viera todo lo que tenía por ofrecer. Porque era mucho, y bonito, y especial.

—Que se ha marchado. Le he dicho que si ni siquiera iba a intentarlo. Pedirme el teléfono o cualquier cosa. Y se ha ido.

—Atrevida...

—Lo sé.

Me dio unos toquecitos en la nariz y después susurró, como si se estuviera dirigiendo a una niña. Al fin y al cabo, era lo que estaba haciendo. Después de oírme a mí misma en voz alta me había dado cuenta de la estupidez que había dicho, pero supongo que parte de aprender también es verse desde fuera y asumir que nunca dejamos de hacerlo, de conocernos, de crecer. Y a mí aún me quedaba demasiado trayecto por recorrer.

—Eres mi niña guapa, pero eso no quiere decir que tengas que gustarle a todo el mundo.

Me sentí tan tonta..., tan inmadura..., tan poco experimentada pese a todo lo vivido..., y, aun así, en esa cama, aquella tarde se esfumaron las inseguridades y volví a sentirme bonita de un modo

único.

Eso es lo que pasa cuando estás en casa, que eres capaz de verte así aunque te comportes como una idiota. Y con ellos podía hacerlo, con ambos, aunque con él más aún. Tristán y yo siempre tuvimos una conexión especial.

Volví a pensar en aquel chico sin nombre.

Llevaba meses jugando, entrando y saliendo de la vida de hombres que aparecían en la mía y desaparecían del mismo modo. Experimentando. Conociéndome. Y quizá había llegado el momento, porque por primera vez desde Elías había sentido la tentación de no acostarme con alguien, sino de conocerlo, porque había visto algo en él. Era una persona caprichosa y poco impresionable, así que, cuando alguien captaba mi atención, no podía parar hasta entender el motivo.

—Tristán, ¿es posible que no conozcas a una persona y apenas hayas hablado con ella, y a la vez sentir que te gusta?

—Claro. A mí me gusta Scarlett Johansson.

Me reí. Él me acompañó, pero al instante se puso serio.

—¿Qué pasa?

—Es posible, pero a veces no ocurre.

—No quiero pensar en esa posibilidad.

No quería, y ya no era una cuestión de salirme con la mía, sino que no quería despedirme tan rápidamente de esa sensación nueva que me había acompañado desde que había vuelto a creer en las señales del destino. Eso que me había provocado en la base del estómago y que no se marchaba. Era demasiado bonito. Y llevaba demasiado tiempo sin sentir nada como para olvidarme de ello tan a la ligera.

— Los flechazos no son más que un invento de la literatura y el cine, Lola.

—Lo sé, pero...

Él suspiró y después siguió dándome alas, porque era lo que necesitaba en aquel momento y él, un buen amigo que lo sabía.

—También puede que ocurra todo lo contrario.

—Eso me interesa más. ¿A qué te refieres?

—Pues que quizá él no sea tan intuitivo como tú y necesite conocerte primero. —Sus palabras me dijeron que sí, que quizá había llegado el momento de abrirme de nuevo, de salir de esa burbuja de diversión y enfrentarme a la vida con nuevos ojos; aunque me diese miedo—. Con sólo ver un poco de todo lo que tienes, se volverá loco.

Hice un puchero y Tristán me abrazó más fuerte y me dejó un

beso en el pelo.

—Eres único haciéndome sentir una niñata idiota.

—Gracias. —Sonrió; yo recorrí su sonrisa con los dedos—. Y, si no le gustas, siempre serás la niña más guapa para mí. Mi niña de ojos negros.

—¿Siempre?

—Siempre.

Y lo fui, hasta que dejé de serlo.

Lola y lo raro

Todo podría haber sucedido de otra manera. Podría haber tenido un horario de trabajo que no me permitiese acudir por las tardes, o quizá podría haber sido su propio horario laboral el que le impidiera ir a ver a Marco a la misma hora en que lo hacía yo. Podría haberme salido bien alguna de tantas audiciones a las que me presenté y haberme ido de gira con una compañía de teatro por el país, teniendo que dejar de acudir al hospital. Podrían haberle dado el alta a Marco a tiempo de no conocernos o, quizá, podríamos habernos cruzado y no gustarnos, como dos polos de un imán que se repelen en el acto.

Sin embargo, nada de eso ocurrió. Nada. Y, al miércoles siguiente, volvimos a vernos.

Aquella vez fue rápido pero intenso. Yo entraba en el hospital y lo vi esperando el ascensor. No podía creérmelo. Contuve una sonrisa como pude y aceleré mis pasos para coincidir con él. Entró en el cubículo y, al girarse, me vio con mi maletín ridículo en la mano. Pulsó el botón para evitar que las puertas se cerraran.

—Gracias.

—De nada.

Me fijé en que el número seis no estaba pulsado y fruncí el ceño. Levanté un dedo y lo pulsé yo.

—¿Hoy haces novillos?

—Algo así.

Parecía serio, más serio que la semana anterior, y pensé que debía conseguir una sonrisa antes de que se bajara dondequiera que fuera. Como si fuese una especie de reto para mí. Como si por conseguirlo me demostrara algo a mí misma.

—Hoy voy a hablar de mocos en la función, resulta realmente fascinante. Deberías pasarte.

—¿Mocos? Un mundo complejo.

—No sabes cuánto.

Una señora se giró y nos observó con expresión de desagrado. Nosotros apretamos los labios para contener la risa, como si fuéramos dos niños pillados haciendo algo prohibido.

En cuanto las puertas se abrieron en la tercera planta y desapareció, explotamos a reír.

—Pensé que iba a castigarnos —le confesé.

—Su mirada ha sido tan letal que la habría obedecido en el acto.

—Entonces ¿qué? ¿Te apetece venir a debatir sobre todos los tipos de mocos que existen?

—Suena tentador, pero tengo algo que hacer antes. Quizá luego.

—Vale.

Nos miramos; nos enredamos.

Las puertas se abrieron en la quinta planta y él desapareció.

* * *

No lo vi aquella tarde. Al menos, no en la sala de juegos.

Cuando me iba, supe que estaba con Marco en su habitación. El chico no había acudido a la función, y pude oír que discutían por la rendija que la puerta dejaba abierta. Me marché de allí algo más desanimada de lo que había llegado y con un presentimiento extraño en el cuerpo.

Quizá debería haber hecho caso a mi intuición, pero ¿cómo iba a saber yo lo que estaba por venir? Así que me olvidé de lo que había percibido aquel día y, a la semana siguiente, volví al hospital.

No lo vi en la función y a Marco tampoco. Pregunté por el chico a una de las enfermeras y así fue cómo supe que había registrada una visita y que habían permanecido en su cuarto durante el tiempo de mi espectáculo.

Ignoré la idea de que no quisiera verme. No tenía motivos para no querer hacerlo.

Tuvo que pasar otra semana para volver a verlo.

Era San Valentín. Un día que yo no celebraba desde los dieciocho años y que no tenía la menor importancia para mí, pero quise creer que se trataba de otra señal y, esa casualidad, junto con el presentimiento de que iba a volver a verlo, fue la que hizo que pasara todo el día más que contenta.

Y, sí, fue un presentimiento, una intuición. Desde el principio nuestra historia fue un poco así, guiada por sensaciones que costaban explicar, pero por las que nos dejábamos llevar. O quizá más bien lo que jugó a mi favor fue la esperanza y el deseo de volver a verlo, más una cuestión de probabilidades, ya que siempre habíamos coincidido allí los miércoles, exceptuando el primer día; aunque tampoco le di importancia a ese detalle, que no encajaba con nuestras rutinas. Como tampoco pensé en lo ocurrido la semana anterior.

No lo sé.

El caso es que me planté frente al espejo y decidí que aquel día el payaso se quedaba en casa e iba a visitarlos la maga Florentina; un disfraz que me permitía peinarme de un modo decente y maquillarme y, lo más importante, sentirme guapa y más segura que con los zapatones.

Me recogí la melena negra en un moño alto y me alisé el flequillo, abriéndolo por el medio. También me pinté la raya del ojo y los labios. Perfume en las muñecas y detrás de las orejas. Asumo que era una tontería, pero a veces basta con un buen lápiz de labios para sentirte mejor.

Cuando estaba terminando con el rímel, Elena entró en el baño.

—Vaya, vaya. ¿Intentando ligarte a un doctor?

—No, pero tengo una corazonada y, cuando eso ocurre, más vale estar preparada.

Le guiñé un ojo y me marché de allí en dirección a la parada de autobús, segura de mí misma y taconeando con fuerza por la acera.

Cuando abrí las puertas con mi maletín al hombro, sentí un cosquilleo en el estómago, porque no me equivoqué. Allí estaba, en la mitad del pasillo y hablando con una enfermera.

No obstante, ojalá lo hubiera hecho, ojalá me hubiera equivocado, porque lo que menos me esperaba encontrar era una camilla saliendo de la habitación de Marco con su cuerpo intubado.

El corazón se me paró unos segundos. Después comenzó a latir frenético.

Todo se paralizó a mi alrededor y no pensé. Sólo corrí como pude y me encontré con él. Estaba al lado de Marco, y lo agarraba con fuerza de la mano inerte y pálida que colgaba por el borde de la camilla, casi como si temiera perderlo si lo soltaba. Su sonrisa había desaparecido por completo y había sido sustituida por una expresión de temor y tristeza que se me coló en los huesos, provocando en mí los mismos sentimientos.

Ni siquiera me miró, pero no me importó, porque me gustó estar allí con él en una situación así y que no estuviera solo, porque se iban a llevar a Marco en el ascensor de personal sin más noticias hasta nuevo aviso.

Toda la escena me parecía de repente un mal sueño, pero era real. No había nada más real que ese momento.

—¿Qué ha pasado?

—Estábamos jugando a las damas y se ha desmayado. Dicen que tiene las defensas muy bajas.

Lo observé marchar. Era una imagen horrible, porque cada vez que veías a uno desapareciendo de ese modo por los pasillos tenías

el presentimiento de que quizá sería la última vez. No podías evitarlo, era instantáneo, el miedo, el pánico que se agarraba a las tripas y que no te soltaba hasta que volvías a tenerlo delante con los ojos abiertos.

Él, a mi lado, se pasaba las manos por la cara alarmado.

Tenía los hombros tensos y en aquel instante me pareció diferente. Parecía otro chico distinto del que brillaba al sonreír. Aquél no lo hacía. Era lógico, dadas las circunstancias, pero lo que pretendo explicar es que, de alguna manera, lo conocí un poco más al poder observarlo en aquella situación. Vi más de él de lo que podría haber visto en media docena de citas con cualquier otra persona.

Y es que en los malos momentos somos otros, pero también somos esas personas y tendemos a olvidarlo.

Somos un todo por descubrir.

Seguí observándolo, tensa y en silencio. Ni siquiera supe qué decir. No era fácil.

Quise entrar en el baño, borrarme el estúpido maquillaje de la cara, arrancarme el moño y tirar los tacones por la ventana. Quise crecer. Madurar. Ser otra más capacitada para sobrellevar aquello sin sentirse idiota.

Me sentí tonta, una niñata de nuevo y superficial.

Me sentí egoísta.

—¿Quieres un café? Hoy invito yo.

Aceptó y suspiré aliviada, porque al menos había algo que podía hacer y que decían que se me daba bien: dar consuelo. Escuchar. Ofrecer un hombro en el que llorar. Lo que fuera, pero necesitaba quitarle esa expresión de su rostro, porque parecía a punto de derrumbarse.

Saqué dos cafés de la máquina y regresé. No recordaba cómo lo tomaba, porque la vez anterior los había comprado él, pero, si me equivoqué, no dijo nada. No creo que eso importara en aquel momento.

Nos sentamos uno al lado del otro en el mismo banco de la sala de juegos en el que lo hicimos la última vez para escuchar un cuento. Ni siquiera sé por qué entramos allí en vez de quedarnos en el pasillo, en la habitación de Marco o en la sala de espera de la entrada. Me gusta pensar que aquel lugar también hacía la función un poco de refugio para él, como sucedía conmigo.

Aquella estancia colorida hacía que el mundo pareciese un lugar menos malo.

Estuvimos un rato en silencio, esperando, pero allí nadie vino a

decirnos nada.

Creo que hay pocas sensaciones más horribles que la de esperar sin saber qué es lo que estás aguardando.

Observamos a un grupo de cuatro niños jugar a las cartas en una esquina. Estaban sentados sobre unos almohadones y sus calcetines de colores asomaban por debajo de sus pijamas. Era bonito verlo, el color surgiendo debajo de toda aquella tristeza que siempre desprende un camisón de hospital. Uno de ellos llevaba una máscara respiratoria puesta y una enfermera leía una revista mientras los vigilaba en un rincón. Sonreían y charlaban, pero se notaba ese algo distinto en el ambiente que solían olvidar, pero que en ocasiones como ésa se alzaba, recordándoles dónde se encontraban y que lo hacían con su vida colgando de un hilo muy fino.

Ni siquiera me reclamaron para que actuase; no tenía sentido cuando uno de ellos acababa de marcharse dormido. Creo que lo sentían hasta una falta de respeto dentro de ese código que se establecía al ingresar en aquel lugar.

Yo comencé a inquietarme, así que hice lo que siempre hacía, hablé para llenar ese vacío que percibía aumentando como un monstruo gigante a nuestro alrededor. Me daba miedo que lo absorbiera todo y que siguiera creciendo hasta hacernos desaparecer.

—Es duro. Lo veo cada vez que vengo. Pese a todo lo que soportan, suelen estar contentos, pero hay días en los que falta algo. O sobra, no sabría decir qué es exactamente. En los que ese *algo* se huele en la sala, se palpa en el ambiente. Como ahora. —Me miró y lo vi en sus ojos; él también conocía aquello tan abstracto que intentaba explicarle; tan abstracto y a la vez tan tangible—. No sé explicarlo mejor.

—Lo has hecho muy bien. —Sonrió sin ganas—. ¿Y qué haces cuando es un día de ésos? ¿Cómo lo soportas? Porque hay días en los que yo...

No fue capaz de terminar la frase. No podía imaginarme lo que era sufrirlo tan de cerca, pero comprendía que tuviera días en los que mantener la entereza fuese demasiado costoso.

Pensé en qué era lo que a mí me ayudaba cuando todo parecía cuesta arriba, cuando sentía que la vida se me complicaba. Todos tenemos momentos así, sean por el motivo que sean.

—Me voy de aquí y necesito escapar por unas horas. Quitarme esa sensación espantosa y pegajosa de encima, por muy egoísta que suene.

No dejaba de sentirme así, allí sentada a su lado y sin dejar de observar a esos pequeños héroes que nos rodeaban sin parecer tener miedo. Porque era hasta sencillo ir como voluntaria y sacar sonrisas, por muy complicado que les pareciese a otras personas lo que hacía, como a mis amigos, pero cuando acababa el día yo volvía a casa y me olvidaba de todo, me centraba en mi ombligo y en las tonterías de mi vida, y ellos se quedaban ahí, tensando cada vez un poquito más ese hilo.

—¿Por qué egoísta? Lo que haces por ellos es terriblemente generoso.

—Pero son ellos los que están enfermos y, aun así, soy yo la que necesita un respiro.

Asintió. Y me sentí comprendida. Me gustó.

Compartía aquella experiencia con mis amigos al llegar a casa, pero siempre lo hacía por encima y con tiento, y rara vez confesaba todos esos sentimientos que me abrumaban al lado de aquellos chicos. Quizá porque, en el fondo, pensaba que ellos no podían comprenderlo sin vivirlo en su piel.

Pero quizá él sí.

Para empezar, estábamos compartiendo un momento de mayor intimidad de la que deberían compartir dos desconocidos. Una espera en un hospital siempre lo es, y une o separa, pero siempre afecta. Siempre. Sin excepción posible.

—¿Y qué haces? Para escapar.

Mis labios se torcieron en una mueca.

—Compro una botella de algo fuerte y voy con Tristán a la playa. No es muy original, ni siquiera sano, pero me evade de todo. A veces bailamos descalzos y nos reímos a carcajadas, porque él lo hace de pena.

No pude evitar sonreír rememorando algunos de esos instantes.

—¿Es tu novio?

—No, es mi amigo. ¿Y tú? ¿Qué haces tú?

Suspiró y sacudió la cabeza, como si prefiriese evitar responder a mi pregunta.

—Vas a reírte.

—Puede que nos venga bien.

Y por fin lo conseguí, una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Una de verdad, sin restos de esa incertidumbre y de ese miedo que cargábamos esperando a Marco. Después apartó la mirada unos segundos, algo avergonzado por lo que iba a decir, pero confesó:

—Bajo a la lavandería del final de mi calle. Ya sabes, de esas de lavadoras y secadoras enormes. Meto una moneda y me siento allí,

a observarlas dar vueltas.

—¿En serio? —Lo miré boquiabierta.

Él asintió.

—Me relaja. Incomprensiblemente, ese movimiento me deja K.O. por unas horas. No me hagas explicarte el porqué, porque no sería capaz y sé que es una tontería. Sólo... sólo sucede.

Compartimos una mirada que sentí cómplice.

Yo me lo imaginé sentado frente a una de esas lavadoras gigantes y me eché a reír. Era raro. Pero siempre me ha gustado lo raro. Lo diferente. La gente capaz de confesar cosas como ésa, que a otros los avergonzaría.

Él me acompañó; fue la primera vez que lo oí reírse tan abiertamente y..., no lo sé. Lo recuerdo en este momento y se me eriza la piel. Hay sensaciones provocadas que deseas guardar en el acto, dar un chasquido con los dedos y almacenarlas en un bote; deseé hacerlo y colocar su risa al lado de la de mis niños. Deseé guardarme ese sonido dentro y me asustó, porque éramos dos desconocidos y nada de aquello parecía tener ningún sentido. Ni siquiera sabía su nombre y algo en mi interior se negaba a preguntárselo, porque, así, toda la situación me resultaba aún más especial. Y estábamos esperando las noticias sobre la salud de un chico de quince años en una sala de hospital. Y yo iba vestida con una camisa tipo corsaria que formaba parte del disfraz escogido para ese día.

Todo era diferente. Único.

—Me gusta —le confesé en un impulso.

—¿El qué?

—Que seas capaz de confesarme eso tan terriblemente aburrido y raro y que, aun así, me gustes.

—¿Te gusto?

Sus ojos se abrieron mucho y su expresión de asombro me hizo reír.

—Sí. O no. No lo sé. Apenas te conozco, pero quiero que me invites a otro café. He deseado que lo hicieses desde que te vi. Supongo que eso ya significa algo.

Tardó en contestar, pero al final pasó la lengua por sus labios, humedeciéndolos, y habló:

—¿Siempre eres tan directa?

—¿Es malo?

—No, pero me intimidas un poco.

—Bueno, es un paso. Ya te provoco algo.

—Me provocas varias cosas, créeme.

Y fue él el que se echó a reír.

Me envalentoné ante su comentario, que albergaba alguna que otra insinuación oculta.

Tenía razón, siempre había sido muy directa. Nunca me callaba las cosas y quizá eso resultaba más un defecto que una virtud, pero era parte de mí. Tristán decía que si no exteriorizaba las cosas se me enquistaban y podía hasta enfermar. Y era un razonamiento un poco tonto para justificarme la mitad de las veces que me equivocaba, pero, en el fondo, creía en ello. Así que seguí mi instinto y me dejé llevar.

—¿Y a qué estás esperando? Para pedírmelo —le pregunté coqueta.

Era la segunda vez que lo hacía y no me daba vergüenza; siempre he carecido de ese freno que hace que otros piensen las cosas antes de hacerlas o decirlas.

Él me observó con lentitud, casi como si no se creyera del todo lo que tenía delante.

Estábamos muy cerca. Tan cerca que su hombro y el mío se rozaban.

Nos estudiamos. Supongo que, aunque nos habíamos analizado antes, era la primera vez que lo hacíamos bien, sin disimular nada, sintiendo los ojos del otro sobre el cuerpo.

Tenía el pelo castaño oscuro un poco ondulado, los ojos de un verde cercano al gris y una sombra de barba un poco rojiza asomándose por su piel. Era guapo, pero no de un modo clásico ni muy evidente, de hecho, tenía los dientes un poco torcidos, los ojos pequeños y la piel pálida, sino que llamaba la atención por lo que desprendía. Naturalidad, fuerza, algo que había conseguido despertarme de un largo letargo que por fin aceptaba.

Me gustaba, sin más. Me atraía y me provocaba.

Yo me estremecí ante su escrutinio. Mi pelo negro, mis ojos oscuros, mis labios gruesos. Se fijó en ellos. No sólo lo vi, sino que lo sentí. Y lo supe. Supe que pensó cómo sería rozarlos, tocarlos; quizá, besarlos.

Pasé la lengua por ellos, humedeciéndomelos yo también.

Nunca había creído en los flechazos, pero sí en las señales que la vida nos envía y que debemos aprovechar. Además, tampoco había vivido nunca antes nada igual, fuera lo que fuese aquello, nada tan instintivo, tan natural a la par que desconocido, porque eso éramos nosotros, y no se trataba sólo de un tonteo, como a los que acostumbraba en los últimos meses en la oscuridad de una discoteca, no.

Era diferente.

Era algo nuevo.

Era algo que deseaba experimentar más veces.

Algo que aún no lo sabía, pero que sólo viviría con él.

Entonces la puerta se abrió y un médico se nos acercó.

Su rostro cambió, se oscureció, y todo desapareció.

—No es el momento para esto. —Su voz sonó dura, casi como un reproche.

Yo sentí frío, porque ¿qué estaba haciendo? Nos encontrábamos en la sala de oncología infantil de un hospital, y nada menos que esperando por Marco; por su hermano pequeño.

Nadie debería soñar despierto en un sitio así. Nadie que no esté enfermo, al menos.

—Dios, lo sé. Perdona.

Se levantó y desapareció con el médico en una de las salas de los pasillos.

Yo esperé sentada allí, aunque no sabía muy bien a qué.

De nuevo me azotó esa sensación extraña y un poco incómoda que no comprendía, pero que me recordaba a llevar una prenda que no es de tu talla y que te hace retorcerte continuamente.

Una hora después, pregunté a una enfermera por Marco y, tras saber que estaba estable, me marché. Supe que, de estar él aún allí dentro, no saldría a buscarme.

No obstante, también tuve la certeza de otra cosa, y es que supe que él tenía razón: hay cosas en esta vida que sólo... sólo suceden.

* * *

Cuando me levanté al día siguiente, lo hice cansada; apenas había dormido.

Marco ocupó una parte importante de mi sueño.

Sus ojos azules cerrados. Su cuerpo inerte. Sus energías dormidas.

También lo hizo él. El chico del autobús. El de la sonrisa bonita. El de la risa que había guardado a buen recaudo en forma de recuerdo que conservar. El chico de la lavandería.

Me levanté de la cama sabiendo que tenía que hacer algo. Que no podía quedarme a esperar, porque yo no era de las que esperaban. Necesitaba desprenderme de esa sensación que me acompañaba y que no era para mí. Yo quería cumplir mis «¿y si...?», o al menos intentarlo y no quedarme con la duda de si hice todo lo que estuvo en mi mano.

Salí de mi dormitorio y me encontré con Elena haciendo tortitas y con una chica rubia de piernas interminables sentada en un taburete en la isleta de la cocina.

—¡Buenos días, Lola! Te presento a Verónica.

—Encantada.

Ni siquiera me sorprendí. Sólo quise pegar a Tristán, porque sabía lo que había ocurrido antes de que nadie me lo contase.

Tonteo. Sexo. «No quiero volver a verte.»

Era demasiado rutinario para sorprenderme.

Suspiré y me senté a su lado. Elena me sonrió y sirvió dos tortitas en mi plato. Yo cogí la cafetera y llené mi taza hasta arriba. De haber podido, me habría metido dentro. Necesitaba café en vena.

—¿Una mala noche?

—No he dormido muy bien.

—Yo tampoco —aportó la rubia.

Hubo un silencio tenso y después las tres nos echamos a reír.

Creo que no fue su intención hacer un chiste al respecto, pero la situación era tan surrealista que no pudimos evitarlo. Deseé que ese momento le sirviera para pasar el mal trago de aquel despertar más amargo.

No debería ser así, pero aquella escena era más habitual de lo que parecía. Era lo que tenía convivir con alguien como Tristán, capaz de acostarse con una chica distinta cada noche y después echarla a la mañana siguiente sin miramientos, y con alguien como Elena, que rescataba una media de tres animales heridos al mes. Y aquella chica, para ella, era como un polluelo que se había caído del nido.

Él las echaba y Elena las acogía y las alimentaba para que el golpe fuese menos duro.

A su manera, ambos me parecían fascinantes.

Yo me parecía más a Tristán, aunque he de reconocer que, en mi caso, al menos, les dedicaba una sonrisa antes de despedirme. Las de él salían bastante caras.

Oímos un ruido en el pasillo y apareció el culpable sin camiseta, con un pantalón de pijama dado de sí que le colgaba de las caderas, dejando más piel de la debida a la vista y un cigarrillo colocado en la oreja. Elena se ruborizó. Siempre lo hacía, y después de tres años seguía sin acostumbrarse a verlo medio desnudo por casa. Yo le sonreí y miré de reojo a la chica que nos acompañaba, alzando un par de veces las cejas para mosquearlo.

Él nos fulminó con la mirada y desapareció en dirección al

cuarto de baño.

—¿Siempre es así? —preguntó Verónica decepcionada.

—No. A veces, también nos grita —dijo Elena.

Yo me eché a reír.

Era mentira, Tristán nunca nos gritaba. No a nosotras. Aunque supongo que Elena fue lista y dijo aquello para dar una visión aún peor de él a aquella chica y que, si todavía le quedaba alguna esperanza de volver a verlo, ésta muriera en el acto.

Nos despedimos de Verónica y yo me preparé para irme a clase de interpretación. En el hotel tenía un horario de lo más extraño y diferente cada semana, así que tenía que organizarme como podía para seguir formándome.

Cuando estaba vistiéndome, Tristán entró en mi dormitorio.

—Eh, ¿te vas?

—Sí. Tengo una clase.

—¿Estás bien?

Me quedé con la camiseta a medio poner, mirándolo con desconcierto. No me había visto más de dos segundos sentada en la cocina con su rollo de esa noche y lo había notado. ¿Cómo era posible?

—Sí.

—Mentirosa.

Sonrió. Yo me mordí el labio y suspiré.

No me apetecía recordar lo sucedido la tarde anterior, pero tampoco podía callarme.

Estaba preocupada.

Él no apartó la vista de mí hasta que claudiqué.

—Ayer uno de los chicos empeoró.

No le dije quién era su hermano en aquel instante; no quería que pensase que mi preocupación sólo se debía a eso, aunque, de algún modo, aquello sí que me había influido. ¿Cómo no hacerlo? Sin querer, me había sentido partícipe de aquel momento tan íntimo para ellos.

—¿Quieres ir hoy a verlo? Puedo llevarte luego en coche.

—¿Harías eso por mí? —Mi voz salió aguda, un poco por la sorpresa, porque él odiaba los hospitales y los lugares concurridos en general, y otro poco por la ilusión repentina que me azotó. Porque deseaba hacerlo, pero en aquella ocasión no quería hacerlo sola.

—Claro.

Y salté a su cuello, cubriéndole la cara de besos sonoros que lo hicieron reírse a carcajadas roncas que le brotaban del pecho.

—Te quiero, niño triste.

Tristán sonrió.

* * *

Marco no se encontraba en su planta. Lo habían trasladado a la unidad de cuidados intensivos. Aun así, estuvimos allí una hora, mirándolo pegados al cristal. No había más que una enfermera cuidándolo, pendiente de él y de sus constantes, pero no vimos a nadie a su alrededor visitándolo.

Sentí incomprensión y pena por él. También me reconfortó el haber ido, porque, aunque no pudiera vernos, deseaba pensar que sí que sentía nuestra presencia, acompañándolo.

No hablamos.

Yo, porque no sabía qué decir, ni siquiera sabía muy bien qué estaba haciendo allí, y Tristán... porque Tristán no hablaba nunca demasiado si no tenía nada interesante que decir.

El chico parecía más pequeño que nunca. Tenía quince años y, allí tumbado y rodeado de tubos, dormido y sin apenas más que una ligera pelusilla castaña en la cabeza, me pareció que no podía tener más de diez.

Asustaba.

La fragilidad de la vida siempre lo hace.

* * *

Volvimos caminando. La noche era fría, así que metí la mano en el bolsillo de la cazadora de Tristán y él hizo lo mismo con la suya, agarrando mis dedos y dejando caricias con el pulgar en la palma.

Su calor y su tacto enseguida me calmaron.

—¿Quieres que volvamos mañana?

—No. Creo que prefiero esperar a que mejore para poder ponerle la nariz roja yo misma hasta que se queje de lo pesada que soy. Porque lo hará, ¿verdad? —La voz me tembló.

—Claro que lo hará. Ese crío aún tiene mucha guerra que dar.

Apreté su mano con fuerza, agradeciéndole que estuviera a mi lado en aquello. Bueno, siempre lo estaba. Tristán y yo éramos como dos peces en una pecera que siempre nadaban en la misma dirección. No sé por qué nos veía así, como peces. Quizá porque un día habíamos visto en una película a uno de esos pequeñitos, casi minúsculos, que nadan pegados a otro más grande, como guiándose por él. Pues eso éramos el uno para el otro, un pez rémora

siguiendo a nuestro propio tiburón.

No suena muy bonito, pero a mí me lo parecía.

—¿Quieres que cenemos por ahí? Tú y yo solos, para brindar por Marco —me preguntó—. O podemos coger una botella e irnos a la playa, aunque mañana madrugo y no debería.

—Prefiero la cena.

—Bien.

Era una gran idea, pero entonces la vi. Iluminada al final de la calle de enfrente. Esperándome.

Y sonreí.

La vida nos manda señales constantemente; sólo es cuestión de tener los ojos muy abiertos para no pasarlas por alto.

—Oye..., ¿te importa si lo dejamos para otro día?

—Claro. ¿Tienes algún plan mejor que comer pizza grasienta conmigo? —Acompañó la pregunta con un puchero que le borré con los dedos.

—Hoy necesito hacer algo. —Le di un beso en la mejilla y crucé la calle—. ¡Hasta mañana!

—¡Ten cuidado, Lolita!

Lola y las vueltas

Nunca antes había entrado en ninguna. El cartel iluminado que indicaba el nombre del local tenía una de sus letras rotas y en realidad se leía *LAVANDERÍ*, como si fuera una palabra inventada que en mi mente tenía acento francés. Era grande y no había más que tres personas, una chica sacando su ropa de una secadora y dos hombres esperando sentados en los bancos, con un libro entre las manos. La voz de Hozier cantando *Like Real People Do* se mezclaba con el sonido de las máquinas, formando una banda sonora propia.

No sabía muy bien qué hacía allí, pero no había podido evitarlo. Y más aún después de haber pasado la tarde observando a Marco, acompañándolo en silencio y deseando que me sintiera cerca, que supiese de algún modo que no estaba solo, que aunque nos separase un cristal yo le estaba dando la mano y tirando de ella.

Necesitaba entender qué era lo que el chico de la sonrisa hacía en un local como aquél y si funcionaría para mí del modo en que lo hacía para él.

Era una tontería, lo asumo, pero, en ocasiones, de ellas surgen cosas bonitas. Igual que los actos que parecen poco importantes, como lo era aquél, se convierten en especiales.

Me senté en un banco, frente a una de las lavadoras que estaba llena, pero enseguida me sentí incómoda observando una ropa que no me pertenecía, así que me acerqué a una de las máquinas vacías y leí las instrucciones con calma.

Finalmente, saqué una moneda del bolso, me quité el jersey y lo metí dentro. Era incapaz de sentarme delante de una lavadora vacía sin sentirme ridícula.

Cuando comprobé que el lavado sencillo comenzaba, me senté, y lo hice, lo observé.

Se convirtió enseguida en una pequeña mancha rosa girando sin descanso.

Y, no lo sé, supongo que funcionó.

Allí, viendo cómo daba vueltas y vueltas, me sentí bien. Tranquila. Calmada. Sola, pero no de un modo negativo, sino de ese modo que te enseña que la soledad puede disfrutarse; que uno mismo, en ocasiones, puede ser la mejor compañía.

Y que, pase lo que pase, el mundo gira, sin descanso.

Aunque otros aguarden en una habitación de hospital.

Volví dos noches esa semana. Lo hacía cuando caía el sol, porque todo parecía más relajante y apenas había gente. Llevé ropa mía y las sábanas de Tristán para hacer bulto e hice la colada, y descubrí que había algo que me relajaba más que ver las vueltas, y eso era meter la mano en la secadora cuando la abría y tocaba las prendas ya limpias, secas y esponjosas. Esa suavidad casi irreal.

Sin saber muy bien cómo, se convirtió en una rutina en mi vida que a día de hoy conservo. A veces voy, me siento y observo la ropa girar, recordando un pasado que parece guardado a buen recaudo dentro de esos grandes electrodomésticos. Y hacerlo me lo recuerda, que el mundo sigue, sin descanso, aunque una parte de nuestra vida se congele para siempre.

Recuerdo que, en aquella primera visita a la lavandería, pensé que quizá, algún día, compartiría con él mi secreto de la secadora. Y si no lo llegaba a hacer, tampoco importaba, porque descubrir que aquello me reconfortaba ya había resultado ser algo positivo.

Un acto tonto convertido, de repente, en especial.

* * *

Un viernes, Marco volvió a la planta.

Habían pasado tres semanas desde aquel susto y, al miércoles siguiente, antes de la función, nos explicó a todos que su ausencia la había provocado una neumonía intrahospitalaria.

Era sorprendente verlos hablar entre ellos de términos médicos como si tal cosa; parecían adultos en miniatura. Yo admiraba su entereza, su capacidad de afrontar esa realidad que les había tocado, sus ganas de seguir, pese al equipaje que cargaban, la conciencia de la muerte que tenían, tan arraigada, tan parte de su vida.

Aprendía cada segundo que pasaba a su lado.

Me puse mi disfraz y decidimos entre todos que aquel día le dedicaríamos el número a Marco; qué menos que una fiesta en su honor después de lo superado. Se respiraba alegría y esperanza, y yo me esforcé más que nunca para intentar transmitirles lo mismo.

Sus risas consiguieron que fuera un buen día.

Cuando ya me marchaba, con mi maletín al hombro y restos de pintura en la cara, me lo encontré saliendo del ascensor. No había vuelto a verlo y, aunque a veces pensaba en él y en aquellos encuentros extraños, tampoco lo había echado en falta en esas semanas.

Supongo que no se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido, aunque sí las sensaciones que provoca el deseo de tenerlo.

La tentación de preguntarle a Marco por él había sido alta, pero al final había aceptado que habría estado fuera de lugar y había preferido dejar el tema en manos del destino.

Y allí estaba, con un abrigo verde oscuro y el pelo revuelto por el fuerte viento que nos había traído el mes de marzo.

Me parecía increíble que hubieran pasado casi dos meses desde el primer día que nos habíamos visto. El transcurso del tiempo a veces parece un suspiro y otras una eternidad, lo que no tenía muy claro era si con él se trataba de una cosa o de la otra. O de todo a la vez.

—Hombre, el chico de la sonrisa bonita. —Él cumplió, regalándome una—. ¿Cómo te va todo?

—Bien, chica de la nariz roja. ¿A ti?

Alzó un dedo y señaló mi mejilla; yo froté con la manga de mi cazadora, tiñéndola de rosa. Siempre regresaba a casa con algún resto de pintura o purpurina en el pelo.

—Siguen riéndose de las estupideces que hago, así que no puedo quejarme.

—Son un público entregado.

—El mejor.

—Y Marco ha vuelto.

—Sí, es fuerte.

Nos quedamos fijos uno en el otro, buscando dentro de nuestra cabeza algo que decir que tuviera sentido en ese momento, deseando volver a compartir unos minutos, pero yo no encontré nada. Porque no había nada. Sólo las sensaciones. Sólo las ganas. Sólo los «¿y si...?» hipotéticos que flotaban cada vez que nos chocábamos. Porque eso hacíamos, chocar, como si alguna fuerza nos hiciera cruzarnos sin poder evitarlo.

—Creo que tengo que darte las gracias.

—No es necesario. Sólo te acompañé, nadie merece estar solo en un momento así —le dije, quitando importancia al hecho de haber estado a su lado cuando todo se derrumbaba a su alrededor.

Lo que nunca me habría imaginado es que no se trataba de eso.

—No me refería a mí. Me han dicho que visitaste a Marco.

—¿Cómo sabes que fui yo?

Pero no me respondió; sólo sonrió. Y atisbé algo diferente en su mirada. Agradecimiento mezclado con otras cosas mucho más intensas que me hicieron estremecer.

El pitido del ascensor nos indicó que era el momento de

marcharme. Yo no lo había llegado a llamar, pero alguien había parado en la planta, así que no tenía mucho sentido no entrar en él y desaparecer.

—¿Ya te vas? —me preguntó, pese a que fuera obvio.

Y pensé en mentir y decirle que no, que aún pensaba quedarme por allí un rato, pero no lo hice, porque había decidido no forzar la situación. Aceptar sus negativas. Mostrarme más madura que la Lola caprichosa que cuando deseaba algo, simplemente, lo cogía.

—Sí, ya he terminado. Te has perdido la función. El siguiente pase será el miércoles que viene. —Fue a decir algo, pero lo corté antes de tiempo—. Y, no, no es una invitación. Sólo te informo para que puedas esconderte, si quieres.

Me giré y me fui, sintiendo su mirada en mi espalda antes de entrar en el ascensor y darme la vuelta; al hacerlo, su sonrisa y el brillo de sus ojos me confirmaron que no me equivocaba, que no había dejado de observarme.

Y no sé qué fue, si el paso del tiempo sin vernos o mi cambio de actitud, que había pasado de ser directa a dejar que la vida fluyera. O quizá mi descaro al contestarle y decir en alto que intuía que había intentado huir de mí. O puede que el detalle de haber visitado a Marco hizo que me viese de un modo distinto. No lo sé, pero algo cambió, giró, y mi mundo se puso patas arriba sin poder siquiera prepararme para ello.

Un centrifugado en toda regla.

* * *

—Hola, Marco. ¿Cómo ha ido la semana?

—Bien, el doctor dice que los análisis han mejorado.

—¡Choca esos cinco!

Alcé mi mano y él la golpeó con la suya, sonriendo, pese a que hizo una mueca de desagrado que me resultaba entre insoportable y graciosa a más no poder. A veces se me olvidaba que tenía quince años y que yo lo trataba como a los pequeños; aun así, era un gran chico, porque me seguía la corriente con mis tonterías con facilidad y sin quejarse; al menos, no demasiado.

Tenía mejor aspecto, su piel había vuelto a retomar su color natural y sus mejillas estaban un poco más llenas, aunque seguía débil y aquella tarde se había quedado en la cama, perdiéndose la función. Ignoré que se hubiese mostrado hasta agradecido por perderse mis payasadas.

Yo no había podido evitar pasar a verlo con mis propios ojos;

necesitaba comprobar que estaba bien. Había comenzado a sentirme más unida a él, como si un lazo invisible hubiera enlazado nuestros cuerpos desde aquel bajón que lo había llevado a la uci. Además, a él parecía gustarle que le prestase atención.

Lo que nunca me habría imaginado es lo que pasó a continuación.

Marco se agachó y sacó algo de un cajón de la mesilla que había a su derecha.

—Toma. Esto es para ti.

—¿Qué es?

Abrió el puño y me tendió una nariz roja de gomaespuma como la que yo usaba para las actuaciones, pero no era la mía. Era otra. Otra que significaba algo que aún no comprendía, pero que llegaría a ser esencial en mi vida. Tendemos a hacer eso sin darnos cuenta, dar significado a simples objetos que sólo son eso hasta que dejan de serlo, hasta que los llenamos de emociones y se convierten en otra cosa, en algo especial.

Como sucedió con aquella nariz roja.

De la abertura central para colocarla salía un pequeño papel. Tiré de él y me encontré con una nota de su hermano.

Fue la primera vez que vi su letra, torcida, algo irregular y no muy bonita.

Mi corazón empezó a latir desbocado.

> Quizá perdí mi oportunidad de pedirte el teléfono, pero todavía puedo invitarte a otro café, si me dejas. Uno de esos en los que lo que importa es la compañía.

Sonreí como una quinceañera, di un par de saltitos en mi sitio por la emoción y Marco puso los ojos en blanco mientras le enseñaba la nota, que, con total seguridad, él ya habría leído.

Lo incomodaban un poco los temas emocionales; estaba en esa edad en la que fingía ignorar a las chicas, pero, a la vez, lo avergonzaba estar cerca de ellas y las adoraba en silencio.

Quizá cualquier otro chico habría estado mucho más espabilado en ese aspecto, pero su realidad le había impedido disfrutar y aprender muchas cosas relacionadas con esa época de la vida. Llevaba prácticamente dos años encerrado en un hospital y, allí dentro, todo cambiaba.

—¿Cómo se llama? —le pregunté, porque no lo soportaba más, necesitaba saberlo.

—He prometido no decírtelo.

Fruncí el ceño. Él parecía divertido por mi reacción. A mí no me

hacía ninguna gracia no salirme con la mía.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Si quieres saber mi opinión, a mí me parece una cursilada, pero prefiere que lo llames «chico de la sonrisa bonita». Tampoco ha querido saber el tuyo.

—Así que ésas tenemos, ¿eh? —Saqué la libreta que siempre llevaba en el bolso y un bolígrafo, y escribí por un lado mi número de teléfono y, por el otro, una única frase, antes de meterla de nuevo dentro de la nariz y devolvérsela a nuestra celestina particular—. Toma, dale esto la próxima vez que venga. Dile que es de parte de la chica de la nariz roja.

Ya puede ser bueno ese café.

* * *

Me pasé siete días en vilo. Esperando. Mirando el teléfono cada cinco minutos, comprobando mis mensajes y la lista de llamadas, y descubriendo con pesar que no había recibido nada.

Nada.

Se me pasó por la cabeza lo gracioso que podía llegar a ser el karma, porque yo siempre había estado en el otro lado, con números de teléfono de hombres en mis manos que nunca llegué a marcar, y era la primera vez en mi vida que estaba en la situación contraria. Y esperar es un asco. Eso aprendí.

En realidad, hasta me lo merecía.

El enfado daba paso a la desilusión a ratos. Otros, volvía con fuerza, demostrándome que tenía un orgullo muy arraigado. Al final, por mucho que me pesase, llegué a la conclusión de que se habría arrepentido o incluso quedado conmigo, posibilidad que me cabreó mucho más, pero, cuando llegó el miércoles siguiente y entré en el hospital, Marco me recibió con una sonrisa nerviosa y una nueva nota en la nariz roja.

Me olvidé de todo, de mi enfado, de mis dudas y de todo lo asociado, porque aquello era infinitamente mejor.

Podría haber usado mi número de teléfono para comunicarse conmigo, pero prefirió hacerlo de esa manera, como si fuera un juego sólo nuestro. Además, Marco parecía emocionado por aquellos intercambios, como si formaran parte de un secreto, de una aventura en la que tenía un papel protagonista, y supuse que también lo hacía así por él.

De algún modo, eso fue Marco, un conector para nosotros, un puente que cruzar para encontrarnos con algo para lo que no estábamos preparados, pese a que lleváramos toda la vida

buscándolo.

Abrí la nota y sonreí. Marco se metió conmigo por la expresión de mi cara, pero, en el fondo, parecía contento, más de lo habitual, como si aquel coqueteo entre nosotros le agradara. Como si fuese algo bueno.

* * *

Me había citado en una pequeña cafetería del centro. Había ido una vez allí con Elena, que era una enamorada de los *cupcakes*, y en aquel local decían hacer los mejores de la ciudad. Era verdad, estaban buenísimos y el café también, pero poco me importaba en realidad; creo que podría haber quedado conmigo debajo de un puente para beber barro del de verdad que hubiera sentido las mismas ganas de comprender qué significaba todo aquello.

Estaba exultante.

Tardé una hora en decidir qué ponerme y, al final, me decanté por meter a Elena en mi armario y que ella decidiese por mí. Eligió unos vaqueros negros y una camisa de seda blanca sin mangas con una lazada a la espalda. Tacones y abrigo. El pelo suelto y un maquillaje suave.

Cuando entré, ya estaba allí. Lo vi sentado de espaldas y aproveché para observarlo antes de acortar la distancia y sentarme frente a él. Llevaba vaqueros y una camisa en color crudo, y se calentaba las manos en una taza enorme de café. Sencillo y, al menos en apariencia, tranquilo. El pelo se le rizaba en la nuca de un modo muy gracioso; daban ganas de desenredarlo con los dedos.

Cogí aire y me acerqué.

Al verme, parpadeó y sonrió, como si no se creyese aún del todo que yo fuera a acudir al encuentro. Quizá como si algo dentro de él tuviera la esperanza de que no lo hiciese. O todo lo contrario.

No estaba muy segura. Su actitud me descolocaba. Era como ir de cero a cien en un segundo; todo o nada; me movía de un lado a otro de un medidor que ni siquiera estaba muy segura de qué era lo que señalaba.

No obstante, aquello, en vez de hacerme pensar en huir, me hacía querer descubrir más, arrancar otra capa y averiguar qué era lo que iba a encontrarme debajo. Siempre he sido una enamorada de las sorpresas, de las cosas inesperadas, de los giros de la vida, y aquél fue sin duda el más violento que he experimentado hasta la fecha.

—Has venido.

—Me habías prometido un café decente.

—Éste lo es.

El camarero se acercó y pedí un capuchino. También un trozo de tarta. Tenía hambre, porque a mí los nervios siempre me han dado ganas de comer y prefería tener la boca llena antes de no saber qué decir y soltar lo primero que me viniera a la cabeza.

Se marchó con la comanda y nos quedamos de nuevo solos. Callados. Sin nada con lo que llenar el silencio, aunque yo tampoco echaba en falta hacerlo. Parecía casi una costumbre entre nosotros. Y nos miramos, uno frente al otro, con las manos sobre la mesa, hasta que las sonrisas salieron solas, algo más tímidas que en el hospital, porque allí todo era diferente. Allí no había niños jugando que ocuparan ese silencio con sus risas. Allí no éramos el chico que visitaba a su hermano y la que actuaba para ellos con una nariz de payaso y pintura en la piel. Allí sólo éramos Lola y... y... y él. Un chico y una chica que se atraían de un modo que no comprendían demasiado bien.

Me fijé en sus manos; tenía las uñas cortas y cuadradas, bonitas. Una de ellas golpeaba el borde de la mesa con insistencia, como si estuviera inquieto. Yo también lo estaba, aunque creo que no se me notaba, sólo lo sentía por dentro, en las tripas, haciendo nudos que esperaba poder deshacer en algún instante.

Tuve que preguntárselo, no fui capaz de aguantar más.

—¿Estás nervioso?

Paró el movimiento de su mano y se mordió el labio, suspirando. No parecía cómodo del todo con aquel encuentro, pero, entonces ¿por qué lo había hecho?

Había algo que se me escapaba.

Después lo soltó, a bocajarro, y clavó los ojos en los míos, llenos de interrogantes, como si yo tuviera las respuestas y fuera a dárselas en cualquier momento.

Pero no. No las tenía.

Eso era lo bonito. Lo especial. Lo mágico de todo aquello que nos guio hasta ser lo que acabamos siendo.

—Sí. No entiendo muy bien qué es esto.

—Yo tampoco.

Y no pude evitar sonreír más ampliamente.

—Vale.

—Vale.

Él me devolvió el gesto.

—Y... ¿qué hacemos aquí? —preguntó.

No lo sabía, lo único que veía es que, por algún motivo que no

comprendía, ninguno podía dejar de sonreír. Sobre todo, yo. Y a él, aunque dudase, aunque su cabeza no parase de dar vueltas, acababan por escapársele; las sonrisas; las más bonitas.

Se nos suele olvidar, pero a veces es bastante simple; todo, la vida, el amor, las sensaciones que arrastran las situaciones.

Es simple.

Provocar sonrisas sin querer ya debería significar demasiado.

—Tú me has invitado después de dos negativas. ¿Por qué lo has hecho?

—Tampoco lo sé. Nunca he actuado así. Sólo...

Se calló, pero lo apremié. Deseaba saberlo, aunque cupiera la posibilidad de que no me gustara la respuesta.

—Sólo, ¿qué?

—Me arrepentí de no habértelo pedido. No el primer día —especificó, dando una patada a mi ego—, pero sí el segundo.

—No era el momento. No estuvo bien que tonteara contigo estando donde estábamos y con Marco en la cuerda floja.

—No, no lo estuvo, pero eso no evita que me arrepintiera ni que me gustase que insistieras.

—¿Y ahora te arrepientes de haberlo hecho? —pregunté, con la duda reflejada en mis ojos.

—Un poco.

Eso me desinfló, y él lo notó. Alargó su mano al instante y rozó la mía.

Fue la primera vez que me tocó. Al menos, siendo conscientes ambos del acto y de lo que suponía. Sentí un estremecimiento y no quise que la apartara, pese a que lo hizo tan rápido que fue como si aquel contacto no hubiese existido.

—Yo, no. —Resopló, exasperado ante la firmeza de mis palabras—. No suelo arrepentirme de las cosas. Siempre se hacen por algún motivo.

—Ni siquiera sé tu nombre, ¿no lo ves? Esto es... —Levantó las manos y las dejó caer sobre la mesa.

La situación se complicaba. Siendo honesta, aquello no iba como esperaba, pero de alguna manera lo entendía, porque no todo el mundo vale para esa clase de juegos y, además, nos habíamos conocido en una situación un tanto extraña y agridulce, con Marco de por medio. Pensé que quizá incluso se sentía culpable.

Lo que tengo claro, tanto entonces como a día de hoy, es que la magia fluye, se expande si la dejas, pero no cualquiera está preparado para vivir una experiencia especial; como un flechazo; como lo que sea que fuimos.

Me cuesta hasta darle forma con las palabras.

Entonces, se me ocurrió algo. Si funcionaba, bien, y si no..., pues al menos podríamos decir que lo habíamos intentado. Me metí el trozo de tarta que quedaba en la boca y después me bebí el café de un trago; aún quemaba levemente, pero ni eso me importó.

—¿Qué estás haciendo? —Al pensar que iba a marcharme, quizá indignada por su confesión, se disculpó; pareció apenado; no lo entendía, decía que se arrepentía de haberse dejado llevar y a la vez deseaba retenerme—. Lo siento, no...

Le cubrí los labios con dos dedos y sonreí. Fue la primera vez que yo lo toqué a él. Sentí su piel bajo la mía, cálida y suave.

En aquel momento no nos dimos cuenta, pero ambos fuimos incapaces de no tocarnos desde un principio; era como si nuestras pieles se llamasen, se reclamasen, se echasen de menos antes de conocerse.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a salir de aquí y voy a volver a entrar como si fuera la primera vez. Y nos vamos a presentar, como dos personas normales que han quedado empujados por sus amigos en una cita a ciegas que no desean, pero que, en el fondo, han aceptado por algo. Por una chispa. O por una intuición. Llámalo como quieras. —Asintió. Yo no retiré mis dedos, ni siquiera cuando sentí la humedad de su lengua un instante fugaz; entonces lo confesé, sin más, aunque me tomara por loca, porque ahí estaba, esa electricidad que había viajado por mi dedo simplemente al sentirlo acariciándome—. Porque yo lo he sentido, al conocerte, ese *algo* que quiero descubrir si de verdad existe. Y no quiero marcharme con esta sensación de decepción que ahora mismo me llena el pecho y me pide que me vaya a casa. No quiero irme y darme cuenta tarde de que me he equivocado por hacerlo. ¿De acuerdo?

Se quedó unos segundos observándome. Su ceño estaba ligeramente fruncido, como si no se pudiera creer lo que tenía delante y, al fin, asintió con un leve movimiento de la cabeza.

En ocasiones, cuando más me duele, pienso que ojalá hubiese dicho que no.

Y lo hice. Me di media vuelta, me puse el abrigo y salí, como si nada.

Al sentir el frío de la noche en mis mejillas, solté el aire acumulado en un resoplido muy poco femenino. Y me reí. No sé por qué. Se me escapó una risilla nerviosa mientras miraba al cielo y, después, cogí aire de nuevo y abrí la puerta, poniendo mis aptitudes escénicas a trabajar, mirando a mi alrededor, como si de verdad

estuviera buscando a un desconocido con el que me hubiese citado, en una encerrona, mi mejor amigo.

Al encontrarme con su mirada atónita, saqué a relucir la mejor de mis sonrisas y me acerqué.

—Hola, ¿eres el amigo de Tristán? —Él no abrió la boca, supongo que pensó que estaba loca, pero tragué saliva e insistí, cruzando los dedos mentalmente para que lo hiciese; quizá para que estuviera tan loco como yo. Al final resultó que lo estuvimos; locos, los dos—. Mi cita a ciegas. Dime que no me he equivocado al saludarte y estoy haciendo el ridículo de mi vida.

Puse cara de circunstancias y entonces su expresión cambió, y lo hizo, me siguió el juego, sin saber que aquello era el comienzo de algo de lo que un día llegaría a arrepentirse.

No importó.

Hay cosas que tienen que ser, que deben ser. Nosotros fuimos una de ellas.

—Soy yo.

—Ah, qué alivio. —Respiré con dramatismo; él no dejaba de sonreír—. Mis opciones eran: el chico guapo de la mesa o el octogenario de la barra. Me alegro de que seas tú. Soy Lola.

Le tendí la mano y él la apresó, mientras repetía mi nombre en un susurro:

—Lola.

—Sí, ¿y tú? ¿Tienes nombre? ¿O tengo que llamarte «el chico guapo de la mesa» todo el tiempo hasta que tu ego explote?

Nos reímos. Aquello estaba bien.

—Unai. Me llamo Unai.

Unai.

Lo memoricé. Lo repetí en mi cabeza. Lo analicé, como si por separarlo en sílabas o letras pudiera decirme algo más de lo que suponía aquello.

Siempre hacía eso, darles más importancia a las cosas de la que tenían, a las palabras, a los símbolos. Llenarlos de vida de forma anticipada, antes de que de verdad empezaran a importar.

—Encantada. Bueno, ¡me muero por un café!

Me senté y llamé al camarero. Él nos miró un poco raro, porque acabábamos de pedir, pero enseguida se acercó solícito. Entonces, Unai, el chico de sonrisa bonita al que por fin le ponía nombre, se aproximó un poco, para confesarme algo casi pegado a mi oreja.

Sentí su aliento en mi piel y, de algún modo, lo supe. Rápido y seguro, como me había ocurrido con las personas más importantes de mi día a día, como con Elena y Tristán, supe que él era especial.

Que lo sería. Que estaba destinado a serlo, al menos en mi vida. Para mí.

Es algo que no necesita mucho tiempo, es más como una sensación repentina, una caricia en un trozo de piel nunca antes tocado, una certeza que nace de repente y se asienta en la base de tu estómago, echando raíces.

—Deberías pedir la tarta de la casa, dicen que está muy buena.

Me eché a reír, porque acababa de comerme un trozo enorme de chocolate y no creía que fuera capaz de repetirlo sin vomitar, pero lo hice. Pedí otro trozo, sorprendiéndolo, y lo compartimos. Era de manzana y nueces. Lo mismo ocurrió con las miradas. Y con las sonrisas. Y con las conversaciones que al principio se iniciaron lentas y algo inseguras, para después parecer interminables.

Aquella tarde de comienzos de primavera, en una cafetería como otra cualquiera de una ciudad de tamaño medio, un chico y una chica se conocieron.

Unai y yo lo hicimos, nos conocimos; empezamos a hacerlo. Y no hablo de las palabras pronunciadas, sino de todo lo demás que nos dijimos con el cuerpo.

Estudiamos nuestros rostros. Nuestros gestos más comunes; como cuando yo me enredaba un mechón de pelo entre los dedos o como su manía de buscar granos de azúcar en la mesa con las yemas de los suyos. Descubrí que le salían unas arrugas alrededor de los ojos cada vez que se reía y él me dijo que, de entrada, intimidaba un poco, porque los míos eran demasiado grandes, pero que le gustaban, porque no podía dejar de mirarlos.

No recuerdo muy bien muchas de las conversaciones, más tontas que otra cosa, pero ni siquiera me importa ahora.

Y no salimos de allí. No nos hizo falta. Sólo dejamos pasar las horas, hablando de nosotros, de lo que éramos, de lo que habíamos sido y de lo que pretendíamos llegar a ser. Sin entrar en demasiados detalles, únicamente dejándonos guiar por esa espontaneidad que a veces surge sin motivo.

O eso creí, porque nunca imaginé que lo que Unai decidió ocultar fue, al final, lo que más nos definió.

—Así que actriz.

—Sí, ¿no se ha notado? Aunque aún no he tenido muchas oportunidades más que fingir citas a ciegas.

—Llegarán.

Asentí, porque estaba convencida de ello. Al menos, creer en mi sueño me daba fuerzas para no desistir y seguir intentándolo.

Habíamos salido de la cafetería y Unai había decidido

acompañarme a casa. Caminábamos ambos con las manos en los bolsillos del abrigo, pero las mías me quemaban de las ganas de coger las suyas.

Siempre me ha gustado ir de la mano de la gente que me importa, no como un acto sólo romántico, sino como conexión y complicidad, y con él lo sentí muy pronto. Como todo lo demás.

—Yo nunca te habría imaginado dirigiendo una empresa.

—Vendo pisos, no puede decirse que sea muy emocionante.

Me había contado que tenía una pequeña inmobiliaria. No era un trabajo muy emocionante de entrada, pero era sólo eso, un trabajo que no respondía a una vocación como intentaba que fuese el mío. Por cosas como ésa enseguida nos dimos cuenta de que éramos muy diferentes, pero eso nos hacía desear saber más aún del otro. Como si fuésemos una sorpresa continua.

No pude evitar imaginármelo con traje y detrás de una mesa de despacho, y lo miré, alzando una ceja con una expresión de lo más insinuante. Porque sí, me imaginé mucho más que eso. Y ya he dicho que yo no era de callarme las cosas. Y se palpaba algo que me animaba a ser yo, sin más y sin pensar en las consecuencias de serlo.

Conexión. Ganas.

—Tienes un despacho, ¿no? Con una mesa de esas de las que tirarlo todo al suelo en un arrebato y sentarme encima.

Unai tragó saliva.

—Claro.

—Es posible que algún día te haga una visita.

—Lamento decirte que no hay paredes, sólo cristaleras, y que mi socio suele estar siempre en la mesa de enfrente.

Chasqueé la lengua.

—No estropees mi fantasía. —Me acerqué un poco a él; sus pupilas estaban dilatadas, porque fue inevitable que también se lo imaginase, pero de pronto se tensó, como si hubiera recordado algo, y apartó la mirada—. ¿Qué pasa ahora?

—Nada.

—¿Por qué me da la sensación de que cada vez que me acerco a ti tú reculas? —Se le notaba la forma de la mandíbula, marcada por una tensión que no comprendía, por ese «quiero y no quiero» contra el que lo había visto luchar desde el primer encuentro casual; me encantaban las sorpresas, pero odiaba los acertijos y él era uno en sí mismo—. Suéltalo ya, Unai. No soy una persona a la que le guste marear la perdiz de forma innecesaria.

Fui tan directa que mi voz sonó cortante, pero los disfraces no

iban conmigo, al menos no lo hacían fuera del trabajo, así que lo único que deseaba era que me dijera lo que fuese que no lo abandonaba ni un segundo estando a mi lado.

Entonces se paró y yo lo imité. Estábamos cerca de un parque. Dentro había columpios, un puesto de castañas que sólo abría en invierno y, en la parte central, un tiovivo de aspecto antiguo. Estaba apagado y, pese al aspecto triste y viejo que daba sin su música y sus luces de colores, me pareció precioso, por todos los momentos bonitos y las risas que guardaba.

Solía hacer eso, ver más allá, buscar resquicios de luz en lo que me rodeaba, aunque estuviera vacío, aunque sólo quedara una nostalgia casi atrapada.

Unai siguió mi mirada y clavó la suya en uno de aquellos caballos que parecían dormidos. Luego suspiró con fuerza y se enfrentó a mí.

—Lola, yo no voy a salir contigo. No estoy en ese momento.

Me puse rígida. Sentí hasta un frío repentino que no sabía de dónde había salido. No fueron sólo sus palabras, sino también la firmeza que irradiaban, su determinación, la seguridad de que cumpliría aquello, por mucho que se sintiera atraído por mí, lo que era innegable para ambos.

Me abracé a mí misma, cruzando los brazos por encima del pecho, y me encaré con él.

Estaba enfadada. Y decepcionada. Y confundida, porque no llegaba a comprenderlo del todo. Pero, por encima de cualquier otra cosa, estaba desilusionada.

—Entonces ¿por qué me has invitado hoy?

—No lo sé, ya te lo he dicho. Fue un acto impulsivo. Y, créeme, no soy una persona impulsiva.

—Te arrepientes.

Y no fue una pregunta, fue una afirmación. Y no lo entendía. La forma de mirarme, como si quisiera comerme. El caminar despacio, como si aún no quisiera llegar a casa y que aquel encuentro terminase. Las sonrisas que se escapaban cada vez que yo abría la boca.

Sus palabras no concordaban con su actitud.

Di un paso hacia él.

—No me arrepiento, pero quiero dejarte las cosas claras. Me llamas la atención, Lola, pero no quiero comprometerme con nadie.

Pensé en que era otro alérgico al compromiso más. Otro cobarde que prefería escudarse en una relación informal y sin etiquetas a afrontar lo que sentía. Estaba bien, yo también era así, pero saber

aquello me cabreó.

No obstante, ni siquiera me importó.

—Yo tampoco estoy en ese momento, por si te interesa saber mi opinión, pero cuando me gusta algo, lo quiero —respondí con franqueza—. Es simple.

—Y yo te gusto.

Di otro paso.

Unai se tensó, pero no se apartó.

—Sí, y ahora mismo no me preguntes el motivo, porque no me lo estás poniendo fácil y suelo huir de lo complicado.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

Otro paso.

Estaba a muy poco de tocarlo. Apenas nos separaba un palmo. Con los tacones, casi le llegaba a la altura de los labios.

—¿Qué buscas? —susurró, y su aliento golpeó mi nariz.

—Divertirme. Disfrutar. Quizá besarte.

—Besarme.

Nuestros rostros se acercaron de repente, imantados por mis palabras, o por lo que fuera que tiraba de nosotros, esa conexión instantánea, esa sensación que no entendía.

No nos tocamos.

Seguimos cada uno con los brazos lejos, aunque nos quemaran las ganas de rozarnos. Sólo juntamos las caras sin querer controlar aquello; la mía, levemente alzada; la suya, mirando hacia abajo. Hasta que sentí el tacto de su nariz.

Ahogué un jadeo.

Y me aparté, porque no quería que fuese así. Porque quería que él no sólo lo desease, sino que lo hiciera a conciencia sin arrepentirse después.

—Sí. Quizá. Y he decidido que acabaré haciéndolo. Voy a besarte, Unai, pero no ahora. No es éste el momento que quiero.

Lola y las sensaciones

Eran cerca de las once cuando recorríamos mi calle. Apenas habíamos hablado en todo el camino. Fue como si aquel momento que yo había roto porque no me parecía lo suficientemente perfecto, o por capricho, qué sé yo, se hubiera llevado consigo todo lo demás. Me molestaba la decepción asociada, pero tampoco me arrepentía; no solía hacerlo; aunque sí que me dolía el haberlo tenido tan cerca y habérnoslo negado.

Además, ya he madurado lo suficiente para confesar que su sinceridad, en aquel instante, me dolió. Quizá actué como una niña arrogante a la que le dicen que las cosas no son como desea y ella se enrabieta, es posible, pero nunca he dicho que fuese perfecta. Todo lo contrario.

Cuando llegamos a la puerta, yo estaba bastante ausente y daba vueltas a todo lo sucedido.

—Lola, ¿es aquí? —me preguntó al ver que me paraba de repente frente a la verja de color granate con el número siete pintado en un lateral.

Simplemente, asentí. Después cogí aire y me despedí.

—Gracias por acompañarme. Y por el café. Tenías razón, la tarta estaba deliciosa.

—De nada.

—Ya nos veremos.

Ni siquiera sabía qué decir. Al igual que era de las que se enfrentaban a lo que sentían, también huía cuando algo me incomodaba, y aquella situación lo hacía.

Saqué las llaves y abrí la verja.

Vivíamos en un adosado dentro de una pequeña urbanización en un barrio residencial. No estaba muy lejos del centro; de hecho, solía ir caminando siempre que podía.

Lo habíamos alquilado Tristán y yo al poco de conocernos. Al principio lo compartimos con otro chico, pero la convivencia no resultó y probamos con Elena, que encajó en nuestra vida tan bien que parecía que habíamos sido tres desde siempre.

Me encantaba aquella casa, aún pienso en ella con el cariño del que encontró entre sus paredes un refugio que un día perdió. Olía a eso, a seguridad, a hogar, a sentirse bien, y la llenamos de

recuerdos que a veces regresan con fuerza para recordarme todo lo que terminó.

Vi las luces de la cocina encendidas y, tras las blancas cortinas, la sombra de Tristán fumando sentado en la isleta. Estaba trabajando. Solía ponerse allí de noche con todos sus bártulos, cuando no nos molestaba; decía que la luz era mejor y que le gustaba el sonido de la nevera; según él, aquel zumbido lo ayudaba a concentrarse. Todos tenemos nuestras rarezas.

—Es bonita.

Unai observó el pequeño jardín de la entrada y se pasó la mano por el pelo, nervioso. Había una bicicleta atada en un lateral que hacía demasiado tiempo que nadie usaba y unos pequeños tiestos con plantas que Elena cuidaba como si fueran sus hijas.

—Sí, lo es.

Porque era verdad y, si estaba orgullosa de algo en mi vida, era de ese hogar tan perfecto que habíamos creado entre los tres.

Suspiré y di dos pasos al interior. Estaba incómoda. No entendía qué había pasado después de la tarde tan increíble que habíamos compartido, pero se había evaporado.

«¿Y si esto ha sido todo?», me preguntaba.

A veces ocurre. Son espejismos que luego se desvanecen.

—Lola...

Me giré y no oculté mi desazón. Tampoco podría haberlo evitado, soy demasiado transparente. Parece mentira que me dedique a ponerme en la piel de otros, cuando soy incapaz de esconder lo que siento la mayor parte del tiempo.

—Supongo que nos veremos en el hospital. Seré la de la nariz roja y los zapatos enormes.

—Lo siento.

Fueron dos palabras, pero me lo dijeron todo. En ocasiones no hace falta decir mucho más, porque una disculpa abarca demasiado.

Asentí con la cabeza, le sonreí a medias y entré.

No miré atrás ni una sola vez.

* * *

No podía dormir. Llevaba una hora dando vueltas y era incapaz de conciliar el sueño.

Me coloqué de lado, de espaldas a la pared y, al final, suspiré contra la almohada. Cerré los ojos, pero, de nuevo, la imagen de Unai acercándose a mi rostro apareció en mi cabeza y volví a enfadarme.

No lo comprendía. Le gustaba, era innegable.

Entonces ¿por qué se resistía tanto?

No estaba casado ni salía con nadie; no había tardado en preguntárselo y me lo había vuelto a dejar claro diciéndome directamente que no estaba en *ese* momento. Y tampoco le había pedido nada; yo no era así. Yo me dejaba llevar y me iba encontrando con vivencias por el camino. Sólo quería conocerlo; volver a verlo; probar cómo sería besarlo; saciar esa curiosidad que me generaba; averiguar por qué se había colado de ese modo en mi cabeza. Sólo quería entenderlo. No era tan grave. No le pedía promesas ni nada que yo tampoco pudiera cumplir.

Me puse boca arriba y me destapé porque tenía calor, pese a que no lo hacía; ya estábamos en primavera, pero el frío del invierno se negaba a irse y nosotros, por aquella época, ahorrábamos en calefacción todo lo que podíamos.

Sin embargo, sólo el recuerdo de aquella tarde, los detalles y las sensaciones me provocaban un calor insoportable que se me pegaba a la piel.

Era obsesivo. No podía dejar de pensar en ello; de revivirlo segundo a segundo buscando algo, pero sin obtener ningún resultado claro. Además, me jodía la vida el que tampoco pudiera hacer nada para remediarlo, porque era él el que tenía mi teléfono y sabía dónde vivía, pero yo apenas sabía nada de Unai que no fuese que, de vez en cuando, visitaba a Marco.

A estas alturas, creo que ya ha quedado claro que no soy una persona que se lleve muy bien con la incertidumbre.

Bufé más alto de lo debido, me giré hacia el otro lado y, entonces, ocurrió.

Mucho estaba tardando...

—¡¿Quieres parar de una jodida vez?!

Tristán tampoco podía dormir. Bueno, técnicamente, yo no lo dejaba hacerlo.

Supongo que aquella noche no resultaba una compañera de cama fácil.

—No lo entiendo, Tan Tan... Estuvo a punto de besarme.

—Joder...

Se tapó la cabeza con un cojín y me ignoró, y no sólo por haber utilizado el apodo con el que siempre lo llamaba su hermana y por el que tanto nos burlábamos de él, sino porque estaba perdiendo la paciencia conmigo, y no podía culparlo. Cuando me lo proponía, podía llegar a ser realmente irritante.

Al llegar a casa, había estado un rato acompañándolo en la

cocina. Normalmente, el mero hecho de observarlo trabajar me calmaba, pero aquel día estaba más inquieta de lo habitual, así que me había animado a irnos a la cama. Cada uno a la suya. Lo que ocurría era que yo podía ser muy insistente y, después de unos cuantos mimitos y una gran cantidad de chantaje emocional por mi parte, lo había convencido de que me dejara dormir con él. No me gustaba dormir sola. Menos aún si estaba nerviosa.

—Si no quiere nada conmigo, ¿por qué lo hizo?

—No haberte apartado —replicó, deseando que me callara.

—¿Tú no te habrías apartado después de todo? ¿Tú lo habrías permitido, Tristán?

—Yo no quiero besarlo.

Chasqueé la lengua y me crucé de brazos molesta.

—Cuando te pones impertinente, no hay quien te aguante.

Suspiró con fuerza, seguramente armándose de esa paciencia que siempre tenía conmigo, y tiró el cojín al suelo antes de darse la vuelta y colocarse de costado frente a mí.

Apenas nos veíamos, pero entraba luz suficiente por la persiana a medio bajar para intuir el perfil del otro.

El vinilo aún giraba, trayéndonos el sonido bajito y lejano de una canción de desamor que parecía susurrada.

—¿Qué quieres saber, Lola?

—¿Qué habrías hecho tú en su lugar?

—Ya lo sabes. ¿Quieres que lo diga en alto?

—Ajá.

Sonrió. No sé por qué, pero necesitaba oír lo que ya sabía que diría, por muy inmaduro que resultara.

—No habría pensado en nada que no fuese meterte la lengua a lo bestia. Pero yo no soy él. Yo soy un puto degenerado que piensa con la polla. —Solté una risita—. A lo mejor él es un adulto que medita las cosas. De todas formas, ¿por qué te importa tanto? Mañana salimos por ahí y echamos un polvo.

—¿Juntos?

Me reí sólo de imaginarme tal posibilidad. Ni siquiera podía hacerlo; fantasear con Tristán me provocaba un pudor extraño en mí. Era como antinatural, pese a que mucha gente pensara que teníamos una relación o que la habíamos tenido en algún momento.

Sin embargo, nunca habíamos compartido ni un instante raro o confuso de esos que te hacen dudar de los sentimientos del otro.

—Sólo si es la condición para conseguir hacer un trío. Ahora, duérmete.

Me arropó y se dio la vuelta de nuevo, dando por finalizada la

conversación.

Pasaron unos minutos en los que yo medité sus palabras.

¿Por qué me importaba tanto? ¿Por qué sentía esa opresión en la parte baja del estómago? ¿Por qué me comía esa desazón al pensar en la posibilidad de no volver a verlo? ¿Por qué me cabreaba tanto su aparente rechazo?

Porque me gustaba. Unai me gustaba. Y, por una razón que no comprendía, no estaba pensando sólo en atracción o en sexo, sino que deseaba volver a tomarme un café con él y probar a pasear agarrada de su mano. Conocerlo. Hablar con él de Marco y acompañarlo en aquel hospital. Averiguar cosas sencillas del día a día, como si era más de Nutella o de Nocilla.

¿Cómo era posible que hubiera sucedido tan pronto? ¿Con tanta nitidez?

No tenía ni idea, pero ahí estaba, el sentimiento, la necesidad.

Hay ocasiones en esta vida en que sólo es cuestión de eso, de emociones que brotan, que se alzan sobre todo lo demás y que no se deberían ignorar.

Justo cuando esa revelación caía como una losa sobre mí, mi teléfono comenzó a sonar.

—¡¿Y quién cojones te llama ahora?! —lloriqueó Tristán a mi lado.

Yo cogí el móvil y ahogué un grito.

No tenía su número, pero lo supe. De algún modo, supe que era él. ¿Quién podía ser, si no?

—Tristán..., creo que es él.

Mi amigo gruñó, estiró el brazo y encendió la luz. Después se tapó los ojos con las yemas de los dedos unos segundos para acostumbrarlos a la claridad. Llevaba un pijama de cuadros con un perro dibujado que lo hacía parecer un crío de quince años.

Yo me quedé mirando la pantalla, pero no lo cogí. No reaccioné hasta que sentí su mirada malhumorada clavada en mí.

—¿Qué pasa?

—Me habéis desvelado y ahora voy a tener que irme a fumar un cigarro a la cocina para dejar de pensar en mis mierdas, así que, al menos, que mi paseo nocturno sirva para algo. Llámalo.

Salió del dormitorio y me dejó sola. Y lo hice. Nunca he sido muy de pensar demasiado las cosas. Di al botón para devolver la llamada y oí su voz tras un solo tono.

—¿Lola?

—Sí.

—Soy Unai.

Me reí.

—Ya lo sé.

Él suspiró contra el aparato y después se disculpó entre susurros. Otra vez. Me daba la sensación de que no dejábamos de hacerlo, de pedirnos perdón a cada paso, o incluso antes de darlos. Entre eso y el arrepentimiento, parecía que no dábamos una. No debía ser tan difícil, lo sabía, pero, aun así, ni ese detalle me hacía frenarme.

—Perdona, sé que no son horas, pero no podía dormir y pensé...

—Yo tampoco podía —confesé.

—¿Por qué?

—¿Es necesario que responda?

Él se rio. Yo sonreí. Ahí estaba de nuevo. La calma. La conexión implícita en todo lo que hacíamos.

—Yo pensaba en ti. No debería, pero pensaba en ti.

—Yo también. No en mí, sino en ti.

Me reí por la tontería que acababa de decir. Él suspiró contra el teléfono y lo soltó, como si no quisiera hacerlo, pero ahí estuviera.

—He hecho una estupidez.

—¿Qué clase de estupidez? ¿Te has tatuado mi nombre? ¿No crees que es un poco pronto para eso?

Su risa me hizo estremecer y me mordí el labio.

—No.

—¿Qué has hecho, Unai?

Se quedó callado unos segundos que se me hicieron eternos, en los que sólo se oían las respiraciones de ambos.

Y entonces habló, haciendo que mi corazón se saltara un latido.

—¿Me abres?

—¿Qué?

—Dios..., no me preguntes por qué, pero estoy en tu puerta.

Me levanté de un salto. Abrí el dormitorio de Tristán y salí corriendo por el pasillo, descalza y sin ni siquiera mirarme al espejo primero. Cogí las llaves y le abrí la verja desde el portero automático. Después..., sólo salí.

Unai entró y recorrió el pequeño sendero, hasta llegar al porche que delimitaba la entrada. Yo lo esperé ahí, sintiendo el suelo frío bajo mis pies y muchas otras cosas que ahora, al recordarlas, es inevitable sentirlas de nuevo en la piel. Intensas. Aún muy vivas, por increíble que parezca.

—Hola.

—Hola. Me siento un idiota.

—¿Por qué?

—Por venir a tu puerta. Yo no he hecho esto por nadie ni en mi

adolescencia, Lola.

—¿Y por qué lo has hecho por mí?

—No lo sé.

Di un paso hacia él y lo reté, con los puños cerrados y claramente en posición de ataque. No lo soportaba más, la tensión podía conmigo, así que fui todo lo directa que pude.

—Yo creo que sí, pero no quieres admitirlo.

—Lola, sé que voy a arrepentirme de esto...

—No lo hagas.

Y fue casi una súplica, porque en aquel momento tan perfecto no pensaba permitírselo y aquello era lo peor que podía oír.

Él continuó hablando, como si mis palabras no hubieran existido.

—...pero, si lo voy a hacer, que sea de las cosas que hago, no de lo que me niego.

—¿Y qué te has negado?

Unai recorrió mis ojos, mi pelo y mi cuerpo de forma rápida e indecisa, pero dentro de esa indecisión me pareció que sabía lo que estaba haciendo, que había algo dentro de él tirándole muy fuerte, imantándolo hacia mí.

Yo entreabrí la boca y entonces lo hizo. Percibí sus manos cogiendo mis mejillas y acercándose lentamente, permitiéndome por primera vez sentir su aliento sobre mis labios, el calor de sus dedos sobre mi piel, el sonido que escapaba de su interior con cada respiración, cada vez más fuerte y errática.

—Esto.

Nuestras narices se rozaron y sólo ese contacto ya lo sentí como un beso. Un beso que no lo era, pero que volaba por encima de nosotros, a punto de suceder.

La sensación fue la misma.

El cosquilleo. El deseo emergente desde el estómago. El temblor de manos.

Era el momento perfecto.

Aquel instante bien lo valía.

Unai lo había encontrado para mí.

—Ahora sí —susurré.

Y sonreí.

—Lola...

Pronunció mi nombre con deseo y me besó. Y lo hizo con ganas, con ansia, con todo eso que yo había palpado flotando a nuestro alrededor y deseando centrarse en un solo punto.

En la unión de nuestros labios.

Me abrió la boca con la lengua y la sentí dentro, explorando, buscando la mía, conociendo el sabor de mi saliva, descubriendo la manera de acompasar el ritmo, de encontrar el nuestro.

Sus manos me acariciaban, descendiendo por el cuello, haciendo cosquillas según se deslizaban, activando mi piel a cada centímetro que recorrían.

Nos besamos con esas ganas condensadas que se fueron apaciguando hasta volverse lentas, perezosas, delicadas. Y lo hicimos con los ojos cerrados, que yo sólo abrí cuando sentí que él se tensaba y que se separaba de mí.

Lo abracé por la cintura y comencé a dejarle besos por el rostro, en los párpados, en el lóbulo de la oreja, en la mandíbula. Primeros besos que me descubrían su tacto, su aroma, el sabor de su piel.

Él suspiraba con cada uno de ellos, con la mirada un poco perdida en mí, nublada por todo eso que habíamos sentido.

Supe que volvía a atormentarse cuando frunció el ceño.

Yo le dejé un beso húmedo justo ahí, en ese punto, consiguiendo que relajara el rostro.

—No digas nada, porque ahora voy a hacerlo yo, Unai. Voy a besarte también.

Entonces echó la cabeza atrás y dejó escapar el aire contenido y las pocas defensas que le quedaban, me cogió en volandas y me apoyó en la pared, antes de besarme como nunca antes me había besado nadie.

Ni mejor, ni peor; sólo diferente en cuestión de sensaciones.

Nuevo. Único.

No recuerdo nada igual. Y no digo que fueran los mejores besos de mi vida, ni los más sensuales o los más sentidos, sólo que, en ocasiones, hay conexiones puras, naturales, tan bonitas, incluso con sus imperfecciones, que se sienten así. Que lo sabes y te lo guardas a buen recaudo, por si un día faltan.

Ojalá hubiera sabido que un día lo harían.

No habría dejado de besarlo ni dormido.

* * *

No sé cuánto tiempo estuvimos fuera. Eso no lo recuerdo.

Lo demás, sí.

Las primeras caricias por encima de la ropa. Las primeras sensaciones mutuamente provocadas. El conocer el tacto del otro, el sabor, el olor que desprendía su cuello. Descubrirnos con los labios y con las manos.

No sé cuánto tiempo pasó, porque todo se distorsionó un poco para mí. Sólo fuimos, sin que importase nada más.

Cuando se atisbaba una despedida, porque tenía los pies helados y temblaba ligeramente, pese al calor compartido, quise que entrara en casa, pero Unai se negó.

Apoyó la frente en la mía y susurró:

—Quiero parar ahora que puedo, Lola...

Me costó, pero acepté. Supuse que estaba bien darnos un poco de tiempo, hacer las cosas despacio, bonitas, darles más sentido que un atracón la primera noche.

—¿Este fin de semana? —le pregunté, y deseé que fuese ya el día siguiente.

—Sí.

Le clavé un dedo en el pecho, amenazándolo.

—Ahora tengo tu número. Y a Marco de mi parte. Ya no te me escapas, sonrisa bonita.

—No creo que pudiera.

Sonrió y mordí esa sonrisa.

Me la llevé a casa, dibujada en mis labios.

* * *

Cuando entré, ni siquiera lo pensé. Sentía que la piel me ardía, pese al frío, y que el corazón me iba demasiado deprisa para encerrarme en mi cuarto sin que explotase.

Estaba eufórica y necesitaba compartirlo con alguien.

Me colé en su habitación y me escondí bajo las sábanas.

—¿Tristán?

—¿Sí?

Suspiré y lo dije en alto, porque había sido rápido y arrollador, pero lo había aceptado de la misma manera, aunque asustara un poco.

—Creo que Unai me gusta. Que me gusta mucho.

Su risa me llegó amortiguada por la almohada.

—Ya lo sé, tonta.

—¿Y cómo lo sabes tú, si puede saberse?

—Porque te conozco. Por eso.

Suspiré. Qué fácil parecía la vida a ratos y qué complicada a otros.

—Sí. Sí que me conoces Buenas noches, Tan Tan.

Estiró el brazo y me pellizcó en un costado. Me eché a reír.

—Y deja de llamarme así.

Sonreí mirando el techo y me dormí sabiendo que, aunque no pudiera verlo, él también sonreía a mi lado.

Lola y la peor cita

Si echo la vista atrás, me doy cuenta de que nuestros mejores momentos fueron improvisados. Como la primera vez que nos vimos. O nuestro primer beso. O la primera noche que pasamos juntos. Los preparados nos salieron un tanto forzados, torpes, inestables. Como si la planificación no fuera con nosotros, porque estábamos destinados a ser, sin más, sin pensar, sin premeditación, sin planear, porque hacerlo nos iba a dar igual.

Sólo consistía en encontrarnos y, una vez hecho, lo demás poco importaba.

Como aquel café que resultó un tanto agridulce. O la primera cita de verdad.

La recuerdo y me entra la risa, porque Unai no podía estar más tenso, más meditabundo.

Me había llamado para salir el fin de semana, como habíamos acordado. La conversación había estado bien, aunque un poco seria.

Me daba la sensación de que nos manteníamos sobre una cuerda en la que íbamos de un extremo al otro, de uno en el que parecíamos compartir algo a otro en el que quedaba patente que en realidad no éramos nada más que dos auténticos desconocidos.

Pero en eso consiste el amor, ¿no? En la posibilidad de conocerse poco a poco e ir descubriendo a la otra persona, como un regalo que desenvuelves despacio y no a bruscos tirones.

Habíamos quedado para ir a cenar a un restaurante asiático que ambos conocíamos, pero, en el último momento, él decidió que por qué no íbamos mejor a tomar y picar algo a una zona un poco más informal.

Yo acepté. Sólo quería verlo. Me daba igual cómo y dónde.

Quedamos en la puerta de una cervecería bastante conocida. Me puse mi vestido favorito con la tonta intención de que eso jugase a mi favor. Estaba nerviosa, pero eran de esos nervios mezclados con ilusión que no suelen traer consecuencias positivas, ya que la decepción suele asociarse a ellos rápidamente.

No quise pensar en ello.

No quise pensar en nada más que no fuese todo lo bonito que podía surgir de aquel encuentro; en que ese «¿y si...?» que tanto se me resistía saliese bien y no se quedase en otro intento.

Él apareció un poco después que yo. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de la cazadora y una bufanda de cuadros que le tapaba la boca.

—Hola, ¿llevas mucho tiempo esperando?

—No, pero hace tanto frío que cinco minutos más y me ponen una zanahoria como nariz.

Me acerqué a él, sin pensar si era adecuado o no, y nos dimos un beso. Fue un poco torpe. De esos que no sabes si son en la boca o en la mejilla y se quedan perdidos en la comisura, en una zona extraña en la que desconoces muy bien lo que significa.

Unai me miró de arriba abajo y sonrió.

—Qué guapa.

Pero debo confesar que no lo sentí, sino que me pareció más un comentario educado y casi obligado en una situación así. Cordial. Como una frase hecha. Unas palabras que le habría dicho a cualquiera.

No me gustó.

Nunca se lo dije, pero con el tiempo descubrí que cuando Unai te decía algo bonito lo sabías, sonaba diferente y lo sentías en la piel, y no como en aquel encuentro. Recordarlo ahora hace que me guste aún menos que entonces.

—Gracias.

Agaché la cabeza y entramos. Su mano se apoyó en el final de mi espalda.

El local estaba bastante lleno y acabamos en un rincón, aguantando los gritos de unos niños que supuestamente iban con sus padres, pero ellos parecían más entretenidos ignorándolos y disfrutando de su rato de libertad bebiendo cerveza.

Pedimos un par de cañas y de raciones. Olía a comida, a la mezcla de los perfumes que nos rodeaban y a sudor. No era agradable. Y no lo era sólo por el ambiente en sí, sino porque él estaba incómodo. Creo que, si hubiera sido un encuentro natural, no me habría fijado en ninguno de esos detalles y me habría parecido una cita perfecta.

Para lo caprichosa que era en otros aspectos, ésas eran cosas que no me importaban. No le daba un valor excesivo a un contexto, sino a quien me acompañaba para hacerlo o no perfecto.

—¿Qué tal la semana?

—Bien. ¿Y tú? —contestó por inercia.

—Bien.

Di un trago largo y él me imitó. Al hacerlo, no pude evitar fijarme en cómo su garganta se movía y descubrir una pequeña

marca en la base de su cuello. Quise acariciarla y descubrir cómo se la habría hecho.

Me centré en hacer de esa cita una normal, así que decidí preguntarle aquello que no sabía de él y que era lo propio entre dos personas que estaban comenzando a conocerse.

No puedo evitar reírme al recordarlo; si lo hubiera sabido, nunca habría intentado algo así, porque con nosotros no funcionaba, pero lo hice, porque deseaba tanto que saliese bien que tendía a forzarlo todo sin remedio.

—¿Cuántos años tienes?

Eso fue lo primero que se me ocurrió; algo que ni siquiera me importaba.

—Treinta y uno. ¿Tú?

—Veinticuatro.

Y de nuevo el silencio.

Era raro. Más aún cuando en la cafetería las palabras nos habían salido solas.

No obstante, aquel día había algo más entre nosotros.

Ahora puedo afirmar que eran los remordimientos que Unai cargaba, pero en aquel momento no podía comprenderlo. Quizá, de haber actuado de otra forma, todo habría transcurrido diferente; me habría ido y no habríamos vuelto a vernos. O quizá no. Quizá ya todo estaba escrito.

¿Qué importa eso ahora? No lo sé, pero nunca he dejado de pensarlo, de imaginarme todas las opciones que tuvimos al alcance y que ignoramos.

Confieso que siempre he sido una persona extrovertida, habladora y un tanto extravagante. De las que rompen el hielo haciendo alguna estupidez para que los demás se rían, aunque lo hagan de mí. De las que hablan de la tensión cuando está y consiguen que desaparezca sólo por ponerle nombre. Pero con Unai..., con él me sentía más expuesta y tenía miedo de estropearlo.

Me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, estaba sintiendo miedo ante la posibilidad de romper algo antes de que ni siquiera existiera.

Aun así, no desistí.

—Dime algo que te guste mucho.

—¿Qué? —me miró extrañado.

—Lo que sea. ¡Lo primero que te venga a la cabeza!

—*Dexter*.

—¿La serie?

Se rio al ver mi ceño fruncido, porque por mi mente pasó la

posibilidad de que no decía mucho a su favor que lo que más le gustara fuese la historia de un asesino en serie.

—No, mi perro.

—¡Me encantan los perros! —exclamé emocionada antes de hacer un puchero—. Pero Elena es alérgica y no me deja tener uno de forma permanente. O quince. Llenaría la casa de perros si me dejaran. ¿Cuántos años tiene?

—Dos.

—Oh, ¡aún es joven!

Asintió y cambió rápidamente de tema. Fue un giro extraño. Como lo fue todo aquella noche. Cada vez estaba más incómoda y no sentía que él pusiera mucho de su parte. Parecía hasta ausente, como si se hubiera quedado en otro lugar y sólo hubiese asistido a la cita su cuerpo.

Bebí otro trago, mientras pensaba en la posibilidad de que todo eso que yo había atisbado sólo hubiese sido un espejismo provocado por mis hormonas y mi deseo de salir de esa rutina de relaciones sin sentido.

Al fin y al cabo, las personas un tanto soñadoras hacemos eso muy a menudo, anticiparnos a los hechos y luego encontrarnos de frente con las decepciones. Lo curioso es que no aprendemos, caemos una y otra vez en lo mismo.

Entonces fue él el que rompió ese silencio, cada vez más cargado, e hizo que volviera a centrarme en lo que estábamos viviendo.

—Marco me ha dicho que llevas yendo allí desde que él ingresó por primera vez.

—Sí, lo conocí al poco de empezar a visitarlos, aunque confieso que hasta hace unos meses no sabía su nombre. Procuramos no involucrarnos demasiado. Al principio sólo iba una vez al mes, pero..., ya sabes, acabas por necesitarlos más que ellos a ti. Son fuertes.

—Son increíbles.

Era triste. Era un tema de conversación que resultaba normal que saliera, teniendo en cuenta cómo y dónde nos habíamos conocido, pero, junto con la incomodidad que nos acompañaba, sólo me parecía triste. Quizá yo era demasiado volátil, pero las sensaciones siempre me condicionaban, así que me senté en un taburete que le robé a uno de los niños gritones que nos rodeaban en cuanto se despistó y comencé a estar a la defensiva.

—Es raro que no hubiéramos coincidido antes.

—Sí, lo es.

Ya lo había pensado al poco de conocerlo, pero la vida a veces es así, caprichosa, y te esconde cosas para después plantártelas en la cara cuando menos te las esperas, como si las tapase con un velo y un día te las descubriera. También hace todo lo contrario, te da algo y de repente te lo quita, sin que te dé tiempo a prepararte para su ausencia, como le había sucedido a mi padre con mi madre.

Pensaba en eso mientras Unai no sé en qué pensaba, pero no en algo bueno.

Siendo honesta conmigo misma y con él, en aquel momento, quería irme a casa. Estar allí, de pronto, se me hacía muy cuesta arriba. Es lo que ocurre cuando te imaginas una situación y después no se cumple, que te das de frente con la realidad y tienes que adaptarte, algo que no se me daba especialmente bien.

Así que me puse a la defensiva, porque comenzaba a sentir que estaba a punto de explotar.

—¿Vamos a hablar de algo o vamos a beber en silencio?

—Pregunta lo que quieras, Lola.

Me miró, en apariencia sincero, pero supe en el acto que no lo era. Que allí no había sitio para todas las cuestiones que nublaban mi mente.

—Hablemos de lo del otro día —solté a bocajarro.

—¿De qué quieres hablar?

—No sé. De besarte, por ejemplo. O de esta mierda de cita.

—Lola...

Se rio, pero fue una risa fingida. Y yo comenzaba a estar cansada de esa bipolaridad.

Cada vez veía más posible que me hubiese equivocado y que aquella conexión que había sentido sólo hubiera sido producto de mi imaginación.

Sí, había sido eso, y me enfadaba. Me sentía cría, estúpida y una niñata caprichosa, y odiaba sentirme así.

—Creo que esto no ha sido una buena idea.

—Lola, no...

Me bebí la cerveza que quedaba de un trago y me limpié de muy malos modos una gota con la manga del vestido. Sí, muy poco elegante y seguro que me arrepentía de ello si quedaba mancha, pero me daba igual. Estaba cabreada. Si quería irme, me iba. Yo era así, no me conformaba, no aceptaba las cosas sin más. No me callaba lo que pensaba.

—Perdona, pero quiero irme a casa.

—Yo... De acuerdo.

Y no sé qué me sentó peor, si que no hiciera intención de

explicarme nada o que simplemente aceptase.

Si había algo que odiaba más en el mundo que a los mentirosos era a los cobardes.

Me bajé del taburete y cogí el abrigo, antes de dirigirme a la puerta.

Al salir, sentí su mano en mi codo. Me quemaba. Aun sin desear que me tocase, porque en ese momento sólo quería estar sola, que lo hiciese me quemaba. Cosquilleaba como pocas cosas lo hacen. Y esa certeza me dolía.

—Te acompaño.

—No, cogeré un taxi.

—Lola...

Pero no le sirvió de nada susurrar mi nombre, porque, caprichos del destino, justamente pasó uno, yo alcé la mano y se paró delante de mí.

Ni siquiera le dije adiós. Me subí al coche y me marché de allí, muy digna y a golpe de melena.

* * *

No obstante, no me fui a casa. No quería. Quería..., no sabía lo que quería.

Soy consciente de mis virtudes, pero mucho más de mis defectos, y era un tanto irracional cuando me cabreaba. Por entonces me movía por los extremos con una facilidad pasmosa. Así que saqué el teléfono y llamé a Tristán.

Al contestar, oí música y barullo de fondo.

—¿Dónde estás?

—En una fiesta. ¿Y tú? ¿No tenías una cita?

—Dame la dirección.

—Claro. Te espero en la puerta.

Recibí la ubicación, se la indiqué al taxista y, diez minutos después, estaba frente a mi amigo, que daba saltitos en la acera, porque había salido de aquella casa, que ni siquiera sabía a quién pertenecía, sin su cazadora.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Eso ha pasado. ¿Tienen tequila?

Asintió, me dio un beso rápido en la frente y, pasando su brazo por encima de mi hombro, entramos en el edificio.

Sin preguntas. Sin reproches.

Sólo él y yo.

Ya nada más me importaba.

* * *

A Tristán y a mí nos gustaba salir de fiesta. Pertenezco a esa generación que encontraba un placer indebido en el hecho de no sentir cuando el alcohol te anestesia hasta ese punto. O todo lo contrario. A menudo lo usábamos como vía de escape, pero otras muchas como un método para soltar aquello que nos hervía por dentro. Tanto como catalizador como detonador, no había término medio.

Nunca tuve mucho control cuando me dejaba llevar por la noche; no me importaba.

Bailar subida a una barra si se terciaba, conocer gente que no volvería a ver nunca más y al día siguiente no recordarla, fumar a escondidas en los baños de un bar, probar algunas sustancias que ya nos gustaban sólo por el sabor de lo prohibido, follar con desconocidos..., las posibilidades eran inmensas y deseaba experimentarlas todas.

Ahora recuerdo aquellas noches y siento una ligera decepción por el tiempo perdido en algo que no me aportaba demasiado, por no decir nada. Quizá experiencia. Aprendizaje. Momentos y anécdotas especiales con mi mejor amigo. Poco más.

No obstante, supongo que son etapas. Todos pasamos por las nuestras. En ocasiones, porque tocan, porque las disfrutamos, sin más, y en otras porque en realidad debemos pasar por ellas para llegar a un punto.

Él fue mi punto.

Ahora lo sé.

Después de conocer a Unai no volví a sentir placer en ninguna de esas vivencias, porque las encontraba de un vacío que si lo experimentaba me dolía de un modo insoportable.

No sé explicarlo mejor. Tampoco quiero centrarme en eso.

Crecí, y con ello la perspectiva de mi mundo cambió.

Todo lo hizo.

Aquella noche de sábado me reí mucho. Compartí una botella con Tristán en el sofá del piso de unos amigos suyos que no había visto nunca antes.

Él era así. Formaba una familia con nosotras y conocíamos a su gente más cercana, a sus padres y a su hermana, pero del resto de la vida de Tristán sabíamos muy poco. Salía y entraba cuando quería y no nos incluía. Al principio reconozco que me molestaba, pero con el tiempo entendí que era algo bueno, porque era su modo de

protegernos, de cuidarnos, de mantenernos en esa burbuja cerrada y única que él consideraba especial.

Tristán mantenía apartado de lo demás lo que de verdad quería. Como si se moviera entre dos realidades.

En aquel sofá le conté mis impresiones de aquella noche, mi decepción. Él me escuchaba mientras fumaba y asentía. Tenía una capacidad increíble para consolar sin hacer nada, para calmar, para hacer que me sintiera comprendida y arropada sin tocarme.

Siempre fue mi amuleto.

Cuando salimos de allí eran las dos de la mañana, la niebla había bajado tanto como para apenas ver más allá de dos metros por delante de nosotros e íbamos riéndonos de las tonterías que yo le contaba y que no lo eran tanto, pero el alcohol les daba una visión distinta y mucho más divertida. Quizá por eso nos gustaba hacerlo como escape, el salir y beber, porque era un modo de olvidar, de distorsionar esa realidad cuando no nos agradaba. Como si fuese de plastilina y pudiéramos moldearla hasta formar algo mucho más placentero. Lo que no recordábamos es que la plastilina, si no la cuidas, se endurece, y eso nos encontrábamos siempre al día siguiente.

Lo convencí para entrar en una discoteca, pese a que él las odiaba. La música sonaba alta y el ambiente estaba cargado de esa neblina que sólo aporta la noche.

Seguimos al grupo y encontré un pequeño rincón en el que podía quitarme los zapatos, porque los tacones me estaban matando.

Cuando *Shape of You* de Ed Sheeran comenzó a sonar, lancé un gritito y me colgué de su cuello. La mirada de Tristán estaba ya un poco perdida. Empecé a mover las caderas y él a reírse sin mucho sentido y a intentar imitarme, aunque lo hacía francamente mal.

—Lola, no hagas que esta gente deje de respetarme.

—¡Vamos! En el fondo te importa una mierda lo que piensen de ti. Por eso te quiero.

—¿Sólo por eso?

—No, pero es una de las primeras cosas de mi lista.

Sonrió, se mordió el labio y me agarró con firmeza de las caderas. Un minuto después, estábamos muertos de risa, bailando, sudando y pensando que no había nada mejor que ese instante. Eso conseguíamos cuando estábamos solos, perdidos en la noche entre copas, confesiones y gestos íntimos que sólo entendíamos nosotros.

Hasta que vibró mi teléfono dentro del bolso y, al sacarlo y ver su nombre en la pantalla, volví de golpe a la realidad.

Me quedé mirando el aparato como una imbécil. Sentí ese burbujeo de rabia en el estómago. También algo más. La tristeza, una emoción que a veces se despertaba, sobre todo cuando el alcohol la animaba.

Se apagó y, tras un par de segundos, volvió a sonar en mis manos.

Entonces Tristán me lo quitó y se lo llevó a la oreja sin que me diese tiempo a reaccionar.

—¿Sí? —contestó, tapándose el otro oído con el dedo para amortiguar el sonido de la discoteca. Yo me quedé petrificada al observar cómo mi mejor amigo tomaba las riendas por mí.

Nunca se lo dije, pero supongo que es un buen momento para darle las gracias.

Gracias, Tristán, porque aquel día me diste la mano que necesitaba y me guiaste hacia lo más importante de toda mi vida.

—...

—No. Está ocupada.

Una pausa.

—Conmigo. ¿Qué quieres?

—...

Cerré los ojos, mientras el último éxito de Ellie Goulding llenaba el espacio de alrededor. Me olvidé del ruido y de todo lo que no fuera la música que me rodeaba. Moví los brazos y bailé, sin pudor ni apuro de ningún tipo. Sólo bailé. Y me sentí bien. Mejor que en toda la noche.

Hay momentos que consisten sólo en eso, en bailar. Y ya.

Pensé que no necesitaba mucho más, así que quizá debía dejar de buscar indirectamente ese *algo* al que me agarraba en las personas que captaban mi atención; como en Unai, el chico de la sonrisa bonita.

Las últimas palabras que Tristán le dedicó me acariciaron antes de hacerle caso y dirigirme a la calle.

—No sabes lo que te estás perdiendo. No tienes ni idea. Nena, tira para la puerta. Vamos al Circus. —Abrí los ojos y vi que Tristán me señalaba al grupo que cogía sus abrigos y salía de nuevo en busca de otro local. Me puse los zapatos. Al mirar mi móvil, que seguía en su oreja, habló—. Tranquila, ahora te lo devuelvo.

Y lo estaba, tranquila. Con él, todo siempre estaba bien.

* * *

En el Circus la noche se distorsionó un poco. Las copas bajaron

entre chupitos, bailes de nuevo con los pies descalzos y risas. Muchas risas.

En aquella época me reía mucho y por todo; después aprendí a reservar las risas de verdad para las cosas que las merecían. No creo que sea malo, sólo que comencé a enfocar mis sensaciones. A darles más importancia. A no regalarlas a la ligera.

—Lola.

Estaba con la cabeza apoyada en el hombro de Tristán, mientras él me susurraba una de sus teorías vitales que rara vez compartía, cuando oí mi nombre.

Me giré y lo vi.

Llevaba otra ropa distinta de cuando lo había dejado tirado en la puerta de aquella cervecería. Vestía un pantalón de chándal negro y una sudadera blanca. Casi parecía que hubiera venido corriendo. Luego supe que sí, que había salido a correr, porque Unai hacía eso cuando no podía dormir, y había acabado llamándome sentado en un banco y cambiando la trayectoria de su camino y un poco de su vida en apenas minutos.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

Fui cortante, lo reconozco. Respiraba tensión, incredulidad y enfado.

A mi lado, creí ver a Tristán sonriendo un poco, pero a la vez tragar saliva, como si me ocultara algo. Recordé su conversación telefónica improvisada y le di un codazo, porque supe de repente que la presencia de Unai allí era culpa suya.

—*Auch* —se quejó.

—¿De qué coño va esto?

Tristán intuyó mi estado de inquietud y se acercó a mí en el acto. Me conocía demasiado como para saber que estaba un tanto descontrolada y, cuando eso ocurría, solía cruzar la línea más de lo que debía.

Me pasó un brazo por el cuello y me arropó con su cuerpo. Enseguida la sentí, la calma instantánea que me proporcionaba, el tacto de su seguridad atravesando mi espalda y llenándome por dentro. Estábamos pegajosos de la noche y olíamos al otro y a alcohol. Y me susurró en el oído, mientras yo cerraba los ojos e intentaba guardarme muy dentro sus palabras pronunciadas con esa voz ronca, suave y sincera, y apretaba la mano en su cintura con fuerza.

Si cierro los ojos ahora, aún puedo oírlo como la primera vez.

—Te mereces una oportunidad, Lolita. Él, no lo sé. Pero tú… tú, sí.

—¿A qué te refieres?

Me miró a los ojos, tan cerca que nuestras narices casi se rozaban, y después sonrió.

—No sé qué has visto en él, pero lo que sí sé es que nadie se merece más que tú encontrarlo. Lola, te mereces tener tu historia de amor. —Mi corazón sintió nudos a su alrededor deshaciéndose, desprotegiéndolo, desnudándolo—. Si me equivoco, siempre puedes pegarme una paliza al llegar a casa.

—¿Qué sugieres que haga?

—Que me demuestres que mi teoría sobre los «¿y si...?» estaba equivocada. Si alguien puede ser la excepción, ésa eres tú.

No pude evitar reírme. Tristán y sus teorías. Yo y mi manía de querer refutarlas.

Me dio un beso rápido y suave en la mejilla y se despidió de mí con los ojos.

Al pasar al lado de Unai, lo miró fijamente. Era la primera vez que se veían y parecieron compartir algo, algo desconocido para mí, pero que albergaba sentimientos encontrados.

Me giré, suspiré con fuerza y vi a mi amigo, mi protección, desaparecer entre el tumulto del local.

Unai seguía allí clavado, con los puños cerrados y la respiración agitada.

—Te he hecho una pregunta. ¿Qué te crees que estás haciendo aquí?

Y obtuve una respuesta, aunque supongo que una que no esperaba.

Recorrió los pasos que nos separaban y se estampó en mi boca. No tuve tiempo de decir nada, ni siquiera de reaccionar. Sólo chocamos. Chocamos, como las veces anteriores, pero del todo, estallando, percibiendo en mi interior que la coraza desaparecía y que Unai la rozaba sólo con un beso brusco e intenso.

Sentí la presión de sus labios, la pasión que desprendía, su sabor y la premura de un beso que enseguida se me contagió y que significó más que mil palabras, excusas o discursos que podrían haber sido pronunciados.

Se separó un segundo y me observó de cerca, mientras acariciaba mis mejillas.

Yo me pasé la lengua por los labios, levemente hinchados por la fuerza de los suyos.

—Oh. Eso. Bien.

—Bien.

Unai sonrió y, al ver esa sonrisa que tan especial me parecía,

exploté de nuevo.

Lo empujé, dándole con la palma en el torso.

—No. ¡No está bien! No vas a jugar conmigo, Unai.

—No estoy jugando contigo. Créeme.

—¿A qué has venido, entonces? Y no me mientas. Estoy harta de no entenderte, así que, o eres sincero conmigo, o ya puedes largarte por donde has venido.

Se acercó más, hasta acorralarme contra una pared.

Sus manos estaban a ambos lados de mi cuerpo, apoyadas, y el suyo cada vez estaba más cerca, hasta percibir cada una de sus formas acoplándose a las mías. La dureza de sus muslos. La presión de sus caderas. Su excitación. Su respiración marcándose en la base de su garganta a cada bocanada. Éramos puro estímulo y respuesta, poco más, y eso ya me parecía suficiente, aunque en el fondo sabía que no debía ser así.

—No voy a irme.

—Y si no vas a irte, ¿qué vas a hacer?

La voz se me fue perdiendo, mientras yo lo hacía en el gris de sus ojos.

—Voy a llevarte a mi cama.

Lola y la risa

Es difícil hablar de sexo cuando para ti pasa a ser una experiencia que engloba mucho más que un roce de cuerpos. Cuando da igual que acabe o no en una culminación compartida, porque lo que importa, lo que te marca, lo que se queda dentro de ti y pasa a formar parte de esas cosas que llevan el título de especiales, es el antes. El después. Los detalles. El instante en el que os miráis, te ríes y no puedes parar, y él te acompaña y eres consciente de que da igual que eso no llegue más lejos, porque ya ha sido del todo perfecto.

Unai y yo salimos de aquel bar de la mano. Era la primera vez que lo hacíamos y a mí me dio la sensación de que encajábamos como si lo hubiéramos hecho miles de veces. Y lo hizo él. Tiró de mí al terminar de besarme y entrelazó sus dedos con los míos en un acto impulsivo que me estremeció.

Siempre he pensado que las personas somos actos, pequeños y grandes, pero sobre todo pequeños, deslices, miradas, suspiros, detalles insignificantes que terminan siendo grandes, como aquella primera vez que Unai me cogió la mano sin pensar y yo le di algo más de mí sin saberlo.

Ni siquiera sentí el frío. Ni el tiempo que transcurrió mientras nos besábamos en el taxi, lentamente, estudiándonos, aprendiéndonos, haciéndolo con mimo, con una delicadeza que no se parecía en nada a cómo nos habíamos devorado minutos antes. No sentí nada que no fuera lo que él me provocaba. Una persona que apenas me conocía. Que no sabía nada de mí más que lo poco que habíamos compartido el uno con el otro en una serie de encuentros extraños, algunos bastante desastrosos.

Sin embargo, hay algo muy interno que sólo se activa con algunas personas a lo largo de la vida. Y es la certeza inmediata de que no importa que no sepas cómo se apellida, su plato favorito o cómo le gusta el café, porque tienes por delante todo el tiempo del mundo para descubrirlo, si te deja.

Bajamos del coche y me encontré frente a un piso antiguo en un barrio residencial no muy lejos de mi casa. Entramos en el ascensor y allí sólo nos miramos. No hubo besos. Ni roces. Sólo su mano apoyada en mi espalda y la anticipación flotando, tan ruidosa que

apenas podía oír ni nuestras respiraciones erráticas.

Se paró en el cuarto y entonces oímos los ladridos que nos recibían al otro lado de una de las cinco puertas del pasillo. Unai metió la llave en la tercera y tiró de mi mano con fuerza, apoyándome en la pared de la entrada antes de cerrar y sentir el cuerpo de un pequeño teckel de pelo largo saltando a nuestro alrededor. Llevaba un collar de color rojo con un cascabel que sonaba con cada movimiento que hacía.

—Oh. *¡Dexter!* —exclamé, contenta por conocerlo.

Después me agaché y le acaricié la cabecita con mimo. Tenía las orejas alargadas y su tripita casi rozaba el suelo. Era adorable. Pese a ello, no pude darle muchas atenciones, porque su dueño me reclamó rápido.

—Pequeño salvaje, este trasero no es para ti.

Unai me cogió en brazos y me llevó en volandas hasta el dormitorio, mientras yo no podía dejar de reírme. Me dejó sobre la cama y encendió la luz de la mesilla de noche, aunque no tuve tiempo de fijarme mucho en lo que me rodeaba. Tampoco es que me importase demasiado. Sólo podía observarlo a él, con la rodilla apoyada al final del colchón y acercándose despacio a mí.

Su pelo revuelto por mis manos. Sus labios húmedos y enrojecidos por los besos. Un resto de carmín rojo en su cuello. Sus ojos brillantes por el deseo. Su sonrisa.

Se la devolví y suspiré, después me estiré hacia un lado para dejarle espacio, sin darme cuenta de que estaba más cerca del borde de lo que pensaba, y me caí.

Sí, me caí de la cama en aquel momento tan sentido, tan especial y tan único que marcaba una noche importante para nosotros.

Y yo me caí.

No sé quién estalló en carcajadas primero, pero lo hicimos los dos y las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Él, sobre la cama, tumbado y sujetándose el estómago con las manos. Yo, en el suelo, desmadejada sobre una pequeña alfombra, con el vestido mal colocado y tapándome los ojos con los dedos.

Ridículo a tantos niveles que ni siquiera sentí vergüenza.

Sólo nos reímos, y me di cuenta de que eso ya lo había hecho perfecto.

A eso me refería antes, a que habría dado igual si aquella noche no hubiésemos llegado más lejos, por mucho que lo deseásemos, porque ya habríamos conseguido que mereciera la pena.

A lo largo de mi vida he aprendido mucho. Y, entre todo eso que

he interiorizado con los años, está el hecho de que existen pocas cosas más reconfortantes en el mundo que un ataque de risa compartido. En serio, es mejor que un buen orgasmo. En realidad, creo que se parecen bastante. Ver a alguien que amas reírse de esa manera, casi como si se estuviera rompiendo, es indescriptible. Y, si aún no lo amas, es posible que eso te ayude a comenzar a hacerlo. A activar ciertas partes de ti que aún estaban dormidas. Conectas de algún modo único.

Y ése fue nuestro primer orgasmo, conmigo en el suelo retorciéndome, mientras él se dejaba caer en la cama y no podía apenas respirar.

Cuando por fin nos relajamos lo suficiente, me levanté y me tumbé encima de su cuerpo, dejando una pierna a cada lado y subiéndome el vestido hasta las caderas.

—Lola...

—Lo sé.

Porque sí, lo sabía. Él susurraba mi nombre y era bastante para entender lo que quería decirme, pero sin encontrar las palabras.

«¿Qué es lo que está pasando?

»¿Qué estamos haciendo?

»¿Tú también lo sientes?

»¿Por qué me gustas tanto, si no te conozco?»

Preguntas sin respuestas, pero a las que teníamos que enfrentarnos. O no, o quizá las respuestas nos las iríamos encontrando dejándonos llevar en las manos del otro.

Me puse seria y él me acompañó.

Pasé los dedos por sus mejillas y luego por sus párpados, dibujando con ellos las pequeñas arrugas que se le formaban alrededor de los ojos. Las traduje en sonrisas; porque sí, todas esas arrugas siempre son sonrisas disfrutadas que se quedan ahí, almacenadas en la piel, recordándonos que existieron.

Después le dije todo eso que guardaba, porque lo necesitaba al mismo nivel que necesitaba que entre nosotros pasara lo inevitable en aquella cama medio deshecha.

—No voy a decirte que todo esto no es raro, Unai, porque lo ha sido. Para empezar, porque no nos conocemos, aunque eso tiene arreglo. Y, en segundo lugar, porque todo lo que hemos intentado no ha salido demasiado bien. Sin embargo, lo que no, lo que ha surgido solo, ha sido de lo mejor que me ha pasado con alguien en mucho tiempo. Como esto —dije refiriéndome a aquellas risas que tanto nos habían llenado—. Así que no voy a decirte que mañana querré volver a verte, porque aún no lo sé. Pero sí puedo decirte

que quiero pasar esta noche contigo. Que deseo que me desnudes ahora y que me beses, o que me mates a reír hasta que no podamos más.

Él me miraba fijamente, en silencio, con sus manos sobre mis muslos, sin dejar de acariciarlos de arriba abajo.

Sé que lo pensó. Que dudó, porque con Unai siempre fue así desde el principio, y no me quedaba otra que aceptarlo como una parte de sí mismo.

No obstante, también supe su respuesta antes siquiera de que la pronunciara, porque dejó escapar el aire contenido y su frente se relajó. Se dejó hacer y yo también respondí a mi manera y sin palabras. Me quité el vestido por la cabeza con ayuda de sus manos, que se alzaron y tiraron de la tela, y me quedé en ropa interior y con las medias, que sólo llegaban hasta los muslos.

Sus dedos pasaron a conocer la piel de mi costado. La recorrieron.

Después el borde de mi escote y mi cuello.

Rodearon mi ombligo.

Yo contuve la respiración.

Temblé.

No estaba haciendo nada que no hubiese hecho antes; ni siquiera podría considerarse sexual, sólo íntimo, sólo delicado, sólo... sólo bonito.

Pero yo temblé.

—Lola, tengo que decirte algo. —Asentí, con un nudo en la garganta—. No pensemos en mañana, sólo... dejémonos llevar hoy.

—¿Eso qué significa?

—Que quiero esto. No dejo de pensar en tenerte así desde que te vi, pero, cuando se complique, se acabó. Sin reproches. Sin dificultades ni responsabilidades.

—Eso suena demasiado fácil.

Lo parecía. Un rollo. Una aventura. Pasárnoslo bien sin el dolor asociado. Era impensable decir que no.

—Nunca lo es. No con alguien como tú.

Cerré los ojos cuando sus dedos se deslizaron por el borde de encaje de mis braguitas.

—¿Y qué es para ti complicar las cosas?

—Sentir algo por el otro. Pensar en el futuro. Hacernos promesas.

Lo observé en silencio y medité sobre aquello que me estaba ofreciendo.

Supe que iba a decir que sí; me importaba poco lo que él dijera,

yo iba a dejarme llevar de todas las formas posibles porque era mi modo, pero me asustaba un poco lo que implicaba su postura. Y porque yo ya sentía. Para mí no hacerlo no era una opción, ya que aquello no se parecía en nada a mis ligues de una noche. Aquello era otra cosa. Desconocida y un tanto abstracta, pero diferente a todos los efectos.

—Necesito oír tu respuesta. —Suspiré y asentí—. Prométeme que, cuando llegue el final, nos diremos adiós sin más. Sin enfados. Sin consecuencias. Sea dentro de dos días, dos semanas o dos meses.

Sonreí a medias y me tumbé sobre su pecho, acercando mi boca a la suya.

Fue la primera vez que le mentí. Quizá, si hubiera sido sincera o Unai me hubiera conocido un poco más, habría sabido que estaba cruzando los dedos en mi cabeza y que aquello ya lo complicaba todo, pero no fue el caso.

Y yo le mentí.

—Trato hecho.

Levanté su sudadera y él se incorporó sin dejar de mirarme para ayudarme a desnudarlo. Hicimos lo mismo con sus pantalones. Después les llegó el turno a mis medias. Y, cuando estábamos los dos en ropa interior, me tumbé a su lado y sólo nos miramos.

Nos observamos los cuerpos.

Nos reconocimos.

Nos aprendimos.

Unai levantó un dedo y lo deslizó por mis muslos, con calma. Yo cerré los ojos y abrí las piernas en un acto reflejo. Recorrió con sus yemas cada centímetro de mi piel desnuda, hasta que llegaba al borde de la tela y frenaba.

No quería que lo hiciera, pero a la vez me gustaba alargarlo. Y me gustaba que me mirase de ese modo. Me excitaba sentirme tan expuesta y a la vez tan confiada. Y descubrirnos con los ojos y las manos.

No fue atropellado. No fue un arrebato. No fue puro deseo.

Fueron besos con palabras escondidas en la punta de la lengua. Fueron roces meditados. Fueron ganas de que no terminara y de que el día no llegase y, con él, la posibilidad de que aquello se rompiese de nuevo.

Yo me rendí a sus manos, dejé que él guiase cada instante, que llevara el control de la situación. Y sólo porque me daba la sensación de que era la primera vez que estábamos juntos en que de verdad había dejado de lado ese arrepentimiento que siempre lo acompañaba. Como si al cerrar aquel trato se hubiera quitado un

gran peso de encima, aunque sólo fuese imaginario. Parecía libre de todo, como si por fin se hubiese soltado, y yo deseaba sentirlo así y que él también lo sintiera.

En algún momento fuimos incapaces de seguir sin probarnos, así que juntamos nuestros labios y nos entregamos a una pelea de lenguas, de dientes, de manos buscando puntos exactos que nos hicieran estremecer.

La poca ropa que aún nos cubría desapareció. Lo hizo cualquier cosa que no fuéramos nosotros en esa habitación.

Cuando Unai entró en mí, lo hizo despacio, midiendo cada gesto de mi rostro, cada sonido que dejaba escapar de mi boca, cada respiración.

Cuando lo sentí dentro del todo, eché la cabeza hacia atrás y gemí.

Cuando él comenzó a susurrar mi nombre sin descanso, como si fuera una canción que se acompasaba a cada movimiento, lo empujé con mis pies y lo animé a mecerse más rápido.

Cuando el acto se aceleró y nuestras bocas se juntaron, bebiéndose el uno los gemidos del otro, se lo pedí con los ojos y él me lo concedió.

Sonrió.

Unai me regaló una sonrisa de las suyas y, sólo entonces, nos rompimos en mil pedazos.

* * *

Me desperté al sentir algo saltando sobre mí y humedad en la frente.

Abrí los ojos y me encontré con una lengua dándome los buenos días. Y no hablo de un beso; al menos, no de uno humano.

El pequeño *Dexter* saltaba con alegría sobre mí y movía el rabo a toda velocidad. Sus ojos oscuros y enormes me miraban con adoración, como si ya me quisiera, pese a que sólo había compartido conmigo los pocos segundos que su dueño le había permitido. Lo acaricié en las orejas, suspiré y asumí que yo a él sí lo quería ya, porque era imposible no hacerlo. Después se bajó de un salto y se hizo una bolita en su camita acolchada, colocada bajo el radiador.

La persiana estaba medio subida, así que miré a mi alrededor, fijándome en todo lo que no había podido, ni querido, la noche anterior, porque había tenido mi atención centrada en algo mucho más importante.

Era una habitación grande con baño propio. La cama de matrimonio estaba cubierta por unas sábanas en color crema, los muebles en color gris, y los cojines y las cortinas tenían detalles naranjas. Un par de cuadros abstractos adornaban las paredes. Una raqueta de pádel descansaba en un rincón. Un escritorio con un ordenador y algunos libros, bajo la ventana. Todo bastante sencillo y tirando a clásico. Ordenado. Práctico. Nada que ver con cómo era yo, nada que pudiera decir que algo de aquel cuarto me pertenecía o tenía algo que ver conmigo. Me gustó. Y no por su estética, sino porque me cuadraba con lo poco que conocía de él. Encajaba. Y no nos parecíamos demasiado, es cierto, pero eso también me gustaba. Como si las diferencias no importasen. Como si en nuestro caso aquellas incompatibilidades sumasen y no restasen.

Me giré.

Estaba dormido.

Alcé un dedo y le acaricié el pelo que le caía por la frente.

Me gustaban sus labios. Los toqué. Y su sombra de barba castaña, que rascaba un poco y en la que brillaban algunos pelos rojizos. La sentí bajo mis yemas y mi cuerpo se estremeció al recordar otras zonas en las que la había sentido de madrugada. Me gustaba el color de su piel. Me gustaba él, lo que conocía y lo que no, y ya quería volver a verlo sin haber salido de su cama. Había roto el trato en pedazos antes de ponerlo en práctica siquiera.

Me acerqué un poco bajo las sábanas y el calor de su cuerpo, también desnudo, me llegó rápido.

Unai no tenía un cuerpo muy trabajado, aunque sí se intuía que lo había estado en algún momento pasado de su vida, pero era suave, cálido, acogedor, y me encantaba la sensación del vello de su pecho entre los dedos. Era un chico normal. Nunca fue el más guapo que había pasado por mi vida, pero sí el más bonito, y eso lo cambió todo.

Enlacé mis piernas con las suyas y se desperezó.

—Buenos días.

Abrió los ojos, un poco desorientado, y no pude más que reírme.

Cuando se ubicó, y a mí con él, sonrió y pasó su brazo por mi estómago.

—Sí que parecen buenos, sí.

—Y pueden ser mejores.

Me giró, sosteniéndome por el trasero y subiéndome a su regazo.

Yo me reí y lo noté despertar bajo su ombligo.

—Lola…

—¿Sí?

Me miró. Me estudió. Me memorizó.

—Ay, Lola...

No dijo más, sólo cerró los ojos, se mordió el labio y me dejó hacer, mientras me mecía sobre su cuerpo y me deslizaba por su pecho en dirección descendente, dejándole besos húmedos que me supieron como el mejor de los desayunos.

* * *

Salí de aquella casa con la certeza de que volvería. Creo que por eso el beso de despedida no fue amargo, sino dulce y casi rutinario, como si fuera sólo el inicio de algo.

Incluso aunque Unai dejó caer un «ya nos veremos» un tanto forzado, que me recordaba de forma indirecta en lo que consistía aquello. Dio igual. Supe que volvería y sé que él también, aunque una parte de su ser no quisiese.

Después de darnos los buenos días como más nos apetecía, medio desayuné algo en la mesa de su cocina y salí corriendo, porque era tarde, había quedado con mi padre a comer y aún tenía que pasar por casa.

Unai se dio una ducha rápida, se puso otro chándal y bajó con *Dexter* a dar una vuelta.

La situación no fue tensa, ni nada parecido, fue... normal. Casi familiar. Como cuando te recorre el cuerpo una sensación de reconocimiento. Un *déjà vu* que sabes que no ha existido, pero que para ti *es*. Algo parecido.

Me acompañó hasta la esquina de su calle, donde paré un taxi, y nos despedimos con un beso. Uno sencillo, discreto, que ninguno de los dos meditamos demasiado y, a la vez, en el que pensamos mucho, por si era adecuado o no.

No comprendo muy bien esas actitudes en las personas. Esas dudas que nos carcomen cuando no sabemos si besar a alguien a quien deseamos es sensato o un completo error.

Ahora sé que siempre hay que hacerlo; no puede haber nada malo en un beso deseado, pero siempre lo hay en el recuerdo de todos los que no has dado.

En aquel momento, observando los edificios que dejaba atrás, los escaparates y las personas que comenzaban su día de descanso con un paseo a través de la ventanilla del coche, no podía dejar de sonreír. Estaba pletórica.

Quizá era pronto. O una tontería. O una fantasía creada por las altas expectativas. No lo sé..., pero eso es lo normal cuando las

cosas salen bien, ¿no? Esa sensación de que todo es perfecto.

Fui a casa, me duché y les medio conté a mis amigos la noche mientras me cambiaba.

Después Elena me acercó en coche a casa de mi padre, porque vivía en un pueblo a las afueras y yo seguía sin sacarme el carnet de conducir.

Cuando me abrió la puerta, lo abracé.

Mi padre es viudo; perdió a mi madre cuando yo apenas era un renacuajo de cinco años y, que yo sepa, no ha vuelto a salir con nadie desde entonces. Aun así, es feliz. Lo fue mucho un día con alguien y ahora también lo es solo; la felicidad tiene muchas maneras de existir.

Vive en una casa pequeña donde tiene un jardín y un huerto. En el garaje se ha montado una especie de taller de bricolaje, y se pasa el día construyendo y arreglando cosas que ve en algunos programas de la televisión. No es que se le dé muy bien, pero le gusta y eso es lo importante. Eso me enseñó él, que no debemos cortarnos las alas nosotros mismos cuando algo nos llena y nos hace bien, por muy mal que lo hagamos.

Solía ir a verlo una vez a la semana desde que me había ido de casa, comíamos juntos y nos poníamos al día de nuestra vida. Nos iba bien así. Él, porque siempre ha sido un hombre solitario y de rutinas, y yo porque con comprobar de vez en cuando que estaba sano y feliz me valía. Era una relación sencilla, pero no por eso menos profunda.

—Lola, te dije que no trajeras nada.

Dejé la bolsa con pan y con una lasaña casera que había sacado de nuestro congelador encima de la mesa de la cocina y lo ignoré. Siempre era lo mismo.

Mi padre me había cuidado bien, pero para él siempre había sido un suplicio eso de cocinar y, desde que vivía solo, tiraba más de la cuenta de bocadillos o platos preparados, así que solía llevar comida decente. No hecha por mí, sino por Elena, pero casera, al fin y al cabo.

—Ha sido Ele. Ya sabes lo pesada que puede llegar a ser con la comida —mentí. Él sonrió entre dientes, porque sabía que no estaba siendo sincera—. Si no te apetece, la guardas para otro día.

—Encenderé el horno.

Charlamos un rato, en lo que la comida se calentaba.

Mi padre no es muy hablador; supongo que hay personas que prefieren escuchar u observar, y él siempre ha sido una de ellas.

A veces me preguntaba cómo yo podía ser tan distinta de él, tan

extrovertida, tan dada al dramatismo, a la exageración, tan emocional, cuando me había criado con un hombre introvertido y reservado. Me gustaba pensar que era la parte de mi madre la que primaba, y eso me hacía sentir un poco más cerca de ella; apenas la recordaba.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. —Fruncí el ceño y decidí ser más franca conmigo misma —. En fin, igual que siempre. Eso es bueno, ¿no?

—Sí. ¿Y tu otro trabajo? —preguntó con una media sonrisa.

—¿El que nunca llega? Regular. El martes tengo una audición para un anuncio de antiácidos. —Contuvo la risa y yo le lancé una miga de pan—. ¡No te rías! Es desesperante.

—Llegará, Lola. Hazme caso.

Palmeó mi mano y continuamos comiendo.

De fondo, la televisión nos hacía llegar la noticia de una nueva normativa para los dueños de mascotas. Yo pensé en *Dexter*, en sus orejas suaves y su rostro alegre. Y, por asociación, en Unai. Una sonrisa enorme se dibujó en mis labios, mientras jugueteaba con la comida de mi plato y rememoraba lo vivido aquella noche.

Para ser una primera vez, había sido increíble.

—¿Vas a contarme de una vez a qué viene esa sonrisilla?

Alcé la mirada y me encontré con la de mi padre, algo tensa, porque siempre se asustaba cuando tocaba hablar de temas más sentimentales. La adolescencia en mi casa fue una época la mar de divertida, teniendo en cuenta mi poca vergüenza para todo y su incapacidad para hablar abiertamente de ciertas cuestiones.

—He conocido a alguien.

—Así que se trata de eso.

—Sí. Papá, ¿crees en las señales?

—No.

Hice una mueca. Ya sabía que iba a responderme eso, con rotundidad y firmeza, pero necesitaba explicarle de algún modo cómo me sentía. Necesitaba compartir con mi padre que aquello para mí era importante.

—Vale. ¿Y en..., no sé, en los flechazos? ¿En las sensaciones? —Apoyó el cubierto en su plato, sin dejar de mirarme, hasta que comencé a ponerme nerviosa. Creo que lo vio, que lo supo, pues, por muy cerrados que sean los padres, en realidad siempre nos conocen mejor que nosotros mismos—. ¿Cómo supiste que se trataba de mamá?

Dio un trago largo a su vaso y apartó la vista antes de empezar a hablar.

Casi nunca hablábamos de ella, al menos, no de ella en el sentido en el que mi padre la había conocido. No por nada, sino porque sus recuerdos solían causarle dolor y yo no necesitaba escuchar vivencias que no me pertenecían. Me bastaba con todo lo bueno que me habían contado, con las fotografías, algunos vídeos y los pocos recuerdos que albergaba propios. No tenía sentido recrearme en algo que a él le hacía daño sólo para encajar las piezas en mi cabeza de una imagen que nunca dejaría de formar parte de una fantasía. Porque yo me había creado eso, una imagen ideal de mi madre que nunca nadie podría arrebatarme. Y eso me bastaba.

—Lola, sabes que tu madre era la emocional, yo siempre puse la parte terrenal en lo nuestro. Lo práctico. Así que no soy la mejor persona para darte consejos. Sin embargo, una vez me dijo algo y se me quedó grabado. Quizá pueda ayudarte.

—Cuéntamelo —lo apremié.

—Cuando la conocí, me pareció tan guapa que no podía dejar de mirarla. Eres igual que ella. Los ojos grandes, la boca preciosa. Aunque ella era un poco más canija que tú. —Me reí—. Por aquel entonces, yo ya tenía fama de ermitaño. Siempre he sido muy mío, me gusta estar solo.

—Eso no es algo malo.

—No lo es, hasta que un día conoces a alguien que te importa y entonces tienes que adaptarte a compartir tu espacio. Y... digamos que me costó hacerlo. Ni siquiera sé cómo acabó aceptando salir conmigo.

—¿Adónde la llevaste?

—La primera cita fuimos al cine. Vimos una película malísima de Robert Redford. No recuerdo el nombre, pero a ella le encantaba. Apenas hablamos. A mí me costaba. Cuando llegué a casa, supe que no volvería a verla. —Hizo una pausa y yo arrugué la servilleta entre mis manos; pese a que sabía el final de aquella historia y yo era la muestra viviente de ella, me asustó la duda que vi en sus ojos, como si hubiera vuelto de algún modo a ser ese joven del pasado que tuvo miedo del amor cuando se lo encontró—. Pero me llamó. Me llamó ella, Lola, y me preguntó que si tenía planes para el sábado siguiente.

—Qué atrevida...

—¿De dónde crees que has sacado tú esa picaresca? —Sonreímos—. Fuimos a cenar y después a pasear. Me cohibía tanto..., no sabía qué decirle sin parecer imbécil, así que no dije nada, lo que debería haberle confirmado que lo era.

—¿Y ella?

—Tampoco. Sólo paseamos. Fuimos bordeando el río en silencio y viendo a otras parejas pasar. Todos me parecían mucho más felices que nosotros, pero, aun así, me di cuenta de que me sentía mucho mejor que cualquier otro día, que con cualquier otra persona o incluso que solo. La acompañé a casa.

Lo entendía. A veces la simple presencia de alguien es suficiente.

Me quedé asombrada por la expresión de su cara, como si le diera apuro continuar con esa historia tan bonita que me estaba regalando.

—¿Por qué frunces el ceño, papá? ¿Te da vergüenza?

Suspiró y negó con la cabeza, maldiciendo antes de continuar con la historia.

Yo pensé que lo quería mucho, pero no abrí la boca por miedo a frenarlo.

—Le dije que entendía que no quisiera volver a verme y ella abrió los ojos sorprendida. «¿Por qué no iba a querer salir contigo otra vez?», preguntó. «Porque podrías salir con cualquiera», le dije, «¿por qué repetir con alguien como yo, incapaz de mantener una conversación siquiera?». Y entonces me dijo una cosa que nunca se me olvidará. Me dijo que si eres capaz de pasear con alguien que apenas conoces en silencio y sentirte cómodo, bien, casi completo y disfrutar de ese momento, significa que ahí hay algo. Sólo tienes que tener paciencia y dejarlo crecer.

—Algo —repetí, sintiendo un montón de cosquillas por dentro, porque era exactamente lo que yo había sentido cuando conocí a Unai.

—Sí, algo importante, Lola. Especial. Mágico.

—Tiene sentido.

—En nuestro caso, lo tuvo. —Asentí. Después nos quedamos unos segundos callados; yo pensando en aquellas palabras y en lo que significaban de repente para mí, y él recordando, supongo, viajando al pasado y sonriendo—. ¿Sabes, hija? Quizá llevo guardándome esta historia tanto tiempo por algún motivo.

—¿Por cuál?

—No lo sé, pero quizá, de alguna forma, era un consejo de tu madre para ti.

Sonreí y sentí las lágrimas en los ojos. Aquello era muy bonito.

—Sí, puede. Y quizá tú no seas tan terrenal como te crees.

* * *

Volví a casa pensando en las palabras de mi padre. Y es que ahí

estaba de nuevo ese *algo*. Eso que no tenía nombre, pero que abarcaba tantas sensaciones.

Quise llamarlo. Quise presentarme al día siguiente en su casa, invitarlo a un café o quizá repetir lo que ocurrió entre sus sábanas. Quise hacerlo con todas mis fuerzas.

Sin embargo, no hice nada de eso. Esperé paciente y dejé que surgiera, que brotara, como las cosas que no pueden evitarse.

Lola y el tiovivo

Una tarde, entré al hospital y me vestí para mi función. Me había comprado una peluca nueva y los rizos morados habían hecho reír tanto a Tristán al verme con ella que ya había merecido la pena. Decía que parecían pequeños muelles.

Era un día como otro cualquiera. Habían pasado nada menos que once desde la noche que Unai y yo dormimos juntos, y ni siquiera le había dado importancia al hecho de que no se hubiese puesto en contacto conmigo.

Bueno, quizá un poco, pero tampoco me había costado demasiado aceptarlo.

Bueno, quizá también me había molestado ligeramente, pero había decidido que no iba a ser yo la que lo agobiara. No tenía ninguna prisa. Tenía la certeza de que aquello no había hecho nada más que empezar; quizá, si no hubiese estado tan segura, todo habría sucedido de otra manera. Quizá, si yo lo hubiese llamado con insistencia, él no habría vuelto a querer verme para evitar esas complicaciones de las que tanto huía. Quizá el hecho de que le dejara aquel espacio fue determinante para que de verdad pensara que aquel trato seguía en pie y que los sentimientos se quedaban fuera al tratarse de nosotros.

No tengo ni idea, pero así fue cómo ocurrió.

Yo me alejé y él se acercó.

Entré en la sala y vi que los niños comenzaban a colocarse en círculo entre gritos y risas. Solían distribuir gruesas mantas por todo el suelo o cojines que las enfermeras sacaban para la ocasión, y los mayores se colocaban en la parte de atrás pegados a la pared, fingiendo hastío e indiferencia, pero sin perderse ni un minuto de lo que hacía.

Cuando me giré y comencé la actuación con mi traje de payaso, vi a Marco sentado con una de las niñas más pequeñas tumbada sobre su regazo y mucho más cerca que otros días. Era precioso ser testigo de esos instantes, de esos gestos espontáneos, de esos lazos que nacían entre ellos hasta formar una verdadera familia.

Sin embargo, no fue ese detalle tan tierno el que captó mi atención, sino una pequeña mancha roja que sujetaba con una de sus manos y que parecía brillar como si fuese luminosa. Al ver que

yo tenía los ojos clavados en ella, la abrió y me mostró lo que escondía: una nariz roja. Contuve la respiración y el muy condenado sonrió con suficiencia al verme reaccionar de ese modo.

Me pasé toda la actuación muerta de curiosidad por lo que significaría aquello después de tantos días de silencio. Y ocurrió lo de siempre, me olvidé de todo y me centré en aquel juego que volvía a darle a lo nuestro ese matiz especial al que me agarraba. Así que, al terminar y ver que Marco se alejaba por el pasillo, eché a correr y lo agarré del cuello de su pijama.

—Eh, amiguito. ¿No tienes algo para mí?

Se giró y se echó a reír.

—¿Y por qué intuyes que es para ti?

Empalidecí y el corazón me dio un vuelco. Había dado por hecho que aquello era algo nuestro, pero ¿y si me había equivocado? Sentí la furia bullendo con fuerza y abrí la boca con la intención de decir algo, pero no me salió nada.

Me sentí tan idiota...

En aquel instante odié a Unai, no creo que haya nada malo en decirlo. Me lo imaginé jugando a ese juego con la mitad de las voluntarias y con media plantilla de enfermería.

Sin embargo, Marco reaccionó al ser testigo de cómo mi mente comenzaba a elucubrar teorías y mi enfado crecía. Odiaba la sensación de sentirme engañada.

—Lola... Tranquila, tía, sólo era una broma. Por supuesto que es para ti.

Le arrebaté la nariz de muy malos modos y él agachó la cabeza, avergonzado por haberme molestado de esa manera. En el acto se me pasó, porque Marco no tenía la culpa de que yo fuese lo más parecido a una olla a presión a nivel emocional, aunque lo disimulé bien, como un modo de devolverle la broma en forma de pequeño escarmiento.

—Gracias. ¡Y no vuelvas a llamarme «tía» en tu vida! —lo reñí.

Él miraba a todos los lados menos a mí, con sus mejillas rojas y una expresión de arrepentimiento que me provocaba unas inmensas ganas de abrazarlo; hasta que busqué sus ojos agachando la cabeza y los encontré.

Sonreí.

Marco frunció el ceño y puso los ojos en blanco al comprender mi juego, aunque pareció aliviado de que lo fuera.

—Vale. Estabas de broma.

Me eché a reír y después me centré en la nariz.

—¿Cuándo te la ha dado?

—Vino ayer.

—Ha tardado mucho. Once malditos días, ¿sabes?

—Lo sé.

Su voz sonó algo más grave de lo normal y vi algo en sus ojos que no me gustó, pero que no logré comprender del todo.

—¿Ocurre algo? ¿Va todo bien, Marco?

—Sí. No importa.

—Puedes hablar conmigo, si quieres.

Apoyé mi mano en su brazo, pero la apartó sin disimular.

—Todo va de puta madre —susurró con la mirada perdida en aquello que lo turbaba.

—¿Te dejan decir palabrotas?

—Me estoy muriendo. Es lo mínimo.

Se me heló la sangre en el acto.

Más tarde descubriría que bromear con la muerte cuando se está enfermo es una buena manera de enfrentarse a la propia realidad; Marco lo hacía a menudo e incluso llegó a gustarme hacerlo con él, pero aquel día quise pegarle un tortazo. Él y Unai compartían la capacidad de llevarme de un extremo a otro en segundos, del deseo de querer abrazarlos al de asesinarlos en menos de nada.

—No te estás muriendo, joder, y ése no es motivo para ser maleducado.

—¿Y tú sí puedes decir «joder»? —Sonrió. Me había pillado.

—No estábamos hablando de mí.

Marco se echó a reír y caminamos hacia su dormitorio.

—Entiendo que le gustes. Tienes carácter.

—¿Le gusto? —pregunté, entre esperanzada e ilusionada.

Y es que, aunque estuviera bastante segura de ello, siempre es un placer oír eso de boca de otros.

—Claro que le gustas, pero es idiota.

—Un poco sí.

No tenía sentido reñirlo por insultarlo, porque era cierto. Unai se estaba comportando como un cretino. Ese «quiero y no quiero» no iba conmigo, y ya había tenido demasiada paciencia, teniendo en cuenta que yo había aceptado sus condiciones de la forma más madura que era capaz, pero ahí estaba de nuevo, con una pequeña nota escondida en un trozo de espuma roja.

> Comida china, vino tinto y tú.
> Y no en ese orden.
> Dime que sí.

—Debería decirle que no, ¿sabes?

—Ten paciencia con él, Lola.

—No me ha llamado. —Sin embargo, al decirlo, sonreí, porque aquello era mucho mejor. No lo sé..., la incertidumbre, el juego, el hacerlo diferente; inesperado, quizá. Me gustaba—. Pero esto lo compensa.

—Si tú lo dices...

—¿Lo verás antes del sábado?

—Sí.

—Bien.

Escribí en un pequeño papel, diciéndome a mí misma que estaba dispuesta a hacer las cosas a su modo, pero que también me merecía una concesión.

> El sábado, a las diez en tu casa.
> Con la condición de que el domingo salgamos.

Metí la respuesta en la nariz y se la entregué a Marco. Después le di un beso en la mejilla con el que se sonrojó y me marché de allí.

No obtuve ninguna respuesta más antes del sábado. Supuse que, de no haber querido aceptar esa condición lanzada al aire, habría recibido un mensaje o una llamada con su negativa, pero no llegó.

* * *

Cuando llamé a su puerta, estaba algo nerviosa. Habían pasado demasiados días y no tenía del todo claro qué suponía aquel nuevo encuentro. Abrió y me gustó encontrármelo cómodo, con unos pantalones vaqueros y una simple camiseta. Yo había optado por un vestido negro y un moño. Me había arreglado y él no, pero la contradicción me encantó. Como si allí no hubiera disfraces, sino que cada uno éramos de un modo y eso bastaba.

Resulta increíble la de veces que jugamos a ser alguien que no somos para agradar a otros.

Nos miramos, yo aún en el descansillo, y *Dexter* salió a recibirme dando saltitos.

Le toqué la cabecita, sin moverme de allí. Era tan bonito que quería metérmelo en el bolso y llevármelo a casa. Después me incorporé y clavé los ojos en los de Unai.

No lo había pensado hasta ese instante, pero iba a preguntárselo, creo que ambos lo sabíamos. Necesitaba saberlo antes de dar un paso más.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

Negué con la cabeza y él suspiró, porque ya lo sabía. Ya me había visto actuar bastantes veces de esa forma, sin callarme, poniendo las cosas claras y sobre la mesa de entrada, porque yo era así, directa, franca, un tanto impulsiva. Ésa era la verdadera Lola, le gustara o no. Y le gustaba, quizá eso también era parte del problema.

Sigo siendo así, aunque ahora medito un poco más mis pasos. Supongo que los años nos dan experiencia y perspectiva.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Quería verte.

—¿Va a funcionar siempre así? Tú me dejas una nota y yo acepto. ¿O puedo llamarte también sin miedo a que te parezca demasiado o que vayas a colgarme el teléfono?

—Lola, no..., debería haberte llamado para anular esto. Lo siento.

Lo soltó de golpe, arrepentido, y me di cuenta en el acto de que le ocurría algo. Estaba inquieto. Con expresión de cansancio. Sin duda, no había tenido un buen día y me moría de curiosidad por saber el motivo.

Di dos pasos y Unai me observó de arriba abajo. Desde mis tacones negros, pasando por mis piernas, hasta el vestido negro ajustado que se intuía bajo el abrigo de paño gris.

—No voy a marcharme, porque ninguno de los dos quiere que lo haga, pero supongo que sabes que mañana tienes una cita.

Expulsó el aliento contenido y sacudió la cabeza.

Yo di otro paso, hasta quedar tan cerca de su rostro que atisbé sus ojeras. Sus facciones marcadas. Su dolor. Ahí había algo que no esperaba que nos acompañara esa noche.

Sentía que con él cada paso suponía arrastrar emociones que no cuadraban con lo vivido. Sólo suyas, pero que al estar conmigo se convertían en nuestras y nos guiaban.

—Lo que tú quieras, Lola. Yo... yo sólo quería verte.

Cerró los ojos y percibí de nuevo la tensión que irradiaba.

—Eh, ¿qué te pasa?

—Nada. No hables. Sólo...

Tragué saliva. Aquello no iba bien. Él no estaba bien. Pero yo estaba allí. Quizá mi visita tuviera otro objetivo distinto después de todo. Quizá no la había anulado porque me necesitaba de algún modo, y eso ya bastaba.

—¿Sólo...? —repetí, animándolo a continuar.

—No lo sé.

—Yo creo que sí.

Me acerqué, me puse de puntillas y lo besé.

Unai suspiró contra mis labios y se agarró a mi cintura. Estaba temblando.

Pasé las manos por su cuello y profundicé aquel beso, lento, calmado, casi como si fuera una cura para él, pasara lo que pasara en su vida, porque no lo sabía, pero... ni siquiera me importó entonces. Sólo me importaba que me hubiera deseado a mí como consuelo. Que hubiese querido tenerme a su lado incluso en aquella situación. Que no me hubiese llamado para anular la cita, sino que no le importase que lo viese en ese estado.

Esa clase de intimidad natural que teníamos.

Y no hablo de sexo, hablo de vernos, de necesitarnos sin conocernos.

Eso valía más que cualquier otra cosa.

Lo empujé hacia atrás, hasta que llegamos a la puerta de su habitación. La luz estaba apagada, pero la luz exterior de la ventana nos permitía vernos a tientas. Se sentó en el borde de la cama y yo me coloqué encima, con una pierna a cada lado de su cuerpo. El vestido se me subió por las caderas. Él apresó mis muslos por debajo de la tela.

Y nos besamos de nuevo.

E hice todo lo que estaba en mi mano para que olvidase lo que fuera que lo atormentaba.

Aquel día me di cuenta de que Unai tenía un equipaje pesado que no comprendía, pero que, aun así, me gustaba. Tocarlo me hacía sentir bien. Escucharlo. Mirarlo. Respirarlo.

Sensaciones. No había mucho más.

Nunca habría creído que fuese posible enamorarse de alguien sólo porque te provoca sensaciones. Una constante sucesión de estímulos que te remueven. Que te conmueven.

Creo que no tengo una manera mejor de definir lo que fuimos.

Una certeza que nos gritaba todo lo que podíamos llegar a ser si eso era sólo el principio.

Nos desnudamos y nos dejamos hacer.

Fue tan natural como la primera vez. Bonito. Sentido. Nada de un revolcón con un rollo de una noche que al día siguiente se va y sólo recuerdas si llegaste al orgasmo o no. Aquello no iba de eso. Lo supe desde el primer instante y no me equivoqué.

Aquello para mí era un comienzo, porque ¿cómo dejar escapar algo que sabes que, si lo dejas fluir, puede llegar a ser muy bueno?

No hubo comida china. Ni vino.

Sólo besos, abrazos y roces entre las sábanas. Eso y un cigarro en la ventana.

Ni siquiera sabía que Unai fumaba. Claro que desconocía tantas cosas...

—No lo hago a menudo, sólo a días. Lo dejé hace tiempo, pero él a mí no. —Se rio.

Aunque creo que no le hacía gracia y que odiaba tener esa debilidad.

Yo me quedé mirándolo, asomado a la ventana, desnudo y con el cigarro entre los dedos. Su cuerpo estaba cubierto por las sombras que nos rodeaban. Su espalda era ancha. Recuerdo la sensación de pasar los dedos por ella otra de aquellas escasas noches que compartimos en su piso, dibujando letras que yo escribía en su piel y que después él adivinaba entre risas. Insultos que nos sacaban carcajadas, alguna palabra subida de tono que nos hacía ponernos tontos, sentimientos que erizaban...

No había demasiada luz, pero aquella noche me pareció ver su piel más brillante en una zona, como si tuviese una cicatriz por descubrir. Era una tontería, pero me daba cuenta a cada instante de todo lo que no sabía sobre él; me sorprendía con pequeños detalles que no tenían importancia en apariencia; me asombraba por lo irreal que me parecía haberlo conocido y asumía que eso no evitaba que algo creciera en mi interior, imparable, rompedor, incansable y un poco más inmenso a cada momento.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

—En realidad, no. Pero te había prometido una cena.

Ni siquiera me había acordado del plan inicial y me alegré del cambio, porque ya habíamos aprendido que con nosotros no iba mucho el planificar.

—No me importa, yo tampoco tengo apetito.

Sólo quería continuar allí, en su cama, sintiendo pasar el tiempo.

Apagó el cigarro, cerró la ventana y volvió a tumbarse a mi lado.

Nos miramos.

Sus ojos parecían más apagados y, aun así, sonreían. Supe que le gustaba que estuviese allí.

Colocó su mano en mi mejilla y susurró:

—Lo siento.

—No pasa nada.

Ojalá hubiese sabido lo que esas dos simples palabras abarcaban.

—No puedo darte lo que buscas.

—No es que no puedas, es que no quieres. —Fue a abrir la boca, pero no se lo permití; estaba harta de tantas palabras que me

parecían vacías en comparación con los pequeños actos que lo llenaban todo. Sólo quería vivir el momento y saborearlo—. Pero no pasa nada. Además, me gustan los retos.

Acarició mis párpados, mi nariz, mis labios.

—¿De dónde has salido, Lola?

—Espero que de tus mejores fantasías.

—Es muy probable.

Nos reímos.

—¿Eso quiere decir que aceptas de buen grado nuestra cita de mañana? ¿O voy a tener que ponerte una correa?

—Creo que sería incapaz de decirte que no. Aunque eso complique mis planes.

Sonrió y junté mi rostro al suyo, hasta rozar su nariz con la mía.

Y allí, en aquel instante, nada importaba. Sólo nosotros, esas sensaciones compartidas y un montón de posibilidades de tener citas mejores al alcance de nuestras manos.

—Me encanta cuando sonríes.

—Y a mí que estés aquí.

* * *

Cuando me levanté, lo hice de un salto y lo bastante rápido como para que él no pudiera despertarse lo suficiente y acompañarme.

—¿Adónde vas?

—No te muevas. A las doce. En el tiovivo.

—¿En el tiovivo?

—Sí. El del parque. ¿No te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

Le di un beso rápido y me marché, dejándolo sentado sin ropa en su cama, con cara de alucine, pero con una sonrisilla tonta que bien valía todo aquello.

* * *

Entré en casa y me metí en la ducha. Cuando me estaba enjabonando, la puerta se abrió.

—Lola, ¿me dejas tu vestido verde? ¿El de volantes en la parte baja?

—Claro. ¿Adónde vas?

—He quedado con David. Vamos a comer y luego al cine. ¿No es genial?

—Lo es.

—¿Y tú? ¿Cómo fue?

Dudé, pero no pude evitar sonreír.

Había sido genial, pero... pero no podía olvidar todo lo demás, las dudas, el desconocimiento, todo lo que parecía esconderse tras los buenos momentos.

Supongo que siempre supe que había algo más, pero preferí ignorarlo.

—Bien. Hoy hemos quedado.

—Vaya, ¿ha funcionado? —preguntó, refiriéndose a mi «o lo tomas o lo dejas» lanzado en forma de cita.

—No lo sé, pero pienso comprobarlo.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo...

—¿Sólo qué? —preguntó Tristán.

Asomé la cabeza desde detrás de la cortina, con un ojo medio cerrado por el champú que me caía por la cara.

—¿Cuándo has entrado tú?

—Se ha colado en cuanto he abierto, es como una sabandija —contestó Elena.

Él le hizo burla y después ambos me miraron, con el pelo aplastado y enredado por el jabón.

Estaba bien, pero ignorar las grietas de algo no hace que desaparezcan, y Unai y yo teníamos muchos vacíos aún por conocer el uno del otro.

Suspiré y desaparecí de nuevo con un tirón de cortina.

—No es nada.

Se marcharon sin rechistar, aunque supe que me esperaba una conversación al respecto.

* * *

Cuando llegué al tiovivo, él ya estaba allí. Era domingo, así que sabía que aquel día nos lo íbamos a encontrar abierto. Su música llenaba la plaza y los niños hacían cola con sus padres para poder montarse y dar vueltas sin descanso.

Era bonito verlo.

No sé muy bien por qué elegí aquel lugar; puede que porque, de algún modo, quería sustituir el recuerdo de la primera vez que habíamos estado allí por otro mejor. Quién sabe. El caso es que me acerqué a Unai con dos chocolates calientes en las manos y la mejor de mis sonrisas.

—¿Observando a los niños? Eso da un poco de miedo.

Sonrió y aceptó el vaso que le ofrecía.

—Gracias. Y no. Prefiero mirarte a ti.

—Ése sí que es un buen comienzo.

Asintió y echamos a andar. Lo hicimos a la vez, aunque ninguno de los dos sabía adónde íbamos. Él, porque esa idea había sido mía, y yo... porque en realidad no tenía ningún plan.

—¿Adónde me llevas?

—No tengo ni idea.

—¿En serio?

—En serio. De momento..., ¿qué te parece si nos sentamos en un banco, bebemos chocolate, miramos los caballos y me cuentas algo de ti?

Lo hicimos. Elegimos uno de los bancos en los que no corría mucho el aire y nos sentamos. Yo calenté mis manos en el vaso, mientras daba sorbitos. Estaba delicioso.

Y, entonces, cuando creí que con Unai todo iba a ser un poco así, silencioso, oculto y meditabundo, empezó a hablar, mostrándome una nueva faceta de sí mismo.

—Cuando era pequeño, mis padres siempre me llevaban a la feria. Lo que más me gustaba era la noria. Me imponía demasiado la altura y me daba un miedo atroz, pero era incapaz de no subirme y observarlo todo diminuto. Solíamos pasar allí la tarde y comíamos manzanas de caramelo. Me encantaban los cacharros, pero odiaba los carruseles. No les he encontrado nunca nada singular.

—¿Estás criticando mi elección? —pregunté, fingiendo estar molesta. Adoraba los caballitos.

—No, lo que intento decirte es que éste me parece bonito. Es distinto de como los veía con ocho años. Ahora lo veo... especial.

Sonreí y me manché los labios de chocolate. Y lo sentí, el cosquilleo en el estómago, bailando, creciendo, tomando formas nuevas y asentándose.

—No es por nada, pero ¿se te ha pasado por la cabeza que a lo mejor es por estar conmigo?

—Es lo primero que he pensado.

Unai no apartó la mirada de la mía. Después acercó su mano y me limpió los restos de chocolate con las yemas de los dedos antes de llevárselos a la boca.

Yo me eché a reír, un poco confusa por el cambio que se percibía en él, pero encantada por lo inesperado de todo. Hasta aquellos días, no había sido consciente de la intensidad con la que me atraían las sorpresas, y él era una en sí mismo. Nunca sabía qué

esperar, y eso hacía que todo pareciese un juego, una aventura, una de esas novelas en las que puedes tomar decisiones y, según la que elijas, el final será uno u otro.

—Vale, ¿qué está pasando?

—¿A qué te refieres?

—Estás siendo demasiado perfecto.

—Soy de todo menos perfecto —confesó.

Y era cierto. Pero eso lo hacía todo más real.

Siempre fui muy idealista, de las que hilan ilusiones sin tenerlas todas conmigo, dejándome llevar más por intuiciones y por deseos.

Ahora, no. Ahora sé que a veces duele más que se cumplan que que no.

—Bueno, pues sigue así. Hoy lo estás haciendo realmente bien.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, pero ten cuidado, no vaya a ser que lo hagas tan bien que acabemos enamorándonos y lo compliquemos —bromeé.

Me regaló una sonrisa ladeada y volvió a mirar el carrusel. Yo lo hice con él.

Un hombre mayor lo ponía en marcha, sentado en la parte central con un sombrero oscuro y guantes gruesos. Tenía un bigote que se le rizaba hacia arriba, lo que le daba un aspecto un poco de cuento, de dibujo animado. No podía comprender cómo no caía redondo de tanto mareo. Supongo que estaba acostumbrado a ver su carrusel girar y quizá él era de los que perdían el equilibrio al bajar del tiovivo y poner los pies en tierra.

La voz de Unai me hizo volver a mí a esa realidad que estábamos compartiendo.

—Creo que nunca llegué a subirme en uno.

—¿Lo dices en serio? —Asintió con nostalgia, como si acabara de caer en la cuenta de aquella oportunidad infantil perdida—. A mí me fascinaban. El dar vueltas. Siempre elegía el más bonito.

—¿Y cuál es el criterio para localizar el más bonito? —preguntó, riéndose de mí.

—No te rías. El más bonito para mí. Me gustaban los blancos. Y que tuvieran muchos colores en la silla de montar.

—¿Como ése?

Señaló uno en el que iba un niño de unos cuatro años montado. Era blanco y las crines tenían brillos dorados a juego con su silla. Ése era perfecto.

Recordé las tardes en la feria con mi padre. Cómo yo parloteaba sin cesar a su alrededor, explicándole con todo lujo de detalles mis argumentos para desechar algunos caballos y elegir otros, como si

se tratara de una decisión de vital importancia. Hasta que por fin escogía uno y me centraba en correr hacia él cuando me tocaba el turno, para que no me lo arrebatasen. Después paseábamos, él lanzaba pelotas a las latas para conseguirme peluches y merendábamos dulces.

—Sí. Es posible. Es un buen caballo —acepté—. Y el algodón de azúcar. Me encanta el algodón de azúcar.

—Es fácil imaginarte con una nube rosa.

—Algún día me comprarás uno.

Unai no dijo nada, pero yo me lo imaginé y fue tan real que supe que pasaría. Que no podía ser de otra manera.

—Ojalá.

—Ojalá.

Sí, ojalá hubiera ocurrido.

Comimos en un bar sencillo que ofrecía un menú del día de puchero. Nada fuera de lo común. Después tomamos café y seguimos recordando momentos de la infancia. Me habló de sus padres, a los que había perdido y echaba mucho en falta. No lo hizo en ningún momento de Marco, aunque supuse que la diferencia de edad era determinante para que el chico no hubiera compartido aquellos recuerdos lejanos con él.

Después le llegó el turno a la adolescencia.

—Fui bueno. De verdad. Responsable y estudioso. No me gustaba llamar la atención.

—Un muermo —repliqué, aunque no pensaba que tuviera que ir asociado, pero lo dije sólo por molestarlo.

—¡No! —exclamó, lo que provocó mi risa por haber conseguido mi propósito; entonces, su expresión cambió a una más divertida y me devolvió el ataque—. Ah, vale, que tú fuiste la líder de un grupo de superficiales. De las que hacían pellas y fumaban en los baños.

—No he fumado en mi vida.

—Pero de lo otro no has dicho nada.

Soltó una carcajada al ver mi cara de desconcierto y me defendí como pude.

—¡No era la líder! Al menos..., no hasta la secundaria.

—¿No lo niegas?

Sonreí y me encogí de hombros. Si algo he sido siempre es una persona que apechuga con las consecuencias de sus actos y que no se esconde.

—¿Por qué iba a hacerlo? Somos lo que somos. No se puede borrar.

—Eres demasiado guapa para haber tenido otro papel en el

instituto.

Me mordí el labio y me acerqué a él.

Estábamos sentados a una mesa un poco apartada en una cafetería. Uno al lado del otro en uno de esos bancos anclados a la pared. Y nos tocábamos. A ratos. Dejábamos caer la mano sobre la pierna del otro. Enlazábamos los dedos y jugábamos con ellos. Nos rozábamos casi aparentando que era sin querer cada vez que nos reíamos.

Sin embargo, no nos habíamos besado. Y yo deseaba hacerlo.

Me lo imaginaba con quince años, con diecisiete, y me daban más ganas aún. No sé por qué. Suena raro, pero imaginarme con Unai en otras vidas se convirtió en un juego casi desde el principio.

—Tú también eres guapo. Te imagino como el chico misterioso siempre detrás de un libro, pero por el que las chicas suspiraban en silencio.

—Frío, frío. Excepto por lo del libro. Nunca te habrías fijado en mí.

—Eso no es cierto.

Aunque quizá sí lo era. Ya he dicho que somos etapas, y en aquella época que estábamos rememorando yo no me habría fijado en ningún chico que no tuviera una moto y una anilla en la ceja. Estúpido y tonto, pero seguía sonriendo al recordar a esa Lola que tanto había aprendido a base de pasos y experiencias vacías.

—Lola, fui tesorero del comité de alumnos. Y miembro del club de debate.

—Eso está muy bien —dije con la boquita pequeña.

—Sí que lo está, pero a los quince no te lo habría parecido, y no pasa nada. No era el momento de conocernos.

—¿Y éste lo es?

—Éste tampoco, pero... ha sucedido.

Sonreí, por oírlo repetir esas palabras que ya me había dicho con anterioridad. Asumí de nuevo que la vida funciona así, que hay cosas que, simplemente, suceden, sin poder hacer nada por cambiar ese hecho.

Creo que, aunque no hubiera sido así, seguiría recordando nuestra historia como eso, porque hacerlo le da un cariz más especial, más trascendente; odiaría que se quedara en una fase más que cerrar para darle comienzo a otra.

Me levanté y le tendí la mano. Él la aceptó.

—Sí, ha sucedido. Vamos, quiero probar una cosa.

—¿Vas a ponerme a prueba?

—Voy a ponernos a prueba. A esto. Lo que sea.

Y me comprendió.

Asintió, pagamos la cuenta y salimos a la ciudad.

El sol brillaba, aunque trajera sólo la fría calidez de uno que aún parecía de invierno. Me dirigí a la ribera del río que dividía la ciudad por la mitad. Bajamos por uno de los paseos que habían acondicionado para las bicicletas y caminamos.

Pensé en mi padre, sí, pero, sobre todo, pensé en mi madre. En su consejo. Ese que había llegado muchos años después de ser pronunciado y en boca de su marido, pero que lo había hecho en el momento adecuado.

Cogí la mano de Unai y la metí en el bolsillo de su abrigo entrelazada con la mía. Escondí la cara en el cuello del mío y lo entendí.

Paseamos, observando a otras parejas que hacían lo mismo, el agua terrosa y fría del río y los edificios que íbamos dejando atrás. Y fue fácil. Y cómodo. Incluso divertido, sin suponer nada fuera de lo normal. Fue especial sin serlo, sólo por hacerlo con él.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada. Pensaba en que esto está muy bien.

Apoyé la cabeza en su hombro y Unai se tensó un poco, pero, en vez de apartarse, apretó mi mano más fuerte y lo sentí más cerca. Ni siquiera contestó, aunque supongo que hay gestos que valen más que mil respuestas gritadas.

Creo que fue el momento en el que se rindió a lo inevitable.

* * *

Volvimos a mi casa charlando de tonterías. Le hablé de Elena y de Tristán. De mi última relación con Elías. De mis años un poco locos. Él lo hizo de una novia que tuvo a la que quiso de verdad, de sus tranquilos años universitarios y de sus viajes pendientes.

Le expliqué una de las teorías un tanto tontas de Tristán y él me dijo que también tenía una. Unai pensaba que las personas no siempre nacemos en el lugar adecuado; que hay personas que parecen encajar en otro terreno, aunque ese lugar las pille a miles de kilómetros de donde han nacido. Como si una mano nos soltara al azar al momento de llegar al mundo. Él se sentía islandés, por ejemplo. Me contó que se obsesionó con sus paisajes al ver un póster siendo muy pequeño y que después estuvo allí al cumplir los veinte; que se enamoró de cada rincón que visitó, que sintió una especie de conexión con el país que no se parecía a ninguna otra que hubiera experimentado ni antes ni después. Me resultó fácil

imaginármelo entre lagos y cascadas, con un gorro de lana y viviendo en un pueblo pequeño entre montañas.

—¿Dónde crees que encajaría yo?

Me observó con lentitud, mientras sonreía ante mi mirada nerviosa. Y, al final, asintió. Lo había encontrado.

—En La Habana. Allí la música está en cada rincón. El color y las risas llenan las calles. Te imagino con un vestido con vuelo, bailando descalza por La Habana Vieja, con una flor en el pelo.

Tragué saliva.

—Suena genial.

—O quizá en Cinque Terre, una preciosa región de Italia. Te imagino con uno de tus moños y comiéndote un helado en una de sus empinadas calles. O recorriendo en bicicleta cada uno de sus pueblos y mirando el atardecer en cada uno de ellos.

—¿Sólo haciendo eso?

—Sí. Tú mirarías el mar y yo te miraría a ti.

Me estremecí y las mariposas de mi estómago bailaron, queriendo montarse en un avión en aquel mismo instante y cumplirlo.

—Para eso tendría que invitarte.

Unai soltó una carcajada.

—¿No me llevarías?

Pensé en decirle que no, que aquello lo complicaría demasiado, echándole en cara sus propias palabras, pero no pude, porque era mucho más bonito imaginármelo.

—Lo haremos. Algún día.

No lo dije a la ligera; me lo prometí.

Unai sonrió y llegamos a mi casa, con el buen sabor de boca de un día perfecto. Improvisado y un tanto extraño, como todo lo bueno que había sucedido entre nosotros.

—¿Quieres pasar?

Observó la luz que salía del interior y dudó.

—No sé si debería.

—No te estoy preguntando eso. Sólo que si quieres hacerlo.

Sus ojos se fijaron en los míos y entonces dejó escapar el aire contenido y se acercó tanto a mí que tuve que dar un paso atrás. Hundió la cabeza en mi cuello y lo besó. Aspiró mi olor y sus brazos me rodearon.

Yo me eché a reír, porque su aliento y sus caricias me hacían cosquillas.

—¿Eso es un sí?

Giró el rostro y estampó sus labios con los míos. Abrí la boca,

buscando su lengua, y nos dejamos llevar por un beso de esos que no se olvidan, que superan a cualquiera dado con anterioridad y que, a su vez, esperan ser algún día superados.

—No, esto es un sí.

Me reí y tiré de su mano al interior de mi casa en cuanto abrí la puerta, rompiendo, sin ser consciente de lo que estábamos haciendo, otra de esas barreras que nos separaban y que cada vez eran menos.

Lola y el mural de sueños

Me llegaban voces desde el salón, así que nos guie hacia allí, emocionada por aquel paso.

Quizá era demasiado niña, pero el hecho de presentarle a mis amigos para mí era importante. Significaba cruzar una barrera que yo siempre protegía con ahínco, y había decidido, sin tener que meditarlo mucho, que Unai podía traspasarla.

Cuando entramos, me encontré con Elena sentada en el sofá con las piernas cruzadas bajo una manta y con Tristán a su lado ojeando una revista. Parecían una pareja bien avenida.

—Chicos, quiero presentaros a Unai.

Él se puso a mi lado y saludó. Estaba nervioso. Creo que también era consciente de que para mí aquello era importante.

Elena se levantó de un salto, haciendo que a Tristán se le cayera la revista arrastrada por la manta, y empezó a hablar trastabillándose un poco. Siempre que conocía a alguien se ponía nerviosa. Resultaba adorable.

—¡Hola! Encantada de conocerte. ¿Te quedas a cenar? He hecho *ratatouille*. ¿Sabes lo que es? Es una receta francesa a base de verduras. Aunque, ¿qué digo?, seguro que has visto la película, ¿la has visto? Todo el mundo la ha visto.

Mi amigo se levantó y la agarró por los hombros para calmarla.

—Ele, tranquila. —Después se dirigió a Unai—: No te asustes, suele ponerse nerviosa de entrada.

Tristán y él se dieron la mano. Ya se habían visto, pero supongo que ésa fue la presentación oficial y actuaron como si lo de aquella noche en la discoteca nunca hubiese sucedido.

—Hola, Elena. Si te sirve de consuelo, yo también me pongo nervioso. Y, sí, he visto la película.

Aquel comentario nos hizo sonreír a todos.

—¡Ah!, ¿sí? Pues no se te nota nada —contestó ella, sorprendida por la calma que irradiaba.

Yo compartí una mirada cómplice con Tristán, buscando su aprobación. Él me guiñó un ojo antes de dirigirse a la cocina.

Me pasaba la vida gritando a los cuatro vientos que no me importaba nada lo que pensaran los demás de mí y de mis decisiones, pero, en el fondo, era mentira, porque lo que opinaran

mis amigos y mi familia de mi vida sí que me importaba. Así que ese simple gesto de Tristán me tranquilizó de ese modo que sólo él era capaz.

* * *

Cenamos entre risas y compartimos una botella del vino que le habían regalado a Elena en la cesta de Navidad. Supongo que creímos que la ocasión lo merecía lo suficiente como para gastarlo, ya que era de una bodega decente.

No éramos personas introvertidas, pero sí que nos protegíamos demasiado, porque valorábamos lo que teníamos. Por eso rara vez incluíamos a alguien nuevo en nuestras rutinas, así que, cuando alguno de los tres daba el paso, se aceptaba como tal, sabiendo que significa algo grande.

Según cuento todo esto me da la sensación de que no lo parece, de que todo fue muy rápido, de que no tiene mucho sentido visto desde fuera, ya que apenas nos conocíamos y ni siquiera tenía por qué salir bien. Y quizá sea verdad. Podría haberse quedado en una aventura más, en una anécdota que ni siquiera recordar con exactitud pasados los meses. Pero no ocurrió, porque hay ocasiones en las que las circunstancias son las que provocan que todo se intensifique, se acelere, se engrandezca.

Alrededor de las doce, nos dimos las buenas noches y me encerré con Unai en mi dormitorio. Me resultó un poco raro tenerlo allí. Ahora que pienso en aquella época, me doy cuenta de que únicamente estuvo allí tres veces; nunca fue un espacio nuestro, sólo mío. Aquella casa apenas me provocaba recuerdos de él, aunque sí lo hacía del dolor asociado a nuestra relación cuando terminó. A todo lo que lloré entre sus paredes. A las veces en las que quise viajar al pasado y no conocerlo. A cómo me asfixiaba el lugar que antes de aquello había sido mi hogar. A cómo lo destrocé sin saberlo.

Me pregunto quién vivirá allí ahora; hace años que ni siquiera paso por aquella calle.

Algo se rompió y todos nos mudamos, dejando un vacío tan grande que no sería capaz de caminar por delante de su puerta sin echarme a llorar.

Quizá no fue algo; quizá sólo fui yo la que se hizo pedazos.

Unai paseó por mi cuarto y observó aquel pequeño espacio que decía demasiado de mí.

La cama blanca con dosel, un antojo que tuve cuando me

trasladé allí y que me regaló mi padre. Las sábanas de lunares de colores. El espejo de cuerpo entero lleno de collares coloridos colgados de sus esquinas. La alfombra mullida de pelo rojo en la que tantas veces me tumbé a hablar por teléfono.

Estudió las fotos que descansaban en la cómoda y sonrió. Tenía tres. Una con mis padres siendo apenas un bebé, otra con mis dos amigos y una tercera en un escenario vestida de Julieta, en una obra en la que participé con una compañía tres años antes y que había resultado un fiasco. Aun así, había sido una gran experiencia para mí y lo recordaba con cariño.

Se quedó fijo en la primera.

—Es mi padre. Y ella es mi madre.

—Te pareces mucho a ella.

—Por eso soy tan guapa.

Unai se rio. Lo abracé por la espalda y apoyé la barbilla en su hombro, de puntillas, mientras él seguía estudiándolo todo con calma.

Cogió mi bote de perfume y lo olió.

—Si te gusta, puedes echarte un poco.

—Huele mejor en ti.

Lo apreté entre mis brazos. Olía aún mejor en él, cuando después de tocarme se lo llevaba consigo.

—¿Te ha gustado? Mi familia.

Y no me refería a la de la foto, sino a los que habían compartido con nosotros una cena agradable y cómoda.

—Sí. Sois afortunados de teneros.

—Lo sé. Ven.

Quise preguntarle si algún día llegaría a conocer a sus amigos, pero no me atreví.

Nos acercamos a la cama y nos sentamos. Yo me quité los zapatos y los calcetines. A través de la pared se oía la música de Tristán. Una canción de Soundgarden sonaba más alta de lo normal y casi me entró la risa, porque sabía el motivo de haber subido el volumen.

—¿Qué pasa?

—No suele ponerla tan alta a estas horas. Creo que... —Nos señalé a ambos y Unai sacudió la cabeza, divertido por lo que mi gesto implicaba.

—No me hace sentirme muy cómodo saber que piensa en lo que podríamos estar haciendo.

—¿Qué te crees?, ¿que yo no tengo que aguantar de vez en cuando ruidos sospechosos?

Nos tumbamos y entonces se fijó en el techo de madera de la cama. Estaba cubierto de estrellas fluorescentes, de fotos tontas pegadas con celo y de palabras escritas con rotulador. Si no te tumbabas, era imposible saber de su existencia.

—¿Qué es eso?

Sonreí.

—Son sueños.

Él leyó algunas de aquellas palabras en alto.

—«Ataques de risa», «Orgasmos de piel».

Se quedó callado, volvió el rostro y esperó una explicación sobre ese tipo de orgasmo que yo me había inventado con una sonrisa de diversión.

No me daba vergüenza que descubriera aquel mundo que habitaba en mi cama, pero sí me hacía sentirme mucho más expuesta que las veces anteriores. Más desnuda que si me hubiera deshecho de la ropa.

—De los que no son sólo una respuesta física, sino que algo más los acompaña.

Asintió y siguió leyendo, alzando la mano y señalando cuando había algo que le llamaba la atención.

—«Amor», «Infinito», «Hogar», «Galletas de chocolate», «Tú, yo y un tango en la playa».

Me eché a reír. Unai parecía divertido también. Ladeé la cabeza y mi pelo se mezcló con el suyo. Por un momento sentí que tenía dieciséis años otra vez; como si fuera una niña de nuevo tonteando con un chico en mi cama, contándole los sueños que me hacían soñar más tiempo despierta que dormida.

—Eso lo puso Tristán. Suelo obligarlo a bailar. Lo odia.

—Pero ¿lo hace?

—Sí. Siempre.

Sonreímos. Yo recordé aquel día en que se me metió en la cabeza enseñarle a bailar el tango como me habían enseñado a mí en una clase de interpretación, pese a que en verdad no tuviese ni idea. Que él fuera un patoso de manual fue lo que lo hizo realmente divertido.

—«Noches de azúcar.»

—Eso es de Ele. Compramos chuches de vez en cuando y vemos películas románticas hasta el amanecer.

Asintió. Yo suspiré, sintiéndome bien y asumiendo de nuevo que aquello encajaba, que Unai también lo hacía en mi mundo de un modo demasiado perfecto. Que estar allí con él me aportaba una serenidad rara en mí, cuando yo era más torbellino que calma. Y

casi sin hablar. Sólo estando.

—Es bonito.

—Gracias. Cuando no puedo dormir, me gusta mirarlo.

Omití contarle que, cuando eso ocurría, solía levantarme y colarme en la cama de al lado. No era nada malo, pero me dio miedo romper aquel momento, con los dos tumbados mirando mi mural de sueños.

—¿Los has cumplido todos?

—No. Con algunos estoy en ello. —Nos quedamos en silencio, hasta que las palabras salieron solas, porque me pedían paso sin poder remediarlo—. No sé si te gustará o no saberlo, pero tú ya formas un poco parte de él.

Dudó, pero, al final, preguntó:

—¿Dónde estoy?

—En lo de los orgasmos. —Nos reímos—. Aunque creo que debería escribir uno nuevo.

Cogí el rotulador que guardaba en mi mesilla de noche y me levanté. Cuando terminé de escribirlo, me tumbé de nuevo a su lado. Y lo miré como si fuera la primera vez, con aquella nueva frase escrita que ocupaba la parte central. Supongo que era una buena metáfora para todo lo que estaba por venir.

Unai lo leyó con la voz un poco ronca.

—«El chico de la sonrisa.»

Su mano se encontró con la mía sobre la colcha y entrelazamos los dedos. Y me embargó un sentimiento extraño, porque era feliz, pleno, pero también un poco triste. Como si pudiese percibir también esos remordimientos que siempre lo acompañaban. Como si atisbase una despedida que no tenía sentido en aquel instante.

Me sentía sobrepasada por las sensaciones.

Apreté su mano más fuerte entre la mía, esperando una señal por su parte que me confirmase que él también sentía aquello, que pensar que lo nuestro seguía creciendo no respondía a ilusiones mías, sino que se trataba de algo real. Y lo hice mientras a la vez rezaba en mi interior porque aquello no lo estropease todo antes siquiera de dejarnos vivirlo.

—Me gusta. —Contuve el aliento y se giró. Se colocó de costado y pasó el brazo por mi cintura—. Me gusta formar parte de tu mural de sueños, Lola.

Me di la vuelta y lo observé, cerca y con esa expresión de pesar que ya conocía tan bien.

Podría haberle preguntado. Podría haberle pedido algo más, una explicación de si eso significaba que estábamos bien y que aquello

ya no era sólo un «divirtámonos», si podía hacerme ilusiones sin miedo a que doliese después.

No obstante, no lo hice, sólo lo besé. Porque hay ocasiones en las que un beso es suficiente para decirlo todo.

* * *

A partir de aquel fin de semana, nuestras rutinas cambiaron. Nos llamábamos a menudo; nos dábamos las buenas noches o los buenos días cuando dormíamos separados; intercambiábamos notitas cada miércoles a través de Marco y su nariz roja.

Deberías pasarte con ese disfraz por mi casa.

Yo sonreía como una chiquilla ante la mirada incómoda de Marco, y enseguida contestaba y volvía a ilusionarme, deseando que llegara el momento de encontrarme una nueva nota.

Te prometo un pase privado, sonrisa bonita.

Me hace gracia recordar que nunca comentábamos lo de las notas cuando nos veíamos. Yo respondía a una suya, salía del hospital y me pasaba por su casa, y disfrutaba de esos nervios hasta que él daba muestras otro día de que la hubiera recibido.

—¿Dónde está esa función privada, Lola?

Y yo le daba el gusto, me ponía una peluca ridícula y mi nariz roja, y me lo comía a besos antes de dejarnos llevar por todo lo demás en su cama.

Yo me decía que no éramos nada; me lo repetía a diario. Nuestro comportamiento respondía al de cualquier par de personas que se están conociendo pero que no tienen ningún tipo de compromiso de cara al otro; aun así, también percibía que ambos habíamos asumido ciertas reglas. No quedábamos con nadie más. Se nos escapaban los gestos que decían que no se trataba sólo de atracción. El sexo a veces hasta se nos olvidaba, siendo relegado a un segundo plano.

Y los días pasaron.

Felices. Fugaces. Llenos de emociones bonitas.

Yo me acostumbré con facilidad a ello; siempre ocurre con lo bueno.

Sin embargo, pensar en lo nuestro hacía que me agobiara un poco la sensación de que todo pasaba demasiado rápido. Y es que hay veces en la vida en las que todo te va tan bien que quieres pisar el freno. Pulsar un botón y congelar los momentos, hacer que los

instantes pasen más lentos, porque apenas te da tiempo de disfrutarlos plenamente, de saborearlos como merecen.

Nosotros llegamos a ese punto.

Creo que aquella cena en mi casa y con mi familia supuso un antes y un después en mi historia con Unai. Comenzamos a vernos casi a diario. Almorzábamos juntos si podíamos. Paseábamos a *Dexter*. Salíamos por ahí. Nos comíamos a besos a la menor posibilidad. Dormíamos en su casa casi todas las noches y hacíamos el amor.

Y un día dejé de repetirme eso que lo hacía fácil y comencé a asumir lo que éramos; en lo que nos habíamos convertido. Porque formábamos, a ojos de cualquiera, una pareja. A los nuestros, también. Por mucho que no le pusiéramos nombre. Por mucho que Unai evitara hablar de ello y yo lo dejase estar, porque, la verdad, siempre me han importado poco las palabras cuando los actos al final son los que dictan sentencia.

Nunca discutíamos. Y me di cuenta también de que eso era lo que yo necesitaba y lo que había estado buscando siempre sin ser consciente de ello.

Nos enseñan en las novelas y en las películas a desear un amor devastador, de los que arrasan con todo, tan inmenso que acaba por hacernos sentir pequeños, tan intenso que siempre viene acompañado de peleas, de incertidumbre, de celos, de muchas cosas que yo había experimentado en la única otra relación que consideraba seria en mi vida.

Pese a ello, con Unai me di cuenta de que no era eso lo que quería. De que entre nosotros había conexión, sosiego, calma, bienestar. Emociones bonitas que comencé a relacionar con el amor. Con Unai tenía certezas, esperanza, amistad y la seguridad de que en sus brazos me sentía como en casa. Con él, darme un abrazo suponía la misma sensación que tumbarme en una cama mullida y cómoda. Que comerme una onza de chocolate.

Fui consciente de que el amor podía ser fácil.

Roces. Besos lentos y traviesos. Orgasmos de piel. Sonrisas.

Eso aprendí con Unai, que con él la parte de los sentimientos era lo sencillo y que fue la vida la que nos lo complicó.

* * *

—Estás preciosa.

—Gracias.

Giré sobre mí misma y después le di un beso húmedo.

Me había mandado un mensaje para decirme que le apetecía verme y había ido a recogerme a casa. Me gustaba eso, no tener ningún plan, sino sólo vernos, pasar tiempo juntos y que surgieran recuerdos espontáneos.

—¿Qué vamos a hacer hoy? Si me dejas elegir, tengo una sorpresa para ti.

Pero su expresión se torció y la mía se tornó preocupada.

—Acaban de llamarme del hospital, tengo que acercarme a ver a Marco. No ha pasado un buen día. Lo siento, pero me han avisado cuando estaba llegando.

—¿Va todo bien? —Me tensé.

—Sí, no es de salud. Digamos que está más adolescente de lo normal.

El alivio llegó rápido y hasta solté una risita, porque el hecho de que Marco tuviera conflictos que correspondían a su edad sólo podía ser una buena noticia, aunque supusiera preocupación por parte de Unai.

—Oh. ¿Problema de amores?

—Dios quiera que no.

—Voy contigo.

—No creo que sea buena idea, Lola.

—¿Por qué?

Se quedó congelado en el sitio, observándome, y fue incapaz de decirme que no. Supongo que no encontró ninguna excusa convincente.

Cuando llegamos al hospital, Unai se paró a hablar con una de las enfermeras. Parecía realmente enfadada mientras le contaba lo que había ocurrido. Yo lo esperaba al final del pasillo, porque no quería inmiscuirme en algo que no me correspondía, a menos que él me lo permitiera. Después se acercó a mí, me cogió de la mano y nos dirigimos a su cuarto.

—Creo que voy a necesitarte para esto.

Yo asentí.

Al entrar, me tapé la boca y solté un gemido. Unai se me adelantó y le acarició el ojo morado a Marco con un dedo, pero el chico se apartó molesto.

—Eh, colega. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué haces aquí? ¿Te han llamado?

—Sí. Y no pongas esa cara. No es muy normal que acabes con un hematoma como éste. ¿En qué diablos estabas pensando?

—En nada.

—¿Quieres contármelo?

—¿Tengo opción?

Unai se tensaba por momentos; estaba intentando mantener la calma, pero estaba enfadado, más incluso que Marco, que prácticamente gruñía al hablar.

Más tarde supe que era porque en su estado de salud cualquier lesión podía convertirse en una complicación que tener en cuenta. Aun así, era un crío intentando hacerse adulto en un hospital; de estar en su caso, yo me habría peleado con medio edificio.

—Marco..., sé que esto no es sencillo para ti. Las cosas son diferentes aquí dentro, pero...

—La vida aquí es una puta mierda, ¡eso es lo que es! A veces creo que sería más fácil morirme.

—¡¡Cállate!!

El grito de Unai nos hizo empalidecer. Nunca lo había visto subir la voz. Cerró los ojos y se arrepintió al momento de su reacción. Los de Marco se cubrían de una capa acuosa, pero que controlaba orgulloso para no echarse a llorar delante de nosotros.

Supe que tenía que actuar. Que quizá podía poner un poco de distancia entre ellos, porque estaba claro que ninguno de los dos estaba llevando la situación del mejor modo posible. Cuando queremos tanto a alguien, el amor, a veces, nos ciega y lo que pensamos que puede ayudarlo consigue todo lo contrario, dañarlo sin pretenderlo.

—Unai, tengo sed.

Él se volvió y me miró como si me hubiera vuelto completamente loca. Podría parecer que mi interrupción estaba fuera de lugar, pero sólo necesitaba que se marchara y dejara al chico respirar unos minutos sin la mirada del otro sobre él.

Marco giró el rostro hacia la ventana, ocultándolo todo lo posible, porque un par de lágrimas brillaban en sus mejillas.

—¿Qué? ¿A qué viene...?

Saqué un billete de la cartera y se lo puse en la mano, mientras agarraba su brazo y lo guiaba a la puerta. Creo que no opuso resistencia porque lo descoloqué por completo.

—Toma. Vete a por algo de beber a la cafetería. Un chocolate de esos que tanto nos gustan. Marco hoy se lo ha ganado.

—¿Se pega con alguien y pretendes premiarlo? Lola, no te metas en...

—Se está muriendo, ¿vale? ¿No tienes corazón? —exclamé.

Pude sentir que Marco se volvía a mi espalda anonadado por mis palabras, pero, para sorpresa de ambos, Unai salió del cuarto bufando y desapareció por el pasillo maldiciendo:

—Esto es increíble...

Me acerqué a la cama y reñí a Marco, mientras él se limpiaba los ojos con un pañuelo que saqué de mi bolso.

—Has sido duro con él. Sólo quiere ayudarte. Entenderte.

—Ha sido una tontería, lo sé. No hace falta que me machaques tú también.

—¿Quieres contármelo? No voy a juzgarte. Una vez le arranqué un mechón de pelo a una chica en una discoteca. No soy el mejor ejemplo.

—¿En serio? —preguntó estupefacto, aunque levemente sorprendido para bien.

—No sientas orgullo; en realidad, ahora me da bastante vergüenza recordarlo.

Suspiró y habló, con la voz tomada y el pudor pintado en su piel.

Me di cuenta de lo niño que aún era. Que su cuerpo, pese a estar enfermo, era el de un proyecto de hombre, pero su vida lo había hecho parar de crecer en otros aspectos. Fui consciente de lo duro que era que aquellos chicos perdieran la inocencia en temas en los que no debían, como en todo lo relacionado con su esperanza de vida, sus limitaciones, sus diferencias con el resto, y fueran demasiado ingenuos en otros, como en la manera de relacionarse con los demás adolescentes.

—Me..., ella..., yo quise...

—¿Cómo se llama?

—Amelia. —Se sonrojó sólo por decir su nombre, y yo quise abrazarlo muy fuerte y no soltarlo nunca—. Es la hermana de Mikel, uno de los chicos de la planta. Viene muy a menudo a pasar tiempo con él. Me gusta hace meses.

—¿Te ha rechazado?

Frunció el ceño y yo quise pegar a una niña. De verdad, quise buscarla y zarandearla, por muy mal que suene.

—Me ha humillado, más bien. Quería besarla, así que se lo he dicho. Ella me ha apartado y se ha burlado de mí. Sé que es por esto, Lola. —Se señaló la cabeza—. Luego ha ido con el cuento a los otros chicos y su hermano me ha pegado.

—Qué imbécil.

Marco sacudió la cabeza, parecía completamente derrotado, y supe que no querer hablar con Unai no era por vergüenza, sino por miedo a decepcionarlo.

—Es su hermana. En el fondo, yo habría hecho lo mismo.

—¡Me refería a ella! —Entonces me observó como si estuviera

chiflada—. ¿Qué? ¡Eres una monada!

Se sonrojó hasta tal punto que las pequeñas pecas que poblaban su nariz y sus mejillas desaparecieron, aunque sus ojos azules brillaron con fuerza.

—No hace falta que me engañes para hacerme sentir mejor.

Entonces puse los brazos en jarras y supe lo que iba a ocurrir antes de que pasara.

—Mira, niño, te voy a decir una cosa y, por lo que más quieras, que no salga de aquí; no pretendo que me detengan por perversión al menor. —Marco se rio; aunque también parecía impresionado y algo asustado—. Si tuviera diez años menos, estaría loca por ti. Tienes unos ojos preciosos y el aura esa de enfermo rebelde que te traes te hace parecer más inalcanzable que los otros chicos. ¿Y qué me dices de esos hoyuelos? ¡Son matadores! Cuando cumplas dieciocho —fue a abrir la boca, pero no se lo permití, porque me negaba a oír lo que sabía que iba a decir—, que los vas a cumplir y yo lo voy a celebrar contigo, tendrás a la chica que quieras. Hazme caso, que de otra cosa no, pero de relaciones y enamoramientos tontos sé más de lo que debería.

Marco soltó el aire contenido y pareció más tranquilo, como si mi discurso le hubiese hecho creer de verdad que las cosas iban a mejorar para él, que no siempre iba a ser un chico con cables alrededor, sin pelo y con un futuro dudoso. Que, algún día, podría conseguir lo que se propusiera.

—Nunca he besado a una chica —confesó alicaído—. Creí que..., es igual. Cuando salga de aquí seré un pringado, Lola.

Podría haberle explicado que era una tontería obsesionarse por un beso y sentirse menos por no hacerlo antes que sus amigos; que la edad sólo era un número; que llegaría su momento, cuando fuera el adecuado. No obstante, no lo hice, porque tenía quince años y a esa edad todo se hace un mundo; que Marco estuviera sano o enfermo no lo hacía diferente en ese sentido. Además, se merecía más que cualquier otro chico explorar todos esos universos desconocidos, descubrirlos, escalarlos. Ninguna enfermedad debería impedir vivir eso.

Y ocurrió.

Tomé una decisión, y me importaba una mierda lo que pudiera pensar cualquiera sobre ella, sólo quería que tuviese su propia historia, que fuera única y especial.

—No, no lo serás, porque les contarás a tus amigos que tu primer beso fue con una chica casi diez años mayor que tú. Una chica que estaba buena a rabiar y que te besó porque quiso hacerlo.

Nos miramos y ambos aceptamos que iba a suceder. Que Marco lo deseaba y yo también regalárselo.

Me acerqué despacio y posé los labios sobre los suyos.

Él no se movió. Sólo tembló.

Fue un beso sencillo, dulce, bonito. Casi casto, aunque supe que para él fue especial y único, como deberían ser todas las primeras historias en la adolescencia.

Todo el mundo tiene derecho a sentir aquello y vivirlo con la intensidad de los quince años. Y creo que fue un primer beso perfecto.

—¿Y bien?

Marco sonrió. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Y era feliz. Tan feliz con tan poco que tuve que contenerme para no echarme a llorar.

—Gracias, Lola.

—Aquí tenéis el chocolate. ¿Qué pasa?

Unai entró con tres vasos en las manos y con expresión de desconfianza al vernos a ambos con los ojos llenos de emoción.

—Nada.

—Lo siento, Unai. No volverá a pasar.

—Oh. Vale. —Él dudó ante esa disculpa inesperada; no comprendía muy bien qué debía de haber ocurrido para el cambio de actitud de Marco—. ¿Hay algo que debería saber? Estáis raros.

Ambos sonreímos, mirándonos cómplices, pero nos encogimos de hombros y Marco cambió de tema con una facilidad asombrosa.

* * *

Cuando salimos a la calle, lo hicimos tranquilos y con la sensación de que había sido una buena tarde, pese a todo. Aunque Unai no tardó ni un minuto en preguntármelo y yo..., pues yo fui más Lola que nunca, sonriéndole con fingida inocencia.

—¿Qué me he perdido ahí dentro, Lola?

—Le he dado su primer beso a Marco.

—¡¿Que has hecho qué?!

* * *

Fuimos callados todo el camino hasta el coche. Fueron los cinco minutos más largos de mi vida. Después de contarle que había besado a Marco, le había oído media docena de palabras malsonantes expulsadas entre dientes y no me había atrevido a

abrir la boca.

No parecía celoso; de estarlo, me habría reído con ganas de él, pero sí que se había cerrado en sí mismo y prefería dejarle tiempo a que reaccionase. Llegué a creer que mi pequeño gesto lo había cabreado, pero luego supe que no era eso, sino que sólo estaba asombrado por lo que había hecho por Marco. Como si yo lo sorprendiera continuamente, le diese más de lo que pretendía obtener de mí y no supiese cómo afrontar lo que eso provocaba en él.

Nos montamos en el coche y Unai arrancó sin más. Yo puse música. Me negaba a dejar que ese silencio siguiese atormentándome, así que comencé a tararear una canción que me sonaba de tanto escucharla por la radio.

En el segundo semáforo que nos tocó parar, se giró y me observó unos segundos eternos antes de hablar, con la curiosidad llenando sus ojos y una media sonrisa preciosa atrapada entre sus dientes.

—¿Y él qué ha dicho? ¿Le ha gustado?

Yo se la devolví, orgullosa por saber que no sólo había hecho feliz a Marco aquella tarde, sino también a Unai.

—¿Cómo no le iba a gustar? Se ha hinchado como un pavo. Tiene quince años y ¿tú me has visto bien? —Alcé las cejas con picardía.

Y volvió a hacerlo; me estudió de arriba abajo, con parsimonia, como si deseara memorizarme, como si no se creyese del todo que yo pudiese existir. Así me sentía con él la mayoría de las veces; especial. Después me abrazó inesperadamente, pese a que dentro del coche fuese un poco incómodo hacerlo.

Antes de soltarme al oír los pitidos de los demás vehículos que esperaban detrás, me susurró al oído:

—Sigo sin creerme que te tenga delante.

* * *

Aparcamos en una calleja cerca del destino que yo había elegido aquella noche para él.

Crucé los dedos para que no fuese tarde.

Caminamos de la mano hasta el comienzo del parque, un parque que ya conocíamos bien.

—¿Adónde vamos, Lola?

—No seas impaciente.

—Odio las sorpresas.

—Nadie odia las sorpresas.

—Yo sí.

Suspiré con paciencia y lo agarré más fuerte, tirando de él hacia la zona del centro.

Estaba igual que los otros días. Los niños correteaban de lado a lado con los ojos de sus padres vigilándolos desde los bancos, olía a churros por un puesto nuevo situado en un lateral y el agua de la fuente y la música del tiovivo ponían banda sonora al paisaje.

Con la llegada de la primavera, Hernán, el dueño del viejo carrusel, abría no sólo los fines de semana, sino también cada tarde. Concretamente, hasta las nueve.

Eran las nueve y cinco.

—¡Vamos! Hemos llegado a la hora justa.

Unai, al ver hacia donde me dirigía, se frenó en seco.

—¿Qué estás haciendo, Lola?

—¿A ti qué te parece?

—Espero equivocarme, pero no voy a subirme a un tiovivo infantil.

—¿Por qué no? Querías hacerlo, ¿no es cierto?

—A los seis años, sí.

Puse los ojos en blanco y tiré de él, pero no se movía.

Me di cuenta una vez más de lo distintos que éramos. Unai a ratos me parecía demasiado adulto; correcto; educado; eficiente y práctico. Y yo, no. Yo cumplía los sueños por muy tontos que éstos fueran, o al menos lo intentaba.

Lo cogí de las dos manos y tuve la necesidad de explicárselo, mientras tiraba de él y parecíamos bailar en mitad de aquel parque.

—Tristán tiene una teoría. Dice que la vida es un cúmulo de «¿y si...?» sin cumplir. Que los días suceden y dejamos pasar de largo un montón de oportunidades de las que luego, en soledad, nos arrepentimos y fantaseamos con ellas. Yo creo que es cierto. Sin embargo, también dice que soy la excepción a su teoría. No sé si tiene razón o no, sólo sé que en mi vida guardo, como todos, «¿y si...?» que no se cumplieron, pero guardo muchos más «¿y si...?» que intenté y que no salieron bien. Pero ¿sabes lo que más tengo por haberlo hecho? Los que salieron. Los «¿y si...?» que al final fueron.

Unai tragó saliva, digiriendo mis palabras, y después dejó escapar el aire contenido en una bocanada profunda. Ojalá hubiese sabido en aquel instante que no sólo estaba dejando salir el aliento, sino también un «¿y si...?» al que pretendía renunciar días después. Un «¿y si...?» que yo deseaba cumplir con todas mis fuerzas.

El nuestro.

Al final, asintió y yo lo guie hasta el carrusel emocionada como nunca y dando saltitos.

—Hola, Hernán. ¿Qué tal el día?

—Veinticuatro viajes, ni más ni menos. ¿Qué te parece?

—Ésas son muchas aventuras. Mira, quiero presentarte a alguien. Él es Unai.

—Encantado. —Se dieron un apretón de manos—. ¿Así que usted es el chaval que nunca ha subido a un caballo?

Unai me fulminó con la mirada y yo no pude más que echarme a reír. Parecía avergonzado, como si su respuesta fuese una falta de respeto para Hernán.

—Sí. En mi defensa tengo que decir que nunca había visto un tiovivo tan bonito como el suyo.

Hernán sonrió. Después encendió las luces, ya que estaba cerrado para el resto del público, y comenzó a preparar nuestro viaje privado.

—Pues elija bien su caballo, joven. El primer viaje nunca se olvida.

Nos guiñó un ojo y nosotros nos miramos, divertidos y sintiéndonos de pronto un poco más niños.

—Como no te des prisa, Lola, te quitaré el mejor.

Abrí los ojos sorprendida por su reacción y Unai echó a correr entre los caballitos, estudiándolos todos para elegir el más bonito. Yo solté una carcajada antes de seguirlo.

Escogimos dos que estaban pegados. El suyo era el mejor; de color blanco reluciente y con las crines en tonos rojizos; era majestuoso. Yo sólo escogí el de al lado para estar cerca de él; era morado, con la silla azul cielo y estrellitas en los ojos.

Nos montamos y la música comenzó a sonar. Nosotros dábamos vueltas, mientras los niños nos observaban anonadados porque tuviéramos el carrusel para los dos solos; dos adultos que no dejaban de sonreír; dos adultos que cumplían un primer sueño juntos.

—¿Cómo lo has conseguido?

—El último día que estuvimos aquí, se me ocurrió. Vine una tarde y, simplemente, se lo conté.

—¿Y ya está? ¿Se salta todas sus normas porque le dijiste que yo no había subido nunca a un carrusel?

Asentí. La vida a veces resulta más fácil de lo que creemos.

—Sí. Unai, existen personas que ayudan a cumplir los sueños. Hernán es una de ellas. Sólo hay que pedirlo.

Su mirada se perdió en algún punto dentro de mis ojos. Después

se levantó un poco y me besó. Me besó sobre un caballito, mientras girábamos a la vez que el mundo seguía haciéndolo a su propio ritmo, con una música infantil de fondo y con mi corazón en la garganta, amenazando con salir de mi boca y colarse en la suya.

Lola y los secretos

Llevábamos cuatro semanas viéndonos, conociéndonos, cuando algo cambió.

No me lo esperaba; mentiría si dijera lo contrario. Quizá por eso todo se me hizo más cuesta arriba y, en vez de tristeza, fue el enfado el que guio cada una de mis acciones.

Después de la noche del carrusel, su mirada se volvió cautelosa. Intentaba esconderlo, pero fue inútil. Se había dejado llevar tanto durante esas semanas que, de repente, era consciente de cada pequeña reticencia que mostraba conmigo.

Volvimos paseando de la mano y acabamos en su casa. No fue diferente de otras veladas en ese sentido, aunque un sentimiento raro lo nublaba todo. Compartimos algo de cenar en su cocina, dimos un pequeño paseo a *Dexter*, que parecía ajeno a lo que estaba sucediendo, y nos metimos en la cama, como cualquier otro día.

También hicimos el amor.

No recuerdo nada especial aquella vez; nada que lo diferenciase de las demás y que le diese un matiz de importancia. Y es que fue la última. Y fue como las otras ocasiones, cómplice, pasional, bonita. Quizá no pudo serlo porque todas fueron especiales, a su modo.

Sólo sé que cada persona de este mundo merece saber cuándo una ocasión va a ser la última, para rozarla hasta desgastarla, para prestar atención a cada segundo, para saborearla con ese regusto de final de lo que nunca volverá a ser.

* * *

A la mañana siguiente nos despedimos y me marché a casa.

No supe nada de él en cuatro días.

Le mandé un mensaje el sábado, al que me contestó con un «tengo planes» que se me clavó muy hondo. Podía ser cierto y no me molestaba, lo que sí lo hacía era el tono implícito, la falta de cariño en sus palabras, su neutralidad.

No obstante, el lunes, después de pasar el primer fin de semana separados desde que habíamos cedido a lo nuestro, me invitó a ir a su casa.

Evité pensar en lo que iba a pasar, pese a que mis intuiciones parecían bastante certeras. Me esforcé por arreglarme como todos

los días, vestirme con la sonrisa que siempre le dedicaba al llegar y hacer como si no hubiese nada flotando entre nosotros, amenazando con romperlo.

Cuando salí del ascensor, me lo encontré apoyado en la puerta con aspecto somnoliento y mala cara. Y, no, no me refiero sólo a un estado anímico, sino que parecía físicamente exhausto.

—Eh, ¿qué te pasa?

—Nada. No me encuentro muy bien.

Me acerqué a él y le palpé la frente con la palma de la mano. Me dejó hacerlo, aunque noté que se tensaba bajo mi tacto.

—¿Tienes fiebre? ¿Quieres que vayamos al hospital? —Le lancé una sonrisa traviesa y colé los dedos por el borde de su pantalón—. O, si lo prefieres, podemos jugar a los médicos...

—No estoy de humor, Lola.

Me apartó con brusquedad y fui yo la que se tensó. Sabía que algo iba mal, pero no soportaba que me rechazara, al menos no de ese modo. Sin motivo. De una forma que nunca antes había consentido en nadie. De una forma que nunca pensé que aceptaría en alguien.

Sin embargo, su rostro me decía que ahí estaba de nuevo, esa sombra que lo acompañaba y que pensé que había desaparecido a lo largo de los días; una sombra que me decía que había algo que Unai me escondía. Estaba en mi mano seguir dándole espacio o no, y decidí que sí, que ya me había enganchado tanto a aquello que teníamos como para intentarlo. Quizá estaba siendo demasiado generosa, pero necesitaba intentar cumplir ese «¿y si...?»; necesitaba seguir creyendo que había algo más que una lista interminable de fracasos y no poder darle la razón a Tristán sobre aquella teoría estúpida que cada vez parecía más realista.

Suspiré y me armé de paciencia antes de entrar en su casa, pese a que no parecía estar invitada, quitarme el abrigo y dejarlo sobre el sofá de mala manera.

—Ya lo veo. Así que eres un mal enfermo..., te haré la cena y te soportaré.

—No.

Una sola palabra. Dos letras. Y una punzada en el pecho.

Me volví y clavé los ojos en los suyos, que parecían perdidos en algún punto del mueble de su salón y que se negaban a mirarme. Estaba avergonzado, y no era para menos.

—¿Qué?

—He dicho que no.

—¿Qué coño pasa contigo?

Unai cerró los ojos un momento y después alzó la mirada.

Aún la recuerdo.

Estaba rota. Desesperanzada. Nublada por algo que no comprendía, pero que a todas luces no era bueno. Y habló con voz pausada pero firme. Supongo que era una decisión bien meditada y no impulsiva, y pensar en que él habría estado dándole vueltas a ese preciso momento mientras nos divertíamos me dolía mucho más que el hecho de que me echara.

Yo me quedé congelada.

Por mucho que me repita a mí misma que huía de lo complicado, nunca he sido una persona que lo hiciese cuando llegaba el momento si algo me importaba; más bien al contrario, de las que plantan cara al miedo, a las cosas malas, y les gritan con los ojos: «Jódete».

Con él, no actué de un modo diferente.

—Creo que será mejor que te vayas.

—Sí. Bien. Yo creo que mejor volveré mañana, cuando no me den ganas de estrangularte.

Cogí el abrigo tirando con fuerza de él y me dirigí a la puerta.

Su voz me llegó clara, sin ni siquiera moverse del sofá.

—No me has entendido, Lola.

Lo había hecho, pero una parte de mí prefería ignorar ese presentimiento que me erizaba la piel desde que lo había visto. Una parte de mí deseaba creer que aquello era nuestra primera discusión y no esa despedida que Unai siempre supo que, antes o después, llegaría. Y yo no quería decirle adiós; era demasiado precipitado. Aún nos quedaba mucho por aprender el uno del otro. Me parecía algo de lo más injusto que, en un asunto de dos, uno solo pudiera tomar esa decisión. ¿Y qué pasaba si el otro decidía que no, que aún era pronto? Su opinión también debería valer, maldita sea.

—Pero... me estás asustando. —Volví sobre mis pasos y me planté delante de él; me iría, pero antes tendría que pedírmelo mirándome a la cara; siempre he odiado a los cobardes—. Y ya sabes que los juegos no van conmigo. Di lo que tengas que decirme. Sé claro, Unai, es lo menos que merezco.

Y lo fue.

—Te dije que no estaba en ese momento, Lola.

—¿Estás de broma?

— Creo que ya hemos alargado mucho esta situación. Se está complicando.

—¡Tú la estás complicando con esto! —grité. Comenzaba a sentirme fuera de mí.

—Lola..., teníamos un trato. Sin enfados. Sin consecuencias. Lo prometiste.

—¿Y tú te lo creíste? Me importaba una mierda tu trato, Unai. ¡Lo rompo! Eso es. Al cuerno con tu estúpido trato.

Comencé a pasearme por su salón. Estaba perdiendo el control, lo sabía, me conocía bien. El problema era que también sabía que, si eso estaba sucediendo, era porque él ya me importaba demasiado y no quería perderlo. No así.

—Gracias por estas semanas, Lola. Han sido increíbles.

Entonces lo miré y vi en sus ojos el dolor que le producía pronunciarlas. Juro que vi que brillaban de ese modo que sólo puede indicar contención de emociones.

—¿Y eso es todo? ¿«Adiós, Lola, ha sido un placer»? ¿Me estás diciendo que para ti esto no ha sido más que otro rollo sin importancia? ¿Que mañana te levantarás y no pensarás en mí? ¿Que no me echarás de menos?

—No —dudó y, al final, dijo algo que con el tiempo tendría sentido, aunque no lo tuvo para mí en aquel instante—. Pero no quiero que acabes odiándome.

—Ahora mismo ya te odio.

—Lola...

No era verdad, pero deseaba que sintiera un poco lo que estaba sintiendo yo. Supongo que eso no me deja en muy buen lugar, pero nunca he dicho que sea una buena persona. Quería que, si me iba a dejar, supusiera para él también un momento amargo y no una liberación. Porque a mí me dolía. Tenía la sensación de que me costaba respirar. Y no era sólo porque me gustaba y no quería dejar de verlo, sino porque, en el mismo momento en que él me estaba diciendo que se había acabado, yo me iba dando cuenta de lo dentro que Unai se me había colado.

Ojalá me lo hubiese podido arrancar de cuajo, dejarlo ahí, tirado en el suelo de aquel piso, marcharme a mi casa, dormir doce horas y levantarme como nueva, sin el sentimiento de pérdida. Pero no. Ahí seguía, enredado dentro de mí.

—No digas mi nombre como si te doliera lo que estás haciendo.

—Es que me duele.

—Pues no lo hagas —le supliqué—. No hagas esto. No hace falta.

Unai apartó la mirada y supe que no había nada más que hablar; que él ya había decidido, por el motivo que fuese, que aquél fuera un final. El nuestro.

—No puedo.

—Pues dilo. ¡¡Ten los cojones y dímelo a la cara!! —lo apremié.

Necesitaba que lo hiciera para, cuando recordara los momentos buenos, en el acto también recordase ése y escociera menos. Así creía que funcionaban las cosas por entonces, por muy equivocada que me parezca ahora que estaba. Porque escocería igual; lo bueno nunca se olvida, por mucho que quieras ocultarlo bajo el manto de lo malo.

Él lo hizo. Levantó la cabeza y me clavó sus ojos grises, repentinamente apagados.

—Lola, hemos terminado.

—¿Estás seguro?

Asintió y le costó, pero las dijo, soltó las palabras que sabía que se me clavarían por encima de todo lo demás.

—No quiero volver a verte.

Negué con la cabeza y me marché, dando un sonoro portazo.

* * *

Las relaciones empiezan y acaban. Así, sin más. Un día coges un camino y al siguiente has llegado a la meta, al final de un sendero que te dice que no puedes continuar. Porque está bloqueado con obstáculos o porque, simplemente, te has dado de frente con una pared.

En nuestro caso, no tenía ni idea de qué había ocurrido.

Eso era lo peor de todo, el desconocimiento.

Creo firmemente en la idea de que, cuando alguien corta con una persona, ésta se merece siempre una explicación. Siempre. Un motivo. Una razón, aunque no la compartamos, pero algo a lo que agarrarse para comprender qué es lo que nos ha hecho llegar hasta allí.

Y yo no tenía nada.

Mis amigos me preguntaban y no sabía qué responder. Mi padre me decía que me veía decaída y yo le contestaba que sólo estaba superando una etapa, pero que pasaría. En el trabajo sonreía menos de lo habitual y eso se transmitía en lo que hacía.

Sin embargo, cuando me encerraba en mi habitación y pensaba en él, sentía una opresión en el pecho que iba creciendo. Y me culpaba. Nunca hasta el momento lo había hecho por las decisiones de nadie, y con él me culpaba.

Eso me cabreaba; cómo no hacerlo. Y cuando me cabreaba, actuaba. No tenía término medio.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —me preguntó Tristán

una tarde, mientras me observaba mordiéndome una uña con el teléfono en la oreja.

—¿Tú qué crees?

—No lo llames.

—No lo coge. Necesito hablar con él —respondí nerviosa.

Él me miraba con una expresión de lástima que odiaba, así que le daba la espalda y después me sentía fatal por ello.

—No lo hagas, Lola. No te arrastres.

—No me arrastro, todo lo contrario. Necesito saber qué ocurrió, creo que es lo mínimo que merezco.

Vi que su mandíbula se tensaba antes de desaparecer por el pasillo, dándome por imposible. Y es que estaba imposible. Y sí que lo hacía. Me arrastraba. No había dejado de llamarlo desde el primer día, pero él no había contestado ni una de mis llamadas. Le había mandado también algunos mensajes de los que luego me había arrepentido, porque en ellos lo insultaba cabreada y era lo menos oportuno, pero me servían para desahogarme.

No lo comprendía; me sacaba de quicio. Y, lo peor de todo, por encima de la rabia, del orgullo herido y de todos esos sentimientos negativos asociados, era que lo echaba de menos. Estaba triste. Dolida. Decepcionada. Pero, sobre todo, triste.

A la décima llamada de aquel día en el que estaba más fuera de mí de lo normal, hice una tontería a ojos de cualquiera, aunque me alegro de haberme dejado llevar por mi parte impulsiva.

Pienso en qué habría ocurrido de haber hecho caso a mis amigos y se me hiela la sangre.

Me vestí con lo primero que pillé y llamé un taxi. Recuerdo que se me cayó el dinero dos veces al suelo cuando fui a pagar el viaje; en ese estado de tensión me encontraba.

Me presenté en su casa. Lo hice guiada por la ira más que por cualquier otro sentimiento. No era algo positivo, pero necesitaba decirle cuatro cosas bien dichas. Si él podía tomar el control de la situación y dejarme tan hecha polvo como me encontraba, yo tenía el derecho de hacer lo mismo, de desahogarme y gritarle todo lo que pensaba de él; como que era un cobarde, un mentiroso por negarse sus sentimientos y el culpable de todo y de un «¿y si...?» hecho pedazos.

Llamé al timbre y nadie me abrió.

Me asomé a la fachada y vi la luz de su salón encendida. Estaba en casa.

—¡Jodido imbécil!

Di una patada a la puerta como una idiota y después seguí mi

instinto, sin meditar si lo que estaba haciendo era o no una buena idea. Estaba desatada.

A veces me incomoda recordar a aquella Lola joven y visceral, pero era tan parte de mí que no podía echar el freno.

Llamé a la vecina del bajo; él me había contado que hacía las funciones de portera cuando era necesario, así que puse mi mejor cara de niña buena y le dije que era la novia de Unai, que se había ido a pasar el fin de semana fuera, pero que se había olvidado de dejarme las llaves y que tenía que sacar al pobre *Dexter*.

Aceptó sin dudar.

Después me planté en su descansillo y llamé de nuevo. No abrió, aunque el perro sí que ladró. No oí ni un solo ruido más.

Me inquieté.

Una cosa era que no quisiera abrirme y otra que me ignorara. Prefería que me gritase a aquel silencio que se me colaba por dentro hasta retorcer ese nudo de mis tripas que cada día se intensificaba más. Y no pensé. Me dejé llevar por el enfado, por las dudas, por la incertidumbre y por el amor. Sí, el amor, que no siempre nos hace actuar como las personas más sensatas del mundo; menos aún cuando una es pura emoción. El amor, que a algunos les ata cuerdas en las muñecas y a otros nos las destensa, hasta liberar la cordura y perderla.

Abrí la puerta y entré maldiciendo.

—No volverás a verme, tenlo claro. Te dejo que llames hasta a la policía después de esto por entrar de este modo en tu casa, soy consciente de que he sobrepasado el límite, pero vas a decirme a la puta cara qué es...

La voz se me resquebrajó, con esas palabras llenas de rabia y dolor atravesadas en la garganta que nunca llegaron a salir.

No necesité mucho más. Sólo dos dedos asomados por el pasillo, en el suelo.

Corrí y después grité, sintiendo que vomitaba el corazón sobre la alfombra, al lado de su inerte cuerpo.

* * *

Vi la ambulancia marcharse desde el portal. No me dejaron ir con él.

Todo pasó demasiado rápido y no me habían dado explicaciones como para saber qué era lo que le había ocurrido. Yo tampoco fui capaz de darles mucha información, lo que me hizo sentir una tonta y recordarme todo lo que no conocía de Unai.

Fueron eficaces, tanto en estabilizarlo como en ignorar mis preguntas.

La imagen de su cuerpo tendido en el suelo, pálido y paralizado, nunca desaparecerá de mi cabeza. Está atada a mí, como tantas otras cosas que viví a su lado.

Tenía un bote de pastillas abierto junto a su mano que los sanitarios se llevaron y que yo no reconocía. Y no hablo de un intento de quitarse la vida, como podría parecer la imagen en un primer momento, sino que, según lo poco que pude entender mientras conversaban entre ellos, aquella medicación se la había salvado.

Cogí al pobre *Dexter* y lo acerqué a casa. Lo dejé con una Elena estupefacta que ni siquiera dio muestras de desagrado, porque amaba a los animales, pero tenía una alergia importante al pelo de algunos.

Cogí otro taxi y me dirigí al hospital.

Creo que mi mente ya iba desentrañando lo que ocurría, pero por una parte se negaba a hacerlo. Me negaba a creer que el peso que Unai cargaba sobre sus hombros fuera más grande de lo que pensaba. Me negaba a creer que fuera el motivo de su abandono. Me negaba a aceptar que fuese algo que escapase a nuestro control, porque eso aterraba.

En urgencias no me dijeron gran cosa, y eso que fui realmente insistente; tanto que recibí un aviso de que, o me callaba, o llamarían a seguridad.

Obedecí, sentándome en la sala de espera, pero no duré mucho.

Pensé en las opciones que tenía, pero no encontré gran cosa más que un vacío enorme que me separaba de Unai. No conocía a nadie de su entorno. No tenía ni idea de si estaba enfermo o había sido algo puntual. No sabía ni por qué me había abandonado.

Sólo sabía, gracias a esa sensación de angustia que crecía y crecía, que sentía algo inmenso por él. Algo que ni siquiera comprendía del todo, dadas las circunstancias y lo poco que habíamos compartido. Me sentía unida a él de un modo que me desconcertaba.

Decidí ir a buscar a Marco; supuse que debería saber lo que había ocurrido y que, quizá, podría ayudarme a mí a comprenderlo. Además, era su única familia cercana, ya que Unai me había dicho que no tenía padres.

Así que me marché de allí y subí a la sexta planta, sin saber que aquella visita cambiaría del todo mi vida.

Lola y las mil caras de la vida

La vida está llena de instantes. De puntos de luz y de sombras, como las notas agudas de una balada melancólica en un piano. Picos. Subidas y bajadas. «Ojalás.» Segundos que lo cambian todo.

Cuando llegué a la habitación de Marco, estaba vacía. Aquello sólo me pareció otra señal de que algo iba mal. Sentía el miedo subiendo por mi columna y enredándose en mis nervios. Tenía la boca seca y me sudaban las manos.

Recorrí el pasillo de la planta infantil y me acerqué al puesto de enfermería. Allí me encontré a una mujer de mediana edad con la que apenas había coincidido; maldije por dentro, ya que me habría resultado mucho más fácil hablar con alguna con las que tenía una relación más estrecha.

—Perdona, ¿podrías ayudarme?

—Dime, cielo. ¡Eh, eres una de las voluntarias! ¿Necesitas otra cita? —dijo al reconocerme.

—No. En realidad, quería preguntarte por un paciente.

—¿Eres familiar?

—No, pero soy amiga de la familia. Es importante. Su hermano no me coge el teléfono —mentí— y él no está en su cuarto, y me he acercado hasta aquí...

Dudó, pero al final chasqueó la lengua y se aproximó al ordenador.

—Dime sus datos.

—Marco. Marco Lázaro.

Tecleó, pero negó con la cabeza y frunció el ceño confundida.

—No me aparece nada. ¿Estás segura de que es el primer apellido?

—Sí, seguro que sabes quién es. Tiene leucemia en fase de remisión. Lleva dos años prácticamente en la planta. Habitación 623. Su hermano se llama Unai.

—¿Hablas de Marco Segura?

Aquello no me cuadraba, pero estaba tan nerviosa y el mal presentimiento no se me iba, así que le seguí la corriente, sin saber qué otra cosa podía hacer.

—No lo sé. Puede.

—Marco no tiene hermanos. Al menos, no como los entendemos

nosotros.

—Creo que soy yo la que no entiende nada. —Me reí, pero fue una risa provocada por los nervios, que comenzaban a pasarme factura.

Era como si estuviera viendo el reflejo de todo lo que empezaba a atisbar en un espejo empañado y que, por mucho que pasara los dedos por encima, no conseguía aclararlo, sino sólo emborronarlo.

—Supongo que te refieres a su «hermano mayor», dentro del programa del hospital.

Tragué saliva y me estremecí.

Algo no encajaba. No era necesario que me explicara nada, porque lo sentía en la piel, trepando por dentro de mí y llenándome de un miedo y unas dudas que no comprendía, pero que ahí estaban, creando heridas sólo por aparecer.

Cogí aire y le pregunté, a la vez que intentaba mostrar una tranquilidad que no sentía.

—¿En qué consiste ese programa?

—Unimos a los adultos que se apuntan con los niños de la planta. Es un modo de aprender mutuamente de la enfermedad, de sobrellevarla y de recibir apoyo. Debería ser al revés, pero no puedes imaginarte lo que los pequeños enseñan a los mayores.

Era bonito; especial. Y eso decía mucho de Unai. Lo que no comprendía era por qué no me lo habían contado y llevaba semanas pensando que eran familia cuando, según la enfermera, no lo eran; al menos, no de sangre. Sí del otro tipo, ese que yo siempre protegía y que quizá él también había intentado hacer al ocultármelo. Eso, más lo que había sucedido aquella tarde, más la ausencia de Marco..., todo suponía un acertijo que sentía que me asfixiaba.

—¿Y puede apuntarse cualquiera?

—Sí. Aunque tienen prioridad los chicos como Marco. Pertenece al sistema de acogida del Estado, así que, al no tener familia, nos enfocamos más en casos como el suyo.

Abrí los ojos por la sorpresa y sentí un nudo en el estómago apretándome con tanta intensidad que me dolía. No podía creerlo. No era sólo lo que desconocía, sino que de pronto me sentía decepcionada, traicionada por ellos, porque no hubieran compartido nada de eso conmigo, y me di cuenta de que en realidad era cierto que no sabía nada de ninguno de los dos.

No conocía a Unai. No conocía a Marco.

Estaba fuera de su vida en muchos aspectos. No sólo eso, sino que me habían dejado fuera de ella cuando yo había abierto las barreras de la mía con total impunidad.

—Pero ¿yo podría apuntarme? —pregunté, guiada por lo bonita que me parecía la idea y por lo que fuese que me ayudase a comprender el rompecabezas en el que se estaba convirtiendo mi vida.

La enfermera me miró con la boca entreabierta y después negó efusivamente con la cabeza, sin ser consciente de que sus siguientes palabras iban a cambiarlo todo.

—Cielo, no lo estás entendiendo. Sólo es válido para emparejar a enfermos de cáncer.

Y la última pieza encajó, recordándome de nuevo la imagen del cuerpo dormido de Unai en el suelo y haciendo tanto ruido en mi interior que lo desestabilizó todo.

—¿Qué? Y... ¿dónde se encuentra Marco ahora?

* * *

No pensé. Sé que debería haberlo hecho.

Debería haberme ido a casa. Debería haber salido de allí, haber respirado, haber meditado las consecuencias de todo aquello, las implicaciones y las emociones asociadas. Debería haberme dado tiempo, y espacio, y dárselo a ellos. Pero no lo hice. Debería haber intentado tranquilizarme y no enfrentarme a un chico de quince años, pero no tomé la decisión correcta, porque bullía por dentro, estaba en *shock* y no era capaz de digerir toda la información que bailaba en mi interior a trompicones, sin orden ni concierto.

Era como si las piezas chocaran unas contra otras al intentar encajar y dieran vueltas entre ellas sin encontrar el momento en el que hacer *clac*. Y, en realidad, ya lo habían hecho, pero no podía creérmelo. Me negaba a hacerlo y convertirlo en algo real. Me negaba a convertirlo en una verdad. En mi verdad.

Le habían permitido salir a visitar a un enfermo de otra planta, pero no se mostraron decididas a darme más información; creo que el verme en ese estado no ayudaba demasiado. Así que lo esperé en uno de los bancos del pasillo y, en cuanto lo vi volver, lo seguí sin pestañear. Él no me había visto, por lo que cuando entré en su cuarto sin llamar dio un brinco por la sorpresa.

Después, al ver su rostro, lo supe.

Sólo lo supe.

Tuve que morderme los labios para no gritar.

—Lola.

—¿Dónde está?

—Abajo, en la quinta. Lo han dejado en planta. Está estable.

Cerré los ojos y las manos hasta clavarme las uñas en las palmas y sentir la piel rasgándose. Debería haberme dolido, pero no lo hacía, porque hay dolores que eclipsan otros, que te rompen tanto en un instante que las demás grietas parecen caricias.

Marco no lloraba, sólo parecía terriblemente cansado. Me dio la impresión de que estaba triste, pero que ya tenía asumido todo aquello de un modo mucho más adulto que cualquier otra persona.

Pero yo no.

Yo no estaba preparada ni psicológica ni emocionalmente para aquella situación.

—¿Pensaba contármelo?

—¿Qué, exactamente?

—¡No lo sé, Marco! ¡Dímelo tú! —le grité y, al ver la expresión rota en su rostro, me arrepentí en el acto. Todo aquello estaba mal..., él no debería ser el centro de mi ira, pero era lo único que tenía al alcance—. Perdona. Perdóname. Es que... No... No puedo... No puedo con esto, es demasiado.

Me asfixiaba. Me caía. Me quemaba.

Sensaciones en torbellino me arrasaban y no tenía ni idea de cómo enfrentarme a algo así, a algo tan duro, tan injusto, tan cruel, tan... tan triste.

—Lola, aunque haya intentado alejarte, te necesita. Ahora te necesita más que nunca. Podrías ir a verlo y...

—No puedo. Tengo que irme. Lo siento.

Me marché de allí sin saber qué hacer ni a quién acudir. Sólo me marché. Como si al hacerlo y apartar a Marco de mi vista fuera a provocar que toda aquella situación desapareciese. Como si huir pudiera servir. Como si pudiese hacer algo que impidiese que el dolor se asentara y decidiera quedarse.

Necesitaba respuestas, pero la única persona que podía dármelas era quien no había querido hacerlo, y aquello me dolía y me enfurecía de un modo que no era capaz de controlar. Además, no soportaba la idea de verlo en una habitación de hospital y oír aquello de sus labios. No lo soportaba. Y mucho menos tener que preguntar lo que sobrevolaba mi mente y que ya dolía antes de tiempo.

Marco decía que me necesitaba, pero no lo creía, teniendo en cuenta cómo se había comportado.

Ahora sé por qué lo hizo, pero en aquel momento estaba bloqueada y no podía pensar en nada más que en el hecho de que Unai no me había querido incluir del todo en su vida, incluso en lo malo, porque no confiaba en mí ni era lo suficientemente

importante para él.

La mente humana funciona de un modo muy egoísta cuando todo colapsa en un punto y no sabes cómo continuar sin explotar.

Así que me negué a verlo; me construí una coraza en apenas segundos; me dije que él no se merecía que siguiera a su lado.

No, en aquel momento.

No, si no me quería.

Estaba fuera de mí.

Y, al hacerlo, me olvidé de que él estaba sufriendo mucho más, porque la vida se le resbalaba entre los dedos y no había nadie a su lado para sujetarla.

* * *

Ése fue uno de ellos, uno de esos instantes que lo cambian todo; supongo que el más importante de mi vida. El principio de toda una realidad que no cuadraba con la mía, con la vivida hasta la fecha. Un giro radical en una sucesión más o menos estable de días que formaban mi apacible rutina. Lo que yo conocía y que no sabía lo que implicaba hasta que me enfrenté a Unai y a su enfermedad. A sus fantasmas. A sus sueños cumplidos y a los que no. A esos «¿y si...?» que nunca serían.

Bajé una planta y me dirigí sin pensar al punto de información.

—Perdona, me gustaría hablar con un médico.

—¿Sobre qué paciente?

—Unai Lázaro. Lo han ingresado hoy. Soy su mujer.

Ni siquiera dudé; mentir no me parecía ni malo, dadas las circunstancias. Tampoco pensé en lo fuera de lugar que estaba que me enterase de su verdad por otra persona que no fuese él mismo.

Unos diez minutos más tarde, la enfermera me indicó que podía pasar al tercer despacho del pasillo. Al hacerlo, me encontré con un hombre de mediana edad que me observó con curiosidad, pero también con desesperanza. En una placa encima de su mesa ponía: DOCTOR ESTÉVEZ. DIRECTOR DEL ÁREA DE ONCOLOGÍA.

No podía creérmelo. No podía estar allí. No podía ocurrir así. No era justo.

—Pase... —Me hizo un guiño para que le dijera mi nombre.

—Lola.

—Lola, siéntate. Puedo tutearte, ¿verdad? —Asentí y lo hice, me senté con las manos en el regazo; también lo apremié con la mirada; necesitaba que lo dijese de cuajo, como quitar una costra de un solo tirón; conmigo no valía de otra manera—. No sabía que Unai

estuviera casado.

—Y no lo está. Soy su novia. No sé por qué he dicho eso.

Me sonrió con ternura, como si entendiera todo por lo que estaba pasando, aunque no tuviera ni idea. Ni siquiera era su novia. Sólo era... sólo era... sólo era Lola. Y él, un chico con el que había chocado en un mal momento. Un cruce de vidas. Un simple cortocircuito en un sistema cerrado.

Un chico. Una chica. El cáncer.

—Me alegro de que haya encontrado a alguien en estos momentos.

—Ya, ¿puede decirme cómo está?

Suspiró, ojeó unos informes y su expresión se oscureció.

—Sabíamos que esto pasaría más pronto que tarde, pero él no quiso ingresar por su propio pie. Ya sabrás lo cabezón que puede llegar a ser.

—Puedo hacerme una idea.

—Ni siquiera puedo prometerte que volverá a casa. Su estado no es óptimo.

—Pero..., doctor...

No sabía ni qué decir. No sabía... no sabía nada. Absolutamente nada. Y a la vez sentía un todo inmenso y devastador sobre mis hombros.

Los ojos se me llenaron de lágrimas que no dudé en derramar.

Unas horas antes yo lo insultaba por haberme dejado sin más y, de pronto, mi vida se caía en pedazos. Pero así funciona, con mil caras a las que tienes que enfrentarte.

—Sus posibilidades son bajas, Lola. Aquí estaría mejor cuidado, pero insiste en que le demos el alta. Habla con él. Intuyo que eres la única persona capaz de hacer que entre en razón.

Cerré los ojos y pronuncié lo que nunca me habría imaginado saliendo de mis labios. La pregunta. La maldita pregunta que jamás pensé que tendría que lanzar al aire.

—¿Cuánto?

Nunca una sola palabra había albergado tanto. Tanta tristeza. Tanto dolor. Todo un mundo condensado en su respuesta.

—No lo sé. Depende de lo que su cuerpo aguante. Quizá un par de meses. Con suerte, seis.

Yo siempre había sido una persona optimista, pero cuando te dicen algo así, que una vida por la que tú darías todo lo que posees tiene una fecha señalada para terminar, ese concepto cambia hasta de significado.

«Con suerte.» Resultaba raro pensar en suerte ante un final

anunciado. Ante la muerte.

Y dejas de respirar.

Me levanté y salí corriendo de allí sin despedirme. No sé si el doctor me siguió, si alguien gritó mi nombre o si tropecé siquiera con los enfermos que paseaban con sus familiares por los pasillos. No recuerdo nada. Sólo la falta de aire. De oxígeno. De vida que se me escapaba de forma repentina. Pero no era la mía la que se escapaba y, aun así, la sentía evaporarse y dejarme seca.

Al llegar a la calle, me apoyé en las rodillas e intenté inhalar con fuerza. Pero no podía. Sentía los pulmones vacíos. Me quemaban. Me ardían. El aliento chocaba contra una pared al entrar y los ojos me escocían.

Las lágrimas se me agolparon y me perdí.

Saqué el teléfono con manos temblorosas y marqué el nombre de la única persona que quería que estuviese a mi lado en aquel instante. La única capaz de sostenerme.

—Tristán...

—¿Qué pasa, nena? ¿Dónde estás?

—No puedo... no puedo...

—¡Lola! ¡Háblame! ¿Dónde te encuentras?

—En el hospital. Ven..., por favor...

* * *

Todo cambió. De un día para otro. Mi visión del mundo, los sabores, las texturas, las imágenes, los sentimientos.

Todo.

Dejaron de importarme cosas que antes me parecían transcendentales y comenzaron a hacerlo otras que no tenía en cuenta con anterioridad a descubrir el secreto de Unai.

Llamé a mi padre y le dije que lo quería, que casi nunca se lo decía y que eso iba a cambiar. Escuchaba a Elena durante la cena hablar sobre su trabajo, porque siempre me aburría, pero sabía que para ella era importante. Dormía todas las noches con Tristán, porque lo necesitaba a mi lado más que nunca, de un modo que me asfixiaba si no lo sentía pegado a mi cuerpo.

Él lo hizo; estuvo a mi lado con cada lágrima, con cada insulto que lancé, con cada ridícula pataleta sin sentido alguno en la que exploté. Cuando me convertí en una Lola insoportable y cuando estaba más mimosa que nunca. Se convirtió en mi sombra, en mi escudo, en mi balsa.

Mi mundo giró tan rápido que me perdí en algún momento y

hasta comerme un helado suponía una experiencia diferente. Lo hacía y me daba cuenta de que ni siquiera me sabía igual, de que nunca me había parado a saborearlo de tal modo. Y es que eso lo podía extrapolar a cada momento vivido, a cada experiencia sentida, a cada oportunidad perdida.

Comencé a darme cuenta de que la vida de Unai se apagaba como la llama de una vela casi del todo derretida y que aún no habíamos aprendido cómo le gustaba al otro más dormir, si boca abajo o de lado, porque apenas lo habíamos hecho en aquellas noches de conversaciones y sexo, ni habíamos cogido un tren sin destino o uno elegido entre risas por ambos. No habíamos hecho planes, porque no nos había dado tiempo. Ni siquiera nos habíamos peleado para después reconciliarnos con mil besos que sabían a poco. Desconocía si Unai era de los que bailaban en las bodas o si le gustaba o no salir en las fotos.

No tenía ni idea de nada.

Sólo sabía que éramos un universo de «ojalás» por cumplir.

Y que lo quería.

Sí, sobre todo, que lo quería.

Lola y la aceptación

Tardé demasiado tiempo en ir a visitarlo. De eso siempre me arrepentiré. De ese tiempo perdido. De esas horas vacías de frustración, lamento y enfado.

Sin embargo, sé que tenía que ser así, porque yo necesité mi tiempo de adaptación a la situación.

No fue fácil. Fueron días casi igual de difíciles que los que vinieron después.

Fue el inicio de una espiral en la que tuve que decidir deslizarme y dejarme caer hasta tocar fondo, y sólo hacerlo si de verdad me merecía la pena volver a verlo, aunque fuera para echarle en cara todo el daño que me había hecho. Egoísta, sí, pero por fin tenían sentido en mi cabeza todos esos cambios de humor, ese arrepentimiento constante que lo acompañaba desde que me había conocido, esa manera de prohibirse implicarse con nadie, esa negación a vivir algo nuevo, pese a que a la vez se regalase disfrutarlo, esa fecha de caducidad siempre impresa en lo nuestro.

Y yo me merecía poder oírlo de sus labios.

Lo más difícil fue contarlo. Llegar a casa hecha un mar de lágrimas entre los brazos de Tristán y mantenerme en un mutismo irracional durante horas, hasta poder pronunciarlo en alto. Ponerle palabras. Darle forma y realidad.

Fue horrible.

Aquella noche la pasamos los tres en vela; ellos, a mi lado, sosteniéndome la mano y demostrándome que tenía todo el tiempo que necesitara hasta poder explicarme, porque no iban a moverse de allí. Como dos pilares; como lo que siempre fueron para mí.

Pensé en no contarlo nunca, en guardarme el secreto de Unai y decirles que se había terminado porque él era un imbécil más, o que la imbécil había sido yo, lo mismo me daba, pero mentir para, de ese modo, no tener que cargar con lo que ya sentía que me pesaba como una tonelada sobre los hombros.

Al final, entre tazas de té caliente con canela y cruasanes, lo dije:

—Se muere. Unai se muere. He conocido a alguien que me gusta de verdad y se muere.

No me pidieron explicaciones. No gritaron ni lloraron ni se

mostraron enfadados. No hicieron nada que me hiciera a mí dudar de si estaba viviendo una pesadilla o todo aquello estaba sucediendo de verdad; nada que no fuera abrazarme.

Y me derrumbé.

Seguí llorando, aunque con lágrimas secas, porque era incapaz de derramar una lágrima más. Por dentro continué haciéndolo durante mucho tiempo.

* * *

Aquellos días, medité en exceso. A ratos pensaba que todo era demasiado doloroso como para agarrarme a lo que sentía por él; a otros, me decía que quizá me lo merecía; ni siquiera sé por qué, pero la culpa se alzaba con fuerza. Me movía a trompicones por una fina línea, saltando de un extremo a otro, hasta que estaba exhausta y me daba una tregua a mí misma, consiguiendo dejar la mente en blanco algunos minutos. Eran pocos, pero lo conseguía bajo una ducha de agua caliente, mal durmiendo u observando la felicidad de *Dexter*, que era contagiosa.

Pese a ello, rápidamente recordaba que no podía ignorar lo que ocurría, porque el tiempo seguía corriendo y yo no podía hacer nada por detenerlo.

Marco me había mantenido informada de todo, lo cual me hacía sentir culpable, porque sólo tenía quince años y debía de estar pasándolo aún peor que yo, pero me había dejado llevar por las emociones hasta un punto en el que todo lo demás me resbalaba.

En mi mundo sólo existía un chico, una chica, un choque y un atropello furioso. Nada más. Nada que no fuéramos nosotros y una historia triste e incompleta.

Había recibido mensajes diarios de Marco contándome cómo estaba y animándome a ir a verlo:

> Te necesita.
> Ha preguntado por ti.
> Hoy se ha levantado y se ha liado
> a patadas con una de las máquinas.
> Ha gritado que es mejor no volver
> a verte, pero sé que sólo lo dice
> para convencerse.
> Está preocupado por la alergia de Elena. No
> quiere que *Dexter* sea ninguna molestia.

Ese último me hizo reír antes de echarme a llorar.

Qué fácil era llorar...

Qué difícil era que el consuelo durase más que unos segundos efímeros...

Dexter se había adaptado a nuestra vida con una rapidez sorprendente. Dormía a los pies de mi cama o de la de Tristán cuando yo acampaba en ella, y se pasaba los ratos muertos olisqueando el jardín. Me gustaba tenerlo cerca. Creo que era un modo de anclarme a la realidad cuando deseaba olvidarme de todo y hacer como si lo mío con Unai nunca hubiera existido. Borrarlo del mapa. Ignorar aquellos meses en los que se había colado en mis días. Porque lo deseaba. No hay nada malo en admitirlo. Es fácil desear algo así cuando la vida se tuerce. Deseaba tener una máquina del tiempo y volver al 15 de enero; perder un autobús; no prenderme de una sonrisa; lo que fuera. Y ver a *Dexter* me ataba los pies al suelo y me recordaba que no era posible; que el «¿y si...?» se había cumplido del peor modo, sólo a medias.

¿Quién no ha pensado alguna vez «ojalá nunca lo hubiese conocido»? Pues yo lo hacía. Sin parar. Y hacerlo me ayudaba a que las horas fueran menos tortuosas.

Empecé a imaginarme situaciones diferentes de las vividas, en las que yo no era tan atrevida y él nunca me invitaba a tomar un café. Un mundo en el que las narices rojas sólo eran eso, parte de un disfraz, y no portadoras de sentimientos. Una realidad alternativa en la que Unai y yo no coincidíamos en ese hospital, en la que yo perdía ese autobús y él visitaba a Marco cinco minutos más tarde. En la que la vida no nos lanzaba a uno en brazos del otro.

Sin embargo, un día me levanté y lloré. Lo hice al rememorar todos esos momentos ya pasados que habíamos formado bajo el título de «nuestra historia» y que echaba de menos. Lo hice al imaginarme todas aquellas cosas que podríamos haber vivido de habernos encontrado no después, sino mucho antes. Lo hice al pensar en ese tiempo que estaba perdiendo sola en vez de cogiéndole la mano y almacenando nuevos recuerdos. Lo hice porque daba igual lo que quisiera imaginarme en mis fantasías, la única verdad era que nos habíamos encontrado por algo. Y quizá el motivo no era otro que vivir con él esa parte amarga de su vida.

Tardé mucho en tomar una decisión, es cierto. Pese a ello, esos días de propio proceso de aceptación fueron determinantes para lo nuestro.

Una noche, bajo las sábanas de color burdeos de la cama de mi mejor amigo, sentí una opresión inmensa en el pecho; fue repentina y dolorosa, casi como si me estrujaran el corazón con tanta fuerza

que me dejase de funcionar por unos segundos, saltándose latidos. Me di cuenta, dándole vueltas a lo mal que me encontraba y a las emociones incesantes que se me agolpaban en el estómago hasta doler, de que no era pena por el destino de Unai lo que sentía, ni enfado por habérmelo ocultado, ni rabia por las injusticias de la vida, ni tristeza por lo que podría haber sido y no sería, no. Aquellas emociones eran provocadas por otra causa. Aquello sólo era la consecuencia de que yo sentía algo fuerte y grande por él; algo que nunca antes había sentido por nadie.

—Tristán...

Mi susurro estaba tan roto que él se asustó. ¿Se puede romper un susurro? Sí, en pedacitos infinitamente pequeños que van deslizándose entre los dientes hasta parecer casi polvo.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

Me incorporé, temblando, y me llevé una mano al pecho, sintiendo que mi propia respiración me ahogaba.

—Tristán..., tengo que ir. Tengo que ir con él.

Me abrazó; me consoló. Suspiró en mi oído con lentitud, haciendo con ese simple sonido que mi ritmo se acompasara al suyo y que me relajara un poco. Respiró contra mi mejilla hasta que su aliento sirvió como el mío propio.

—Mañana, ¿vale? Yo te llevaré. Te lo prometo, Lola.

* * *

Al día siguiente, fui al hospital; habían transcurrido nueve días desde su ingreso.

Lo hice nerviosa como nunca antes en mi vida, pero con unas ganas que daba igual que intentase esconder, porque fue verlo y derrumbar esa muralla que había intentado alzar para protegerme. Porque, sí, pese a que él tuviese más que perder, la necesidad de protegerme era innegable; supongo que no se trataba más que del propio sentido de supervivencia. Protegerme del amor, ésa era la clave, y me entristecía que algo tan bonito necesitase escudo y defensas.

Me costó entrar; estuve cinco minutos apoyada en la puerta antes de sentir que podía respirar con normalidad y enfrentarme a lo que fuera que me iba a encontrar al otro lado.

No había tenido antes ningún enfermo en mi vida, sólo mi madre, y apenas la recordaba. Así que aquellos días aprendí que nunca te preparas lo suficiente para enfrentarte a la imagen de una persona importante para ti en ese estado. Nunca. Da igual lo que

esperes, da igual lo que ya hayas vivido; siempre es nuevo y diferente. Siempre duele como la primera vez.

Cuando lo hice y lo vi, el corazón me dio un vuelco. Todo lo hizo.

Estaba tumbado, con los ojos cerrados y con un montón de tubos y máquinas a su alrededor.

Parecía débil, más delgado y cansado.

Parecía demasiado frágil.

Parecía otro, un Unai que yo nunca antes había visto, aunque no sabía discernir si por haber tenido los ojos vendados o porque aquello era la muestra de que de verdad era imparable.

Había acudido allí bullendo de rabia y de repente todo había sido sustituido por otro sentimiento. Una congoja que se me atravesaba en la garganta y que amenazaba con dejarme sin aire.

Sólo podía pensar en abrazarlo; casi me quemaban las manos. Casi me ahogaba mi propio corazón intentando llegar a él.

Abrió los ojos e hizo eso que tanto me gustaba y me alteraba a la vez, sorprendido por tenerme delante, aunque fuese sin poder moverme... Susurró mi nombre:

—Lola...

Alcé una mano y le ordené que se callara, porque necesitaba hablarle antes de derrumbarme del todo. Necesitaba explotar en palabras antes de hacerlo de otra manera.

Así que lo hice, y él me respondió con ese brillo en su mirada que tanto había echado de menos.

—Si pudiera, te pegaría ahora mismo. Te habría dado un tortazo nada más abrir la puerta. Te habría empujado con todas mis fuerzas por no decírmelo el primer día. Por no explicarte. Por no compartirlo conmigo. Por no darme la posibilidad de elegir entre quedarme o irme. Por hacerme creer que, en el fondo, yo no te gustaba; que no había sido nada para ti.

—Cualquiera de esas cosas podría matarme —bromeó con voz ronca y sonrió a medias.

Sus ojos se empañaron. Los míos ardieron.

Bastante tenía con asumir la realidad como para que él se atreviera a hacer chistes sobre ello.

—¡Ni siquiera se te ocurra decir eso delante de mí!

—Lola...

Lo hizo de nuevo, dijo mi nombre como si me acariciara al hacerlo, y no me sostuve más, porque no podía. Empecé a llorar sin control y me agarré a mí misma con los brazos.

Me sentía débil, pequeña, vulnerable y muy perdida en algo

inmenso que no alcanzaba a comprender todo lo que significaría en mi vida. Me sentía a la deriva y no sabía cómo enfrentarme a ello. A él.

La voz se me rompió del todo. Creo que yo también lo hice. Daba igual lo que mis amigos me hubieran ayudado, las grietas seguían estando, y verlo provocó que se abriesen del todo, mostrándome todos esos vacíos a los que tendría que acostumbrarme y que, antes de conocer a Unai, no existían.

—Si pudiera te pegaría, pero ¿sabes qué? Que no puedo, porque sólo quiero abrazarte muy fuerte y no soltarte.

—Ven aquí...

Se movió un poco en la cama, dejándome espacio a su lado y sin ocultar esas lágrimas que también caían de sus ojos. Yo me acurruqué contra su pecho y lo abracé. Muy fuerte. Tanto que pensé que podría romperlo, como si fuera de cristal.

Me imaginé a los dos hechos pedazos, mezclándolos y construyendo algo nuevo con los trozos rotos de ambos.

—Estoy muy enfadada.

—Ya lo sé.

—Te odio. —Rectifiqué rápido, porque me negaba a que pudiera creer que eso fuera verdad—. Un poco. Muy poco. Pero un poco.

—Yo también me odio.

Alcé la cabeza y observé su rostro algo comido, sus labios secos y sus ojeras marcadas. Pasé los dedos por las arrugas que se le notaban más que antes.

Suspiré.

—Pensé que estarías más feo.

Soltó una risa ronca y débil.

—Lo estaré.

—Para mí, no.

Sonreímos; sonrisas débiles, pero tan sinceras como las primeras.

—¿De verdad creías que no me gustabas?

—¿Por qué no hacerlo? No dejabas de resistirte a mí. Y cuando todo iba bien, me echaste de tu vida sin más. Fui a tu casa y prácticamente le robé la llave a tu vecina. Pensé que acabaría con una orden de alejamiento, pero te encontré allí. En el suelo.

Recordar aquello me produjo un escalofrío. Unai me estrechó más fuerte entre sus brazos y se disculpó con su cuerpo, con su piel, con pequeños besos que me dejaba en el pelo entre palabras.

—Me tuviste en tus manos el primer día. En cuanto te vi con la nariz. Tan guapa. Eclipsándolos a todos. Con tanta fuerza.

—Eso me había parecido, pero después...

—Lo siento. Te dije que huía de lo complicado, pero no era eso, Lola. Huía de mí mismo. De lo que podía provocar en tu vida. Te cruzaste cuando no debías. No era justo para ninguno de los dos.

—Yo también huía de lo complicado, Unai. Pero te encontré. Y no puedo hacerlo. No puedo huir de ti, ¿es que no lo entiendes?

De repente lo entendí yo; entendí que ya había tomado una decisión; que no había otra posible.

Él suspiró y su voz se rasgó.

—No quiero hacerte daño. No lo soporto.

—Ya lo has hecho. Lo haces ahora. Y, posiblemente, me lo harás mañana.

—Lola...

Me incorporé y lo agarré por las mejillas. Sujeté su rostro y fijé mis ojos en los suyos con determinación. Porque era verdad. La mayor de todas las verdades de mi vida, quizá. Unai ya me había hecho daño, pero también me había concedido otras cosas que antes de conocerlo no existían. O lo haría. Ni siquiera tenía muy claro en qué punto estábamos. O quizá el simple hecho de saber que me las habría dado de tener el tiempo necesario para hacerlo ya me bastaba.

Sé que Unai sólo quería evitarme un sufrimiento que no tenía por qué padecer sabiendo de antemano el final, pero es que ya estaba hecho. Ya no nos valía una vuelta atrás. Y yo tampoco la deseaba. Lo había tenido en sus manos el primer día y, aun así, había caído, arrastrándome con él. Había sido humano y se había dejado guiar por sus propios impulsos. Ya no había sitio para los arrepentimientos ni para lamentarnos de algo que nos pertenecía.

—No, es que no lo entiendes. Yo antes creía que había que evitar esa parte, la mala, huir de ella, pero no funciona así. Porque esto me duele, es cierto, pero lo hace por todo lo que te quiero, y eso lo compensa. Porque quererte hace que todo merezca la pena.

—¿Acabas de decir que me quieres?

Abrí los ojos sorprendida; él me imitó, pero los suyos sonreían esperanzados.

Creo que, si no lo hubiera hecho, si no lo hubiese querido, habría sido capaz de decirle también que sí sólo por aquella expresión que reflejaba su cara. Pero lo hacía. Aunque fuese de un modo un poco loco y un sinsentido; aunque muchos no pudieran entender la intensidad del amor rápido, de los flechazos; aunque pensaran que la situación en la que se encontraba Unai condicionaba mis sentimientos. Pese a todo ello, yo sentía dentro de mí que lo quería. Que sólo éramos una semilla de algo aún por

germinar, pero que ahí estaba.

—Creo que sí.

—¿Cómo es posible que me quieras, Lola?

—¿Y por qué no? Nadie elige a quién querer. Hay cosas... que sólo suceden. Tú me lo dijiste.

Sonreímos, pero sus ojos pasaban de una emoción a otra de forma fugaz.

—Debería haberte apartado de mi camino la primera vez que te vi.

Pensé que quizá tenía razón; debería habernos ahorrado muchas cosas. Pero no lo hizo. Tomó una decisión. Y ahora sólo importaba lo que nos había regalado; lo que sí que teníamos a nuestro alcance. Para lo demás... para todo lo demás ya era tarde.

—Ha merecido la pena. Todo esto lo hace.

—¿Hasta la posibilidad de perderme?

Cerré los ojos e intenté bloquear ese pensamiento, pero no me lo permitió.

—No lo digas, no...

—No, porque está ahí y debemos afrontarlo. El pronóstico no es bueno, Lola. Y es parte de mí. No voy a hacer como que no existe. Quiero decirte las cosas pensando que quizá mañana no pueda hacerlo, para no guardármelas. Llevo mucho tiempo haciéndolo.

Asentí y disfruté del roce de sus dedos en mi cuello. Cálido. Tan vivo.

—Vale. Pero que sepas que yo no lo acepto. No voy a permitir que me dejes. No ahora que por fin te he encontrado. No ahora que sé lo que podríamos llegar a tener. Y te voy a decir todas las cosas que vamos a hacer juntos cuando salgas de aquí. Ayer hice una lista —confesé, un poco avergonzada por haber seguido el consejo que Elena había sacado de una película.

Unai pareció sorprendido e ilusionado. Sólo por ver aquel brillo en su rostro, ya merecía la pena.

—¿En serio? Cuéntamelo. ¿Cuál es lo primero de tu lista?

—Mmm...

Contuve la risa como pude y escondí la cabeza en su cuello, aunque pudor yo tenía poco y picardía demasiada para algunas cuestiones.

—¿Por qué tu cara me dice que es una cochinada descomunal?

—Porque lo es —susurré, sin poder frenar la carcajada; era extraño estar hablando de algo como aquello y reírme, pero lo cierto es que también me acompañaba una sensación plácida que no parecía acorde con la situación; supongo que era por estar de nuevo

juntos, en aquella cama, tocándonos y mirándonos—. En cuanto salgas, voy a hacerte el amor, Unai. Y no despacio, no. Vamos a hacerlo rápido, por todas esas ganas que tenemos almacenadas de tantos días. Gritando hasta que los vecinos nos echen. Quiero oír cómo dices mi nombre al terminar y cómo se te vela la mirada.

Se mordió el labio y entrecerró los ojos; me gusta pensar que imaginándose cada plan que yo le relataba. Y ése fue el primero. El primer plan de una larga lista que cumplimos cerrando los ojos y compartiendo imaginación y ganas.

—Cuéntame más.

—Y vamos a salir a cenar. Pero como Dios manda, como si fuera una cita de verdad, de esas que van muy en serio. Yo con un vestido precioso que me compraré pensando en ti, con los labios rojos y el pelo recogido en un moño. Y tú con camisa y repeinado.

—A un italiano. Me muero por unos ñoquis, la comida de aquí es un asco.

—Ñoquis serán para el caballero. Y brindaremos con lambrusco rosado. Me quitaré los zapatos por debajo de la mesa y te acariciaré la pierna.

Enredé la mía con la suya, aunque él apenas respondió.

Aún no sabía demasiado de a qué me enfrentaba, pero poco a poco iría aprendiendo de esos cambios, a atisbar en él pequeños deslices, a notar cómo su cuerpo iba perdiendo la batalla. El apetito, el sueño, la movilidad, la temperatura corporal. Todo lo que era y que dejaría de ser cada día un poquito más.

—Eso suena muy bien.

—Sí. Cuando llegue el postre, estarás pensando en arrancarme la ropa interior. Y lo harás en el porche de mi casa, antes de entrar, comiéndonos a besos.

Sus labios se estamparon contra los míos.

—Nunca me cansaría de besarte, lo sabes, ¿verdad? Aunque ahora no pueda hacerlo como me gustaría.

No importaba, era perfecto sólo el hecho de sentirlo.

—Iremos a ver un atardecer en el mar, bajo la sombra de un faro. Haremos una foto de la puesta de sol y ahí nos besaremos muy lento. Me dirás lo guapa que estoy y yo a ti la suerte que tuve de conocerte. Y pasearemos. Pasearemos mucho, ¿sabes? Un poquito cada día, porque cuando paseas con una persona en silencio y, aun así, te parece una experiencia inolvidable es porque esa persona es especial. Me lo dijo mi padre cuando le hablé de ti, y creo que tiene razón.

—Podría comprarte un helado. —Frunció el ceño y pareció

afligido—. Ni siquiera sé de qué sabor te gusta.

—De vainilla y frambuesa. ¿A ti?

—De avellana.

Sonreímos. Porque ahí estábamos, aceptando juntos que aún teníamos demasiado por aprender el uno del otro y deseando congelar los segundos y alargarlos todo lo posible para poder hacerlo.

—Y me quitarás los restos de los labios con la lengua. Eso me gustaría mucho.

—Y a mí.

—Y, un día, después de hacer el amor, te diré en un arranque impulsivo de los míos que quiero tener hijos contigo, y se te pondrán las pelotas en la garganta, porque nos conocemos desde hace muy poco tiempo, pero lo diré de verdad, Unai. Porque lo quiero todo contigo. Lo bueno y lo malo. Lo quiero todo.

Se mantuvo con los ojos cerrados, pero, desde que había entrado allí, su expresión había perdido tensión y parecía tranquilo. Como si mis palabras lo hubieran arropado. La esperanza. El poder seguir soñando, pese a todo. El tener a su lado a alguien que le hiciera el camino que recorrer lo más bonito posible.

Y sonreía. Una de esas sonrisas que habían hecho que mi mundo se desestabilizara para siempre.

Abrió un ojo y su respuesta me hizo reír.

—Me gusta Mara, si es una niña.

—A mí también. Y si es niño, será Marco.

—Ojalá.

—Ojalá.

Suspiramos y nos miramos. Y ya daba igual que aquélla fuera una cama de hospital y que de sus brazos saliesen vías, porque me di cuenta de que, en ese instante, no necesitaba nada más.

Y en eso consiste. En tú y él. Y que lo demás sobre.

Un chico. Una chica. Un millón de sueños por cumplir.

—Yo también lo quiero todo contigo, Lola. Quiero todos esos «ojalás» contigo a mi lado.

Lola y la lista

Aquella primera noche, me quedé a dormir con Unai. Las enfermeras se quejaron, pero no pudieron hacer nada para separarme de su lado. Él no opuso resistencia al respecto.

Fui incapaz de pegar ojo.

Me prohibieron tumbarme en su cama, pero en cuanto se marchó la enfermera y la planta se sumió en el silencio de la noche, me subí descalza y ahogué sus risas con mi boca. Era incómodo, pero más lo era aún tenerlo cerca y no poder tocarlo.

Hablamos mucho.

Él me pidió perdón por un montón de cosas, casi por cada paso dado en mi dirección, así como por los engaños, y lo hizo tantas veces que llegué a enfadarme, pese a que lo entendía.

Me habló de Marco y de cómo habían llegado a tener una relación tan estrecha; acabé aceptando que nunca me mintió con respecto a su verdadera conexión, aunque él también admitió que jugó con las palabras para omitir lo que le ocurría a él. Y, en el fondo, me daba igual, porque para mí era su hermano mayor, a todos los efectos.

También nos observamos en la penumbra. Nos memorizamos, como si no lo hubiéramos hecho hasta ese momento. Descubrimos pecas en la piel del otro, marcas, arrugas, los diferentes tipos de sonrisas que éramos capaces de arrancarnos.

Nos prometimos cosas. Nos negamos otras. Nos besamos despacio.

Llegamos a una especie de acuerdo en el que no valía hablar sobre la enfermedad fuera de las visitas del médico. Él no quería que aquel hecho guiara lo nuestro; lo aterraba convertirse en un enfermo para mí y yo en una simple cuidadora. Quería que siguiéramos siendo Unai y Lola, sólo que en otro contexto un poco más gris; pero nosotros; sólo nosotros.

Un chico. Una chica. Un choque. Un mundo girando a toda velocidad dentro de otro que iba mucho más despacio.

A cambio, conseguí que cediera a quedarse en el hospital si era lo mejor para él.

También le prometí que, pasara lo que pasara, yo iba a intentar ser feliz. No, no iba sólo a intentarlo, iba a serlo.

Él me prometió hacer lo mismo; pese a que sólo lo hiciese porque me negaba a pensar en la posibilidad de levantarme un día y que no estuviera.

Como si fuéramos una pareja normal que piensa en el futuro y llega a ciertos compromisos.

Unai se durmió en torno a las tres. Y yo me quedé allí, a su lado, mirándolo dormir y respirar con profundidad. Como si cada bocanada fuese algo fascinante que no quisiera olvidar nunca. Puede que en eso consistiera. Puede que todo se redujera a eso.

Hasta que entró una enfermera a las seis y me gritó como si fuera mi padre y me hubiera pillado en la cama con un chico.

* * *

Al día siguiente me marché a casa con una serenidad rara en la piel.

Eso ocurre cuando asumes algo, cuando lo aceptas. Estaba triste, pero a la vez más calmada que en las últimas semanas. Era una tristeza aceptada, una que resultaba cómoda, pero que también era la más dolorosa de todas las que pueden existir.

Cuando entré en casa, mis amigos estaban desayunando en la isleta de la cocina. Sus caras denotaban cansancio; supe que no habían dormido demasiado, preocupados por mí.

—Lola, ¿cómo está? —preguntó Elena con su voz dulce, mientras daba dos palmadas al tercer taburete para que me sentara a su lado.

—¿Cómo estás tú? —susurró Tristán, estudiando mi rostro.

—Bien. Él llevaba un camisón horrible. —Me reí, pero no me acompañaron—. Estoy bien, de verdad. Necesito comer algo.

Ele me sirvió café y puso un cruasán en mi plato.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Cómo que qué voy a hacer?

—Lola, no es una situación fácil y apenas llevabais un mes viéndoos en serio. ¿Hace cuánto que lo conoces? ¿Tres? ¿Cuatro?

—Cuatro dentro de una semana.

Ella sacudió la cabeza, confirmando lo nimio que resultaba todo el tema ante mi respuesta. Como si fuera intrascendente. Como si no fuera conmigo. Como si Unai no fuera mi Unai, sino algo lejano, frío, desconocido.

Un chico. Una chica. Un muro que llega al cielo alzándose entre ambos.

—Nadie va a juzgarte si te desentiendes.

Las palabras de mi amiga me provocaron un escalofrío, una punzada en el estómago, una arcada amarga. Y es que, para mí, nunca hubo más opciones posibles. Nunca existió más que la posibilidad de pasar cada segundo que pudiera a su lado.

¿Qué importancia tenía el tiempo? ¿Qué más daba que apenas nos conociéramos?

—Pero ¿por qué iba a hacer eso?

—Para protegerte. Lo que hizo no es justo para ti —escupió Tristán.

Supe que aquella situación les dolía por mí. Mucho. Y también que Tristán tenía razón, pero, pese a ello, eso no justificaba que yo fuera a reaccionar en contra de mis sentimientos. No podía hacerlo; sería como ir en contra de mí misma.

—No es justo para nadie, pero quiero hacerlo. Quiero estar a su lado. Y no sólo lo hago por él, también por mí. Yo... —dudé, pero me lo notaron en los ojos y Elena se tapó la boca con una mano antes de negar con la cabeza.

—Lola, no...

—Yo lo quiero —confesé—. No puedo hacer nada contra eso.

—No puedes quererlo —sentenció Tristán pálido y poniéndose de pie.

—A ti te quise en días, ¿por qué no podría quererlo a él?

Fui directa y cruel, pero me estaba enfadando. Me sentía atacada en una situación profundamente delicada y no me veía capaz de lidiar con nada más que con lo que ya me había tocado; necesitaba que me sujetaran, no que me hicieran tambalear.

—Puedes apartarte y dejar que la vida siga su curso —dijo Ele, cogiendo mi mano entre la suya; yo la aparté, porque aquello no me agradaba—. Creo que sería más sencillo para ambos.

—¿Y en qué clase de persona me convertiría eso?

—En una inteligente —bramó Tristán.

—No, Tristán. En una que abandona lo que ama. ¿Tú lo harías?

No respondió. Sólo se acercó a mí un poco a tientas, me dio un abrazo rápido y se marchó tan silencioso como era él siempre. Pude oír su: «si me necesitas, tú sólo grita», sin necesidad de que pronunciara palabra, sólo con la última mirada que me dedicó.

Además, yo ya sabía su respuesta.

Ele me observó desayunar durante un rato, hasta que posó de nuevo su pequeña mano sobre la mía.

—Lola, eres una gran persona.

—Gracias.

—Pero que no se te olvide.

Me dio un beso en la frente y me dejó sola con mis pensamientos.

Medité su consejo y lo aparté, porque si algo tenía claro era que ya no me importaba demasiado lo que supusiera yo de forma independiente; aquello ya no iba de mí.

Aquello iba de nosotros.

Aquello iba de Unai.

* * *

Comencé a acudir al hospital a diario. Iba al caer la tarde y pasaba la noche a su lado. Al amanecer, me despedía de él con mucho esfuerzo y volvía a casa. Me aseaba e iba a trabajar; apenas dormía. Creo que tenía pánico a dejar de mirarlo mientras él lo hacía por si dejaba de respirar.

El miedo es un enemigo peligroso.

Marco a veces lo visitaba por las mañanas y después Unai me lo contaba; el estado del chico había mejorado considerablemente y le permitían bajar a su planta tres veces por semana. Aquellos días me daba la sensación de que la energía que a uno se le escapaba la absorbía el otro.

Por las tardes, su verdadero hermano, Ander, iba a verlo. Un hermano de cuya existencia yo no había sabido hasta que nuestra vida se condensó en una habitación de hospital. Era la única familia que lo hacía. Él y su cuñada; yo no hacía preguntas, pero me daba la sensación de que Unai no había querido contar demasiado de su estado a nadie, así que sólo lo sabía su entorno más íntimo, que se resumía en sus dos hermanos, el real y el postizo, en mí y en un amigo al que no había conocido, pero del cual me había hablado en otras ocasiones.

Tampoco pareció echar en falta a nadie; el esquema de su vida era pequeño pero sólido.

Apenas lo dejábamos solo. Las enfermeras nos reprendían, porque ese hecho lo hacía estar más cansado de lo que debía, pero él decía que nos necesitaba, que era la única manera de pasar el tiempo sin hundirse.

Era un enfermo horrible. De verdad, a ratos era insoportable. A otros, me daba la sensación de estar con un crío de ocho años. Pese a lo que me había prometido, todos sabíamos que luchaba por ponerse bien para que le permitieran volver a casa. Yo no quería ir en contra de sus deseos, pero me daba miedo la posibilidad de encerrarme con él en su piso; esa soledad; ese peligro constante a que ocurriese algo y a no saber actuar.

Nunca quiso hablarme de su historial, era una de las prohibiciones que nos hicimos, pero no había que ser muy lista para intuir que sabía demasiado de la enfermedad y de todo lo que la rodeaba como para que fuese algo novedoso para él. Daba la sensación de que hubiese pasado demasiado tiempo en ese hospital con anterioridad y que por eso lo aborrecía tanto.

—No pienso pasarme meses encerrado otra vez. No puedo, Lola. Antes me mato yo mismo.

Ésas fueron sus palabras. Después me pedía perdón y me decía que sólo se iría a casa si mejoraba lo suficiente para hacerlo. Yo lo creía, aunque, en el fondo, asumí que haría lo que él quisiera. ¿Cómo podía negarle algo? ¿Quién era yo para hacerlo?

No obstante, nunca llegó ese momento. Ahora pienso que ojalá hubiéramos tenido la posibilidad de enfrentarnos a ello, a una vida fuera de esas paredes blancas, a una convivencia, aunque fuese mínima y un tanto fingida.

* * *

Aquella rutina sólo duró una semana.

Era incapaz de irme a trabajar y realizar mis tareas sin tener la cabeza muy lejos de allí. Hablé con mi jefe y le expliqué que era una situación personal grave que no podía dejar de lado. Fue comprensivo y me prometió abrirme la puerta de tener alguna vacante cuando yo lo necesitase de nuevo, aunque eso no quitara que me quedase en la calle y sin opción de cobrar el subsidio de desempleo. No pensé demasiado en las consecuencias. Sólo me dejé llevar por lo que dictaba mi corazón, mis impulsos, mi sentido del deber, y poco más importaba.

Mi vida comenzó a girar en torno a una habitación de hospital y a unos ojos que sentía que cada vez se apagaban más, pese a que me siguieran mirando con un brillo único cada vez que entraba por aquella puerta.

Mis amigos se encargaron de los gastos de la casa sin rechistar. Ni siquiera tuve que pedirlo ni comentarlo con ellos, sólo sucedió. Pagaban mi parte, me alimentaban y se ocupaban de *Dexter* y de cualquier otra cosa que a mí se me pasara por alto.

A mi padre le oculté en lo que se había convertido mi vida; de eso sí que me arrepiento.

No obstante, quería evitar que sufriera por mí. Quería evitar que reviviera un pasado que lo había marcado para siempre.

* * *

—¡He traído la lista!

Entré una tarde en aquel cuarto que ya sentía un poco mío, aunque sólo fuera por mis pertenencias desperdigadas en el pequeño armario y por los rincones, y alcé un folio algo arrugado en la mano.

—¿Qué lista? —me preguntó una voz que no reconocí.

Un hombre de pelo oscuro y ojos cansados me recibió con una sonrisa.

Aún no nos conocíamos; yo había estado evitándolo, porque me daba cierto miedo lo que el hermano mayor de Unai pudiera pensar de mí, una chica de la que antes de su repentino ingreso nunca había oído hablar.

Me daba miedo parecer un secreto.

—Huy. Hola, soy Lola.

Le tendí la mano, pero él se acercó y me dio dos besos.

—Ander. Encantado de conocerte por fin, Lola.

Lo dijo con una sonrisa sincera y pude leer el agradecimiento en su mirada. Fue suficiente para mí, así que le contesté a la primera pregunta, mostrándole la hoja que aún sujetaba entre los dedos, antes de entrar y darle un beso a Unai, quitarme los zapatos y sentarme en su cama con las piernas cruzadas.

Ander me observaba con una chispa de diversión en sus ojos. Quizá también fuera admiración, aunque nunca me gustó sentirme alguien admirable por lo que vivimos aquellos días.

—Una con todas esas cosas que vamos a hacer tu hermano y yo cuando salgamos de aquí.

—Lola... —me reprendió el protagonista de mis deseos escritos.

Yo tragué saliva y puse los ojos en blanco, como si estuviéramos hablando de nuestras próximas vacaciones en otra realidad en la que la vida era sencilla y las personas que amábamos no enfermaban.

—No digas mi nombre como si fuera una estupidez. No podemos hacerlas, soy consciente, pero podemos imaginarlas y sentirlas, ¿vale? Intentémoslo. No me seas aguafiestas.

Vi que su hermano asentía con la cabeza y contenía una carcajada.

—Es una gran idea. Yo me marcho.

—Gracias, Ander.

Se acercó a Unai y le dio un apretón en el hombro. Después me guiñó un ojo a mí y se dirigió a la puerta. No se parecían en nada a

simple vista, pero sonreí al darme cuenta de que sus andares se asemejaban, igual que sus gestos al hablar.

—Mañana vendré a comer contigo, ¿de acuerdo? Espero volver a verte, Lola.

—Claro, cuñado.

Lo solté sin pensar y después me tapé la boca avergonzada, pero Unai soltó una carcajada que hizo que mi falta de filtro tuviera sentido. El otro también se marchó riendo.

En instantes como ésos la vida me parecía fácil, controlable, a mi alcance, aunque después me diera cuenta de que sólo eran espejismos.

—Dame un beso.

—Ya te he dado uno.

—Quiero más.

Me tumbé sobre su regazo riéndome y lo hice, lo besé repetidas veces, estudiando su rostro, sus ojos, sus párpados, su nariz, su mentón, su cuello pálido y caliente. Era mi reconocimiento diario; no podía evitarlo.

Unai suspiró, pero su expresión se arrugó levemente.

—¿Estás bien?

—Sí. Sólo estoy cansado. Esa mierda me mata —dijo con ironía.

Señaló la medicación que colgaba a su lado y que se colaba por las vías de su brazo izquierdo y yo aparté la mirada, sintiendo aún el estremecimiento que me recorrió el cuerpo entero al oírlo bromear como si nada con la muerte.

—Si tú me prohíbes hablar de esto, yo te prohíbo hacer chistes al respecto. Ya lo sabes.

—Lo siento —susurró sincero; después señaló con los ojos la hoja—. Léemela.

Me acomodé sobre su pecho y Unai me tapó con la sábana. Sus piernas se veían cada día más delgadas por debajo del camisón, pero procuraba olvidarlo. Hacía eso constantemente, olvidar los detalles, pasarlos por alto, hacer como que no existían.

Carraspeé y alcé la voz:

—Iremos a la feria, subiremos a la noria y me comprarás un algodón de azúcar. —Unai sonrió—. Quiero que hagamos un viaje juntos; quizá podrías enseñarme tu rincón favorito de Islandia. También me gustaría bañarme contigo en el mar —hice una pausa y nos imaginé allí, entrando en el agua fría y subiéndome a caballito sobre él—; me encantaría que me metieras en el agua en brazos.

—¿Como recién casados?

Lo miré y su idea me gustó mucho más que la mía.

—Sí. Algo así.

—Sigue —me apremió; él también estaba disfrutando.

Era bonito. Imaginarnos. Vernos sólo con cerrar los ojos. Compartir sensaciones que eran reflejos de todo lo que podría ser. Era bonito imaginarse una vida.

—Mostrarme tu lavandería favorita. Besarme viendo un atardecer. Hacernos un tatuaje.

—¿Qué? Ni de coña. Odio los tatuajes.

—En plan locura. ¡Será divertido!

Frunció el ceño, pero supe por el brillo de sus ojos que imaginarse haciendo todas esas locuras le agradaba. Lo hacía sentirse vivo, capaz de todo. Y conmigo.

—¿Y qué nos haríamos?

—No lo sé. Eso es lo divertido.

Me reí a carcajadas y él me acompañó.

—Estás loca. Pero me encanta.

Pasó el brazo por mi cintura, acercándome más a su cuerpo, y continué leyendo.

—Esto seguro que te gusta. Hacer el amor al aire libre. Bajo las estrellas.

—Lo haría.

Supe que pensar en aquello le provocaba un sentimiento de impotencia que llevaba tiempo martirizándolo. Y es que, hasta que te ves en la situación, desconoces muchos de los síntomas secundarios que puede tener una persona enferma.

Unai me deseaba, pero su cuerpo había dejado de funcionar como lo hacía antes en ese aspecto y no habíamos vuelto a hacer el amor. Nunca más lo hicimos, de hecho.

Bueno, miento. Siendo honesta, no volvimos a mantener relaciones de índole sexual, pero el amor lo hicimos cada día, cada instante compartido, mientras nos conocíamos y soñábamos despiertos con todos esos «ojalás» que aún teníamos que cumplir.

—¿Hay algo que quieras añadir? Lo bueno de esta lista es que se pueden añadir todos los sueños que quieras. Es como mi mural.

—Besarte todos los días. Al levantarme y al acostarme.

—Me gusta.

Lo apunté solícita.

—Verte subida a un escenario.

—Ésa es buena.

—Casarme contigo.

—No digas tonterías...

Un escalofrío me recorrió entera, como si fuera la respuesta de

mi cuerpo a la mejor de las caricias, y la letra se me torció sobre el papel.

—No lo es, Lola. Me casaría contigo sin dudarlo. Aunque nos quede tanto por conocer el uno del otro. Aunque sepa que te mereces más que esto. Aunque fuese una locura poco propia en mí. Sólo por todo lo que me has regalado sin darte cuenta y sin pedir nada a cambio. Lo haría con los ojos cerrados.

—Y yo te diría que sí.

Unai sonrió y enredó sus dedos en mi pelo. Yo tragué saliva, sintiendo que me faltaba el aire y que el corazón estaba a punto de salírseme del pecho, bombeando con tanta fuerza que él tenía que oírlo. Clavé los ojos en los suyos, un poco más apagados que el día anterior, lo quisiera ver o no. Y lo supe; con esa clase de certeza que sabes que es inamovible. Con la seguridad de quien sabe que está perdida e irremediablemente enamorada.

Lo supe, sí, y tuve que decírselo.

—No, no me estás entendiendo. Te diría que sí, Unai. Sólo tienes que pedírmelo.

—Lola...

Se acercó y juntó su frente con la mía. Yo cerré los ojos y sonreí.

—Y, si no quieres, ya está apuntado en la lista. No vale arrepentirse.

—Lo peor es que estás tan loca que sé que lo harías. Y por eso te quiero, entre muchas otras cosas.

Qué bonito resultaba todo, cada instante, cada palabra, cada gesto, pese al lugar en el que estábamos y las circunstancias que hacían crecer la intensidad de cada segundo compartido.

—Ojalá lo hicieras.

—Sí. Ojalá.

Pero no lo hizo. Supongo que en aquel momento pensó que era una auténtica locura atarme a él de forma legal cuando nuestro destino estaba escrito, pero yo era así, y no me importaba que se me tachara de impulsiva o temeraria. Un papel era lo de menos; era la intención lo que contaba.

Además, él se merecía cumplir cualquier sueño que tuviera.

* * *

Es difícil relatar una historia de amor que se forja en algo tan frío e impersonal como una habitación de hospital. Es difícil pero no imposible, cuando es lo único que tienes. Y fue lo que nos tocó, y aprendimos a hacer que aquel lugar pequeño y aséptico fuese un

rincón en el que estuviéramos cómodos, a gusto, que fuese un poco nuestro.

Cada tarde, al entrar, yo lo veía diferente; eran detalles, como revistas en un rincón que la cuñada de Unai llevaba para que estuviera entretenido, como la manga de una de mis chaquetas asomándose por la puerta del armario, como las fotos que yo había comenzado a hacernos a los dos y que adornaban las paredes, como los dibujos y las palabras que marcaba con los dedos en el vaho que se condensaba en la ventana.

No era una casa, no era un hogar. Pero éramos nosotros.

Siempre había creído que las emociones acaban buscando un lugar en el que asentarse; como cuando asocias la casa de tus abuelos con la ternura de una infancia feliz, o una playa desierta con un primer beso. Contextos especiales que enmarcan historias. Y nosotros habíamos sido un tiovivo, unos días en un piso que nunca llegué a sentir mío, o una mísera tarde observando un mural de sueños sobre una cama con dosel..., pero nada más. Sólo nos quedaba una habitación en la quinta planta de un hospital. Y, pese a que quizá no debería, me gustaba. Comenzó a hacerlo. Comencé a entrar en ella y a sentirla propia, a discernir en sus paredes instantes que se pegaban en ellas y que nos pertenecían, a pensar que ya no olía a enfermedad y a desinfectante, sino a algo más puro, más íntimo, más nuestro. Olía a todo aquello que hacíamos allí dentro, a lo que éramos y a lo que soñábamos con ser. Al aroma de su piel y al rastro que dejaba mi perfume cuando me iba después de lanzarle un beso. Olía a esperanza, a sonrisas sinceras que ni el dolor borraba, a amor creciendo suspendido en el ambiente.

A cosas bonitas.

A lo que yo deseaba que oliese cada día de mi vida.

—Lo entiendo —dijo Unai cuando se lo expliqué.

—¿Cómo puedes entenderlo? Es una teoría tonta.

—Lo entiendo, porque yo te veo aquí incluso cuando no estás. En las sábanas, en los corazones que pintas en el cristal de la ventana, en las fotos, en el aire.

Y yo también lo entendía, porque, cuando estaba allí con él, lo percibía, eso que estábamos construyendo, aunque la vida sólo nos permitiera hacerlo de un modo un tanto triste e injusto.

Veíamos películas con el ordenador sobre nuestras rodillas que comentábamos entre risas. Jugábamos a las cartas y él me hacía cosquillas cuando me pillaba haciendo trampas. Charlábamos de todo y de nada. Nos mirábamos durante horas, uno frente al otro, en aquella cama que las enfermeras acabaron por aceptar como

compartida.

Nos besábamos despacio. Nos abrazábamos. Nos queríamos.

A veces lo abrazaba demasiado fuerte con la tonta intención de que su olor se me pegara a la piel para siempre.

A veces era él el que me agarraba con firmeza, como si tuviera miedo de que yo me desvaneciese.

La mayor parte de ellas, nos abrazábamos los dos, como si así pudiéramos convertirnos en uno por un tiempo, antes de que la luz saliera y nos devolviera de nuevo a esa realidad amarga.

Y es que, pese a todo, no éramos más que eso...

Un chico. Una chica. El amor.

Lola y la nariz roja

Un jueves cualquiera, recibí un mensaje de Marco. Quería que fuera a verlo antes de encerrarme con Unai y olvidarme del mundo.

Lo cierto es que apenas iba por allí. Había dejado mi disfraz de payaso guardando polvo en un rincón de mi habitación y no había vuelto a acudir como voluntaria. Sólo me pasaba de vez en cuando a saludar a Marco y a comprobar cómo llevaba él la situación.

Sé que no estuvo bien dejar de lado tantos aspectos importantes de mi vida, pero... pero estaba nublada por la intensidad de los sentimientos, por la incertidumbre, por el miedo.

Cuando llegué a la habitación de Marco, lo saludé con un abrazo y me fijé en la buena cara que tenía. Me sorprendió ver la ilusión en esos ojos azules que llevaban semanas enfadados por las injusticias de su vida.

—¿Cómo está mi chico preferido?

—No soy tu chico preferido —contestó en ese modo adolescente que Unai odiaba y que a mí me hacía gracia.

—Vale, mi segundo chico preferido. No me seas remilgado. —Le di un codazo y él sonrió.

—Necesito que me ayudes con una cosa.

—¿Con qué?

—Ahora lo verás. Vamos al salón. Los niños tienen una sorpresa para ti. —Lo obedecí.

Siempre he adorado las sorpresas, ese hormigueo incesante en la boca del estómago cuando eres protagonista de una, pero allí, en aquella sala que tanto me había dado y que hacía tiempo que no visitaba, me puse realmente nerviosa, porque de pronto no me sentí merecedora de una.

No lo sé..., a ratos me daba la sensación de que no debía sentirme feliz con las pequeñas cosas que compartía con Unai, porque estábamos en un hospital, Marco seguía luchando con sus propios demonios y allí cada día alguien perdía la batalla.

¿Cómo era posible que yo sintiese mariposas por dentro por un roce, unas palabras susurradas, por el simple hecho de oír a Unai reírse a carcajadas o por una sorpresa?

Era injusto. No obstante, a la vez asumía que las emociones bonitas siempre buscan un hueco por el que colarse, y que así debía

ser. Que el amor siempre lo hace.

Los niños me saludaron con esa efusividad de quien guarda un secreto. Uno enorme.

Repartí besos y abrazos y me sentí una persona sumamente egoísta; era como si ese sentimiento siempre me acompañara a su lado, tanto si iba allí con mis disfraces o como si no iba.

Me animaron a colocarme de cara a la pared y a taparme los ojos con las manos.

—¡No mires, Lola!

—¡No seas tramposa!

Sus gritos me hacían sonreír sin remedio, aunque percibía el temblor de mis dedos sobre mis párpados según obedecía.

Hicieron mucho ruido y no sabría decir el tiempo que me mantuvieron allí, castigada de cara a la pared, hasta que un silencio repentino provocó que mi corazón comenzara a latir mucho más rápido.

—Ya puedes mirar.

Fue la voz de Marco la que rompió ese silencio. Retiré las manos de mi rostro y me giré, conteniendo el aliento por la incertidumbre de lo que me fuese a encontrar.

Cuando me di media vuelta, toda la sala aguardaba callada; expectante. Estaban formando un semicírculo, algunos de pie y otros sentados delante, con sus rodillas sobre cojines.

Extasiados. Nerviosos. Felices.

Sus sonrisas, algunas desdentadas, casi gritaban sin hablar todo eso que escondían.

Era precioso verlo.

Me quedé unos segundos allí paralizada, intentando memorizar la imagen y atarla al álbum de mis mejores recuerdos.

Sentí un escalofrío y se me erizó la piel.

Antes de que ocurriera nada, supe que aquel instante sería importante. Se notaba la emoción infantil flotando en el ambiente y se me humedecieron los ojos, y no sabía qué me esperaba exactamente, pero hay pocas cosas más bonitas que la felicidad de los niños respirándose en cada rincón, alimentándome de ella con cada bocanada de aire.

Los observé e intenté sonreír de nuevo, pero me resultaba imposible, porque me burbujeaban tantos sentimientos dentro que era incapaz de expresar nada que no fuera incredulidad ante lo que me estaban regalando; fuese lo que fuese, no importaba, aquel juego preparado para mí ya era más que suficiente.

Los que estaban de pie tenían las manos a la espalda y escondían

algo que no comprendía, pero que intuía que era especial. Y para mí.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? —Por fin reaccioné, aunque la voz me salió agitada.

A algunos se les escapó la risa; las enfermeras, de fondo, lo observaban todo y me miraban con emoción en sus ojos.

Entonces, los niños levantaron los folios que escondían, los unieron y formaron una frase que leí moviendo sólo los labios, antes de cubrirme la boca con las dos manos y ahogar un jadeo.

> No sé cómo lo has hecho, pero parece que estoy más loco que tú.
> Loco por ti.
> ¿Te casarías conmigo, Lola?

Es verdad eso que dicen de que el tiempo se para; que hay determinados momentos en tu vida en los que sientes que el mundo frena, se congela y nada a tu alrededor tiene vida ni importancia excepto tú y lo que estás sintiendo.

Ése fue uno de ellos.

Marco dio un paso al frente y me ofreció una nariz roja. Yo me eché a reír y la cogí, con manos temblorosas y el corazón en la garganta.

Metí el dedo dentro del espumillón, hasta encontrar un anillo. Fino, de plata antigua y con una pequeña piedra que sobresalía. Original y único. Como él me veía a mí. Como yo veía lo nuestro.

Me lo puse y alcé la mano para observarlo. Era perfecto.

Lo sigue siendo, no he vuelto a quitármelo; forma parte de mí.

Nunca pensé que podría ser tan bonita una declaración. Sin ni siquiera tenerlo a él delante, sino que me estaba esperando en otra habitación de hospital sin poder salir.

Las lágrimas caían por mis mejillas, pero eran de pura dicha. Recuerdo pocos instantes en los que haya sido tan feliz, pese a todo lo que englobaba.

Y es que, desde que descubrí que estaba enfermo, asumí que Unai me daba miedo, pero que también me hacía feliz. Con sus rarezas. Con sus idas y venidas. Con sus silencios. Con todo lo que aún desconocía de él. Con su equipaje. Con todo lo que deseaba que me ofreciera y que sabía que no podría darme. Pero en eso consiste lo verdaderamente especial. Aterra, pero también tiene la capacidad de hacerte inmensamente feliz. Pese a que sepas que ese sentimiento tiene fecha de caducidad. Y aquella emoción podía con todo lo que se me pusiera por delante.

—Tienes que decir algo.

Marco rompió el silencio de nuevo, provocando risas a su alrededor.

No había dudas. No había miedo ante eso. No había elección posible.

Lo miré, sentí el sabor salado de mi llanto en los labios y sonreí.

—Sí. Por supuesto que sí.

Los niños rompieron en gritos de alegría, las enfermeras aplaudieron y yo me reí como pocas veces lo he hecho en mi vida, mientras abrazaba a Marco y le daba las gracias por haber pasado a formar parte de ella.

Escribí un «sí» en el envoltorio de un chicle que me encontré en el bolsillo y lo metí de nuevo en la nariz. Después se la entregué a una de las enfermeras, que me prometió colarla en la bandeja de la cena de Unai.

¿Fui mala? Un poco. Podría haber subido en aquel momento y gritárselo a la cara, pero preferí hacerlo a mi manera, y esperar a que lo recibiera para colarme después en su habitación y tumbarme a su lado. Quise seguir envolviendo aquel instante de juego, mágico, especial.

Cuando llegó el momento y vi la expresión de sus ojos, húmedos, llenos de tanto, supe que estaba haciendo lo correcto.

Me acerqué a su cama lentamente y él se levantó. No se lo prohibí, aunque llevaba unos días en los que apenas tenía fuerzas para hacerlo. Llegué frente a él, hasta que casi nos rozábamos, y entrelazó sus dedos entre los míos con suavidad.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí. Quiero hacer todo lo que esté en mi mano.

—Pero, Lola, sabes que...

Le tapé la boca con los dedos. No quería oír nada más. No tenía cabida en aquel instante.

—No digas nada, sólo... sólo sé feliz. Seamos felices mientras podamos.

—Vale.

—Vale.

Sonreímos como dos niños, hasta que no pudimos más y rompimos a reír.

—Esto es una locura —susurró; luego rozó mis labios con la yema del dedo.

—No. La locura es que dos personas se quieran y que se nieguen vivir momentos sólo porque la vida les diga que no podrán hacerlo durante mucho tiempo. —Él tragó saliva, pero asintió—. ¿Tienes algo que hacer, digamos, dentro de dos semanas?

Simuló pensarlo y aceptó con fingida resignación.

—Creo que podré hacerte un hueco.

—Bien. Necesitas dos testigos. De lo demás me encargo yo.

Unai sonrió y lo besé, guardándome esa imagen, su expresión ilusionada, y apartando de mi cabeza el miedo a lo que podría ocurrir dentro de apenas dos semanas.

Porque nos casábamos. Como dos locos. Como dos personas que buscan lo que sea para rozar la felicidad con la punta de los dedos antes de que se la arrebaten.

Un chico. Una chica. Un choque. Un millón de fuegos artificiales.

Lola y la noticia

Recuerdo que aquel día dormí fenomenal, pese a que fue la única noche desde que todo aquello comenzó en la que lo hice en mi cama y sola. Ni siquiera tuve la tentación de colarme de puntillas en el dormitorio de al lado. Sólo observé mi mural de sueños durante un rato, analizándolo con mimo, rememorando todos aquellos recuerdos que albergaba. Algunos sólo míos, otros familiares, otros de amor.

Había añadido un par de dibujos más desde la última vez que había escrito algo en él con Unai ahí a mi lado. Me parecía que habían transcurrido años de aquello.

Sonreí al ver el pequeño tiovivo de color rojo que ocupaba una esquina; casi podía verlo dar vueltas sobre la madera, como si cobrase vida sólo para mí. También le había añadido la silueta de dos figuras besándose; bajo ellas había escrito: «El primer beso del chico de las pecas». Pensé en lo que se enfadaría Marco al verse retratado así y sonreí.

El resto seguía como antes, girando alrededor de la órbita que marcaba el chico de la sonrisa. Situado en el centro, igual que en mi vida.

En algún momento me dormí y sé que lo hice tranquila, con la certeza de que, fuera una locura o no, la decisión que había tomado era la correcta, y sólo lo era porque era la deseada. Porque nadie podía juzgarnos si se trataba de amor, de un acto desinteresado que sólo tenía razón de ser por hacer felices a dos personas, aunque sólo fuese de forma efímera. Podría haber estado nerviosa, pero me sentía tan segura con aquella decisión que ni siquiera percibía una leve inquietud.

Habíamos pasado dos semanas calmadas en las que Unai pareció mejorar hasta el punto de que el médico dijo que podría irse a casa en breve si todo continuaba igual. No significaba mejoría, pero sí una estabilidad que le permitía cumplir su deseo de seguir luchando fuera de esas paredes. Yo sentí miedo. Creo que él también lo sintió, porque suponía romper la burbuja allí creada, pero, si lo hizo, no dijo nada.

Pese a esa posibilidad, no quisimos esperar. Nos daba miedo que las cosas empeorasen de repente y seguimos con la absurda idea de

unir nuestras vidas a ojos de los demás.

* * *

Me levanté temprano. Entré en la cocina y vi que Elena me esperaba con una sorpresa en forma de desayuno delicioso.

—¡Ele, esto es demasiado!

—Ninguna novia se merece menos.

Nos dimos un abrazo y me senté a su lado. Tenía apetito.

—¿Estás nerviosa?

—Lo cierto es que no.

—¿Cómo no puedes estarlo? Vas a casarte, Lola.

—No lo sé..., supongo que porque no encuentro ninguna duda. Las he buscado, Ele, pero no están. ¿No debería ser eso suficiente?

En sus ojos leí que no, que no era suficiente para lo que ella consideraba que yo merecía, pero también vi un cariño inmenso que me calentó por dentro.

Sonreí y me perdí en mis pensamientos, mientras me metía una galleta de nueces en la boca.

Habíamos pasado dos semanas perfectas. Dos semanas en las que había aprendido que Unai odiaba las películas subtituladas y adoraba los deportes; dos semanas en las que me había reído hasta dolerme la barriga y en las que había presenciado lo que ocurre cuando una persona enferma coge una infección urinaria. Catorce días en los que habíamos hecho miles de planes y nos los habíamos imaginado con los ojos cerrados, casi como si los estuviéramos experimentando, casi como si pudiéramos tocarlos, y en los que habíamos compartido teorías absurdas y nos habíamos retado a refutarlas. Catorce días en los que habíamos acordado invitar a tres personas cada uno al extraño enlace y él me había hablado de su tercer invitado, un tal Asier, a quien había conocido hacía muchos años en una habitación de hospital parecida a esa en la que nos encontrábamos.

En esos días me había dado tiempo a verlo dormir, reír, encogerse de dolor y perderse dentro de sí mismo cuando lo necesitaba.

—¿Qué te pasa, cielo?

—Nada.

Y nunca era *nada*. Era dolor, era miedo, era el vacío, el todo, la vida escapándose por los poros de su piel, la lucha, las lágrimas que no llegaban a derramarse para que yo no sintiera las mías.

—¿Estás seguro? Dime qué puedo hacer...

—Nada.

Y entonces me dolía a mí como si su sufrimiento lo traspasara y se me clavara por dentro. Porque eso era lo peor, la impotencia. El no poder hacer algo por él. Sólo estar. Cogerle la mano. Susurrarle palabras bonitas mientras le acariciaba el pelo. No irme. No dejarlo. Decirle que sí. Darle motivos para seguir soñando con los ojos abiertos.

Un chico. Una chica. Y la nada.

También había discutido con mis amigos y con mi padre cuando les conté que iba a casarme. Supongo que nadie que se imagine cómo sería su boda soñada lo haría de aquella manera, así que las reacciones fueron dispares en acciones, aunque iguales en sentimientos.

Elena se había escandalizado en un primer momento, incluso había llorado, pero después me había apoyado sin más, como hacen los buenos amigos. Tristán me había gritado y había estado dos días sin dirigirme la palabra, pero no se lo tuve en cuenta, porque en realidad cuando se ponía en ese plan se cerraba a todo el mundo.

Al tercero, se había colado él en mi cama.

—Lola, ¿estás segura?

—Sí.

Se mantuvo callado unos segundos, respirando a mi lado, tan cerca que sentía su aliento rozarme la mejilla, hasta que habló de nuevo y yo sonreí.

—Si lo estás, yo también. Estoy contigo, Lola. Siempre. No me iré nunca.

—Gracias.

—Siento haberte gritado, perdóname.

—Ya lo había hecho.

Porque era verdad y, en el fondo, comprendía su recelo. No era fácil y sólo querían protegerme. Con el tiempo supe que Tristán sufría porque no podía hacerlo, no podía protegerme de algo que me haría daño de forma irremediable.

Agarré su brazo y lo pasé por mi cintura, para que me abrazase. Necesitaba sentirlo.

—No te lo he preguntado, ¿tengo que ponerme traje?

Me reí y él sonrió al sentirme temblar.

—No hace falta. Aunque saldrías muy guapo en las fotos. —Me quedé callada y luego le confesé algo que me daba un poco de vergüenza, pero que me apetecía compartir con él—. No se lo he contado a nadie, pero me he comprado un vestido.

—¿Vas de novia, Lolita?

—Sí. Sé que no será la boda más bonita del mundo, ni coincidiría con el sueño de nadie que desee casarse, soy consciente de ello, pero no quería hacerlo a medias por nuestras circunstancias. Quiero que sea real. Quiero que Unai bese a una chica vestida de blanco. ¿Es muy tonto?

—No. Y menos si no lo haces sólo por él. Tú también lo deseas, y no es malo, Lola.

Sentí las lágrimas asomándose.

—Gracias. Necesitaba oírlo.

Porque a ratos pensaba que detalles como ése me hacían parecer una niña ante un hecho como el que pensábamos vivir. Egoísta e incluso frívola, pese a que no tuviera mucho sentido, pero emocionarme por aquello que íbamos a hacer cuando él se moría... sonaba a pesadilla.

—¿Has hablado ya con tu padre?

—No. Creo que lo haré mañana.

—Suerte.

—La necesitaré.

* * *

Con él fue más complicado, aunque no puedo decir que no lo comprendiera. Al fin y al cabo, un padre nunca quiere algo así para su hija, por mucho que se trate de amor.

Llegué a su casa con unos pasteles bajo el brazo; pensé en algo tan tonto como que con dulces el trago pasaría mejor, pero no sirvió de mucho.

—¡Por encima de mi cadáver!

Dio un golpe a la mesa con el puño y yo me crispé.

—Gracias por ser tan sensible, papá —le dije, echándole en cara el utilizar precisamente esa expresión.

—Lo siento, Lola, pero no lo voy a consentir. ¿En qué estabas pensando para decir que sí?

—En nada. Ése es el problema. Que sólo pensaba en que quería hacerlo. En que estar con él, incluso así, me llena, papá. ¿Es que no lo entiendes?

—No. Por supuesto que no. Vas a arruinarte la vida. ¿Es por dinero?

—¿Qué?

—Es eso. Tiene dinero y te lo va a dejar todo. —Me quedé pálida y me levanté con la clara intención de marcharme de allí o de pegar un tortazo a mi propio padre, pero al verme su rostro se

descompuso—. Lo siento. Perdóname, hija, no sé por qué he dicho eso. Sé que tú nunca harías algo así, pero entiende que yo no entienda nada. Contigo creía estar preparado para cualquier cosa, pero esto es demasiado. Esto... esto me supera, Lola.

Tragué el nudo de mi garganta y cogí su mano entre las mías.

—Papá, sólo me hace feliz. Compartir con él todo esto lo hace. No hay mucho que podamos hacer, ¿qué hay de malo en disfrutar de lo que esté en nuestra mano conseguir? Aunque sean locuras. Nos lo merecemos, papá. Nos merecemos hacerlo por todo lo que no podremos hacer en el futuro.

—Es que no habrá futuro, Lola.

—¿Te crees que no lo sé?

Y me eché a llorar. Lo hice porque todo me llegó de golpe.

No solía pensar mucho en lo que estaba por venir. Cuando la certeza de que Unai se iba apagando y sólo le quedaban días me turbaba, yo me deshacía de ella a base de manotazos mentales y la sustituía por todos esos instantes bonitos que estábamos viviendo y por las esperanzas depositadas. Cada emoción se merecía su momento, y me negaba a teñir de tristeza anticipada los instantes felices.

Ya lloraría. Lo haría. Me desharía en lágrimas. Pero no me lo permitiría cuando aún podíamos sonreír.

No obstante, la verdad ahí estaba, mostrándose cada día más clara, aunque nunca tanto como me la expuso mi padre aquella tarde. Creo que oírlo de su voz hacía que me pareciera más real que oírme a mí misma en voz alta; o incluso al propio Unai.

—No llores, cariño. No soporto verte así. ¿Ves cómo esto no es bueno para ti?

—Puede que tengas razón, pero yo soy buena para él.

—Eso lo sé.

Me limpié las lágrimas y clavé mis ojos en los suyos, apagados, enfadados, dolidos.

—A veces consiste en eso, en darle a alguien lo que necesita, si tú lo tienes. Aunque esa persona no pueda ofrecerte lo mismo a cambio.

—No... no es suficiente.

Y entonces lo comprendí. Él estaba pensando en mi madre. En la mujer que amaba y que había perdido a manos de otra enfermedad. Ni siquiera entendía cómo no había visto los paralelismos.

—¿Cómo fue, papá? ¿Cómo fue ver morir a mamá? ¿Cómo viviste sin ella?

—No... —Apartó la mirada y se encogió, como si el simple hecho

de nombrarla lo hiciese vulnerable, pero necesitaba saberlo.

Nunca antes lo había necesitado, ni le había pedido nada al respecto, pero la vida se me había complicado hasta un punto en el que, por primera vez, necesitaba conocer aquella información que durante años se me había negado.

Apreté los dedos alrededor de su palma encallecida; las lágrimas seguían mojando mis mejillas.

—Cuéntamelo. Lo necesito.

Él alzó la vista y se rompió un poco al verme y otro poco más al empezar a hablar.

—Fue horrible. Fue... fue un antes y un después en el hombre que era. Lo cambió todo. No para mal, pero sí diferente. Nunca te levantas de algo así, cariño.

—Pero te mereció la pena. Lo bonito. Vivirlo. Pese al final.

Se quedó observándome, como debatiéndose entre ser sincero conmigo o ser sensato y hacer lo posible por evitarme más sufrimiento, pero al final ganó esa parte emocional que casi nunca sacaba a relucir.

—Por supuesto.

Yo sonreí.

—Ésa es la respuesta que necesitaba.

* * *

Dos días después, mi padre apareció por nuestra casa.

Cuando Elena me llamó, salí de mi cuarto y lo vi allí, sentado en el sofá y con su chaqueta perfectamente doblada sobre sus rodillas. Me sorprendió pensar que nunca antes me había parecido tan mayor; fue como si aquel acontecimiento que marcó mi vida también hubiese marcado la suya, haciéndolo envejecer de golpe.

Me sentía culpable.

A su lado había una pequeña caja blanca. Me tensé, porque estaba dormida a las dos de la tarde y me daba miedo que se enterara de que también había dejado el trabajo; aquello ya lo mataría.

—Lola, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Qué haces aquí, papá?

—He venido a traerte esto.

Me senté a su lado y abrí la caja sorprendida. Al ver lo que guardaba en su interior, me estremecí. Metí los dedos dentro y la rocé, despacio y con toda la delicadeza del mundo.

La reconocía por las fotos que llenaban cada rincón de la casa de

mi infancia, pese a que no había sabido de su existencia hasta ese instante.

Era preciosa. Y perfecta. Y una señal que me decía que mi padre estaba conmigo, pese a todo, a mi lado, aunque no estuviera de acuerdo con mis decisiones. Y que mi madre, a su modo, también lo estaba.

Tragué el nudo de emociones que amenazaba con convertirse en lágrimas, pero no quería llorar más.

—Papá...

—Ella quería que la tuvieras. Cuando llegara el día. No sé si ni siquiera parecerás una novia, pero..., bueno..., es tuya.

Lo abracé, con la corona de flores que mi madre había llevado en su boda aún de la mano, y le susurré al oído, emocionada por ese pequeño acto que significaba tanto para ambos.

—Gracias, papá.

—¿Te la pondrás? —preguntó con la voz tomada por una emoción a la que él rara vez dejaba paso.

—Por supuesto. ¿Esto significa que serás mi padrino?

—¿Quién, si no? —gruñó. Yo me reí.

Tristán apareció de repente y sonrió al vernos. Después saludó a mi padre.

—Domingo, ¿me acompañarías a comprarme un traje? Si se lo pido a mis padres, acabaré con esmoquin y chistera, y por ahí sí que no paso.

—Claro, hijo.

Me eché a reír al imaginarme la situación de verlos a ambos de compras y me sentí tan querida que no podía caberme más amor en el pecho. Y en eso consistía. No podía haber nada malo en aquello.

—Papá, ¿te quedas a comer?

—Pensé que entrarías ahora a trabajar, como estabas acostada...

—Ah, eso.

Me mordí el labio y dudé, pero era el momento; en realidad, no tenía escapatoria.

—¿Qué pasa, Lola?

—Nada importante.

—Lola —fue Tristán el que me reprendió, como si estuviese ante dos figuras paternas y no sólo ante una.

—Bueno, quizá sea un buen momento para confesarte que he dejado el trabajo. ¡Me voy a la ducha!

Salí corriendo hasta encerrarme en el baño. Sí, como si tuviera quince años. Me apoyé en la puerta y me dejé caer hasta tocar el suelo. Y me quedé allí, oyendo a mi padre despotricar al otro lado

de la estancia, mientras Elena canturreaba a la vez que cocinaba para todos nosotros y Tristán intentaba tranquilizarlo con su voz calmada.

Sin embargo, pese a la bronca que sabía que iba a llevarme, no podía dejar de sonreír al imaginarme a mi madre con su corona de flores.

* * *

Volviendo al día que de verdad importa, aquella mañana me levanté tranquila.

Compartí con Elena mi desayuno especial y, después de preguntarle por Tristán y decirme que no se había levantado aún, cogí un par de tortitas con sirope de arce en un plato y me dirigí a su cuarto.

Llamé un par de veces flojito, pero no me contestó. Sí que pude oír la música bajita pegando la oreja a la puerta, así que abrí y me asomé con tiento. The Killers ponían la banda sonora, mientras Tristán meditaba sobre lo que fuera que diera vueltas en su cabeza.

A veces me parecía insondable.

—Eh.

—Eh.

Estaba tumbado, con las manos cruzadas en la nuca y mirando al techo. Pero en el suyo no había mural, ni sueños; no había nada que yo pudiera ver.

—¿Preparada para el gran día?

—Sí. ¿Tú?

Se rio, como si aquella pregunta fuese una tontería, pero para mí era importante que ellos estuvieran lo mejor posible en relación con todo aquello. Después se incorporó lo justo para sentarse y dejarme un hueco a su lado.

—Prometo tener los ojos bien abiertos y ser un testigo ejemplar.

Le di un codazo por su tono burlón y él cogió una tortita con los dedos, la enrolló y se metió la mitad en la boca. Reaccioné lo suficientemente rápido para poner el plato debajo y que el sirope no resbalase encima de las sábanas.

—Ten cuidado, no seas guarro.

—¿Estás nerviosa?

—No. ¿Es malo?

—No tiene por qué serlo.

Pellizqué con dos dedos un trozo de la tortita que quedaba y me la llevé a la boca.

—Si tú fueras a casarte hoy, ¿lo estarías?

—Sí, joder. Querría salir corriendo. Me cagaría encima.

Puso tal cara de miedo que no pude evitar reírme. Ése era el Tristán que tan bien conocíamos, con un miedo al compromiso tan arraigado que asustaba.

—Hablo en serio. Si la hubieras encontrado y te esperase vestida de novia, aunque fuese en un sitio peculiar, como en un hospital o... en una cárcel, ¿temblarías al verla, Tristán?

—Así que me toca la presidaria —susurró pensativo.

Nos reímos con ganas por lo surrealista de mi planteamiento; la verdad es que a veces se me daba de pena explicar las cosas. Pese a ello, su rostro se tornó serio y supe que se lo estaba imaginando, ese caso hipotético que él nunca pensaba vivir, pero lo estaba haciendo por mí, porque, aunque no tuviera dudas ni nervios, estaba muerta de miedo.

—Temblaría, Lola, pero no sólo de miedo. También de ganas. De deseo.

Dejé escapar el aliento que no sabía que estaba conteniendo. Tristán partió la tortita por la mitad y me dio un trozo.

—¿No quieres? —le pregunté.

—Lo necesitas más que yo.

Asentí y después de comer dejé caer la cabeza en su hombro.

—Gracias por apoyarme en esto, Tan Tan.

—Gracias por querer que esté a tu lado.

* * *

Vi arreglarse a Elena, que iba guapísima con un vestido azul cielo con pequeños lunares negros. Después, ella me ayudó a vestirme. Me había comprado un vestido en una tienda *vintage* de segunda mano y lo había arreglado la tía de Ele un par de días antes. Era precioso, una falda larga blanca y una blusa de manga corta de encaje que se abrochaba al cuello y que dejaba la espalda descubierta. El pelo suelto y, eso sí, los labios rojos.

Al ponerme la corona de flores de mi madre en la cabeza, vi que se le humedecían los ojos.

—Estás preciosa, Lola.

—¿A que sí?

Ambas nos echamos a reír por mi afirmación. Pero lo cierto es que me veía perfecta, como siempre había soñado sin saberlo.

Cuando de pequeña me preguntaban cómo imaginaba que sería mi boda, yo respondía que un gran banquete en el jardín de un

hotel lujoso, que llevaría un vestido de princesa y un velo largo sobre mi moño y bailaría hasta el amanecer. Y allí, frente al espejo de mi cómoda, esa imagen no se parecía en nada a la que mi reflejo me mostraba; no obstante, me parecía mucho mejor.

Salí de mi habitación y me encontré con mi padre esperando. Estaba tan nervioso que brillaba el sudor en su frente.

—Papá, ¡qué guapo!

Lo estaba, con un traje sencillo de color gris y una pajarita verde. No le había dejado gastar dinero en ropa para la ocasión, así que él había cedido comprando sólo la pajarita, pero con la condición de regalarme mi vestido.

Vi a Tristán agachado sobre *Dexter*, al que le estaba colocando una pajarita roja al cuello.

—¿Quieres estarte quieto, diablo peludo?

El pequeño saltaba a su alrededor y le lamía la cara a la mínima posibilidad. Solía fingir que odiaba tener que ocuparse del perro de Unai, pero lo cierto era que se habían hecho inseparables. Incluso dormían todas las noches juntos desde mis ausencias.

Cuando por fin terminó y se levantó, abrí la boca sorprendida, pero fui incapaz de decir nada. Llevaba un pantalón negro de vestir y una sencilla camiseta blanca de cuello de pico. Sus viejas botas negras en los pies y una americana informal, también en negro, completaban su atuendo. Estaba increíble. Arreglado para la ocasión, pero sin perder su esencia.

La verdad es que todos hicieron que fuese un día único.

Él también me miraba de arriba abajo, sin parpadear, hasta que al final sonrió y yo pude respirar de nuevo. Me acerqué y se nos escapó una risa un tanto infantil.

—Estás muy guapo.

—Tú sí que estás guapa. Eres la novia más guapa que he visto.

—¿Cuántas has visto?

—Dos. Pero tú eres la más guapa.

Le di un manotazo y nos reímos con ganas.

—Lo digo en serio, Lola. Temblará al verte. Yo lo haría.

—Gracias.

Lo abracé con fuerza y le marqué los labios rojos en la mejilla.

Después cogimos a *Dexter*, lo escondimos en una maleta y salimos todos en dirección al hospital.

Era la hora de celebrar una boda.

Lola y la boda

Llegamos allí entre risas tontas producidas por la emoción general y un par de tropiezos de Elena con los zapatos, a los que no estaba acostumbrada. Tristán fumaba sin parar, pese a que mi padre lo regañara, y yo sólo sonreía, porque hacerlo con ellos y de esa manera era único y especial.

Todos parecíamos contentos. Y digo «parecíamos» porque, en el fondo, siempre supe que ninguno compartía lo que yo estaba haciendo. Para ellos esa felicidad era tan efímera que no merecía la pena, porque estaba demasiado asociada al dolor que vendría después y deseaban protegerme.

Eso es lo que pasa cuando amas a alguien, que el sentimiento de protección supera a cualquier otro, y por eso sé que no podría haber elegido a mejores personas para ser testigos de uno de los días más importantes de mi vida.

Tenía veinticuatro años e iba a casarme con un enfermo terminal en una habitación de hospital. Pese a que nunca saldrían de mi boca esas palabras. Sólo ahora, mucho tiempo después, puedo pronunciarlas en voz alta sin derrumbarme.

«Enfermo terminal.»

Abarcan tanto, decepciones, sueños rotos, promesas incumplidas, que siempre dejan sin aire.

Fue la mayor locura de mi vida, aunque también la decisión más sensata. Y es que, en ocasiones, la sensatez y la locura se superponen, entrelazándose con un hilo tan fino que apenas se distinguen.

Marco me estaba esperando en la entrada de la planta. Se me humedecieron los ojos al verlo con unos vaqueros, una camisa y una corbata con calaveras plateadas. Nunca lo había visto sin su ropa de hospital. Tampoco tan fuerte. La enfermedad iba y venía sin tregua, dándoles a algunos nuevas esperanzas y arrebatándoselas a otros.

Las lágrimas amenazaron con salir de mis ojos cuando descubrí a las enfermeras no sólo de ese turno, sino también de otros esperándome en el pasillo, dándome besos y regalándome palabras cariñosas. También lo hacían algunos pacientes. De las paredes colgaban globos y guirnaldas de colores. Todos habían puesto su granito de arena para que fuese lo más mágico posible.

Nos habían regalado un mundo entero en una planta de hospital.

Al llegar a la puerta de la habitación, suspiré con fuerza y cogí de nuevo aire. Ander la abrió, con una sonrisa enorme y los ojos húmedos por la emoción.

Y, entonces, lo vi.

Llevaba un traje azul oscuro con una camisa blanca y una pajarita del mismo tono oscuro. Le quedaba algo grande, pero no importaba. Se había afeitado.

No me lo esperaba. Había sido una mala semana; tan mala que el día anterior apenas se había levantado de la cama.

Sin embargo, lo había hecho por mí, pese a que le hubieran prohibido salir de aquella planta.

Nos miramos a los ojos y hablamos sin pronunciar palabra. Nos dijimos lo guapos que estábamos, lo que nos estábamos regalando el uno al otro, lo loco que parecía y lo seguros que nos encontrábamos; nos dijimos «sí» una y mil veces, antes de acercarnos y besarnos, olvidándonos de las personas que nos rodeaban y de las risas que llenaban la habitación. Nosotros sólo nos besamos, con los ojos cerrados, sintiendo las manos del otro alrededor del cuerpo y el aliento sobre la piel al separarnos sólo un poco, lo justo para mirarnos de nuevo y sonreírnos.

—Bien.

Un carraspeo nos hizo reaccionar y observar dónde estábamos y con quién.

Me volví y vi a Ele llorando agarrada al brazo de mi padre. Él también parecía emocionado. Tristán sujetaba la maleta entre sus brazos y sudaba, porque *Dexter* no dejaba de saltar dentro y tenía pánico de que nos pillaran con él y nos echaran a todos a patadas del hospital por saltarnos las normas a la torera.

Unai alzó una ceja al ver moverse la maleta y a Tristán dirigirse al cuarto de baño para ocultarlo.

—¿Eso es lo que creo que es? —me susurró.

Yo sólo sonreí de medio lado, antes de fijar la mirada en el hombre que esperaba paciente a poder empezar con los trámites legales.

Antes de aquello, no sabía de la existencia de la posibilidad de matrimonios para personas con riesgo de muerte. En nuestro caso, Unai aún estaba capacitado para esperar a tener una tramitación matrimonial, pero el doctor Estévez nos firmó un certificado en el que se relataba la gravedad y el peligro de muerte y con el que conseguimos que un concejal y un notario acudieran allí y oficiaran el casamiento para que fuera legal.

Contado así... puede resultar frío, pero no lo fue en absoluto.

Fue una ceremonia bonita, sentida, dulce e inolvidable.

Nos entregamos nuevos anillos, unas sencillas alianzas que yo había comprado para ambos, y leímos unas palabras.

Primero le tocó a él. Sacó una hoja arrugada del bolsillo de su pantalón y me miró.

Unai lloraba. Y se reía. Parecía un loco. Mi loco. Y yo le respondí igual, con las lágrimas asomándose mientras la risa salía sola, a trompicones, hasta que habló y sentí que todo a mi alrededor desaparecía y sólo quedábamos los dos.

—Nunca pensé que la vida fuera a ponerme a prueba una vez más. Y no hablo de mi cuerpo, hablo de ti, Lola. Nunca pensé que llegaría a sentirme seguro y a salvo en una situación así, y sólo por haber tenido la posibilidad antes de irme de saber qué significaba la palabra *amor*. Conocerte y enamorarme de ti ha sido lo más bonito que podría haberme pasado. Y, más aún, haberlo hecho justamente cuando ya pensaba que no me quedaba nada. Enamorarme de tu falta de control, de tu descaro, de tus labios rojos, de tu nariz de payaso, de tu enorme corazón, de tu belleza innata, de tu capacidad de soñar por los dos, de todo lo que hace que seas tú, única y especial. Mi Lola. Gracias por dármelo todo, sin reservas. Gracias por ser como eres. Gracias por aparecer. Gracias por hacerme feliz.

El silencio nos rodeó y sólo nos miramos.

Y sólo sonreímos.

Entonces, cogí aire... y hablé yo.

Lo hice y sentí que nunca antes me había entregado tanto, que nunca había gritado «te quiero» tan alto, que nunca un adiós había sido tan dulce. Porque eso fueron mis palabras, un adiós que sabía a principio, a felicidad, a futuro, un adiós que por fin aceptaba que llegaría.

—Alguien me dijo una vez que si paseas con una persona en silencio y cada paso es especial, esa persona es para ti. A veces siento que aún no te conozco, Unai, pero la certeza de que eso no es lo más trascendente es mayor, porque ¿qué hay más importante que provocar emociones en el otro? Y tú lo haces. Con tu manera de abrazarme. Con tu forma de mirarme, como si no existiera nada más en el mundo. Con tu modo de hacerme creer que todo va a ir bien, aunque ambos sepamos que no lo hará. Y no me importa. Sólo quiero seguir paseando a tu lado desde esta cama, hasta que nos dejen. Cerrar los ojos y cumplir sueños entre tus brazos. Y después... después seguirás haciéndolo, porque es innegable, te llevo dentro de mí, atado a mí, para siempre. En mis venas. En el aire que respiro.

En todo lo que soy. Te quiero. Nunca dejaré de hacerlo.

Un chico. Una chica. Y el infinito.

Lola y la luna de miel

Es difícil hablar de adaptación cuando duermes en una habitación de hospital. De felicidad plena, del comienzo de una nueva vida, cuando compartes tus días con un equipo médico y con una persona que se consume poco a poco en vez de brillar.

No obstante, recuerdo aquellas semanas como unas de las más felices de mi vida. Agridulces, sí, pero también llenas de momentos inolvidables que compensaban los que dolían.

Unai no mejoró. Era una realidad que asumí mucho mejor de lo que nunca pensé que haría. Creo que, simplemente, acepté lo inevitable y, cuando ese punto llega, te centras en todo lo demás. En las miradas que significan demasiado, en los roces continuos, en los besos frágiles al despertar, en las conversaciones que no cesaban. Al menos, no por mi parte.

Él cada vez hablaba menos, comía menos, se mantenía menos despierto; pero sonreía. Lo hacía sin parar. Abría los ojos y sus labios dibujaban una sonrisa para mí, y bastaba.

No parecía que estuviese dirigiéndose a una meta que ambos temíamos, sino que daba la impresión de que estaba permanentemente satisfecho, de que había cumplido su objetivo, de que todo estaba bien.

Es extraño, pero así fue. Nos envolvía una sensación cálida cuando estábamos los dos solos en esa burbuja en la que nos habíamos visto obligados a encerrarnos.

—¿Recuerdas aquella vez que fuimos al cine y se te cayeron todas las palomitas encima de la falda?

—Claro, las comimos de mi regazo y después seguiste buscando bajo la tela.

Era mentira, nunca habíamos ido al cine juntos, pero la sensación de realidad nos servía para alimentar eso que volaba entre los dos.

Hacíamos eso constantemente. El jugar a haber vivido mucho más de lo que fuimos capaces, a imaginarnos en un futuro que no nos correspondía, pero no resultaba triste. A él le brillaban mucho los ojos cuando yo le relataba todas esas discusiones que íbamos a tener, todas las reconciliaciones en las que nos íbamos a abrazar muy fuerte, todas las sorpresas que nos daríamos cada día, los

viajes, los detalles, las locuras compartidas.

Dicen que el amor se va afianzando con los instantes vividos, pero ¿qué pasa cuando no tienes oportunidad de hacerlo? ¿Cuando sólo puedes imaginártelo? Y eso éramos nosotros, felices en una realidad paralela creada a capricho para poder disfrutarlo sin llegar a tocarlo.

Supongo que el que no se consuela es porque no quiere.

Pero no era eso. Era mucho más.

Creamos algo único entre aquellas sábanas que no volvieron a revolverse si no era para hacernos cosquillas o enredar nuestras piernas antes de dormir; una conexión diferente que para mí superaba cualquier otra relación posible en mi vida.

—¿Cuándo salimos para las islas Fiji?

—Dentro de diez días.

Unai se miraba el cuerpo, frágil y consumido, y se reía, porque le gustaba bromear con que se había convertido en una versión reducida de sí mismo de tan delgado que estaba.

—Deberíamos comprarme un bañador nuevo o le enseñaré las pelotas a toda la playa, Lola.

—Tendremos que ir a la sección infantil.

—Serás bruja...

Me pellizcaba el costado y yo me reía a carcajadas. Después le relataba con todo lujo de detalles los bikinis minúsculos que me pondría y con los que me contonearía por la playa. Su favorito era uno rojo que sólo existía en nuestras cabezas y que al final del día él me arrancaba.

También hubo días peores.

En ocasiones, su estado empeoraba y me obligaban a dejarlo solo, en manos del equipo médico. Otras era él el que dejaba que la frustración y el dolor ganaran la batalla y me gritaba. Sí, me gritaba. Me decía cosas horribles que se me clavaban bajo la piel, como que todo había sido una equivocación y que no quería volver a verme. Que era estúpida por soportar todo aquello a cambio de nada. Que no soportaba ver el dolor en mis ojos. Que cómo podía querer un marido que era incapaz de hacerle el amor a su mujer.

—No puedo tocarte, Lola. Es un puto delito. No soporto tenerte cerca cuando me miras así.

—¿Así cómo?

—Como si te mereciera.

No obstante, yo permanecía a su lado y Unai lloraba cuando conseguía sacarlo todo. Y me sentía hasta bien al saber que la tomaba conmigo porque tenía la suficiente confianza para hacerlo,

aunque en otro contexto eso me habría parecido algo horrible, pero allí... allí no importaba. Tenía sentido y no dejaba de ser un modo de dejar salir todo eso que guardábamos y que ocultábamos bajo lo bueno. Y bajo el miedo. Sí, el jodido miedo, que escarbaba entre las grietas que teníamos y que iba afianzándose.

Después de esos momentos, llegaba la calma. La bendita calma que disfrutábamos como nunca; sosegada; suave; como si flotásemos en el mar y nada doliera.

Pero lo hacía, dolía, por mucho que jugáramos a ignorarlo.

La primera noche que no se despertó, me asusté.

Pulsé el botón de emergencias y me mantuve en aquel pasillo, sentada en el suelo, temblando y pensando en maneras de reprenderlo cuando despertara por el susto que me había dado, hasta que un médico salió y me dijo que había perdido la conciencia.

Así fue cómo empezó todo. O cómo terminó. A lo que me refiero es a que, hasta que vi cómo de verdad su cuerpo no respondía, el mío no se dio cuenta de que aquello no era un estado pasajero; que no era una gripe, ni una pulmonía o un accidente de tráfico del que salir; que aquello era una cuenta atrás que ya había comenzado.

—¿Cómo estás, amor? —le pregunté una tarde al llegar. No lo decía, pero le encantaba que lo llamase de ese modo.

—Bien —mintió—. ¿Tú? ¿Has comido?

—Yo tengo reservas suficientes. ¿Has comido tú?

Unai apartó la mirada y vi la bolsa de suero inyectada a su brazo. No lo había hecho. No podía. Su cuerpo dejaba de responder a ciertas funciones a una velocidad que me daba vértigo. Pasaba más horas dormido que despierto. A veces ni siquiera despertaba durante casi un día. A veces lo hacía y no parecía él, parecía otro, parecía un fantasma.

—Estoy cansado, Lola.

—Lo sé.

—No. Muy cansado.

Su voz era débil, como si saliera en silbidos que le dañaban la garganta al pasar por ella, como si con cada palabra se le escapara la vida.

Lo hacía.

Se me perdía y yo agarraba lo que podía de él y tiraba como mejor sabía.

—No hables. Sólo duerme. Yo estaré aquí cuando despiertes.

Le di un beso en la frente y me senté en la butaca que ya tenía hasta marcado el contorno de mi cuerpo.

—No. No quiero hacerlo. Quiero estar contigo.

Lo entendí rápido y un nudo enorme e irrompible se formó aquel día en mi pecho y nunca se soltó. Aún noto su latido dentro de mí, recordándome lo que viví.

Unai comenzaba a tener miedo de verdad; a sentir la cercanía de un final anunciado.

Intentó mantenerse despierto, mirándome, mientras yo le devolvía la mirada sentada en la butaca que había acercado a su cama y hablaba sin parar de cualquier cosa que se me pasaba por la cabeza para entretenerlo. Llevábamos dos días en los que era impensable que me tumbase a su lado. Los roces más simples le producían dolor y ni los analgésicos lo calmaban.

No tardó en quedarse dormido y, cuando lo hacía, yo me desinflaba y lloraba en silencio, intentando memorizar cada milímetro de su rostro apagado, pálido, convertido en otro en el que apenas reconocía resquicios de aquel chico que se había cruzado en mi vida meses atrás. Pasaba los dedos por sus párpados, por sus cejas, por el comienzo de su escaso y quebradizo pelo, por sus pómulos huesudos, por sus labios secos, y me estremecía, intentando esforzarme de verdad por guardarlo todo en mi cabeza y nunca perderlo.

Apenas pasaba por casa. Sólo algunos días mis amigos me obligaban a salir de allí, aunque fuera con la excusa de que su familia también tenía derecho a pasar tiempo con él a solas. Yo obedecía, pero en mi interior mi parte egoísta odiaba un poco a Ander, a Asier y a cualquier persona que me restara tiempo a su lado. Incluso ver a Marco me producía rechazo, porque eso significaba que no lo tenía para mí sola. Me convertí en alguien horrible, soy consciente, pero el amor mezclado con el miedo y la desesperanza funciona un poco así. Nos convertimos en monstruos presos de nuestros propios sentimientos.

Y los días pasaron, entre despedidas disfrazadas que fingíamos que eran nuevas declaraciones de amor que nos regalábamos, y silencios prolongados en los que yo rezaba a un Dios en el que no creía para que lo mantuviese a mi lado todo el tiempo que fuese posible.

—¿Sigues aquí?

Unai abrió los ojos, parpadeó un par de veces hasta conseguir enfocar la vista y agarró mi mano, acariciando la muñeca en un movimiento leve, casi inexistente, pero que yo percibía con la fuerza del mayor de los roces.

—¿Pensabas que te ibas a librar tan fácilmente de mí? Soy una

abnegada esposa.

Se rio. El sonido se transformó en una tos ronca enseguida. Le ofrecí agua, que aceptó, y después le coloqué una segunda almohada debajo de la nuca.

—¿Cuánto he dormido? Estás guapa.

Sonreí mirando el vestido que había elegido concienzudamente aquel día, aunque lo cierto es que sus ojos eran dos rendijas apenas abiertas. Me gustaba arreglarme para ir allí, como si fuera parte de una cita, dándole a cada gesto un valor que en la calle pasaría desapercibido, pero que allí crecía de forma exponencial hasta convertirse en grande y hermoso.

—Cinco horas. Gracias. Tú, no mucho. El blanco no te favorece.

Me escudaba en el humor para simular que no estaba destrozada, y parecía funcionar. Al menos Unai se reía y se calmaba ante mis tonterías, como si fueran señales de que todo seguía igual.

Sin embargo, aquella noche fue diferente. Sus ojos estaban brillantes y sus mejillas daban la impresión de haber recuperado algo de color. Como había dormido toda la tarde y parecía algo más fuerte, me confié y acepté cuando me pidió que me tumbase a su lado.

—Duerme hoy conmigo.

—Sabes que no puedo. Me lo han prohibido.

—Por favor, Lola. Sólo esta noche. Me encuentro bien. De verdad.

—Vale, pero como se entere Mayca, diré que me has engatusado con tus malas artes —bromeé, refiriéndome a una de las enfermeras con la que tenía una verdadera relación de amor-odio.

—Trato hecho.

Me tumbé en el pequeño hueco y hundí la cara en su cuello. Unai olía a hospital, pero su aroma aún estaba ahí, en su piel, en cada respiración.

Lo abracé despacio y suspiró satisfecho.

—Hoy he tenido un sueño.

—¿Vas a contármelo? ¿O es demasiado sucio?

Sentí su sonrisa pegada a mi pelo y comenzó a susurrar cerca de mi oído.

—Estábamos en una casa que aún no conozco. Tenía el tejado rojo y la vegetación crecía salvaje por su fachada. Al lado de la puerta, colgaban chaquetas de lana de una de sus paredes y había una foto de nuestra boda. Olía a vino y a bizcocho haciéndose al horno. Tú llevabas un vestido rosa muy corto y bailabas sin zapatos.

—¿Qué canción sonaba?

—Eso no lo sé.

—Invéntatelo. Considéralo una licencia literaria.

Meditó unos segundos y después continuó con el relato. Su pecho subía y bajaba lento bajo mis manos. Me encantaba eso, sentirlo respirar y percibir el ritmo de su corazón bajo mi tacto.

—*Skinny Love*, de Birdy. Siempre me he imaginado bailando contigo esa canción. Tú te acercabas a mí dando vueltas, descalza, hasta caer entre mis brazos. Después me besabas y acabábamos tumbados en el suelo.

Tragué saliva y agarré la tela de su fino pijama con mi puño.

—Sigue.

—Eso decías, «sigue», mientras te quitaba la ropa. Ese vestido era demasiado fácil de arrancar. Me hundía en ti, Lola. Una y otra vez, y podía hacerlo, y tú cerrabas los ojos y te sujetabas a mi pelo, a mis hombros, me arañabas la espalda y gemías con tus labios rojos.

Sentía la excitación despertar mi piel, cada una de mis terminaciones nerviosas estaba alerta y me cosquilleaba las manos de no poder tocarlo a mi antojo. Pero había algo más fuerte que todo aquello, y era el sentimiento que salía de dentro de él y que llegaba hasta mí.

Supongo que tenemos un concepto muy claro de lo que significa «hacer el amor», sin embargo, yo aquella noche descubrí uno nuevo según Unai me relataba su sueño; una forma en la que él era capaz de traspasarlo todo, la piel, los huesos, todo, y acariciarme por dentro.

—Suena muy bien.

—Estallábamos juntos, Lola. Podía hacerlo, no como ahora —aquel tema lo atormentaba, el no poder darme algo que en realidad para mí había dejado de importar—, y te observaba respirar con fuerza contra mi rostro, con el pelo alborotado y esa cara de satisfacción que siempre se te pone al terminar. Eres tan bonita...

Acarició mi sien y deslizó los dedos hasta mi mandíbula. Yo me estremecí.

—¿Qué pasaba después?

—Nos vestíamos y salíamos. Estábamos al borde de un acantilado y bajo él estaba el mar, inmenso y alborotado, al que podía llegarse por una ladera. Al principio había pensado que era de noche, pero no, estaba amaneciendo y pequeños copos de nieve comenzaron a caer a nuestro alrededor. Tú te echabas a reír y me retabas a meternos en el agua. No sé qué hacíamos allí en invierno y tú con las piernas desnudas bajo el vestido, como si no existiera el

frío.

—Es lo bonito de los sueños, que se puede conseguir hasta lo imposible.

Suspiramos ambos con pesar ante mi reflexión; pero era cierto, nosotros no dejábamos de escudarnos en ello.

—Como siempre, yo te decía que no era el momento, que el agua estaría helada. Estaba nevando, ¡por el amor de Dios!

—Pero lo hiciste. Por mí.

—Sí. Te agarré por las piernas y te subí a mi hombro. Tú te amarraste con fuerza a mi cuello sin dejar de reír, y entré en el agua.

—¿Estaba fría?

—Lo cierto es que no. Estaba templada, como tú. Luego me desperté.

—No. —Alcé la mirada hasta toparme con la suya y le supliqué —: No te despiertes. Sigue soñando, Unai.

Asintió, cerró los ojos y sonrió, antes de seguir relatándome una historia, una en la que éramos los únicos protagonistas. Una historia en la que no había frío bajo la nieve que caía sobre el mar, en la que me hacía cosquillas bajo el agua y después desayunamos besos tumbados en la orilla. Una historia de dos personas que jugaron al escondite en una playa que no existía, que rieron, que se prometieron decirse «te quiero» todos los días. Una historia de dos personas que se quedaron dormidas aquella noche en esa cama de hospital, casi ya al amanecer, mientras soñaban despiertas y felices.

Una historia de dos personas para las que todo su mundo, al día siguiente, se desvanecería junto a los copos de nieve que nunca los tocarían.

Lola y el adiós

Era una mañana de verano. Podría haber sido por la tarde, o por la noche, y lo mismo me habría dado, pero el destino quiso que fuese por la mañana, que era cuando yo me despedía de Unai, me iba a casa durante unas horas y le concedía tiempo para estar con los suyos.

Ya había dejado de vivir nada que supusiera alejarme de él desde hacía semanas, así que sólo pasaba por casa para asearme, mientras Tristán vigilaba mi teléfono. Fue la única condición que puse para obedecerlos y dedicarme unas horas a mí misma.

Al despertar, todo había ido como siempre. Él parecía un tanto ausente, pero no le di demasiada importancia; al fin y al cabo, lo afectaba mucho el cambio de horarios de sueño y aquella noche nos habíamos saltado un poco las reglas durmiendo juntos.

Me despedí de él como todos los días, haciéndome la remolona y dejándole besos en cualquier sitio que me permitiese, hasta que se reía y me echaba él mismo.

—Lárgate. Vas a desgastarme y ya soy todo huesos.

—Vale. Te quiero.

—Yo también te quiero, Lola.

Le di un último beso y me marché sin mirar atrás, porque me costaba horrores.

Sin embargo, aquel día hizo algo que se salía de la rutina. Me llamó antes de cerrar la puerta y asomé la cabeza de nuevo.

—¿Sí? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Me sonrió, una de esas sonrisas enteras de las que pocas veces podía disfrutar, porque cada vez le costaban más, y me lanzó lo que parecía una pelota que cayó delante de mis pies. Tuvo que hacer un gran esfuerzo. Yo me eché a reír al cogerla.

Era mi nariz roja.

—Gracias por esta noche.

—Gracias por haber soñado conmigo —dije, refiriéndome a esa preciosa historia que se había inventado para mí.

—Siempre.

Le lancé un beso y me marché, sin saber que sería el último.

Di los mismos pasos que daba a diario. Saludé a Tristán y a *Dexter*, que dormían juntos en su cama y que se desperezaban para

comenzar una nueva jornada de trabajo y paseo. Malcomí el desayuno que Elena me dejaba preparado en la cocina con una nota; todas las mañanas me escribía palabras diferentes, pero siempre bonitas y dulces, que me confirmaban que estaba para lo que fuera que necesitase.

Aquélla decía:

> No he conocido a nadie tan fuerte como tú.
> Te quiero.

Después de un trozo de bizcocho y un café, preparé ropa limpia y me encerré en el baño. Mientras me duchaba siempre hacía lo mismo, rememoraba lo acontecido durante esa tarde y noche que pasaba con él, me relajaba al sentir que tenía nuevos recuerdos que atesorar y salía de allí calmada. Casi preparada para empezar de nuevo.

Todo parecía igual que los días anteriores, en apariencia, pero no lo era.

La visible mejoría..., la noche en vela..., el dormir juntos..., la nariz...

Todo igual, pero a la vez tan diferente que no sé cómo no lo intuí, cómo no percibí las señales de la despedida. Cómo no me di cuenta de que él ya lo sabía. Cómo no fui consciente del adiós implícito en cada detalle.

Dicen que algunos enfermos terminales pasan por un estado de mejoría justo antes de irse para siempre y que no tiene explicación científica. También que algunos de ellos poseen un sexto sentido, un presentimiento que les indica que ya ha llegado la hora, que es el momento de despedirse de sus seres queridos, de decir todo aquello que guardan para el final.

Unai me lo regaló; me dio una noche preciosa en la que nos reímos, nos besamos, viajamos a una playa en invierno e hicimos el amor en aquella casa de tejado rojizo. Una noche en la que vimos amanecer bajo la nieve blanca y fuimos mecidos por las olas del mar en un lugar donde no existía el frío. Me dio una noche preciosa que rememorar y un adiós en forma de espuma roja.

Al recordar ese pequeño detalle, en apariencia insignificante, mi cuerpo se convulsionó. Percibí que el aire no me llegaba a los pulmones y que el corazón se me saltaba un latido. Dos. Tres.

Me mareé y las piernas me fallaron.

Cerré el agua y salí de allí a trompicones. El cuerpo apenas me respondía.

No sé cómo ocurrió, pero de repente todo cuadró en mi cabeza,

un cúmulo de sensaciones que eclosionaron y me dijeron que ya era tarde, que ya había ocurrido, que él lo sabía y no se iba a equivocar.

Cuando salí, con el albornoz a medio poner, corrí a mi dormitorio y busqué con manos torpes la pequeña nariz de payaso dentro de mi bolso. Metí los dedos dentro de la abertura y recé para no hacerlo, para que estuviese vacía y todo fuera una imaginación mía, pero lo encontré.

Cerré los ojos antes de abrir el pequeño papel con dedos temblorosos y sentir que mi mundo se caía en pedazos delante de mí sin poder hacer nada por impedirlo.

Ojalá...

Una sola palabra que lo significaba todo; todo eso que deseamos y que no tuvimos; todo lo que Unai me habría dado si hubiese podido; todo lo que se nos escapaba de entre los dedos y que se desvanecía convirtiéndose en polvo.

Me levanté como pude y salí de mi cuarto. Sentía una presión en mi pecho desconocida hasta el momento, como si mi corazón estuviera lleno de aire y a punto de explotar en mil trozos de cristal que nunca volverían a juntarse.

Entré en el salón y lo vi sentado en el sofá, esperándome, con los ojos turbios.

Y lo supe.

Mis peores temores se confirmaron sólo con una mirada de mi mejor amigo.

No necesité que me dijera nada, ni ver el teléfono roto contra la pared que él había lanzado al terminar la llamada, porque lo sentí, fuerte y desolador, dentro del pecho, en mis venas, en cada bocanada de aire que cogía para poder seguir respirando; sentí que el corazón crecía y crecía en mi interior hasta ocuparlo todo y después... después explotaba hasta dejarme vacía.

Un chico. Una chica.

No... Ya no.

Sólo una chica. Y un corazón roto.

Caí de rodillas.

—Lo siento, Lola.

Su voz resquebrajada.

Mi visión borrosa.

Mi vida entera condensada en un instante brutalmente devastador.

Sus brazos me acogieron, me acunaron, me sujetaron.

Tristán me sostuvo durante minutos. Me susurró palabras de consuelo que yo no podía oír, porque lo único que podía pensar era que él se había ido sin estar yo a su lado.

Que todo se había acabado.

Que mi corazón estaba roto en tantos trozos que nunca más volvería a ser mío, porque era suyo.

De Unai.

Se lo había llevado consigo.

Segunda parte
Marco

Prólogo

Lola se levanta y se aleja tras pronunciar ese adiós. Supongo que necesita aire que no esté viciado por el pasado.

Está llorando. Yo también lo hago. Aun así, sus ojos no sólo brillan por eso, sino también por los recuerdos buenos, que han vuelto y la han hecho revivir sensaciones olvidadas. Supongo que a los tres. Es inevitable.

No conocía su versión, pero sí la de la otra parte; la de Unai. La viví tan de cerca que casi la siento un poco propia, como si hubiera sido una especie de primer amor para mí. Al menos, es el primer amor que recuerdo.

Sólo tenía quince años por entonces, así que había detalles, frases, instantes que, en aquel momento, no comprendí. Pero ahora, con veinte, todo cobra otro sentido. Todo. Hasta lo que he visto hace un rato dentro de esta sala en la que hoy se condensa un mundo entero.

Miro a Tristán, pero no creo que aún esté preparado para enfrentarse a esto, así que decido colocar el equipo para empezar con mi parte, que irá intercalada con las palabras que un día Unai le regaló a Lola en forma de despedida.

De reojo, no puedo evitar observarlos.

Se encuentra cada uno en una esquina. Se miran, pero no hablan.

No importa, no paran de gritarse cosas en forma de silencios cargados.

Pulso el botón de la cámara y viajo cuatro años atrás, a un escenario que preferiría no tener que recordar por todo lo que tuve que soportar allí dentro con la compañía de mis propios fantasmas, pero que me regaló a mi mejor amigo.

A mi hermano.

Y cojo aire para empezar, mientras me digo que el dolor asociado a esos recuerdos merece la pena, porque esto sólo es por él.

Y también porque se lo prometí. Le prometí que algún día contaría su historia.

Unai y las ganas

—¿Estás grabando?

—Aún no. No seas pesado, tío.

Había llegado el día. Llevábamos una semana preparando aquello y al fin estábamos allí; yo, detrás de la cámara de vídeo que él me había regalado por Navidad; Unai, frente a mí, sin parar de hacer eso que hacía siempre cuando estaba nervioso, golpear con los dedos la mesa.

Una parte de mí se emocionaba por estar haciendo eso tan importante para él, pero otra... otra se acordaba de lo que significaba estar allí y se enfurecía, quería llorar y darle puñetazos por todo lo que sabíamos que pasaría y no podíamos evitar.

Nadie tenía la culpa, pero cuando tienes quince años y lo que te une a tu hermano de vida es una enfermedad como el cáncer, no puedes evitar buscar culpables. O culpar a quien menos lo merece.

—Acuérdate de amortiguar el sonido de...

—¿Quién es el cámara? —lo corté molesto.

—Perdona. —Me sonrió—. A veces se me olvida que vas a ser el próximo Tarantino.

Hice una mueca, pero en realidad me costaba controlar la sonrisa, porque Unai nunca lo decía de broma, él creía de verdad en mí. Y nadie lo había hecho hasta que había llegado a aquel hospital y nuestros caminos se habían cruzado. Había necesitado años vagando un poco a la deriva hasta encontrarme con alguien que de verdad encajaba en mi mundo, o que, más bien, me había ofrecido uno.

Siempre creyó en mí. Incluso cuando yo pensaba que no me quedaba nada en lo que hacerlo.

Sin embargo, tenía que disimular mis sentimientos, porque era un adolescente y mi principal misión era la de gruñir y quejarme por todo cuanto podía.

—Vale. Ya está. Cuando quieras.

Carraspeó, se pasó las manos por la cara y el pelo, haciendo que éste se le despeinara un poco, y después suspiró profundamente y me dio la señal.

No sé qué esperaba ver. No sé qué esperaba que iba a salir de allí, aquella tarde de primavera, encerrados en la habitación que se

convirtió en su último hogar en la planta de oncología de un hospital que también fue un poco mi casa. Ni siquiera, en aquel momento, pensé por un segundo que aquello iba a ser tan especial. Que iba a ser el único testigo de un relato que en el futuro siempre llevaría conmigo. Que algún día contaría su historia porque era la más bonita que había oído nunca. Y porque él no sólo lo merecía, sino que me había hecho prometérselo antes de marcharse.

Jamás me imaginé que aquello marcaría un antes y un después no sólo en mi vida, sino en la de otras dos personas.

Y, por encima de todo, nunca imaginé que, aquella tarde, conocería el verdadero significado del amor.

Pulsé el botón, la luz roja se encendió y Unai comenzó a hablarle a un objetivo, mientras él se imaginaba la cara de Lola, la chica guapa de la nariz roja.

* * *

Lo supe en cuanto te vi.

Te sentí.

No te había oído hablar y supe que me gustaría tu voz. No te había tocado más que en ese choque torpe y ya sabía que, si te acariciaba, no podría soltarte. Que besarte..., bueno, que querría besarte, si surgía la posibilidad.

Tienes algo, Lola. Algo grande e inmenso. Algo que vi nada más cruzarte en mi camino. Tú me lo dijiste tantas veces... cuando te rehuía, ¿te acuerdas? Qué tonto fui. Aunque no sé muy bien a qué me refiero, si a tardar tanto en dejar que te acercaras o a permitírtelo.

* * *

15 de enero. Ése fue el día. Lo tengo grabado a fuego.

Ojalá pudiera decirte que tú eres la razón de que esa fecha se convirtiese en especial, pero tengo que confesarte que no lo fuiste. Al menos, no la única. No la que lo condicionó todo. O sí. No lo sé. Supongo que depende de cómo quiera ver el vaso, si medio lleno o medio vacío. Si vaciándose por una enfermedad que regresaba a mi vida o llenándose de ti.

Había estado en el despacho de mi médico, el doctor Estévez. Y, bueno, puedes imaginártelo. El cáncer volvía. Estaba ahí. Por dentro. Como siempre. Había sido capaz de permitirme hacerme ilusiones, el muy cabrón, para después volver con más fuerza.

Es algo raro, ¿sabes? Te dicen que tienes cáncer y se supone que debes tener miedo, pero yo no lo tuve. No era la primera vez que me ocurría aquello, que me veía en esa sala con el mismo rostro dándome la noticia, y no sentí nada.

Pensé en mi hermano Ander, teniendo que hacerse cargo él solo del negocio que tanto nos había costado levantar. Y en Marco, que se vería solo de nuevo ante una vida que había sido demasiado complicada para un crío de quince años. Y en qué iba a hacer con *Dexter*, porque a él sí que no podía dejarlo solo, pero no pensé en nada más.

Me resigné muy rápido y no sentí miedo, hasta que te conocí...

* * *

Cierro los ojos y lo hago. Pienso en ti, Lola.

Cuatro letras. Una nariz roja. Una lengua afilada. Una sonrisa eterna. Un torrente de energía y fuerza, esas que a mí se me agotaban. Vida. Ganas.

Todo eso me transmites. Casi desde el comienzo. Incluso cuando me parecías demasiado descarada y directa. Y tengo que decirte que nunca me habían gustado las mujeres así, yo siempre he sido más de discreción y buenos modales, pero contigo... contigo todo fue diferente e inesperado desde el principio. Hasta yo mismo.

Ganas, Lola. Eso me provocabas. Cuando yo no debería tenerlas, porque el tiempo se me acababa. Eso provocas en quien tiene la suerte de conocerte.

* * *

Me enamoré de ti casi al instante. Cuando ya no creía en poder vivirlo, apareciste. Quizá para decirme que la vida sí que era puta, que me regalaba lo más bonito cuando estaba a punto de perderlo. No lo sé. Pero caí. Fue inevitable. Tú tampoco me lo pusiste fácil. Estabas ahí, ofreciéndome cosas que nunca había probado, y nada menos que de tus labios.

Así que..., sí, me enamoré. De tu forma de mirar, de dejarte llevar, de tus instintos, de tus travesuras, de tu capacidad para soñar despierta y de tu modo de sentirlo todo como si fuera la primera vez.

O la última.

Eres intensa, valiente, visceral.

Me volvías loco. Y lo hiciste. Sigues haciéndolo cada día que

pasa un poco más. Tanto como para arrastrarte conmigo.

Derribaste mis defensas. Mis promesas. Hiciste que me arrepintiese de tantas cosas... De tantas decisiones...

* * *

Vuelvo al principio.

Esto va a ser un relato un poco loco, pero lo estoy haciendo, Lola. Me estoy dejando llevar. Además, te lo mereces. Te mereces que alguien te cuente nuestra historia, quizá para que, algún día, si por un casual te llega a parecer un mal sueño o un recuerdo difuso, puedas echar mano de esta cinta y decirte a ti misma que sí, que lo vivimos. Juntos. Aunque a veces pareciese que yo te rehuía o no estaba a tu lado al cien por cien. Que fue real.

Ésta es nuestra historia, Lola.

La mía. La tuya. La nuestra.

Y es para ti.

Unai y la noticia

Tuve cáncer por primera vez a los cuatro años. Un pequeño tumor en el riñón que tuvieron que extirparme. Se llama tumor de Wilms. Manda narices que un tumor tenga nombre propio, ¿verdad? Es como si le dieran más poder del que ya posee. Como si le insuflaran vida.

Siempre había sido un niño sano, Lola, hasta que no lo fui.

No tengo muchos recuerdos de aquella época, al menos no malos de esos que te marcan y que te hacen ver las injusticias de la vida a una edad tan temprana.

Recuerdo la sala común del hospital, muy parecida a la de Marco, las tardes dibujando con mi compañero de habitación, el llanto silencioso de mi madre cuando creía que yo dormía y las chucherías que mi hermano Ander me traía escondidas en los bolsillos de su abrigo cuando iba a visitarme.

Recuerdo un póster de Islandia en el cabecero de mi cama.

No mucho más.

¿Recuerdas la cicatriz de mi costado? ¿Esa marca pequeña y blanca que te dije que era de una vieja herida y que tú decías que brillaba cuando me veías desnudo? Pues fue mi primera herida de guerra, no te mentí.

A los quince, volví a llevarme un susto. Esa vez fue más grave. Fue jodido, no voy a mentirte. Me pasé dos años saliendo y entrando del hospital, y a esa edad... no fue divertido. Yo no lo fui. Si no te importa, prefiero no rememorar aquella experiencia.

Ojalá hubiera tenido a Marco a mi lado, con la misma edad, para enseñarme a ser fuerte, porque no lo fui.

Cuando salí, lo hice con diez kilos menos, con un par de amigos para toda la vida y uno en el cielo, y con otra nueva cicatriz. Una que llevaba más dentro.

Vinieron años buenos. Años en los que por fin viví, Lola. En los que me sentí normal, fuerte, capaz de todo. Años en los que ojalá te hubiera encontrado, porque habrían sido preciosos. Pero no apareciste; aún tardarías bastante en hacerlo. Aparecieron otras, con otros rostros, otros cuerpos, otros nombres, pero no eras tú. Y había algo que no lograba encontrar en ellas.

Hasta aquel día. 15 de enero, ya te lo dije.

Llevaba unos días inquieto, más cansado de lo habitual, con dolor de espalda y el cuerpo alerta. Es una de las cosas que aprendes cuando superas un cáncer; tu cuerpo reacciona ante el más mínimo cambio, ante la más mínima sensación que no reconoce como propia. Y yo era lo suficientemente experto como para saber que mi compañero de viaje había regresado.

Pasé por unas cuantas pruebas y esa misma mañana recibí una llamada.

—Unai, tienes que venir. Hoy mismo.

Lo supe antes de que me lo confirmara. ¿Quieres saber el nombre? No es más que un nombre, más que palabras, pero te lo diré, aunque te prohíbo que lo busques en Google, a pesar de que sé que lo vas a hacer; que a estas alturas ya lo habrás hecho y que te lo sabrás de memoria.

Ay, Lola, siempre tan curiosa...

Metástasis en los huesos, con origen en la columna. Inoperable. Esperanza de vida de seis meses. Quizá un año, bajo tratamiento.

Ése era el resumen, la definición médica de mi vida. Y no pintaba bien.

No debería reírme ni bromear con esto, lo sé, pero en ese momento me vi como un yogur al que le acaban de poner la fecha de caducidad en la tapa y ya no puede hacer nada para cambiarla.

Estuve en ese despacho más de dos horas. Lo intentaron; intentaron convencerme de empezar el tratamiento con radioterapia al día siguiente, pero dije que no. Que elegía vivir a mi modo el tiempo que me quedara. Tranquilo. En mi casa y no encerrado y lleno de mierda en una habitación de hospital.

Otra vez.

No podría soportarlo. No podía imaginarme peor forma de morir que ésa.

Si iba a irme, lo haría viviendo y a mi manera, no postrado en una cama.

Salí de allí y, en vez de marcharme a casa a digerir la noticia, me dirigí a la planta infantil, como si no hubiese ocurrido nada. Como si fuese otra tarde cualquiera en la que había ido de visita.

Fui a ver a Marco.

Y, entonces, te vi. Lo hice a través del cristal de la doble puerta, antes de abrir.

Me resultaste familiar, aunque no supe por qué hasta más adelante, cuando recordé a aquella chica un tanto rara del autobús al fijarme bien en tu maletín de disfraces.

Nunca lo hemos comentado; creo que tengo miedo de que tú no

lo recuerdes y pierda un poco el encanto que rodea esta historia.

Ibas mirando el teléfono móvil y sonreías. Caminabas muy rápido. Tanto que acabaste, sin poder remediarlo, pegada a mi pecho. Supongo que podría haber hecho algo para evitarlo, como apartarme, por ejemplo, pero fui incapaz. Me quedé quieto, como si algo me hubiera pegado los pies al suelo, casi esperándote. Supongo que, en el fondo, llevaba años haciéndolo.

—Oh, lo siento.

—Perdona, ¿estás bien?

Entonces alzaste la cabeza y me encontré con tus dos ojos negros, enormes, que me observaban casi sin pestañear, sorprendidos.

Eras preciosa..., eres preciosa. Y no era sólo eso, me transmitiste algo, ya te lo he dicho, algo que nunca había visto. Me habría quedado toda la tarde mirándote, allí, los dos clavados, pero me descolocó pensar eso en el preciso momento en el que acababa de aceptar un final.

Te saqué de tu estupor y me marché.

Un final...

Un comienzo...

Jodido 15 de enero, no debería haberme levantado de la cama.

Pasé unos días raro. *Dexter* me lo notaba, los animales son demasiado intuitivos, pero sólo necesitaba tiempo para asumirlo, para aceptar aquello para lo que la vida lleva años preparándome. Puede parecerte una manera de reaccionar frívola, pero es que tengo ya mucho camino recorrido en ese aspecto, Lola, y ésta sólo es una etapa más. La última antes de llegar a la meta. Algunos llevamos la enfermedad pegada en la piel.

Lo vi así. Lo acepté.

Como si lo que había vivido con anterioridad hubiese sido un entrenamiento para lo que estaba por llegar.

Con lo que no contaba era con que la vida aún se guardaba un as debajo de la manga con el que sorprenderme al final de la partida: tú.

Volví a verte cuando y donde menos esperaba.

Había pasado el día con mi hermano, con el de verdad, y no había sido capaz de contarle nada. Le había dicho que quería unos meses para mí, una especie de respiro para hacer ese curso de submarinismo que nunca había llegado a hacer, y me creyó. Yo no le veía sentido a pasar mis últimos meses trabajando y, además, había sacado un billete de avión para dentro de un año desde casa sin pensar demasiado ni en el precio ni en nada que no fuera

mantener la esperanza viva de poder usarlo cuando el día llegase. Como si haber hecho esa compra, incluso con la posibilidad de que yo ya no estuviera aquí, hiciera que mi vida siguiera pareciendo normal, que continuase teniendo objetivos y planes a largo plazo que cumplir.

Ahora sé que no voy a usarlo, pero quizá alguien pueda llegar a hacerlo por mí. Tiempo al tiempo.

Como te decía, decidí ir a ver a Marco.

En aquel momento no encontraba mejor compañía que él, porque, en el fondo y por mucho que me doliera, era la única persona que podía comprenderme, aunque no se lo hubiera contado tampoco, porque no podía hacerle eso. No podía robarle parte de sus esperanzas confesándole las mías.

Había sido su hermano mayor durante demasiado tiempo como para fallarle ahora, aunque no dependiese de mí.

Perdíamos la guerra.

* * *

Pulsé el botón cabreado. Él lo percibió.

—¿Qué pasa, colega?

—Eres un gilipollas. Deberías habérmelo contado aquel día.

—Lo sé. Lo siento.

Asentí y volví a colocar el dedo sobre el botón, pero, antes de pulsarlo, se lo dije, porque me negaba a creer lo contrario.

—Y no has perdido, Unai. Nunca dejaremos que gane. Si morimos, será peleando.

Era nuestro lema. Cuando vives en un lugar en el que cada día alguien se derrumba, aprendes a sobrellevarlo, a animar al que se encuentra a tu lado, a luchar por él si es necesario. Es una de las primeras cosas que te enseñan en el hospital.

Eso éramos.

La luz roja volvió a lucir y Unai continuó hablando. Lo hizo con una sonrisa, porque allí aparecía ella de nuevo.

* * *

Y, entonces, abrí la puerta de la sala y te vi.

Al principio no supe que eras tú. Tengo que decirte que ese disfraz disimula lo guapa que eres bastante bien, pero cuando lo descubrí la sorpresa llegó rápida e inesperada.

Te sonreí. Me devolviste la sonrisa. Y quise conocerte. En el

acto.

Lo borraste todo, Lola. Me hiciste olvidar por unos minutos quién era y lo que cargaba, y me convertí en un chico que deseaba coquetear con una chica. Sólo eso.

Me acerqué. Hablamos. Te invité a un café. Vimos a tu amigo relatar el peor cuento contado de la historia entre risas y miradas furtivas.

Y después... después la función terminó, Marco me preguntó con expresión de preocupación que si estaba bien, dijo que me veía cansado, y todo regresó.

Abrí los ojos a mi realidad y me despedí de ti y de todos esos «¿y si...?» que no tenían razón de ser y en los que tú tanto crees.

Me despedí de todo lo que sabía que no podía existir, porque yo no estaba destinado a ello.

Sin embargo, no me lo permitiste. Y te odio un poco por ello, Lola. Por insistir. Por tener tanto descaro. Tanto encanto. Tanta magia.

Insististe y yo... yo llegué a creer que quizá... que quizá era posible, vivirlo. Aunque fuese sólo por una vez.

* * *

—Corta.

Unai susurró esa única palabra, pero lo hizo con tanta firmeza que no dudé.

Parecía cansado. Más de lo habitual. Le faltaba el aire.

Comenzaba a notársele. Al principio siempre es algo tenue, casi invisible. Excepto para los que vivimos cada día al lado de la enfermedad, bajo su sombra, que lo palpamos en cada gesto, en cada movimiento que se ralentiza, en cada temblor, escalofrío, sensación que no debería estar ahí.

Era muy joven como para saber eso, pero lo sabía, formaba tan parte de mí como de él, y nunca nos desprenderíamos de ello, aunque lo superáramos. Aunque yo lo hiciese y Unai no. Siempre seríamos pacientes con cáncer, como los exfumadores o los exalcohólicos. Y no pasa nada, te hace recordar cada día lo que fuiste, lo que superaste y lo que vale la vida como para disfrutarla como merece.

Se levantó y se asomó a la ventana. Caminaba despacio. Hacía calor; la habíamos cerrado para evitar que los ruidos del exterior interfirieran en la grabación, y eso había provocado que la temperatura de la habitación aumentase.

Unai la abrió y el sonido de unos pájaros rompió el silencio.

Sé que se moría por un cigarro, pero lo tenía totalmente prohibido. Y no por los médicos, a esas alturas ya poco importaba lo que se acercara al precipicio porque estaba destinado a caer antes o después, sino que Lola sería capaz de caparlo si lo pillaba fumando.

Cogí agua y le ofrecí un vaso.

—Gracias.

—Podemos dejarlo para mañana.

—No. Quiero hacerlo hoy. Estoy cansado.

—Por eso.

Pero ambos sabíamos lo que significaban sus palabras. Que quizá mañana no podría hacerlo; o podría, pero no quería dejar ese recuerdo grabado para ella. Quería parecer un chico normal en aquel vídeo despidiéndose de una persona importante para él, no un chico enfermo. Era una de las razones por las que incluso se deshacía del pijama y se ponía una camiseta y unos vaqueros, pese a las reticencias de las enfermeras. Supongo que ya se las había ganado a todas, siempre tenía ese efecto cuando lo conocías, mucho más cuando les había confesado en qué consistían aquellas visitas y el halo romántico que lo envolvía todo.

—¿Crees que alguna vez encontraré a una chica como Lola?

No sé por qué lo pregunté. Me salió solo. Me arrepentí en el acto, aunque después vi su sonrisa socarrona y pensé que no había sido tan mala idea. Llevaba mucho tiempo queriendo hablarle de chicas, de mis dudas, de mis miedos, y aquél era un buen momento. Tampoco nos quedarían muchos.

Sólo de pensarlo se me helaba la sangre.

—Como ella, no. Sólo hay una. Pero encontrarás a otra que será única.

Suspiré. Me sentía un idiota. Tenía quince años y aún no había tenido ni una simple cita con una chica. Supongo que llevar dos años encerrado en un hospital no me lo ponía fácil, pero la necesidad ahí estaba. Soñaba con ello cada diez minutos; era un tanto obsesivo.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si nunca salgo de aquí?

Unai se acercó a mí y me pasó el brazo por el hombro. Siempre me tensaba cuando me tocaban, pero con él no, con él era diferente. Era mi familia. La única que tenía. E iba a perderla. No era justo.

Tragué saliva.

—Voy a decirte una cosa que no debería decirte, porque se supone que estoy aquí para enseñarte buenos valores y todas esas

cosas que defiende este programa, pero voy a hacerlo. Vas a salir de aquí, Marco. Y vas a besar a un montón de chicas, porque esos hoyuelos no son normales. —Me reí y él metió el dedo en uno de ellos—. Y vas a conducir un coche a toda velocidad con las ventanillas bajadas, vas a emborracharte, a hacerte algún tatuaje del que luego te arrepentirás y a acabar desnudo bañándote en alguna playa. Y vas a follar con alguna desconocida en algún rincón oscuro.

—¿Con una? —le pregunté; creo que fue la mejor conversación de toda mi vida.

—Qué digo con una, ¡con muchas! También harás el amor, y descubrirás la diferencia, y también sufrirás, pero vivirás. ¿Me has entendido, Marco? Vas a vivir. Por los dos.

Colocó su frente sobre la mía y nos quedamos así pegados, con sus manos agarrándome por las mejillas y sintiendo toda esa vida que aún irradiaba. Me di cuenta de que deseaba hacer todas esas cosas, pero que, por encima de todo, deseaba una con todas mis fuerzas. Deseaba parecerme a él. Con sólo un poco, me bastaba.

Asentí, pero no dije nada, hasta que su mirada me hizo hablar, porque se lo debía. A él, sí. E iba a hacerlo. Por los dos.

—Te lo prometo.

—Bien. Y ahora prepara la cámara. Tengo que explicarle a esa cosa bonita por qué estoy haciendo esto.

Aquella vez se sentó bajo la ventana, en la butaca de piel en la que a veces dormían los familiares que nos visitaban y hacían noche allí. En mi caso, sólo él. Y no me sentía mal por ello; había tenido una infancia decente en un centro de acogida y gracias a aquello había ganado un hermano. No de sangre, pero de vida, de los que de verdad importan. En el suyo, a esas alturas, la butaca ya tenía la forma del cuerpo de Lola.

El viento despeinaba su pelo. Me fijé en que tenía mejor color que antes y la esperanza renació con fuerza. Era muy puta cuando quería, se agarraba a ti cuando no debía, porque después la caída era mucho más dura. Y levantarse... levantarse era jodidamente complicado.

Le di al botón y escuché...

* * *

La nariz roja, Lola. Aquel juego.

Marco está aquí y él creía que era una chorrada, pero, mira, Marco, conseguí a la chica.

El caso..., me arrepentí. Creo que el arrepentimiento guio nuestra historia desde el principio. No es un sentimiento bonito, pero lo hizo.

Me subiste a una cuerda floja entre dos montañas. En un lado estaba mi enfermedad, el saber que no debía crear nada, porque mi propia nada lo engulliría todo. Y en el otro... en el otro estabas tú, Lola. Vestida de payaso. Lanzándome indirectas. Deseando que te invitara a salir y que te besara. Reconócelo, fue así. Y no importa. Yo también me moría de ganas.

Las ganas de nuevo, Lola. Siempre las ganas...

Pues bien, me arrepentí de decirte que no y actué. Compré una nariz roja y te escribí esa nota sin pensar, dejándome llevar por esa parte de mí que aún estaba muy viva; demasiado. Después llegaba a mi casa y ya estaba ahí, el arrepentimiento tiñéndolo todo de gris.

No debería haberlo hecho.

No obstante, tú contestaste y aceptaste. Eras así. Ya me lo dijiste muy al principio... «Si me gusta algo, lo quiero. Es simple.»

Dios..., cómo me gustó a mí eso. No puedes ni imaginarte.

Pero no era simple, Lola. Nunca lo fue.

* * *

Unai se calló de nuevo. Le hice una seña para saber si tenía que parar la grabación, pero él negó con la cabeza. Después me miró de arriba abajo, como si quisiera cerciorarse de que yo estaba allí, con él, y sonrió. Supe que estaba pensando en mí y en aquella neumonía intrahospitalaria que me llevó a pasar una temporada en la uci.

* * *

Voy a saltarme un capítulo, uno en el que las semanas pasaron lentas en aquella planta porque la enfermedad nunca da tregua, ni a los mayores ni a los pequeños. Sólo vamos a recordar que, en esa espera eterna que compartimos, me llamaste «aburrido» y me dijiste que te gustaba en la misma frase, ¿te acuerdas, Lola?

Yo no paro de hacerlo..., no puedo.

Lo tuyo y lo mío se convirtió en algo imparable.

Unai y las citas

Conocía muy bien esa cafetería. Nunca te lo dije, pero había pertenecido a mi madre. Como ves, a nivel económico, todo nos vino un poco rodado. «Chicos afortunados», nos decían, pero no tenían ni idea. No lo éramos en lo que de verdad importa.

Cuando ella murió, Ander y yo la vendimos, pero aún me gustaba ir allí porque era un poco como estar en casa, en sitio conocido, en mi zona de confort.

Sí, Lola, hice trampas. Te llevé a mi casa sin que tú lo supieras la primera vez que nos veíamos fuera de ese hospital y, aun así, estuve tenso, incómodo, menos yo que nunca, como si no me conociera, como si tú provocaras algo en mí a lo que debía adaptarme si no quería verme arrollado.

A veces, el amor es así; yo no lo sabía, pero lo he aprendido al conocerte. Arrolla. Te pasa por encima. Te destroza. Y, si no estás preparado, puede acabar contigo. Aunque también puede suceder todo lo contrario, puede hacerte inmortal; como hiciste tú conmigo.

Lo hice muy mal, lo sé. Mira que he tenido primeras citas desastrosas y, aun así, la recuerdo como una de las peores, al menos por mi parte.

Tú estuviste perfecta, divertida, amable, interesante.

Ni siquiera sé cómo no te fuiste y me dejaste ahí plantado. Me lo habría merecido.

Venías preciosa, Lola, te habías pintado los labios y te brillaban mucho los ojos. La emoción siempre te aporta una capa brillante en ellos, ahora lo sé. He tenido la suerte de observarla muchas veces.

Y yo, al mirarte fijamente y estudiarte, quise marcharme. Volví a hacerlo, a arrepentirme de haber accedido. Y ¿por qué?

¿De verdad quieres saberlo? Puedo imaginarte diciendo que sí... Pues porque me dabas miedo, Lola. Ahora puedo decirlo en alto, ya que esos temores se evaporaron en el mismo instante en que nos perdimos el uno en el otro y ya no hubo marcha atrás.

Te tenía pánico.

Nos dio igual, Lola, porque hiciste aquello, me hiciste callar, tocándome con los dedos, y dijiste aquella tontería de volver a empezar. Quizá todo habría sido más fácil si me hubiese negado; sé que lo has pensado alguna vez, no importa, yo también, pero no

pude. Joder, no pude..., y ya, cuando pediste otro trozo de tarta como si no te hubieras comido la ración de azúcar recomendada para una semana, me hipnotizaste del todo.

Comenzó a ser sencillo..., tú hablabas, mucho y muy deprisa. Yo escuchaba. Empecé a soltarme. A preguntarte por tu vida, a conocerte y a dejarme conocer. Me sentí muy vivo aquel día. Eso hacías. Y era adictivo, más aún cuando sentía que cada día me consumía un poquito más.

Le dabas vida a una persona a la que eso le faltaba. ¿Cómo no caer del todo?

Cuando salimos de allí, ya no lo fue tanto.

Hacía frío. Recuerdo el modo en el que jugabas con tus manos dentro de los bolsillos del abrigo; parecía que te sujetabas para no agarrarme. Lo habría hecho, Lola. Créeme. En otras circunstancias, en otra vida, te habría cogido de la mano y no te habría soltado. Pero me había tocado otra y... pesaba. Y también lo hacían los remordimientos. Y los secretos.

Y tú... eras tan bonita..., no te merecías aquello. No te merecías a alguien como yo. Sigo pensando que no te mereces esto que somos.

—Lola, no voy a salir contigo.

Te dije eso. Qué gilipollas. Deberías haberte dado la vuelta y haberte marchado. Pero no. Porque tú no eres así. Tú luchas. Tú sigues tus instintos, aunque puedan romperte por el camino. Y yo sólo deseaba huir.

—¿Qué buscas? —te pregunté.

—Divertirme. Disfrutar. Quizá besarte.

—Besarme.

Sí, joder, dijiste «quizá besarte», con esa expresión de suficiencia, provocándome, acercándote a mí y sin poder controlar mis propios latidos, que me obligaban a hacer lo mismo, a tenerte más cerca.

No nos tocamos. Y..., oh, madre mía, Lola. Te habría desnudado allí mismo.

Esto es bastante incómodo porque Marco está delante, pero sólo necesité oír una cosa. Un leve sonido que salió de tus labios, casi inexistente, pero que ahí estaba y que me rozó entero. Ahogaste un jadeo y te imaginé haciendo eso mismo en otro contexto. Fue automático y, a partir de ese instante, no pude dejar de pensar en ello.

Después, para mi sorpresa y cuando ya me sentía completamente a tu merced, te apartaste. No lo entendí. Es bastante difícil cuando

tienes toda la sangre en una zona del cuerpo, pero con el tiempo sí. Con el tiempo entendí que yo podía seguir arrepintiéndome de un montón de cosas, pero no de aquello.

No, de nuestro primer beso.

Querías, más bien necesitabas, que fuera especial. Yo también, aunque todavía no lo sabía.

—Sí. Quizá. Y he decidido que acabaré haciéndolo. Voy a besarte, Unai, pero no ahora. No es éste el momento que quiero.

Gracias por negarte, Lola.

Gracias por hacer que lo fuera.

Gracias por hacer que, aquella tarde de enero, yo me enamorase de ti.

Unai y el botón

—Eso ha sido bastante incómodo.

Aparté la cámara y Unai se rio.

La enfermera había entrado a hacer la ronda de la tarde, así que se tumbó y la dejamos trabajar en silencio. Toma de temperatura. De tensión. Merienda y medicinas. Dos pastillas blancas y una amarilla.

—Quizá deberías dejarme solo cuando llegue a cierto capítulo —dijo divertido.

Yo miré hacia otro lado, refunfuñando, aunque lo hacía porque me daba vergüenza hablar de ciertos temas. Y más con él. Más aún cuando la envidia primaba sobre cualquier otro sentimiento.

Se trataba de sexo, y con una chica como Lola, nunca estaría preparado para asumirlo sin que me afectara de modos que no quería al tenerlos a ellos como protagonistas.

Aun así, se lo dije, porque me daba igual que se pusiera a relatarme cada momento sexual que hubiera compartido con Lola. No pensaba irme a ninguna parte. Se lo debía. Él había estado a mi lado desde el primer día que nos conocimos y había llegado mi turno.

—No. Voy a hacer esto contigo. Juntos.

—Gracias, Marco. No creo que pudiera hacerlo solo.

Tragamos saliva. La enfermera sonrió y desapareció. Y bromeé, porque necesitaba cortar esa tensión, esa niebla que a veces se asentaba en la que recordaba que pronto él no estaría.

—Pero prométeme que tu sangre no va a estar localizada en esa parte del cuerpo al recordarlo.

Su carcajada hizo que yo también estallara. Nos reímos. Era genial hacerlo. Cuando uno se ríe así le crece en el pecho otra sensación, una reconfortante, la de creer por un momento que no va a pasar nada malo, que todo está bien. Que sólo éramos dos amigos hablando de chicas y no andando por una cuerda floja como torpes funambulistas.

—Eres un cerdo. Eres tú el que sólo piensa con eso.

Y tenía razón, mis hormonas no me daban tregua; además, cada día me encontraba mejor, aunque evitaba pensar en ello. Era como si me sintiera culpable por mejorar cuando él se debilitaba, como si

fuéramos las dos partes de algo y, si uno crecía, el otro menguaba.

—Es una historia muy bonita —le dije.

Asintió. Después me levanté y me fui al baño. Lo dejé solo un minuto, y no por mis necesidades, sino porque creí que le vendría bien.

Cuando regresé, me miró serio. Supe que lo que iba a decir era importante.

—Lo es, es una historia bonita, pero te has equivocado.

—¿En qué? —pregunté confuso.

—Antes. No me refería a tener la sangre en *ese* sitio.

—¡Ah!, ¿no?

—No. La tenía toda aquí.

Se señaló el corazón y entonces lo entendí.

Tenía quince años, era normal que mi mente se redujera a algo más simple, pero al verlo comprendí por fin que aquello no iba sólo de sexo, de deseo, de atracción.

Su historia con Lola había viajado mucho más lejos, hasta un mundo de sentimientos que me costaba entender, pero que deseé vivir algún día.

* * *

Recuerdo el tiovivo. Era viejo y estaba sucio. Al menos, la primera vez que lo vimos. La segunda... la segunda me pareció increíble, aunque supongo que fue porque tú hiciste que lo fuera. La tercera fue inolvidable.

¿Nunca te han dicho que tienes el don de hacer que las cosas parezcan diferentes? Pues lo tienes, Lola.

Volvíamos andando a tu casa. Ahí tampoco fui muy sincero conmigo mismo. Me dije que te acompañaba porque era lo correcto, pero en realidad me moría por saber dónde vivías. Quizá por si el arrepentimiento me concedía una tregua y un día me daba por ir a buscarte. O por si no volvías por el hospital y necesitaba encontrarte.

No lo sé...

Tu casa me pareció bonita. Al ver el jardín, me imaginé a *Dexter* allí. Corriendo. Oliendo las flores y meando las macetas. No debería haberlo hecho, porque eso me recordaba que algún día estaría solo y tendría que buscarle un nuevo hogar, y el tuyo me pareció perfecto.

¿Ves cómo todo se me complicaba?

Ahora ya estoy tranquilo. Espero que Elena no se enfade mucho

si se come las peonías. Y que Tristán y él hagan buenas migas y no discutan demasiado. Nada me gustaría más.

Tienes una familia muy bonita, Lola. Quiero que lo sepas.

Volvamos a aquel tiovivo..., fue allí, mientras ambos lo mirábamos un poco ausentes, cuando supe que la había cagado. Me dije que era lo mejor, que tenía que irme a casa y dejarte seguir con tu vida, que no merecía la pena intentar nada y meterte en un lío que sólo podría hacerte sufrir.

Sin embargo..., esto me cuesta, Lola.

Nos dijimos adiós y yo me disculpé. Te dije «lo siento», como si aquellas dos palabras albergaran mucho más que una simple cita desastrosa. Y fue ahí, en esa milésima de segundo en la que vi la decepción en tus ojos, cuando lo sentí. Un vuelco. Un salto aquí dentro, en el pecho. Mientras te veía marchar y desaparecer dentro de tu casa y de mi vida, lo experimenté.

No sabía que se podía sentir algo así. Era nuevo para mí. Y era alucinante a la vez que devastador. No sé qué era, pero te habías hecho un hueco. Te habías colado sin pedir permiso. Te habías agarrado con fuerza y no sabía qué hacer al respecto.

Verte marchar me dolía.

Así que me fui a casa, rumiando, repitiéndome que era lo mejor, pero sin creérmelo del todo.

Llegué hasta el portal. Saqué la llave, pero no abrí. Di media vuelta e hice el mismo camino, sin saber qué era lo que iba a hacer, pero profundamente enfadado. ¿Con quién? Con la vida, Lola. Con el mundo. Contigo, por aparecer. Conmigo, por ser egoísta.

Cuando llegué a tu puerta, me dije que me merecía disfrutar. Que me moría, hostias, ¿por qué no iba a besarte? Nadie se lo merecía más que yo. Siempre había sido una persona responsable, cauta, razonable; pensé que era el momento de dejarme llevar, porque ¿qué importaba?

Así que te llamé por teléfono y lo hice.

Saliste y te besé.

Y, después, me besaste tú.

Nos perdimos, Lola. Justo en ese momento lo hicimos. Ya no había marcha atrás. Habías pulsado un botón dentro de mí y ya no podía parar.

Nos perdimos, sí.

O no.

O quizá sólo nos encontramos.

* * *

Con esas últimas palabras, su voz se rompió un poco.

No hizo falta que me dijera nada, porque lo entendí; cerré la cámara y le pedí dar una vuelta por la planta, para tomar el aire. No es que el ambiente de una planta de oncología sea muy agradable, pero era lo que teníamos.

Le hablé de una chica. Por aquella época me gustaba Amelia, la hermana de Mikel, uno de los chicos que estaban internos, como yo. Era rubia, con el pelo muy largo y los ojos azules. Tenía catorce años y tocaba el violín. Habíamos hablado un par de veces, pero en pijama y sin pelo uno nunca se siente muy seguro, así que no pensaba que lo había hecho muy bien como para que ella pudiera estar interesada en mí. Mucho menos después de atreverme a expresarle mis sentimientos, que me rechazara y que su hermano acabara queriendo matarme.

Nunca conseguí ningún avance al respecto con Amelia, si os lo estáis preguntando, y mi primer beso acabó siendo un regalo de otra chica que nunca me habría esperado, pero aquello era un secreto y esa conversación un intento de sacar a Unai de ese estupor en el que había caído recordando.

No debió de ser fácil. Y no hablo de la enfermedad, sino de todo a lo que tuvo que renunciar. No debió de ser fácil saber que iba a poder tocar con la punta de los dedos la felicidad, pero el precio por ello iba a ser el dolor asociado. Para ella, tampoco. Lola tuvo que aceptar ser felices unos pocos instantes, pese a saber que después iba a perderlo todo.

Supongo que, incluso con ello, les mereció la pena.

¿Lo habríais hecho? ¿Habríais aceptado vivir esos pocos momentos, sabiendo el sufrimiento que soportaríais después durante años? Yo no estoy seguro. No creo que sea tan valiente. Aunque supongo que no es cuestión de valentía, sino de encontrarse, como él había dicho.

* * *

Volví a visitarlo a los dos días. Cuando entré, me lo encontré tumbado en la cama y más pálido que el día anterior, pero también con una sonrisa inmensa y pintalabios rojo en el cuello.

—No te imaginas la cara de idiota que tienes.

—Ni tú lo que es tenerla encima. Créeme, la cara lo merece.

—Demasiada información.

Preparé la cámara con una sonrisa y me dije que no le diría nada

del pintalabios. Seguro que a ella le gustaría verlo cuando tuviera el vídeo y recordaría el momento en el que se había grabado.

Era raro; Lola y yo apenas nos veíamos. Ella pasaba las tardes con él y dormía a su lado. Por las mañanas se marchaba y yo bajaba, si me lo permitían; después Ander y su mujer se pasaban a comer con él, Asier o incluso algunos otros amigos. Pero las tardes y las noches eran para ella, Unai lo había dejado muy claro; era como si lo compartiéramos de un modo en el que cada uno tenía su propio espacio y todos lo respetamos. Bueno..., con Lola a veces tocaba pelear, porque lo quería para ella sola. Creo que, si hubiese podido, se habría encerrado con él para siempre en aquella cama.

A ratos la odiaba. Yo era un chaval que tenía que lidiar con el final de una enfermedad y con la pérdida del único pilar que tenía, y sentí que ella me había abandonado. Y no sólo eso, sino que me lo había arrebatado.

No obstante, a otros... a otros la quería tanto que no me podía creer que prácticamente apenas la conociera, pero nos unía algo más fuerte que cualquier otra cosa. Nos unía Unai. Y la vida que nos quedaba. Y después lo haría su muerte.

* * *

Veamos..., ¿por dónde íbamos? Vale, es fácil. Nuestro primer beso.

Fue increíble, pero no fue el mejor. Los mejores estaban por llegar.

Estoy pensando en el que me acabas de dar antes de irte a regañadientes y creo que siempre pensaré que el mejor aún no nos lo hemos dado.

Aquella noche me marché de allí deseando meterme contigo en tu casa. Llevabas un pijama gigante con ositos dibujados y, aun así, me parecías sexy a morir. No me habría venido mal una ducha de agua fría..., pero no me la di, porque no quería que eso se terminara. Esa sensación. Ese deseo. Esas ganas constantes de más. Pero la cagué. Porque me convertí en un experto en hacerlo. En no saber sobrellevar la situación.

Quería volver a verte, pero sabía que no debía. Así que te llamé, quedamos y la jodí. Otra vez.

Estabas guapísima. Sé que te lo dije y que tú no te lo creíste; pero lo comprendo, de verdad, porque yo no estaba allí. Tenía la mente muy lejos; lejos de ti. Yo estaba sentado en mi casa, con unos papeles en la mano, leyéndolos una y otra vez e intentando

encontrar una salida a aquellos resultados de pruebas médicas que hacían que todo fuera más real.

¿Cómo iba a salir contigo? ¿Cómo iba a intentar gustarte? Dime, ¿cómo?

Y pese a todas esas preguntas, había otra parte de mí que las ignoraba, que se enfadaba y que decía: «¿Qué más da?, me lo merezco, disfrutar, lo que sea, porque ya no me queda nada más».

Es difícil. Cuando estás en esta situación, te mueves de un lado a otro de una forma un tanto extrema. Algunas mañanas sigues siendo esa buena persona que prefiere evitar a los que la quieren que sufran, pero otras quieres compartir ese sufrimiento con alguien, quieres dejar de pensar en los demás y centrarte en ti, de forma un tanto egoísta, pero pensando que se trata de tu vida la que se acaba y la que toca exprimir.

No salió bien. Nos sentamos en aquella cervecería y yo me perdí en mis pensamientos. Tú volviste a estar perfecta, calmada en apariencia, intentando llevar las riendas, ayudándome a hacerlo, improvisando temas de conversación cuando uno no funcionaba. Hasta que llegaste al límite.

Siempre me ha gustado eso de ti. Que no te callas. Que revientas rápido. Eres de mecha corta, Lola, pero eso fue bueno para nosotros, porque hiciste que cada momento tuviese intensidad. Y también hiciste que yo tuviera que abrir los ojos y ver lo que me estaba perdiendo cada vez que te marchabas.

Te vi desaparecer calle abajo montada en ese taxi. Te ibas enfadada y decepcionada. Entonces reaccioné; me enfadé yo también. No contigo, por supuesto, sino con la persona que estaba siendo a tu lado y que tú no merecías. Y yo tampoco.

Di una patada a una verja de un comercio. Parecí un idiota, ya que fue un acto impulsivo poco propio de mí. Me marché a casa, me cambié de ropa y salí a correr. Era una de mis rutinas, correr sin ningún objetivo marcado. Simplemente, cuando las cosas se me hacían cuesta arriba, lo hacía. Aprendí en la adolescencia que me funcionaba y lo he hecho hasta que mi cuerpo lo ha soportado.

Pero... no pensemos en eso.

Cuando llegué al parque en el que habíamos estado el día anterior, frené en seco. Vi el carrusel y pensé en ti. En cómo lo mirabas, como si para ti, en tu cabeza y visto a través de tus ojos, estuviera en movimiento, con las luces encendidas y la música de fondo.

Yo lo veía viejo y sucio, ya te lo he dicho antes, pero quería aprender a verlo como tú.

Saqué el teléfono sin pensarlo demasiado y marqué. Lo que no esperaba era que tú no estuvieras al otro lado.

Fue la primera vez que hablé con Tristán. No voy a decirte que no me molestara que él cogiera el teléfono y no tú, porque no sería verdad, pero me alegró saber que hay gente que te quiere tanto como para actuar de ese modo.

—¿Lola?

—No. Está ocupada.

—Me gustaría hablar con ella, por favor. Sólo será un minuto. ¿Dónde está?

—Conmigo —contestó con brusquedad—. ¿Qué quieres?

—No sé quién eres, pero quiero pedirle perdón, ¿te vale?

Hubo una pausa en la que me pareció oírte de fondo.

Te imaginé a su lado, con aquel vestido, bailando. Preciosa. Perfecta. Y quise estar contigo. Quise ir a verte y estar a solas. Conocerte mejor. Intentar que tú me conocieras un poco más, pero al de verdad, no al que dudaba y tenía miedo. Volver a besarte.

Apenas nos conocíamos, ya lo sé, pero funciona así, ¿no? El deseo. El amor. Lo que sea que fuera.

—No sabes lo que te estás perdiendo. No tienes ni idea. Nena, tira para la puerta. Vamos al Circus. Tranquila, ahora te lo devuelvo. —Tristán se quedó callado unos segundos y te imaginé saliendo de allí, calentándote las manos en los bolsillos del abrigo y con las mejillas encendidas por el cambio de temperatura—. No juegues con ella.

—No lo hago. Sólo... es complicado.

—Siempre lo es. ¿Te gusta?

—Sí.

—Vale, pues voy a darte una jodida oportunidad, pero sólo porque he visto algo en ella que es nuevo. Se está haciendo ilusiones con algo que no sé si ni siquiera existirá. Depende de ti. Pero te juro que como le hagas daño iré a ese hospital y reservaré una habitación para ti, ¿estamos?

Sonreí. No pude evitarlo. Es increíble la capacidad de una persona para transmitirte tanto sin conocerla. Y yo aquel día pude aprender tres cosas de Tristán:

Una, que no se andaba con remilgos. En eso os parecéis un poco.

Dos, que la amenaza iba en serio y que, seguramente, de no tenerte a ti como punto en común, nunca nos habríamos interesado el uno por el otro.

Y, tres, que te quería de verdad.

—Gracias.

—No me las des. Te repito que no hago esto por ti. Tienes media hora para llegar o nos largamos.

Y me colgó el teléfono.

No lo pensé. Busqué la dirección del bar en mi móvil y después eché a correr hacia allí.

Cuando entré, te vi enseguida. Estabas apoyada en el que supuse que era Tristán y os hablabais al oído. Con confianza. Con una intimidad que yo deseaba para mí de un modo que no comprendía.

Nunca he sido una persona celosa, Lola. Nunca, en toda mi vida. Y quise apartarlo, aunque me haga parecer un idiota teniendo en cuenta que él era parte de tu familia y yo un completo desconocido con el que compartías una simple atracción. Pese a ello, lo recuerdo ahora y sé que nunca fuimos sólo una simple atracción. Fuimos más. Un «más» flotando en el ambiente, deseando formarse y convertirse en algo tangible.

Me acerqué y dije tu nombre. No me oíste a la primera. La música y el bullicio eran demasiado altos para poder hacerlo, así que lo exclamé y entonces te giraste, con los ojos muy abiertos y una expresión de sorpresa que me habría encantado fotografiar.

Se te notaban las horas encima, las copas y la noche, pero estabas incluso más guapa.

Te tensaste. Y tuve que tragar saliva e intentar que no se me notaran los nervios, porque intimidabas un poco. No sabía cómo enfrentarme a esa versión de ti que no conocía, puedes reírte, pero de repente me di cuenta de que me daba miedo que no quisieras volver a verme, pese a que todo aquello fuese culpa mía.

El arrepentimiento, el miedo, las dudas. Nunca deberían haber ido asociados a nosotros, pero fue así. Hay cosas inevitables, Lola, que no dependen de uno mismo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntaste, con todo ese mal genio que guardabas.

A tu lado, Tristán sonrió. Lo observé y él hizo lo propio.

Era la primera vez que nos veíamos. No me sorprendió su aspecto, aunque sí que fuésemos tan diferentes. Dos mundos radicalmente opuestos que convergían en un punto. En ti.

Después te abrazó y te calmó. No sé qué fue lo que te dijo, pero funcionó. Y bien que hizo, porque parecía que serías capaz de darme una paliza de seguir creciendo esa tensión que nos envolvía.

¿De dónde sacas toda esa fuerza, Lola?

Y, cuando nos quedamos solos, supe que era «ahora o nunca», que todo dependía de algún modo de ese instante, de lo que yo hiciera para convencerte de que, a lo mejor, yo podía ofrecerte algo

tan bueno como lo que tú me estabas regalando a mí sin darte cuenta.

* * *

Verte en mi casa fue fácil.

Con *Dexter*.

En mi cama.

Todo fue tan sencillo...

Encajabas en mi mundo. Lo hacías más bonito.

Yo sólo había ido a buscarte con la intención de acostarme contigo y terminar con la tensión sexual y tú lo hacías todo más interesante, más estimulante, más vivo.

Creo que no debería contar lo que pasó a continuación delante de Marco.

* * *

—Eh, eh. Vale, tío. Igual mejor me doy una vuelta.

Era demasiado. Una cosa era oír ciertas intimidades y otra imaginarme a la figura más paternal de mi mundo quitándose la ropa.

—No, no van por ahí los tiros.

—¿Vas a hablarme de las tetas de Lola?

Se tensó. Yo oculté una sonrisa. Primero, porque la palabra *tetas* siempre me la provocaba; segundo, porque me encantaba verlo tan protector con alguien, tan entregado.

—No hables así. Y no.

—Perdona.

—Pero quizá sea ella la que no me perdone nunca por contar esto.

—Ahora necesito saberlo.

Unai sacudió la cabeza y se echó a reír, antes de seguir relatando una historia que se trenzaba delante de mí cada vez más especial.

* * *

Cuando conoces a una persona, siempre deseas que la primera vez que os acostéis sea especial. Bonita. Para el recuerdo. Y no digo que la nuestra no lo fuese, fue perfecta, pero tú... no puedo acordarme y no reírme.

Perdóname, pero espero que tú también la recuerdes así, con

una sonrisa inmensa.

Te caíste de la cama, Lola. Estabas bajo mi cuerpo y, de repente, ya no. Y, en vez de avergonzarte, romper la magia del momento y huir como habría hecho otra persona, tus carcajadas lo llenaron todo. Llorabas de la risa, ahí tirada, en una postura de lo más ridícula y con el vestido arrugado, y daba igual, porque era perfecto.

Hiciste que fuera único.

Hiciste que esa decisión de volver a por ti mereciera la pena, aunque te estuviese ocultando algo que no debía.

Hiciste que quererte fuese la única opción posible.

Unai y la casa roja

Aquellas grabaciones se convirtieron en un regalo también para mí. No habría soportado no tenerlo cerca mientras se consumía. Tampoco haberlo estado si era para centrarnos en lo que iba a ocurrir en vez de en momentos bonitos que lo hacían sonreír.

Lola también le regaló eso a Unai, el pasar sus últimos meses siendo más feliz que nunca, emocionándose por esas chorradas que todos hacemos cuando nos enamoramos, por esas pequeñas cosas de la vida que suelen pasar desapercibidas y que son vitales ante circunstancias como en la que él se encontraba.

Una mañana, llegué a su habitación y me lo encontré sentado en la butaca de cara a la ventana. No se había cambiado, fue el primer día en el que dejó de poder hacerlo, y con el fino camisón su cuerpo parecía aún más delgado.

Fue un *shock* para mí. De repente me di cuenta de que, seguramente, yo le pasaba de peso, porque mi salud mejoraba y mi médico nos había anunciado que, si todo seguía igual, dentro de muy poco podría marcharme. Estaba contento, pero ni siquiera sabía si quería hacerlo. No podía pensar en largarme de allí sin sentir miedo, y sin sentir que, al hacerlo, lo perdía a él.

Unai se giró y vi algo en su rostro que me estremeció.

—Marco. No te había oído.

—Eh. ¿Qué tal?

—Bien. Muy bien.

—Me estás asustando.

Sus ojos estaban humedecidos y le temblaba una mano. Aun así, parecía extremadamente contento, casi extasiado.

—Voy a hacerlo.

—¿El qué?

—Voy a pedírselo. A Lola.

Solté el aire contenido y me tiré encima de él, abrazándolo todo lo fuerte que fui capaz.

* * *

Acabas de irte, Lola. Acabas de darme un beso y de mover las caderas con coquetería para hacerme reír antes de desaparecer por

la puerta y ya te echo de menos.

Sé que estaba contando una historia, pero no puedo evitar decirte que acabo de decidir que voy a hacerlo. Voy a pedirte que te cases conmigo.

Nunca se me había pasado por la cabeza hasta que ayer estuvimos trabajando en tu lista y lo supe con la mayor de las certezas. Apuntamos cosas, prometimos ir juntos de viaje a Islandia y a la feria, besarnos todos los días y tatuarnos como dos locos. Y yo nunca he sido un loco, pero eso me haces, sacas una parte de mí que estaba dormida y que vive; me haces sentir vivo de un modo que me aterra y que me encanta a la vez.

Si te hubieras visto la cara, Lola...

«No lo es, Lola. Me casaría contigo sin dudarlo. Aunque nos quede tanto por conocer el uno del otro. Aunque sepa que te mereces más que esto. Aunque fuese una locura poco propia en mí. Sólo por todo lo que me has regalado sin darte cuenta y sin pedir nada a cambio. Lo haría con los ojos cerrados.»

No te he mentido. Al hablar de ello supe que lo haría, si no fuéramos Unai el enfermo y Lola, sino otros, otros sanos y felices con todo un mundo por delante.

No obstante..., esta mañana me he levantado, te he visto a mi lado y me he preguntado: ¿por qué no podemos serlo? ¿No nos ha puesto ya la vida suficientes trabas como para ponernos nosotros más? Y yo quiero hacerlo, y tú también. Eres demasiado transparente como para no leerlo en tu rostro.

Así que lo voy a hacer, pero no sólo porque nos lo merecemos, sino que te voy a contar a través de nuestra historia todas las razones que me han llevado a quererte.

* * *

Aquella primera noche que pasamos juntos supuso un punto de inflexión para mí. Fue increíble, y despertar a tu lado me hizo sentir mejor de cómo lo había hecho en meses, pero, a la vez, me sentía una persona horrible.

No tenía derecho a condicionar tu vida y lo estaba haciendo.

Tardé días en atreverme a volver a verte. Sí, te rehuí, Lola. Porque me gustabas demasiado como para no chocarme de nuevo contigo sin la necesidad de hablarte, de tocarte, de volver a tirar de ti, y no podía hacerlo.

Once días. Once malditos días en los que no salías de mi cabeza. En los que comencé a sentir la presencia de la enfermedad, un dolor

nuevo, nuevas sensaciones en mi cuerpo, nuevos detalles que me decían qué estaba pasando y que esta vez era la definitiva.

Pero... caí.

Porque me sentía solo. Porque entonces sí que noté el miedo. Porque me percibía frágil y vulnerable. Porque el control de mi vida se me escapaba. Porque al cerrar los ojos te veía, desnuda y perfecta. Puede que porque el ser humano es egoísta sobre todo lo demás.

Por lo que fuera.

Una noche, estaba tumbado en la cama, rememorando lo que había sido mi vida, todas las estupideces que había cometido y los éxitos conseguidos, las relaciones fallidas, las amistades verdaderas..., intentando llegar a la conclusión de que había sido una vida corta pero aprovechada, y me acordé de ti con una nariz roja sacando sonrisas.

Al día siguiente compré una nueva, escribí una nota y se la di a Marco.

Así comenzó el juego.

Así comenzó lo más importante de mi vida.

* * *

Recuerdo aquel juego. La cara de Lola al recibir palabras escondidas dentro de la espuma y los nervios de Unai, un tío que pasaba de los treinta, cuando las recibía de vuelta.

Supongo que nunca lo hice, pero debería haberles dado las gracias por haberme hecho partícipe de aquello. Me regalaron una familia, pequeña y con una historia corta, pero familia.

—¿Las leías? —me preguntó Unai.

Se había quedado adormilado en medio del relato. A veces le ocurría eso. Sé que debía apagar la cámara cuando eso sucedía, pero no lo hacía. Era incapaz. No sé por qué. Como si tuviera miedo de que, si apretaba el botón, el suyo interno también se pulsaría y no volvería a despertarse. Pero lo hizo, abrió los ojos recordando las notas y lo que aquel juego había supuesto para todos.

Pensé en ello y fui sincero.

—¿Tú qué crees?

—Eres un capullo entrometido.

Me reí y sentí que me sonrojaba. Pero recordaba cada letra escrita en aquellos pequeños papeles que no me pertenecían. Ahora también lo hago. Algunas eran simples palabras que no entendía, como «mi cama está llena de orgasmos de piel» o «cambio las

vueltas de la lavandería por las del tiovivo». Pero otras... otras eran fáciles de comprender; eran parte de un flirteo nada sutil, palabras atrevidas que me ponían nervioso y que me hacían desear hacerme mayor y vivir algo como aquello.

Unai se quedó pensativo. Me di cuenta de que jugaba con aquella nariz roja entre los dedos, antes de mostrarla a la cámara y comenzar a hablar.

* * *

La segunda noche fue diferente en todos los sentidos.

Te había prometido una cena, una botella de vino y otras insinuaciones que me moría por llevar a cabo; una cita, en el sentido más estricto de la palabra. Te lo merecías. Te merecías una noche normal, como cualquier otra pareja. Pero no pude dártela. Quizá porque nunca lo fuimos; nunca hubo normalidad en lo nuestro y puede que eso fuera lo que lo hizo tan único.

Había pasado una tarde horrible con mi hermano. Ander no era estúpido y sabía que las cosas no iban bien. Apareció en mi casa, hablamos, gritamos y lloramos. Y cuando se fue... cuando se fue sólo te necesitaba a ti, Lola. Necesitaba que me hicieras sentir otra vez como sólo tú conseguías que me sintiera.

Lo hiciste.

Entraste en casa y me viste. Lo supiste. Supiste que había algo más en el ambiente que no compartía contigo y, aun así, me besaste y me lo diste.

No hubo cena. No hubo vino. Sólo tú y yo, y un mundo de sensaciones que llenaron una cama que, cuando te fuiste, sentí demasiado vacía.

Me prometí devolverte al día siguiente como pudiera aquella calma, aquel paréntesis de realidad que me habías concedido esa noche.

Fue un domingo perfecto, ¿recuerdas? Tomamos chocolate, me enseñaste que un tiovivo puede parecer algo anodino o increíble depende de con quién lo estés mirando, comimos en aquel restaurante tan familiar donde nos trataron tan bien y nos devoramos con los ojos; después paseamos.

Aquel paseo fue especial. No sé si por todo lo que gritabas con la mirada, esa esperanza siempre pintada en ella, o porque me sentí de verdad como una pareja más que se está conociendo, pero lo fue.

Me hablaste de tus excesos universitarios, de aquella Lola que vivía sin ponerse límites, de la única relación seria que habías

tenido, con un tal Elías, que me pareció un idiota redomado, de la dulzura que Elena aportaba a tu rutina y de las teorías que Tristán se inventaba sólo para que tú te esforzaras en refutarlas.

Yo te hablé de Islandia. No solía hacerlo con nadie. Creo que siempre había sido muy comedido con exponer a la ligera mis sueños, porque la enfermedad me había hecho cauto, pero tú eras todo lo contrario, así que... pensé que no pasaba nada por permitirme soñar en alto por una vez.

Te conté mi teoría de que no solemos nacer en el lugar que nos corresponde y te vi bailando en La Habana y recorriendo pueblos pintorescos en Italia.

Tú te reías de aquella tontería, pero lo mejor de todo es que me tomabas en serio.

Quizá por eso volví a pensar en aquella casa roja. Quizá por eso me vi a mí allí, con las montañas de fondo, frente al mar, con la nieve cayendo y con el silencio atronador de esos rincones del mundo que aún parecen libres de la mano del hombre. Quizá por eso lo hice, sin pensar demasiado en las implicaciones, sólo dejándome llevar por el deseo de cumplir ese sueño o de que alguien lo hiciera por mí.

Ya tenía el billete de avión y el hogar; sólo me faltaba la chica. Parecía hasta fácil. Soñar siempre lo es.

* * *

—¿Qué has hecho, Unai?

Me levanté boquiabierto y un tanto asustado, porque no tenía ni idea de por qué le brillaban los ojos de ese modo, como si él tuviera quince años y yo fuese el adulto que intentaba comprender lo que estaba pasando. Pero, en el fondo, lo sabía. Porque yo sí que conocía su sueño. Porque yo sí que conocía la existencia de la casa roja. Y no me podía creer que lo hubiera hecho.

—Marco, aún no es el momento de hablar de eso.

—Perdona. Continúa.

* * *

Y, no sé muy bien cómo, llegamos a tu casa. A la que compartías con esa pequeña familia que habías construido. A conocer a la dulce Elena y al taciturno Tristán. Al centro de tu vida. Sin barreras. Sin protección.

Quiero darles las gracias. A los dos. Por quererte. Por aceptarme.

Por darle un hogar a *Dexter*. Por ser de los que cumplen las promesas.

Y quiero darte las gracias a ti por enseñarme tu mural de sueños. Por tener uno que me hizo a mí abrir los ojos del todo y por incluirme en él.

¿Sabes cuál fue siempre mi sueño, Lola? Vivir en una pequeña casa roja en un lugar perdido de Islandia. Rodeado de montañas, verdes praderas, mar y nieve en invierno. Eso quería. Con eso soñaba despierto, pero nunca me pareció algo posible.

Hasta que llegaste tú y lo cambiaste todo.

Hasta que te conocí y quise regalarte mi sueño.

Unai y la bomba

Los días pasaban. La vida lo hacía.

Yo mejoraba y él empeoraba.

Aun así, celebramos hasta una boda.

Nunca había acudido a una. Mucho menos a una en un hospital, pero fue increíble. Colamos a *Dexter*, lloramos todos y comimos tarta. Contándolo así, casi parece una boda normal, pero no lo fue. Fue un instante que suponía pulsar el botón de una cuenta atrás que cada vez transcurría más rápido.

Comenzó a visitarlo más gente que, de repente, se había convertido en especial para él. Como Elena, la amiga de Lola, que se escapaba en los recreos del colegio en el que trabajaba sólo para saludarlo y llevar comida para las cenas de Lola. O como Tristán, al que vi salir de su habitación un día, callado y meditabundo.

Nosotros seguimos grabando. Cada vez le costaba más, pero Unai insistía en que necesitaba hacerlo. Creo que también lo hacía para ocupar esas horas con su historia, con el recuerdo de Lola cuando no estaba a su lado; creo que tenía miedo de olvidarla.

—Date prisa, Marco.

—¿Acaso tienes algún compromiso? —repliqué con sarcasmo. Ni siquiera era capaz de levantarse de la cama.

—No, pero aún tengo demasiado que contar.

Sí, aún quedaba demasiado y el tiempo se nos acababa.

* * *

No puedo evitar reírme al decir en alto que montarme en un tiovivo a los treinta y uno ha sido una de las mejores cosas que recuerdo haber vivido. Lo hiciste por mí. Conseguiste un maldito carrusel para nosotros solos, y únicamente para que yo cumpliera un sueño infantil.

E hiciste muchas más cosas.

Me cuidaste, me mimaste, llenaste de color unos días que eran grises, y después... y después yo te dejé.

Te dejé.

Me gustaría poder saltarme esta parte, pero no puedo. Te dejé un día sin más, después de semanas perfectas en las que me olvidé

de todo y me centré en ti, en verte sonreír, Lola, en besarte siempre que podía, en hacerte el amor como si fuera la última vez, porque nunca sabía cuándo sería.

Pero llegó.

Te dejé porque tuve un pequeño susto en casa y los dolores comenzaban a ser insoportables. Te dejé cuando una mañana, cuando me abrazaste, tuve que morderme los labios para no gritar y apartarte, porque me hacías daño y no quería que llegara un día en que tocarnos fuera asociado al dolor.

Te dejé, sí. Y pensé que ya podía morirme, porque lo que tendría que soportar a partir de ese momento no se lo deseaba ni a mi peor enemigo.

Sin embargo, se me había olvidado que se trataba de ti, Lola. Que serías capaz de colarte en mi casa robando una llave sólo para gritarme. O para salvarme. Porque lo hiciste. Aquella noche me salvaste. Otra vez.

No dejas de hacerlo todos los días.

Tengo... tengo... tengo que pedirte perdón. Ya sé que te lo he pedido mil veces, pero no deberías haberte enfrentado a aquello. A verme en el suelo. A la incertidumbre. Al miedo. A la incomprensión.

Tú sola, no.

* * *

—Fuiste un capullo.

Fui incapaz de no interrumpirlo. Porque dolía. Entendía por qué lo había hecho, pero dolía.

—Lo sé.

—Me decepcionaste.

Tragué saliva y él también lo hizo. Eran palabras duras, pero necesitaba que supiera lo que había sentido, lo que había sido tener que enfrentarme a una Lola perdida, fuera de sí cuando lo descubrió y que luego nos abandonó a ambos durante días.

—También lo sé.

—Pero te perdono.

Nos miramos fijamente unos segundos y noté las ganas de llorar, pero las aguanté. Como siempre.

Una vez, poco después de conocernos y cuando yo estaba pasando una época bastante mala, Unai me dijo que algún día aprendería a no tener miedo a llorar. Yo le decía que no me daba miedo y me aguantaba las ganas casi con furia, pero era mentira.

Aquellos días me aterraba sollozar y no poder parar. Deshacerme y desaparecer. No volver a poder reírme con él, si las lágrimas aparecían. Supongo que por eso no fui capaz de soltarlo todo hasta que se marchó.

Unai asintió y siguió con su relato.

* * *

Marco me perdonó rápido, por los errores, por mi cabezonería, por intentar apartaros a todos, pero tú... tú tardaste nueve días.

Eres tozuda y eso me encanta.

Tuve que pasar nueve días solo, pensando en ti y en que, quizá, nunca me perdonarías, para entender eso que me habías gritado desde el principio. Eso de que... de que hay cosas que sólo suceden.

Lo asumí. Tumbado en una camilla sin poder moverme, acepté que tú y yo ya *éramos*, pese a todo, y únicamente quería verte una vez más, tocarte, besarte, mirarte.

A partir de ese día en el que regresaste a mi lado, observando tus lágrimas y tu entereza pese a estar tan rota, lo entendí. Ya no había nada que poder hacer, porque ya había ocurrido. Yo te quería. Y tú, también. Y necesitaba tu perdón, porque no soportaría una vez más verte marchar.

* * *

Las semanas siguientes fueron bonitas; sin duda, las más bonitas de mi vida.

Yo me moría y la vida era bonita. Hay que joderse.

Lo hicimos todo. Nos conocimos. Nos cuidamos. Nos aprendimos. También lloramos, nos peleamos y nos hicimos daño. Pero, sobre todo, nos quisimos, Lola.

Si no hubiera tenido una sonda aquella semana del demonio en la que cogí una infección, casi me habría parecido que éramos una pareja normal. Porque hablábamos del menú de cada día o de lo que te habías comprado tú para comer, me cortabas el pelo y me afeitabas, nos reíamos a carcajadas y nos mirábamos sin parar. Y hacíamos planes.

¿Sabes qué es lo mejor de hacerlos? Que contigo no me parecen un juego tonto, sino que consigues que me parezcan posibles.

Hasta nos hemos casado, Lola. Tú no dejas de recordármelo llamándome «marido», «esposo» o cosas así para hacerme reír. Pero es cierto. Lo hicimos, y qué bonito fue. Con nuestras personas

favoritas del mundo entero acompañándonos, guapos a rabiar, sobre todo tú, y sin parar de sonreír.

Nos miro y sé que lo somos. Somos una pareja de recién casados que duerme cada día abrazada en una cama diminuta de hospital y, aun así, siente que no necesita nada más.

¿Tú lo necesitas? Olvida esta pregunta. Por supuesto que lo haces, no puedo dibujar esta situación de perfecta cuando no lo es, pero no pasa nada.

Si quieres, podemos cerrar los ojos e imaginar de nuevo.

Podemos viajar, hacer y ser lo que tú quieras.

Podemos cumplir todos esos «¿y si...?» de la mano bajo las sábanas.

Podemos hacer posibles todos esos «ojalás» de forma ficticia.

Sin embargo, algún día lo haré. ¿Quieres saber cómo? Pregúntale a Tristán. Él te lo contará.

Te prometo que conseguiré cumplir todos los «ojalás» de tu lista, Lola; también fuera de esta habitación de hospital.

Te prometo que tendrás la historia de amor que mereces.

Unai y los sueños

—Eh, colega...

Su voz era leve, un fino hilo que escapaba de sus labios pero que apenas se veía. Como hilo de sedal, aún resistente pero transparente.

—Estoy aquí.

—¿Y la cámara?

—Hoy no vamos a grabar, Unai. Estás hecho una mierda.

—Tú estás increíble. ¿Has crecido?

Sonreí. Era un imbécil cuando quería.

—Eres tú, que cada día estás más pequeño.

Sus ojos apenas se abrían. Sé que intentaba disimularlo, pero a mí no podía engañarme. Sabía de sobra lo que pesan los párpados cuando te encuentras así de mal. Sabía por qué su dosis de morfina cada día era más alta. Sabía que el tiempo se nos agotaba.

—Tenemos que grabar. Creo que... ya sólo queda el final, Marco.

El final. Tenía quince años, pero no era idiota, y esas palabras abarcaban demasiado.

—Vale. Pero no es el último día. Aún grabaremos más.

Él asintió, aunque sin creerse del todo mi afirmación, y se incorporó un poco, pero su rostro se arrugó y se dejó caer sobre la cama de nuevo, cerrando los ojos.

Se marchaba.

A ratos desaparecía.

Se disolvía sobre las sábanas y yo no podía hacer nada...

* * *

Mi madre era una mujer soñadora, Lola. Se parecía en eso a ti. También inventaba teorías que aplicaba a su mundo.

Como Tristán. Como tú. Como yo.

Todos lo hacemos. Hasta los incrédulos.

Creo que es un modo de confiar en que podemos controlar hasta lo más incontrolable de la vida.

Un día, nos contó una a Asier y a mí. Yo tenía quince años y un linfoma; él, catorce y un melanoma, y estábamos encerrados en una habitación de hospital, como yo ahora. No me gusta hablar de esa

época, nunca lo he hecho contigo, pero he recordado una historia y creo que le ha llegado su momento.

Mi madre decía que había muchos modos de averiguar si uno estaba enamorado. No me hagas explicarte el porqué de acabar hablando de aquello con mi madre, pero lo resumiré en una enfermera guapísima y dos adolescentes encerrados entre cuatro paredes. Mi madre me dijo que una de ellas era soñar con esa persona. Pero no un sueño normal, no. Ella se refería a incluir a esa persona en tus sueños, que no es lo mismo.

Y yo lo he hecho.

Recuerdo que me preguntó que cuál era mi sueño y le hablé de una casa roja en Islandia. Una pequeña casa a los pies de una montaña gigantesca y bordeada por el mar. Una casa que, cuando llegaba el invierno, estaba cubierta de nieve. Una casa que se había colado dentro de mí la primera vez que la había visto plasmada en un póster, en otra habitación parecida de hospital, muchos años atrás.

—¿Y qué harías tú allí, Unai? —me preguntó.

—No lo sé. Hacer fotografías a las ballenas. Dibujar. Pasear. Intentar ser feliz.

Ella sonrió y me acarició la mejilla. Una lágrima se deslizó por ella.

Porque, sí, mi madre sabía que durante aquellos años no fui feliz.

—Pues el día que veas a una chica a tu lado cuando pienses en ese sueño que es tan tuyo, sabrás que se trata de la indicada.

Siempre pensé que era una tontería que se había inventado, que sólo lo había dicho para hacerme creer que tenía un futuro en una época de mi vida en la que mi presente pendía de un hilo, que una madre haría lo que fuera por hacer feliz a su hijo, aunque sólo fuese soñando.

Sin embargo..., lo he hecho, Lola.

Desde el momento en que te hablé de Islandia te vi allí, conmigo, con un abrigo enorme de lana y botas hasta las rodillas. Y ahora quiero dormirme con esa imagen. Quiero cerrar los ojos y verte corriendo sobre la montaña nevada. Quiero verte tirar bolas de nieve y reírte a carcajadas cuando consigues darme en la cara. Quiero que te asomes al acantilado y abrazarte por la espalda.

¿Sabes? Lo estoy haciendo.

Cierro los ojos y te veo.

Llevas un vestido rosa y los labios pintados de rojo.

Te abrazo, aunque tu abrigo ha desaparecido como por arte de

magia y no tienes frío, y te giras, pintándome un beso en la mejilla.

Y miramos el mar.

El futuro.

El mundo que tenemos al alcance de nuestras manos.

Te veo, Lola.

Te veo y te llevo conmigo, chica de la nariz roja.

Unai y el adiós

No hubo más vídeos. Ése fue el último.

Unai murió al día siguiente.

Lo hizo el 9 de agosto, en una mañana de verano en la que brillaba el sol y el calor era pegajoso y un tanto asfixiante. Casi como su muerte.

Me gusta pensar que lo hizo en aquella casa roja, soñando con Lola, mirando el mar y la nieve cayendo sobre los dos, dentro de un abrazo que nunca se termina.

Se despidió de mí como siempre. O casi. Con un «hasta mañana» y una promesa en el aire que llevaba días recordándome, como si fuese fácil olvidarla.

—Lo harás, ¿verdad? Se la darás a Lola.

—Que sí, pesado.

No sabía lo que se traía entre manos, aunque muy pronto lo averiguaría.

—Vale. Y córtate el pelo. Te está creciendo como a un punk.

Era verdad. Había empezado a crecerme y lo había hecho mucho más fuerte que antes de la quimioterapia.

Cuando ya estaba en la puerta, me llamó.

—Eh, colega.

—¿Sí?

Me miró unos segundos largos y cargados, en los que sus ojos brillaron. Después sonrió de medio lado y casi me pareció el Unai que entró el primer día en mi habitación con un puñado de cómics y chocolatinas escondidas en el bolsillo de su abrigo. Cuando no nos conocíamos de nada, pero comenzamos a forjar un vínculo que se convertiría en irrompible.

—Te perdono.

—¿Por qué?

—Por besar a mi chica.

Abrí los ojos sorprendido y sentí calor en el rostro al recordar mi primer beso con Lola. Ese beso que creía que era un secreto. Él se rio. Y dijo algo que me hizo acompañarlo en su risa y volver a sentir esa complicidad pura que teníamos, pese a la diferencia de edad, pese a las circunstancias, pese a lo diferentes que habían sido nuestras vidas en todo lo demás.

—Dime que, al menos, te gustó.

—Fue la hostia.

Unai soltó una carcajada ronca y débil, y después me marché.

Debería haberlo sabido. Debería haber sabido que ése era un adiós disfrazado, pero supongo que, en el fondo, preferí quedarme con la sensación de que todo iba bien y de que nos veríamos al día siguiente.

Pero no lo hice. No volví a verlo.

Cuando subí horas más tarde, ya se lo habían llevado, Lola no estaba y Ander lloraba en un rincón. Cuando llegué, mi hermano se había marchado y me había dejado solo en una vida por la que me aterraba aprender a caminar sin él.

Se marchó y yo me quedé.

* * *

He tardado casi cuatro años en hacerlo, en acostumbrarme a estar sin él, en levantarme por las mañanas y no enfadarme al pensar que se fue demasiado pronto.

He tardado, pero, al final, lo he conseguido y he cumplido cada una de mis promesas.

Le entregué a Tristán todo lo que me pidió, he vivido por los dos, estoy estudiando dirección de cine y, ahora, aquí estamos, contando su historia.

Nuestra historia.

Supongo que éste es un momento tan bueno como cualquier otro para decirlo...

Unai..., yo también te perdono; te perdono por haber muerto.

Tercera parte
Tristán

Prólogo

La miro.

Se ha acercado al terminar su parte, pero se ha quedado en un rincón. Agazapada. Apagada.

Nos separan dos mesas y a mí me parece que son cincuenta.

Me enciendo otro cigarro y aspiro, deseando que no sólo llegue a mis pulmones, sino que se cuele más dentro, hasta hacer que ese dolor se disuelva, se queme y se convierta en humo.

Casi tres años sin verla cara a cara y da igual. Nada ha cambiado.

Sigue siendo mi Lola. Mi niña de ojos negros.

Doy una calada larga y lo apago.

De fondo, la voz de un Marco que ha crecido demasiado nos llega como una canción de recuerdos tristes.

Después me acerco. Ella levanta la vista y la clava en mí; entonces me freno. Me habla con los ojos; me grita; me llora; sigue haciéndolo igual que lo hacía antes. Me pregunta: «¿por qué?». Y yo... y yo sólo suspiro y le pido perdón, en silencio, un silencio que nos devora y que sólo termina cuando Marco se calla y se levanta.

Me arrimo a él y le digo que ya estoy preparado para seguir con mi parte. Con la última que falta para terminar con esto. Con la que es posible que lo cambie todo; a ella; a mí; a ese nosotros que perdimos, si es que aún queda algo de él. Aunque sea mentira. Aunque no lo esté. Aunque me sienta un imbécil y un suicida.

Me siento y empiezo justo por donde lo había dejado.

En el mismo instante en el que le he dicho a Lola por primera vez que la quería.

Frente a una cámara.

Después de tres años sin verla.

Después de lo que nos hice.

Tristán y el corazón roto

Nunca imaginé que el amor fuese abrazar muy fuerte a la otra persona para intentar juntar sus partes rotas. Rodearla con los brazos para agarrarla y evitar que caiga.

Aunque no sea correspondido.

Nunca imaginé que amar fuese sostener el corazón del otro, mientras el tuyo, en silencio, llora.

Y eso duele.

Dolía.

Estando allí, con Lola entre mis brazos, dolía como nunca antes me había dolido nada. Llevaba mucho tiempo haciéndolo, tanto como hacía que la conocía.

La quería. No sabía ni siquiera de qué forma, pero es que en eso consiste, ¿no? En querer de todas las formas posibles. De hacerlo sin más, por dentro, por fuera, a todas sus partes y a sus mil versiones. A la Lola divertida, pero también a la impertinente. A la generosa y a la inmadura. A la de los labios rojos y a la que eructaba en la mesa. A la de sonrisa permanente y a la de corazón roto.

Y no hablo sólo de *ese* amor, no, porque yo no estaba destinado a aquella clase de relación. Lo nuestro era otra cosa. Hablo del amor en sí, porque eso era lo que yo sentía por ella.

Lola para mí lo era todo.

Y dolía.

Hostias que si dolía...

Y no sabía cómo frenarlo.

Eso, y el miedo, y el no saber actuar. Y la posibilidad de que Lola, mi Lolita, se perdiera del todo y nunca volviera a ser la misma.

La había recogido otras veces; uno a uno, los pedazos.

Elías le había hecho daño, pero en el fondo yo sabía que, cuando lo suyo terminó, ya no se querían. Sólo tiraban de algo que un día pareció perfecto, pero que nunca lo fue. Sólo se trató de un espejismo. Como la mayoría de las relaciones que yo veía a mi alrededor. Y ella se había agarrado muchas veces a ideales que después mostraban su verdad y se desvanecían.

Pero, con él, no.

Cuando lo conoció, lo supe. No necesité más que verle los ojos,

esa expresión, ese brillo, para saber que aquel chico era especial; que estaba a la altura; que la merecía; que sería capaz de darle todo lo que ella quisiera. O quizá no, pero que ella lo intentaría, porque Lola era así. De las que tiraban del barco para que no se hundiera. De las que luchaban por lo que amaban.

Cuando lo conocí a él, sólo fue la confirmación de que era mutuo y de que yo no me equivocaba. Que mi Lola se había enamorado.

Y ¿qué fue lo que sentí? Felicidad. Tristeza. Su ausencia en mis venas por un instante. Sólo uno. Luego quise gritar de alegría por ella, porque se merecía algo grande, algo inmenso.

Algo que Unai parecía capaz de darle.

Que lo habría sido si la vida no hubiera escogido antes por ellos.

O la muerte.

* * *

La abracé durante horas. No importó el tiempo.

Sus piernas flaquearon un momento, hasta acabar en el suelo.

Me dijo, más bien me suplicó, que no quería ir, que no quería verlo. No, así. Que no podía. Que era incapaz sin romperse.

No obstante, ya estaba rota, no se imaginaba cuánto. Los veía, los trozos separándose y haciéndose cada vez más pequeños, tan insignificantes que no sabía cómo íbamos a poder juntarlos de nuevo.

Eran polvo.

* * *

A medianoche, conseguí levantarla. Estaba helada, pese a que la había cubierto con mi cuerpo. Tampoco creo que sintiera nada más allá del dolor.

La llevé en brazos a mi cama y le dije que volvía enseguida. Tenía que ir al lavabo.

En cuanto la solté y la dejé allí sola, se echó a llorar.

Regresé sin pensarlo. Le dije que me mearía encima si hacía falta, que por ella haría lo que fuera, y se rio. Así era Lola, capaz de reírse en el peor momento de toda su vida y hacerlo de verdad, casi con ganas.

Prometió quitarse la ropa mientras yo iba al baño.

Cuando volví a su lado, había cumplido y descansaba bajo las sábanas, sólo con la ropa interior y una camiseta que había robado

de mi armario. Me gustó verla así, con una prenda que me pertenecía, como si la protegiera más aún al cubrirse con algo mío.

Me quité yo también la ropa y me metí sólo con los calzoncillos.

Quería que me sintiera. Que supiera que estaba a su lado si se despertaba y la realidad la golpeaba con fuerza de nuevo.

La abracé por la espalda y comenzó a temblar.

Quise poder meterme dentro de ella y arrebatárselo todo; el dolor, el miedo, la tristeza; quedármelos para mí. Quise poder hacerlo, robarle todo eso malo y después marcharme y que no volviese a encontrárselo nunca; mantenerla a salvo. Aunque eso supusiera no volver a verla yo en la vida. Tanto era lo que estaba dispuesto a perder por recomponerla.

Sin embargo, supe que ella no me lo permitiría, porque eso también supondría quitarle todo lo vivido a su lado.

Lola sollozaba y yo le acariciaba el pelo, entre susurros.

—Suéltalo, Lola. Déjalo ir.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Pero no quiero...

Tristán y el despertar

Fue un 15 de enero. De algún modo, todos recordamos aquella fecha. En principio, yo no la recordaba por nada en especial, sólo porque tiendo a memorizar un montón de datos que no tienen importancia. Supongo que con el tiempo tomó otro significado.

Yo estaba en mi cuarto escuchando música y mirando al techo. Me apetecía fumar, pero les había prometido a las chicas que sólo lo haría en la cocina, y no me apetecía levantarme. No entendía por qué no me dejaban fumar en mi propio cuarto; menos aún, por qué yo les hacía caso, pero así funcionábamos, éramos una familia sin serlo con unos papeles asignados que respetábamos. Y esa norma para mí se había convertido en irrompible.

Llevaba una mala semana. A veces me ocurría.

El trabajo iba bien. Las cosas en casa, también. Mis padres seguían dichosos en uno de sus viajes, en los que estaban recorriendo el mundo de la mano. Mi hermana era feliz con un nuevo novio inglés.

Pero yo... yo estaba cansado de soportarlo. Me comía por dentro y no sabía pararlo. Era un tirón. Como cuando te drogas y echas en falta el chute. Algo parecido. No creo que esa metáfora diga mucho a mi favor, pero lo sentía igual que en aquella época en la que tuve algún que otro vicio.

Echo la vista atrás y me doy cuenta de que ella funcionó un poco así. Podría decirse que ella lo era; mi vicio.

Lola.

No lo sé. Supongo que no quise darme cuenta antes. O no quise ponerle nombre. O que era un auténtico gilipollas.

Quizá tampoco sea el momento de decirlo en alto después de todo, pero ya no tengo nada que perder. Y cuando alguien no tiene nada que perder es más él mismo que nunca; eso me lo dijo una vez mi abuelo. Creo que tenía razón.

Y, bueno, que era 15 de enero y yo miraba el techo de mi habitación, cuando Elena entró como un vendaval justo mientras estaba pensando en eso, en el tirón, en lo que me provocaba.

—¡Tristán!

—¿No os han enseñado a llamar a la puerta? Que Lola pase, vale, porque es incontrolable, pero tú...

—Lo siento.

Sonreí. Era tan buena que disfrutaba avergonzándola la mayor parte del tiempo. En realidad, me gustaba que hiciese cosas como ésa de vez en cuando, más impulsivas, como entrar sin llamar, saltándose su buena educación y su pudor.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado. —Puse cara de póquer—. ¡David! Quiere quedar un día.

—¿Vas a hacerlo?

—Claro que voy a hacerlo. ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

Elena siempre fue demasiado buena. Dulce, amable, comprensiva, empática, generosa. Poseía todas esas virtudes de las que el resto de la humanidad suele aprovecharse. Yo vivía con el pánico constante a que le hiciesen daño, porque el mundo no era ese lugar bueno y seguro en el que ella creía.

El resto del mundo se parecía más a mí.

—Nada. Disfruta, Ele, pero ten cuidado. ¿Lo harás?

—¿Ya estamos?

—No te enfades, sé que eres fuerte, pero no lo hagas por ti, hazlo por mí. —Le hice un puchero y ella sonrió.

—¿Vamos a buscar a Lola? —Bufé. Siempre me apetecía estar con ellas, pero aquel día el tirón me tenía un poco rayado—. Cerveza, nachos, tus mejores amigas... Venga, yo invito.

—Hecho.

* * *

Lola pasaba parte de su tiempo libre dentro de ese hospital. Yo la admiraba. Lo que nunca me imaginé es que allí fuese a encontrar algo que cambiaría su vida en todos los aspectos. Incluso a sí misma. Incluso a nosotros. Jamás sabemos lo que podemos encontrar a la vuelta de la esquina.

Y aquel 15 de enero nos habló de una sonrisa.

No le dimos mucha importancia, pero la tuvo. Ojalá me hubiese dado cuenta en aquel instante, quizá podría haber cambiado en algo las cosas; o quizá no, pero al menos lo habría intentado.

Aquel día en el que yo pensaba en cómo me sentía sólo por tenerla a mi lado, Lola conoció el amor a través de algo tan simple como una sonrisa.

Y yo sentí que la perdía.

No, eso no es cierto, sino que una parte de mí mismo lo hacía en ese mundo de «ojalás» que nunca se cumplen, que sólo se sueñan en

forma de fantasías.

* * *

El primer día sin él, Lola no hizo nada. Ni siquiera fue Lola.

Parecía una muñeca dentro de mi cama, con la ropa mal colocada, el pelo revuelto y lacio y los ojos perdidos. No dormía, pero tampoco reaccionaba. No despertaba.

Se mantenía en un estado extraño, en un limbo en el que no era nada y a la vez lo era todo.

Me daba miedo pensar en lo cerca que parece estar la muerte cuando una persona pierde tanta vida de repente. Muertos en vida, casi más ausentes que los que de verdad ya no existían. Era curioso lo presente que Unai estaba en nuestras vidas habiendo perdido la suya y lo lejos que parecía estar Lola, incluso oyendo su respiración a mi lado.

Elena le dejó espacio. Sólo entró para ofrecerle comida que le había cocinado ella misma, como siempre hacía, pero que Lola rechazó sin el menor tacto.

No habló. Ni siquiera parecía respirar. La inercia, supongo. La inercia de vivir fue lo que la mantuvo con vida.

Yo paseaba por la casa. Me mordía las uñas y fumaba. Hablaba con su padre y lo tranquilizaba. Me ocupaba de un *Dexter* huérfano.

Hacia las seis iba al hospital y veía a Marco. Le pedía perdón de parte de Lola, pero él no me creía. Después volvía a casa, malcomía algo obligado por Elena, me daba una ducha y de nuevo me encerraba con ella.

Me metía a su lado en la cama y la abrazaba.

No sabía qué otra cosa hacer.

Y el mundo seguía girando, mientras, en aquella habitación, nosotros sólo sobrevivíamos.

* * *

Cuando llevábamos así dos semanas, me cansé.

Bueno, no es que me enorgullezca de esto, pero ocurrió, porque no podía más y la casa me asfixiaba.

Estábamos viendo una película tumbados en mi cama. Ella se apoyaba en mi pecho y miraba la pantalla del ordenador, aunque yo sabía que no se enteraba de nada. Sólo simulaba. Y yo no lo soportaba. Prefería que llorara, que chillara, que me insultara, pero odiaba que fingiera conmigo.

—Lola, mañana vamos a comer con tu padre.

—No.

—Sí.

—No.

Se había convertido en una constante; el que ella fuera impertinente y borde con nosotros y que nosotros se lo permitiéramos. Supongo que hay algo horrible en echarle en cara a una persona su comportamiento cuando está intentando aceptar la muerte de un ser querido, pero me estaba cansando su actitud. No sé si hice bien o no, pero asumí que por mucho dolor que ella albergase, no tenía derecho a comportarse conmigo como una arpía. Mucho menos con su padre.

Cogí aire para no ponerme a chillar o decir algo de lo que fuera a arrepentirme y lo intenté de nuevo, hablándole con una dulzura que no sentía.

—Vale, no iremos, pero tenemos que salir de aquí. Podemos dar un paseo.

—¿Por qué no me dejas en paz y ves la película?

Agarré con fuerza la manta que nos cubría en un puño.

—Porque no puedo.

—Pues inténtalo. Y calladito.

—Vete a la mierda.

Me levanté, quitándola de encima como si me quemara, y comencé a vestirme.

No la soportaba.

A mí también me dolía. La situación. Verla de ese modo. En lo que se estaba convirtiendo. Lola se había centrado en su dolor, como si el resto del universo girase en torno a él y los demás no tuviéramos sentimientos; como si ella lo hubiese querido tanto que los demás ni siquiera supiéramos lo que significaba querer.

Hasta las personas que no lo son se comportan egoístamente alguna vez en su vida, aunque esté justificado.

—¿De qué vas?

—Estoy cansado de esto, Lola.

—¿Acabo de perder a mi marido y me dices que estás cansado? Niñato egoísta...

—Sí, estoy cansado. Además, yo también he perdido a mi mejor amiga.

—¿Qué?

Su voz se rompió un poco, pero no me callé, porque en el fondo sabía que era lo que debía hacer; lo que ella necesitaba oír.

—Permíteme que me canse a veces de estar con esta Lola que no

reconozco.

Me largué de allí sin mirar atrás.

Me dolió. No puedo decir que no, porque estaría mintiendo. Creo que me dolió más a mí que a ella. Pero Lola necesitaba aquello.

Salí. Fui a un bar que frecuentaba. Me tomé dos cervezas. Después un whisky. Cuando iba a pedir el segundo, se me acercó una chica. Era guapa. No como Lola, pero tenía una cara preciosa. La miré. La escuché. Dejé que me tocara el muslo y que su pie se deslizara por mi entrepierna. Di un último trago aguado y entonces la aparté.

Me odié un poco por ello. Por no ser el mismo. Porque aquello nos había afectado a todos. El Tristán de un año antes habría follado con ella en los baños, pero yo ya no era él. Ni siquiera sabía quién era.

La rechacé de malos modos y me sentí fatal por hacerlo, pero estaba jodido y perdido en algo que me venía demasiado grande.

Pensé en Lola y me faltó el aire. En Lola hecha una bola en mi cama. Con las sábanas mojadas por las lágrimas. Sin comprender mi repentina ausencia.

Abandonada.

La había dejado sola. En ese estado. Seguramente, llorando. Odiándome a mí también.

No lo soportaba.

Dejé un billete en la barra y me marché.

* * *

Cuando entré en casa, no había ni una luz encendida. Elena me había dejado la cena tapada con un plato en la encimera de la cocina. Una nota con la orden de que comiera algo me hizo sonreír. Nos cuidaba más de lo que tanto Lola como yo últimamente merecíamos.

Picoteé un poco y, después de pasar por el lavabo, abrí la puerta de mi dormitorio.

La luz estaba apagada, pero un vinilo giraba en el rincón. Una canción de James Bay sobre un amor perdido.

—¿Estás dormida?

—No.

La oí sorberse los mocos y se me rompió el corazón. Me acerqué y me arrodillé frente a ella.

—Lola...

—Te estaba esperando.

—Lo siento...

Le aparté el pelo de la cara y la besé en la frente, suspirando contra su piel.

Ella se incorporó y pasó los brazos por mi cuello.

—Eh, no..., yo lo siento. Perdóname. Estamos todos en esto y a veces se me olvida que no sólo sufro yo.

Respiré algo aliviado al ver a mi Lola de vuelta.

Ella no me soltaba, pero me gustaba tenerla cerca, que me abrazase sin barreras; a veces me daba esa sensación, la de que necesitaba agarrarse a algo por miedo a caer más, a perderse. Y le confesé algo que llevaba tiempo cargando, porque la situación comenzaba a pesarme.

—A mí no me importa que duela, pero no sé qué hacer para que deje de dolerte a ti. No lo soporto, Lola.

Me hizo un hueco a su lado y me tumbé.

—Lo estás haciendo muy bien. Ven aquí. —Apoyó la cabeza en mi pecho; después olisqueó mi ropa y yo me reí—. ¿Has bebido?

—Un poco. Y casi follo, pero no lo he hecho.

—¿Por qué no? Deberías haberlo hecho para poder contármelo todo.

—¿Te habría gustado oír el relato de un polvo rápido y sórdido en un baño sucio?

—Sí. Cualquier cosa me parece mejor que esto. —Señaló su cabeza, esa que no dejaba de pensar en todo lo perdido.

—Puedo contarte la vez que me lo monté con la vecina.

Dio un respingo y alzó su mirada sorprendida hacia mí.

—¿Con la señora García?

—La misma.

—Me estás mintiendo.

Me eché a reír y ella me acompañó. Fue como coger una bocanada enorme de aire cuando llevas mucho tiempo bajo el agua. Pues ahora imaginaos llevar dos semanas. De repente, Lola se rio y sentí que quizá podíamos conseguirlo, que aún había espacio para algo más que para las lágrimas, la tristeza y el dolor. Que aún estábamos nosotros y que, quizá, podría ser suficiente, aunque él no nos acompañara.

—Gracias por volver —susurró, antes de tumbarse sobre mi corazón.

—Nunca voy a irme, nena. Sólo que... algunas veces necesito respirar fuera. Por los dos.

—Y, cuando eso ocurra, yo te estaré esperando. Aquí. En casa.

«En casa.» Sonaba demasiado bien. Demasiado inmenso.

* * *

Al día siguiente, me la encontré con Elena frente a su armario. No me lo esperaba, siendo honesto, pero me sorprendió, como hacía casi siempre. Se había duchado y peinado con esas ondas que le gustaba hacerse con las planchas de pelo. Era la misma y a la vez otra que comenzaba a alzarse sobre la Lola que había perdido a Unai en una cama de hospital.

—¿Qué tramáis?

—Lola nos invita a comer fuera. ¿No es genial?

—Podemos pedir comida china aquí —aporté, porque me daba miedo que fuese pronto, por muchas ganas que tuviera de que saliéramos.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Bien.

Lola sonrió y Elena y yo compartimos un guiño lleno de alivio.

* * *

Fue un buen día. Y vinieron otros mejores. Momentos simples que disfrutamos como si fueran especiales. Una tarde de cine. Ver a Lola volver a interesarse por buscar trabajo, aunque sin mucho éxito. Salir de compras con Elena y, al regresar, dedicarme ambas un desfile de modelos. Cenar en casa entre risas y silencios que no dolían.

Dormir juntos.

Lo hacíamos todas las noches. Nos acostumbramos, supongo. Para mí fue sencillo y pensé en lo jodidamente complicado que iba a ser desacostumbrarme a sus abrazos entre sueños cuando estuviera preparada. Quizá por eso no decía nada al respecto y alargaba el momento.

Ella parecía estar mejor. A veces estaba ausente, pero había vuelto a sonreír, a hacer planes y a ponerse objetivos.

No obstante, no volvió a pisar el hospital.

No, hasta aquella tarde.

Supongo que, junto al 15 de enero y al 9 de agosto, fue la otra fecha que lo marcó todo.

Tristán y la promesa

Se marchó a media tarde. Lo hizo nerviosa, lo cual me parece lógico, ya que no iba como voluntaria, sino que se trataba de una visita personal que le debía a Marco. Un Marco sano, renovado, que aquel día volvía a pisar la vida con nuevos zapatos.

Yo había ido a visitarlo a menudo. No sé por qué. Apenas lo había visto un par de veces, inconsciente en una cama y en la boda de Lola, y no tenía ningún tipo de responsabilidad ni compromiso, pero no pude evitar hacerlo. En el fondo, creo que me daba miedo que odiase a Lola por haberlo abandonado. Porque lo hizo. Pese a que fuera por el peso de su propio dolor. Y porque, joder, sólo era un chaval. Un chaval perdido, sin familia, con su propio bagaje personal.

Nadie merece estar tan solo.

Da igual por qué lo hiciese, siempre somos dueños de nuestras decisiones y de sus consecuencias. Y Lola ahí se equivocó. Y yo cumplí por ella, porque podía y porque quería.

Así que se fue nerviosa en busca de un Marco al que aquel día le daban el alta y que salía del hospital con dieciséis años recién cumplidos y sin más hogar que el que dejaba atrás.

Pasé la tarde escuchando música y fumando. También pensando en cómo la vida une a las personas de repente, aunque lo haga a través de la tristeza y la muerte.

Lola volvió dos horas más tarde, pálida y con el maquillaje corrido. Había estado llorando. Me contó cómo se había emocionado Marco al verla. Un chico que no había sido capaz de soltar ni una lágrima ante la muerte de Unai, porque se las tragaba, se las comía y las guardaba dentro para después compadecerse en soledad, cuando nadie lo miraba. Y, al ver a Lola y poner por fin un pie fuera de aquel edificio que tanto de todos albergaba, se había deshecho en lágrimas.

Ella lo había abrazado. Lo había consolado. Había sollozado también contra su cuello y le había susurrado perdón una y mil veces, mientras le recordaba que siempre serían familia. Después lo había acompañado, junto a la asistenta social, al centro de acogida y se había despedido de él con la promesa de verse pronto.

No obstante, no sólo era eso. Allí había algo más que por fin

veía la luz.

—¿Qué pasa, nena?

—No... no...

Titubeaba, mientras se metía la mano en el bolsillo del abrigo y me mostraba un *pendrive* de color azul.

—¿Qué es eso?

Ya lo sabía. Mi última conversación con Unai había girado en torno al contenido de aquel objeto. Una conversación extraña que se había convertido en un secreto que llevaba semanas cargando y para el que no sabía si estaba preparado. Y ahí estaba. El regalo para Lola que al principio no comprendí, pero que había llegado a ser casi un alivio para mí, sobre todo cuando ella me decía que tenía pánico a olvidarse de su voz, de sus gestos, de cómo se despertaba su sonrisa cuando la veía.

—Es un vídeo. Para mí.

—¿Quieres verlo ahora?

—Supongo.

Suspiré y sentí miedo, y eso que no era yo el que tenía que enfrentarse a ello. Pero algo así asusta. Siempre lo hace.

—¿Estás segura? No hay prisa, Lola. Es tuyo. Puedes hacerlo cuando quieras.

—No sé si estoy preparada. No...

Lola temblaba tanto que se le cayó al suelo; lo recogió inquieta y comprobó que no se hubiera dañado. Le cogí la mano y tiré de ella hacia la cocina.

—Vale. Ven. ¿Quieres una mierda de esas de hierbas de Elena?

—¿Una infusión?

—Lo que sea.

—Vale.

La senté en un taburete y calenté el agua mientras ella miraba fijamente un punto de la mesa. Estaba totalmente ida.

—¿Quieres que lo veamos juntos? Lola, sabes que puedes pedirme lo que...

—No. Esto tengo que hacerlo sola.

Asentí, le serví la bebida caliente y me dejé caer en un taburete frente a ella.

Sólo nos miramos. Hay a quien le incomoda eso, pero a mí no. Con Lola nunca me sentí incómodo en ese aspecto. En otros, quizá a ratos. Pero mirarla nunca fue un problema; casi más una solución.

—¿Qué tal Marco?

—Bien, pero aún me odia.

Se echó a llorar como una niña y yo me levanté y la abracé.

—No te odia. Ese chico te quiere tanto que sería incapaz de odiarte ni un poco. Todos lo hacemos.

—Sí me odia. Y con razón. Soy una persona horrible.

—No, no lo eres. Sólo has estado mal, pero algún día estarás mejor.

—¿Tú crees?

—Te lo prometo.

Después la dejé sola. Lo necesitaba.

Me metí en la cama y fingí leer, pero no podía dejar de imaginármela en su cuarto, con el ordenador sobre las piernas y descubriendo lo que fuera que Unai hubiera dejado para ella.

A las doce, apagué la luz y me quedé ahí, tumbado, sin poder dormir y esperando.

¿El qué? Algo. Una señal. Un ruido. Un sonido. Lo que fuera. Cualquier cosa que me dijera que Lola estaba bien o que me necesitaba. Porque era yo el que necesitaba que ella me necesitase.

Puse música bajito y esperé.

Tardó en aparecer. Creo que el reloj marcaba las dos de la madrugada. Se deslizó dentro de la cama. Yo no me moví, pero supo que estaba despierto.

—He intentado dormir en mi cuarto, pero creo que no voy a ser capaz de volver a dormir sola. Al menos, no por ahora.

Me giré y pasé la mano alrededor de su cintura. Me sorprendió que pareciese tranquila, casi como si se hubiese quitado un peso de encima.

—¿Cómo ha ido? ¿Lo has hecho?

—Sí.

—¿Y estás bien?

—Creo que sí.

Mintió. Lo supo ella y también yo, pero no dije nada.

Nos mantuvimos en silencio. Sólo lo llenaba Love of Lesbian con *La noche eterna* y el sonido de nuestras respiraciones. Hasta que Lola empezó a llorar y me abrazó con fuerza, hundiendo la nariz en mi cuello. Yo cerré los ojos, deseando descubrir cómo hacer desaparecer el dolor. O cómo hacerlo nosotros.

—Te he mentido.

—Ya lo sé.

—Pregúntamelo otra vez.

Tragué saliva y lo hice, sintiendo su temblor sobre mi cuerpo, casi trasladándolo a mi piel.

—¿Estás bien, Lola?

—No, pero lo estaré.

Me gustó saber que ella de verdad creía lo que decía y me odié por dudarlo yo. No es que dudara de Lola, nunca lo había hecho, pero aquello me parecía lo más difícil a lo que me había enfrentado en toda mi vida, aunque sólo fuese manteniéndome a su lado.

Cuando su sollozo se calmó, lo hizo, lanzó la pregunta que había deseado tanto que hiciera y, a la vez, por la que había odiado a Unai en silencio.

—Tristán.

—¿Sí?

—No lo entiendo, pero me ha dicho que te lo pregunte a ti. ¿Cómo... cómo va a hacerlo, Tristán? ¿Cómo podría Unai regalarme todos esos «ojalás» de mi lista?

Tristán y los secretos

Era un día normal. Si es que hubo algo de normalidad aquellas semanas, claro. Yo me había levantado pronto para terminar un encargo del trabajo, Elena estaba en el colegio y Lola dormía ese par de horas que se concedía separada de Unai.

El silencio lo envolvía todo, aunque había pasado a ser algo que a ninguno nos gustaba demasiado. Antes, sí. Siempre había valorado la ausencia de ruido, pero desde que estaba cargado de tanto me revolvía el estómago.

Fue entonces cuando mi teléfono sonó. Podría haberlo ignorado. Podría haberle dicho que no. Podría haber hecho muchas cosas, tomar mil decisiones diferentes, pero, en mi interior, siempre hubo sólo una. Por mucho que me pesase.

—¿Sí?

—Tristán, soy Unai.

* * *

Entré en aquel hospital con una sensación rara en el cuerpo. Creo que me fumé medio paquete de tabaco en una hora. Estaba jodidamente nervioso; aunque más que nervios era incomodidad lo que sentía. Como si el ir allí y colarme en esa habitación fuese una traición para Lola. Joder, ni siquiera sé explicarlo sin parecer un tarado. Pero... es que ése era su hogar, algo muy suyo, algo que era de Lola y de Unai, y que ni a Ele ni a mí nos pertenecía. Era esa parcela de su vida secreta, íntima. Y ella no me había invitado.

Era lo único en lo que podía pensar.

Cuando entré en el cuarto, todas esas dudas desaparecieron.

Unai estaba tumbado en su cama, pálido, con los huesos marcados y una expresión de dolor que yo nunca antes había visto en nadie. Había estado con él días antes en su boda y de pronto parecía otro.

Se lo comía.

Esa mierda se lo comía.

—Pasa. No muerdo. —Sonrió ante su propia broma; apenas podía moverse.

Lo hice y lo saludé con la cabeza antes de sentarme en la butaca

que él me señaló con los ojos. Vi fotos de los dos pegadas con celo sobre el cabecero, vi corazones que el dedo de Lola había dibujado en los cristales y que eran iguales que los que siempre decoraban las ventanas de mi coche, vi sus zapatillas de estar por casa en un rincón, vi a Lola en cada jodido milímetro de aquella habitación triste y gris.

—¿Cómo estás?

—Mal.

—Ya lo veo.

Él sonrió por mi respuesta. Creo que ninguno de los dos creía demasiado en los formalismos. Al menos, no en aquel momento. También me di cuenta de que Unai no dejaba de sonreír. Y que lo hacía de un modo sincero, directo, amable. No sé si siempre fue así, en realidad no lo conocía, o que era el efecto de Lola sobre él, el caso es que comprendí por qué ella se había enamorado de ese gesto. Parecía feliz. Y yo, a ratos, no podía entender que lo fuese.

Qué difícil es ponerse en el pellejo de otros ante circunstancias tan extremas. El simple hecho de verlo allí tumbado, tan débil que parecía que si soplaba desaparecería ante mis ojos, ya me costaba soportarlo. Me resultaba imposible imaginarme viviéndolo en mi propia piel.

—¿Qué estoy haciendo aquí, Unai?

—Tengo que pedirte algo.

Asentí y comenzó a hablar. Lo hizo de un montón de cosas. A ratos mezclaba temas que yo creía que no tenía sentido unir y a otros me contaba historias que pensaba que no me importaban una mierda.

Sin embargo, al final, todo encajó.

Aquella mañana rara en la que Unai y yo podría decirse que nos acercamos, él me habló de Marco, de que quería ser director de cine y que le había regalado una cámara de vídeo la hostia de cara por Navidad. Que la usaban algunas mañanas, en secreto, cuando Lola se marchaba. También me habló de una casa roja en un pueblo perdido de Islandia. Del mural de sueños de Lola, en el que nos había visto bailar un tango a ella y a mí en una playa, y en una lista de cosas tontas que ella escribía por las noches.

Unai me contó que, cuando creía que él dormía, Lola se sentaba en la butaca de cara a la ventana, y escribía una y otra vez en ella. Él la observaba tachar palabras y escribir otras nuevas. Y aquello que, en principio, sólo parecía un modo tonto de pasar el rato y ayudarlo a él a mantener la esperanza, se había convertido en algo importante para Lola. En sus sueños plasmados en un papel. En

todos esos deseos que siempre había querido cumplir con alguien. En las bases de esa historia de amor que Unai y ella nunca tendrían, pero con la que Lola había fantaseado toda su vida.

Yo lo sabía. Lola llevaba buscando el amor desde que la conocía; en hombres que nunca la entenderían, en otros que ni siquiera le gustaban, en miradas, en gestos, en sexo esporádico y un tanto vacío. Lola buscaba algo que ansiaba con todas sus fuerzas pero que se le resistía. Hasta que lo había encontrado en alguien que nunca podría ofrecerse por entero, sino a trozos, sólo de forma efímera.

—Es para ti.

Me entregó la lista y me temblaron los dedos al ver la caligrafía de Lola. Bueno, todo era ella. Había letras en apariencia sin sentido, tachones y pequeños dibujos por toda la hoja. Sus labios marcaban de carmín rojo las esquinas. Estaba manoseada y juro que hasta me olía a ella.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Yo no puedo dárselo, Tristán. Pero puedes ayudarme a que viva todo eso.

Sacó una carpeta de un cajón de la mesilla que estaba a su lado y me la tendió. Estaba llena de documentos. Los miré por encima, mientras Unai me observaba esperanzado, y abrí los ojos sorprendido por todo lo que encontré ahí dentro.

Un jodido mundo de deseos.

—¿Y esto?

—Es para ella.

—No..., yo..., deberías dárselo tú.

—No. No puedo. La conoces. Me lo tiraría a la cara. Tristán, Lola ha creado un mundo aquí dentro que parece real, en el que somos felices, y no sabes cómo se lo agradezco, pero en el que no se nos permite hablar de la muerte. En el que hablar sobre lo que quiero dejarle cuando me vaya no es una opción. No quiero romper eso. No quiero estropearlo. Quiero que sea feliz dentro de lo posible y hasta el final.

Lo entendí. Fue fácil. Y lo fue porque yo habría hecho lo mismo por ella. Estando en un lado o en el otro, yo habría querido que Lola viviera en una burbuja conmigo hasta el último instante. Hasta que la burbuja explotase. Fue tan sencillo comprender a Unai que sólo pude decirle algo, eso que llevaba tanto tiempo dentro de mí, tirando y tirando. Tuve que confesárselo, porque él merecía saberlo y entender también a lo que yo me enfrentaba si aceptaba aquello. Necesitaba que supiese lo que estaba dispuesto a hacer por ella. Sólo por ella.

—Estoy enamorado de Lola.

Alcé la mirada y me encontré con una nueva sonrisa. Sus ojos brillaban. Y los míos se humedecieron. Ni siquiera sabría decir por qué. Quizá porque compartíamos algo más grande aún que todo aquello. Y lloré. No me avergüenza decirlo. Sentí un par de lágrimas cayendo. Unas lágrimas que él aceptó como si fueran palabras no pronunciadas, disculpas, agradecimientos..., qué sé yo.

—Gracias por quererla tanto.

—Podría decirte lo mismo.

Porque sí. Eso era todo. La queríamos tanto que eso bastaba; cuidarla como podíamos; aceptar la versión del amor que el otro pudiese darle.

Asentí, cogí todos aquellos papeles en forma de promesas por cumplir y le dije adiós con la mirada antes de salir de allí, sabiendo que no volvería a verlo jamás.

Tristán y la verdad

—Lola, di algo.

—¿Qué quieres que diga?

Estaba sentada en el suelo de mi dormitorio. Se abrazaba las rodillas y se balanceaba.

Habíamos encendido la luz y no nos tocábamos desde que me había preguntado aquello y yo había tenido que contarle lo que Unai me pidió un día a sus espaldas.

Era más que eso, porque ni siquiera me miraba.

No soportaba sentirla lejos.

—Algo. Lo que sea. Pídeme que me olvide de esto y lo haré. Dime que rompa esa puta lista y la haré pedazos.

—No...

Fue un susurro. Casi una palabra silbada, pero lo dijo. Y en ese instante supe que lo haría; que lo haríamos. Porque Lola era así, no huía, no se deshacía de lo que hacía daño, sino que lo superaba.

—Dime que rompa la promesa que le hice y lo haré, Lola. Él no me importa una mierda. Sólo me importas tú.

Un silencio. Uno en el que crucé los dedos para que no me lo pidiese, porque al principio no lo sabía, pero quería dárselo todo. Quizá de un modo egoísta, pero deseaba ser yo el que le ofreciera esos instantes que la vida le había robado a Unai y no dejarle la oportunidad a ningún otro.

—Tú nunca rompes tus promesas —dijo bajito.

Sonreí. Ella levantó su mirada llorosa e imitó mi gesto.

—Tú tampoco.

—Pues no lo hagamos.

* * *

Era un cabrón, Unai. Quizá no debería hablar así de una persona muerta, pero era lo único que me repetía cuando, los primeros días, me encerraba en mi cuarto con aquella carpeta y leía una y otra vez las instrucciones que me había dejado.

Había un orden. Un camino. Un final.

Una serie de pasos que cumplir. Un avión que tomar. Una casa que hacer hogar.

Era un cabrón. Y lo digo riéndome, porque, pese a que no lo conocía y a que había conseguido que Lola lo quisiera de ese modo en el que yo nunca supe, me caía bien. Lo admiraba. Y, algo que es aún más importante, lo respetaba.

* * *

Todo empezó como un juego. Ella lo quiso así.

Dejamos pasar los días, porque ambos lo necesitábamos, y decidimos de mutuo acuerdo que no hablaríamos más del tema. Casi como si mantuviera ese halo de secreto que tuvo al principio. Sólo consistía en esperar a encontrar el momento perfecto y, entonces, surgiría por sí solo.

«Es como el juego de la nariz roja», decía Lola. Pero yo... yo no lo veía tan claro.

Nunca he sido un tío que creyese en la magia de las pequeñas cosas, en eso de que si algo ha de ser, acaba surgiendo solo; yo no creía en esa teoría de que lo bonito crece entre los rotos, como Lola me explicaba miles de veces.

Yo creía en otras cosas.

En la música. En imágenes. En ella.

Pese a todo..., ocurrió.

Un domingo, me levanté tarde y me encontré con Lola y Elena bañando a *Dexter* en el jardín. Chillaban como locas, porque el muy condenado no paraba de saltar y de intentar escapar y, cuanto más se reían ellas, más se retorcía él.

Queríamos a esa mata de pelo paticorta, vaya si lo queríamos. Se había hecho un hueco rápido en nuestra vida.

De pronto, Elena movió la manguera hacia un lado y empapó a Lola. Ella se quedó con la boca abierta unos segundos, hasta que reaccionó y corrió detrás de Ele, riéndose a carcajadas e intentando a su vez mojarla.

Fue el primer día en el que Lola pareció Lola y no una sombra de sí misma. Y, entonces, entendí eso que ella me había explicado. Era el momento de dar un paso.

* * *

—Lola, ¿tienes planes?

Levantó la cabeza de su plato y me observó con cautela.

—Sabes que no.

—¿Te importaría acompañarme a hacer un recado?

Asintió y, una hora después, nos montábamos en mi coche con una bolsa de deporte que había llenado de ropa sucia. Lola no me preguntó nada. Lo normal habría sido que lo hubiese hecho. Que me interrogara durante todo el camino; eso es lo que habría hecho la antigua Lola. Pero la nueva... la nueva se mordía el labio y sonreía a ratos, mirando por la ventana. La nueva lo intuía y aceptaba de buen grado aquello que Unai había querido regalarle.

Nunca he conocido a nadie más valiente que ella.

Aparqué cerca. De hecho, se veían las luces de ese local que no cerraba nunca al final de la calle.

Estábamos a finales de septiembre y había llovido.

Recuerdo a Lola callada, a mi lado, más tranquila que en semanas, y sin poder borrar una sonrisa de su rostro mientras esquivaba los charcos. Era casi como... como si lo supiera. Como si estuviese disfrutando de un reencuentro con él. Casi como si Unai estuviera allí, con nosotros, guiando aquello.

Era raro pero bonito.

Abrí la puerta y entré. Había un grupo de universitarios peleándose con una de las máquinas del fondo y una señora doblando sábanas en un lateral. Olía a suavizante.

No hablamos.

Elegí una de las máquinas y Lola me ayudó a ponerla en marcha, porque no había usado un cacharro de ésos en mi vida; las chicas me tenían muy mal acostumbrado. Después sólo nos sentamos frente a ella, los dos en el suelo y con la espalda pegada a la pared. Uno junto al otro. Y observamos la lavadora girar. Dar vueltas.

Supongo que era relajante.

Giré la cabeza y miré a Lola. Sus ojos estaban mojados, pero sonreía. Una sonrisa de verdad. Una sonrisa que albergaba demasiado. Una sonrisa de las que la vieja Lola regalaba sin parar.

Luego cerró los ojos. Y nos quedamos allí cerca de una hora, contemplando mi ropa girar, asimilando que los regalos pueden llegar de muchos modos y con formas diferentes, y sonriendo.

Me acerqué un poco más y rocé mi hombro con el suyo. Necesitaba tocarla.

Lola suspiró.

Su mano se movió muy poco. Lo justo para que nuestros dedos se entrelazaran.

«Mostrarme tu lavandería favorita.»

Aquel día Lola y yo tachamos el primer deseo de la lista.

Tristán y las luces

Teníamos días buenos y días malos. A veces costaba distinguirlos.

La miraba dormir e intentaba adivinar cómo sería el que amanecía, según la tensión que irradiara su rostro.

Yo apenas dormía.

Pensaba. La observaba. La quería.

Buscaba en mi cabeza modos de hacerla feliz, de conseguir que lo malo desapareciera, pero no me daba cuenta de que eso no ocurría. Que nunca pasa. Sólo te acomodas. Aprendes a sobrellevarlo. Te habitúas. Y acostumbrarse al dolor es bastante jodido.

—Lola, Lola... Shhh, tranquila. Estoy aquí.

Algunas noches tenía pesadillas. Nunca me decía con qué soñaba, pero era obvio que se trataba de él. Se despertaba llorando y se abrazaba a mí hasta hacerme daño.

Otras, ella tampoco podía dormir. Entonces hablábamos. De todo. De la vida. Del pasado. Del futuro. También de la muerte.

—¿Crees que hay algo después?

—No.

—Yo quiero creer que sí, que está recorriendo Islandia con una mochila o en alguna playa paradisíaca bebiendo margaritas, pero sé que no.

—O en Las Vegas, en un club de *striptease*.

Me daba un manotazo y yo me reía. Hacía como que se enfadaba, pero sonreía.

—Tampoco me importaría. Creo que se moriría de la vergüenza, ¿sabes?

—¿Sólo lo crees?

—No, no sólo lo creo. Lo sé.

Lola a veces dudaba. Daba pasos en falso cuando hablaba de Unai, como si el poco tiempo en el que se habían conocido ganase a la intensidad. Cuando eso ocurría, yo le hacía decir que no, que no sólo lo creía, sino que sabía exactamente cuál sería su reacción ante una situación concreta.

—¿Crees que puede vernos?

—Dios..., espero que no.

Se tapaba la cara y yo le sujetaba las manos con fuerza,

obligándola a dejarse mirar, mientras nos reíamos como críos con pijamas desemparejados y sin peinar.

—Estás preciosa. Siempre lo estás.

Entonces ella se ponía de costado y juntaba su nariz con la mía.

Y yo me moría por las ganas de besarla antes de dormir cada noche y cada día al despertar, como había leído en aquella hoja que contenía tanto; pero no lo hacía, porque no me pertenecía.

* * *

Tuvimos que hacer un viaje de dos horas para poder dar el segundo paso de aquella lista. Fue un día de noviembre. Hacía un frío del carajo y Lola llevaba un gorro rosa con un pompón enorme. Estaba nerviosa y se mordía el labio sin parar. Pero no hablaba. Sólo buscaba canciones que le gustaban cambiando de emisora una y otra vez, hasta que daba con una. Nunca elegía nada que a mí me horrorizara, pese a que nuestros gustos musicales discrepaban bastante.

En aquel momento, cuando la feria se alzaba frente a nosotros y las luces y el olor a palomitas y gofres se colaba por las rendijas de ventilación del coche, *Wrecking Ball* sonaba de fondo y Lola abría la boca un segundo, antes de cerrarla de golpe.

Contenía el aliento. Lo hizo hasta que el motor se apagó y el silencio regresó.

Entonces le puse la mano sobre la rodilla. Ella asintió, pero, cuando abrí la puerta, dudó.

—Dame un segundo.

—Tranquila. Estaré fuera.

Salí, dejándola sola, y me encendí un cigarro apoyado sobre la carrocería. Metí la otra mano en el bolsillo y recordé la última vez que había ido a la feria. Tenía quince años y eché un polvo en la atracción de los espejos. Pese a ese recuerdo, nunca me había gustado. Había demasiadas luces. Demasiado ruido. Demasiada gente. Pero a Lola, sí. Me lo había pedido mil veces cuando la ponían en la ciudad y siempre me había negado. En ese instante, me arrepentía de haberlo hecho.

—Vamos.

—¿Estás segura?

Sonrió como respuesta y volví a sentirlo, volví a percibir que Lola conseguía traerlo de vuelta. Como si se preparase a sí misma para hacer aquello con Unai, aunque él no estuviera presente.

Dimos un paseo, contemplamos los puestos y nos reímos de lo

mala que era la gente tirando con la escopeta. Bebimos vino templado y dulce, y nos paramos ante las risas de los niños que brincaban en las camas elásticas.

—¿Sabes en qué piensan en este momento? —me preguntó.

—¿En qué?

—Creen que tocan el cielo.

Los observé. Saltaban con las manos en alto y simulaban rozar algo que los adultos no éramos capaces de ver; Lola sí podía. Lola siempre vio mucho más de lo que yo alcanzaba a comprender.

Cuando llegamos a la noria, su mano se apretaba dentro del bolsillo de mi cazadora; con fuerza; con ganas; con miedo.

—¿Has montado alguna vez?

—Con mi hermana. Tenía nueve años; ella, doce. Me pasé todo el viaje fingiendo que me caía hacia abajo y asustándola. ¿Tú?

—Con mi padre.

Nos subimos al pequeño cubículo. Lola dijo que siempre le habían recordado a cáscaras de nuez. Después nos callamos y observamos la ciudad que nos rodeaba; una ciudad desconocida en la que estaba anocheciendo. Con sus luces. Sus hogares. Una ciudad que a su vez desconocía lo importante que era ese instante para una chica con un gorro rosa. Con Lola llorando en silencio y sonriendo a la vez, subida a una noria que giraba sin descanso.

Cuando se paró, nos pilló casi arriba del todo.

—¿Puedes sentarte a mi lado?

Me levanté y lo hice. Ella apoyó la cabeza en mi hombro. Y comencé a sentirlo. El amor. El dolor. Una ansiedad horrible dentro de mi pecho. Un hilo tirando y tirando...

Lo odiaba y, a la vez, era lo más bonito que había experimentado. Era como el efecto inmediato de aspirar el humo cuando llevas horas sin fumar. No te gusta, pero lo necesitas, y la sensación..., joder, la sensación es la mejor del mundo.

—Lola...

—¿Sí?

Pero no le dije nada. Sólo pasé el brazo por sus hombros y la estreché contra mi cuerpo, y la abrigué, y la sostuve. Y la quise. Porque también se puede querer en silencio, en secreto, tan desde dentro que sólo lo sabes tú.

Al bajar, seguía triste. Eso había comenzado a preocuparme. Era normal que esos instantes que estaba viviendo sin él lo fueran, pero yo no deseaba que la tristeza lo enturbiara todo. Y Unai, tampoco. Él había sido capaz de encontrar con ella felicidad en esas últimas semanas llenas de dolor y yo también quería hacerlo. Quería que

esos nuevos recuerdos no fueran tristes, sino, al menos, agridulces. Quería ser tan bueno para ella como lo había sido él.

Así que me esforcé.

Le compré un algodón de azúcar y le fui robando trocitos según caminábamos.

Al principio, ella no decía nada. Pero, a la tercera vez, comenzó a despertar. Cada vez que yo lo intentaba, me esquivaba, corría delante de mis pasos y soltaba pequeñas risas. También empezó a retarme con la mirada, a pelear, a volver a brillar mucho más que todas esas luces que nos rodeaban.

—¿Me estás vacilando?

Ella se rio a carcajadas y echó a correr entre la gente. La seguí. Me choqué con una familia y recibí un par de insultos, pero no importó. Hasta que la vi desaparecer en el interior de la casa del terror.

Tiré un billete en la caseta y me colé, aunque el feriante me gritó que el pase ya estaba completo.

La luz iba menguando. Fantasmas bastante poco logrados salían de las paredes. Una chica disfrazada de zombi me agarró de la camiseta. Terminé en un pasillo lleno de telas de araña y, entonces, la oí gritar.

Entré en una especie de salón lleno de retratos en los que las cabezas se movían y la vi. Estaba escondida detrás de un sofá. Pretendía asustarme. Me colé por un lateral y me planté detrás de ella. Acerqué la boca a su oreja y le susurré, mientras la agarraba por la cintura y la levantaba del suelo:

—Tú a mí no te me escapas...

Dio tal grito que unos chavales explotaron en carcajadas.

La apoyé en una pared, mientras ella pataleaba, y sólo entonces las risas desaparecieron y todo se volvió denso.

Estaba oscuro, nos rodeaba humo falso y respirábamos con fuerza.

Di un paso y la sujeté con ambas manos por las caderas. Después me humedecí los labios antes de acercarlos a su cuello.

Ella no se movió.

—Lola...

Le dejé un beso sobre los latidos que saltaban en su garganta. Y quise dejarle un rastro de ellos... Y quise hablarle... Y quise decirle que a mí aquello también me hacía daño. Pero no pude. Porque no consistía en eso.

—¿Eres un vampiro?

Su susurro me hizo reír.

Eso era. Un juego. Un regalo. Un modo de volver a hacerla feliz.

Sólo eso.

Le mordí el cuello y nos marchamos.

Yo el mordisco lo sentí por dentro.

* * *

La dejé durmiendo horas más tarde en mi cama. No sé por qué digo *mi* cama, porque era suya. Cada rincón de esa habitación ya lo era.

No podía pegar ojo. Estaba inquieto. Siempre he sido de esas personas que transmiten calma y casi indiferencia, pero que por dentro son un puto terremoto continuo. Eso era. Un tsunami bailando en las tripas.

Me senté en la cocina y me encendí un cigarro.

Tenía una sensación extraña desde que habíamos regresado de la feria. Era como si me faltara el aire; como si Lola y yo estuviéramos compartiendo tanto que me estuviese dejando seco. Como una planta que se te muere por regarla en exceso. Algo parecido.

Apenas podía comer. Sólo velaba por ella; sólo fumaba; sólo me regodeaba en todo eso que nunca sería y en darle lo que pudiera. Moviéndome entre esos dos extremos sin llegar a quemarme.

—Tienes que parar.

—¿Qué?

Elena apareció de repente. Estaba en pijama y me miraba con una expresión que no me gustaba; no era lástima, era algo que me resultaba aún peor; eran certezas dentro de sus ojos. Como si viera todo lo que estaba sucediendo en mi interior y me recriminase por ello. Como una madre que sabe que te estás ahogando y te avisa antes de que el agua te llegue al cuello.

—Tienes que dejar de hacer esto. Te está matando.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. Todo el mundo lo sabe.

—Lola, no.

Ella negó con la cabeza y se acercó. Parecía una niña, con su rostro dulce, sus ojos llenos de cosas buenas, su pijama rosa con lazos.

Se aproximó a la nevera y sacó una de esas jarras que siempre teníamos disponibles con zumo de frutas naturales. Nos cuidaba más de lo que merecíamos.

—No. Lola, no. ¿Quieres un poco de zumo? Pomelo y fresa.

—Gracias. —Dudé, pero al final lancé la pregunta, porque la

necesitaba; necesitaba sostenerme en alguien, aunque fuese sólo durante unos minutos en una noche—: ¿Tú quieres?

—¿Es tu modo de pedirme que me quede? —Sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

En aquel momento fui consciente de que Elena siempre estaba ahí, para mí, para Lola, para nosotros, y yo llevaba demasiado tiempo lejos de ella.

—Ele..., no...

—Lo sé.

Puso una mano sobre la mía y la apretó con cariño. Después se sentó a mi lado y allí nos quedamos, uno junto al otro, con los brazos apoyados en aquella isleta que nos había visto tantas veces charlar, reír, llorar, crecer.

—¿Desde cuándo? —le pregunté, porque era la primera vez que asumía en alto que ella sabía lo mío con Lola.

—¿Te acuerdas de aquel día que cenamos pizza y Lola hizo mojitos? Nos sentamos descalzos en el porche y estuvimos hablando hasta las tantas. Fue divertido.

Recordé aquella noche. Era verano. Lola y yo habíamos pasado unos meses malos porque no encontrábamos a nadie con quien compartir los gastos de aquella casa, hasta que, dos días antes, había aparecido una chica en la puerta. Traía en una mano el anuncio que habíamos colgado en el tablón de una universidad y una maleta en la otra, como si hubiera dado por hecho que la aceptaríamos sin más y que encajaría. Y así fue. Dos días después nos contaba por qué se había tenido que ir de casa y bebíamos mojitos en aquel porche.

—Pero eso fue el primer día que cenaste con nosotros.

—Sí. Pues desde ese día, Tristán.

—Nunca me has dicho nada.

—¿De qué serviría? Además, es tu secreto. Debes compartirlo con quien tú quieras.

Le di las gracias en silencio. Sin embargo, tuve que preguntárselo también, aunque supiera de antemano que no iba a gustarme la respuesta.

—¿Y por qué ahora?

Ele se giró y clavó sus ojos verdes en los míos. Estaban húmedos. Y un poco decepcionados. Me sentí culpable.

—Porque quiero a Lola. Pero también te quiero a ti.

—Yo también te quiero.

—Ya lo sé.

Y me di cuenta en ese mismo instante de que era verdad, pero

también lo era que habíamos empezado a excluirla sin querer. No, quizá queriendo.

Ése fue el principio de un triángulo disolviéndose en aquella casa, y también supe que no había nada que poder hacer para remediarlo. Las cosas pasaban. Las personas, también. Y Lola y yo habíamos pasado a ser dos piezas que querían a una tercera, pero que ya no la necesitaban.

—Lo siento.

—También lo sé.

Nos mecimos en un silencio algo tenso, hasta que lo rompí con lo primero que se me pasó por la cabeza. Y me odié de nuevo, porque habíamos estado tan centrados en el dolor de Lola que se nos había olvidado a ambos la felicidad de Elena. Habíamos dejado que lo malo ganase terreno hasta un punto en el que habíamos dado de lado a la gente que nos importaba y que ahí seguía.

—¿Qué tal con David?

Su rostro se iluminó.

—Gracias por recordar su nombre —bromeó; yo puse los ojos en blanco—. Y bien. Me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos.

—¿Vas a hacerlo?

—Creo que sí. Creo que esta casa ya se ha convertido sólo en vuestra.

Tristán y la piel

Diciembre llegó entre cajas de mudanza y esos compromisos de los que no puedes escapar sin parecer una persona horrible, aunque odiemos. Al menos, yo los odiaba. Tenía una familia cercana a la que le encantaba juntar a los tropecientos primos en cuanto surgía una excusa para hacerlo, y la Navidad era la más grande de todas.

Ele se marchó un domingo en el que llovía a mares.

Recuerdo a Lola sentada bajo una manta, pegada a la ventana. Miraba la calle. El único árbol de nuestro jardín estaba decorado con un puñado de bolas rojas y un espumillón dorado. Bajo el agua que caía, la imagen resultaba triste.

—Ya está todo.

—Bien.

David se despidió de nosotros y se metió en el coche, dándonos intimidad para decirle adiós a Ele. No para siempre, aunque sí cerrábamos una etapa que, ninguno lo sabía, pero nunca volvería. Ni siquiera creo que fuéramos los mismos por entonces.

—Os he dejado el congelador hasta los topes.

—No vamos a morir sin ti, Ele —le dije. Aunque creo que los tres lo dudábamos.

—Lo sé, pero sí que es posible que comencéis a alimentaros a base de patatas fritas de bolsa y vodka. Al menos, me voy con la conciencia tranquila.

Lola se rio y la abrazó con fuerza. La tapó con su manta y así se quedaron las dos un tiempo que a muchos les parecería demasiado largo o incómodo, pero que en ellas tenía sentido. Creo que llevaban tantas palabras calladas que decidieron decirlas todas por medio de aquel abrazo.

Cuando se separaron, ambas lloraban. Lola volvió a ocupar su lugar junto a la ventana y yo acompañé a Ele a la puerta. *Dexter* daba saltitos a su alrededor reclamando su atención.

—Oh, mi pequeñín... —susurró.

—Tranquila, puedes venir a sacarme de paseo cuando quieras —le dije, como si se refiriese a mí en vez de al perro.

—Lo sé.

Le dio unos cuantos besos en la cabecita y estornudó, como cada vez que su nariz percibía su pelo. Luego él se marchó tan contento,

ajeno a todo lo que englobaba esa despedida.

Después me miró a mí.

Ele siempre había tenido una de esas miradas claras, francas, transparentes; de esa pureza un tanto infantil. Pues en aquel momento me di cuenta de que ya no era la misma; se había oscurecido, había madurado; quizá, había aprendido y ésa era una de las consecuencias de lo que habíamos compartido bajo aquel techo. No sólo lo bueno, sino sobre todo lo malo.

La tristeza tiene un poder demencial sobre las personas.

—No fumes en tu cuarto.

—No lo haré.

—Y sigue haciendo zumos. Es el único modo de que comáis fruta.

—Tranquila. Me has hecho adicto a esa mierda.

—Y no la sueltes.

Su voz se quebró.

—Te lo prometo.

—Pero tampoco te caigas.

Asentí y la abracé.

Le susurré que la quería y que siempre sería su casa. Aunque ya fuese mentira. Aunque quizá me refiriese más a ese abrazo y no a aquel lugar. Pero no importó, porque fue bonito. Luego la vi marchar y pensé en todo lo que se iba con ella en aquel coche. Una parte de mí lo hizo, sin duda. Y de ella. Y de Lola. Y de esa juventud que se marchitaba a pasos agigantados sin cumplir años.

Cuando regresé, me acerqué a la chica triste de la ventana. Pasé los brazos por su espalda y apoyé la barbilla en su hombro.

—No llores. Estará bien. No ha resultado tan mal tío como yo pensaba.

—Lo sé. En realidad, no lloro por eso.

—¿Por qué lloras, entonces?

—Es triste.

Señaló el desangelado árbol de Navidad que adornaba el jardín y yo asentí. Lo era. Era la hostia de triste. Era casi como una extensión de nosotros. A ratos pensaba que eso era lo que ocurría, todo lo que tocábamos lo teñíamos de ese dolor que Lola arrastraba.

—Algún día, nos dará manzanas.

Lola se rio a la vez que se secaba las lágrimas.

—No es un manzano, Tristán. Ni siquiera sé lo que es. Es un palito con hojas verdes.

—Bueno, pero algún día no lo verás triste. Lo verás bonito, porque es nuestro árbol.

—¿De verdad lo crees?

—De verdad lo creo.

Me abrazó a su vez, entrelazando las manos con las mías sobre su estómago, y allí nos quedamos; observamos la lluvia y nos despedimos de otra etapa que algún día añoraríamos más que ninguna otra.

* * *

Aquellos días fueron los primeros en los que sacamos tiempo para más gente que no fuésemos nosotros mismos. Lola retomó sus clases de interpretación, aunque seguía sin tener ánimo de trabajar, y a mí me dio lo mismo. Llevaba meses ahorrando cada euro que ganaba y apenas salíamos de aquella casa como para gastarlo.

Yo sólo quería que estuviera bien, que se recuperase del todo.

Pasó tiempo con su padre. Apenas tenían familia, pero volvieron a hacer planes juntos los dos solos e incluso consiguieron que todo pareciese normal. También visitó a Marco a menudo; se conocieron de un modo distinto y se dieron cuenta de que, incluso sin Unai, ya eran de esa familia que aparece por el camino y que se queda para siempre.

Yo aproveché e hice lo mismo con los míos. Me puse al día con amigos a los que, prácticamente, había abandonado. Y pasar algunas de esas tardes sin vernos fue como si nos ayudara a retomar fuerzas.

Es agotador; el amor; el dolor. Cuando llevas tanto tiempo dando todo lo que eres a alguien para que pueda levantarse cada mañana, llega un punto en el que hasta respirar cuesta. Así que la Navidad nos trajo el regalo de volver a coger aire limpio y nuevo.

No obstante, nos echábamos de menos. Era un hecho.

Cuando yo regresaba tarde, Lola ya me esperaba en la cama. Si estaba dormida, la abrazaba por detrás y ella sonreía entre sueños.

—Qué bien que estés aquí, Tan Tan... Sin ti no puedo dormir —susurraba.

Y era mentira. Había empezado a dar pasos sola, lo veía constantemente; a poder dormir sin mí, aunque no quisiera hacerlo. Pese a ello, daba igual, porque nos gustaba pensar que aquello sería siempre así a partir de entonces, que estaríamos juntos y lo demás poco nos importaba. No nos planteábamos qué pasaría al día siguiente, porque no mirábamos al mañana.

Cuando ella llegaba tarde, yo la esperaba fumando en la cocina. Charlábamos y la obligaba a comer. Había adelgazado un montón

entre aquellas paredes de hospital y me preocupaba que se le olvidara algo tan básico y nunca se recuperara.

—Intentas cebarme. ¿Vas a cenarme en Año Nuevo? —bromeaba. Pero obedecía, se sentaba a mi lado y comía despacio, saboreando cada bocado.

Eso también había cambiado. Lola siempre había sido un tanto ansiosa, pero ya no. De pronto se tomaba su tiempo, analizaba las cosas, paladeaba los momentos, abría mucho los ojos a instantes que antes devoraba sin meditar... Eran deslices, pequeños detalles que aceptábamos y que nos recordaban que cada acontecimiento importante de la vida influye a tantos niveles que es como si tu mundo se desestabilizase.

Y, entonces, llegó el tercer punto de aquella lista.

* * *

Era el día después de Navidad. Lola me había regalado el típico jersey navideño con un reno dibujado y yo a ella unas orejeras de color rojo con brillantina. Parecíamos dos locos con subidón festivo, en lugar de dos personas superando miedos.

Caminábamos dados de la mano por el centro. Ella callada pero nerviosa, y yo..., pues yo tengo que confesar que iba jodidamente ilusionado. Supongo que aquel regalo de Unai no dejaba de ser también un poco para mí. Llevaba años pidiéndoselo y nunca la había convencido, y allí estábamos, frente al estudio de tatuajes de mi amigo Nacho. Ella, a punto de tachar un deseo de su lista y yo, ansioso por hacerme cualquier chorrada que significara aquel recuerdo compartido con ella.

—No irá en serio, ¿verdad?

Se quedó clavada en el suelo y tuve que empujarla por la espalda.

—Tenemos cita a las siete, nena.

—¿¿Tenemos??

Abrí la puerta con una reverencia y Lola entró, boquiabierta y sin parar de soltar risitas nerviosas, mientras yo notaba cómo frenaba con la mano apoyada en su abrigo.

Si alguien nos veía desde fuera, parecíamos una pareja a punto de compartir algo eterno, pero no lo éramos, y a ratos se me olvidaba que no se trataba de mi propia piel.

—Ei, Tristán. ¿Cómo estás?

Nacho y yo nos saludamos con un abrazo y, después de lanzarnos un par de preguntas de esas casi triviales sobre el tiempo

que hacía que no nos veíamos, él reparó en Lola. Nos conocíamos desde hacía años y, aunque no éramos íntimos, sí que lo consideraba una persona de confianza. Al fin y al cabo, un tío que te tatúa cicatrices de tinta en la piel debería serlo siempre.

—Hola, tú debes de ser Lola.

Ella le plantó dos besos, de ese modo en el que hacía las cosas Lola, un poco de sopetón, un poco por sorpresa, y con ese encanto que todo el mundo veía en ella al instante.

—Hola. Encantada de conocerte. —Después se puso a parlotear sin sentido, observándolo todo con interés y muerta de miedo ante lo que estaba a punto de hacer gracias a Unai—. No sé si estoy preparada para esto. ¿Duele? Y si me desmayo, ¿qué pasa? ¿Tienes algún desfibrilador por ahí? ¿Pones anestesia? ¿Puedo coger un caramelo?

Nacho le ofreció el platillo y ella cogió tres. Se metió uno en la boca mientras nosotros no le quitábamos ojo, hasta que se echó a reír como una niña y habló:

—Bueno, ¿empezamos o qué?

* * *

—Tómate el tiempo que necesites. Esto es para siempre, Lola.

Asintió y se paseó por el local. Estaba lleno de catálogos y revistas con imágenes ordenadas por temáticas. Tribales, naturaleza, *new school*, maoríes... Nacho me miraba de reojo de vez en cuando, como si no entendiera muy bien lo que estaba ocurriendo y quisiera que yo se lo explicase. Yo miraba a Lola. No obstante, no podía compartir eso con nadie más; aquello era algo demasiado suyo; o demasiado nuestro. Los límites a veces se volvían un tanto difusos.

Al final, desistió y nos dejó solos.

—Estaré preparando el material.

La dejé hacer. Buscó y meditó durante casi una hora cuál era el diseño perfecto. Cogía una revista, señalaba una página y después la volvía a dejar. Pintarrajeaba en una libreta ideas propias, porque Nacho le había explicado que si quería algo en particular no muy complicado nos lo podía diseñar en el momento. Pero Lola no parecía decidirse.

Yo sólo la observaba en silencio y me escapaba de vez en cuando a fumar fuera.

En uno de esos viajes, al regresar, la vi con una fotografía entre las manos y la ilusión en el rostro. Y quise que fuera por mí. Todo lo

llenó un sentimiento egoísta que no pude ni tampoco quise reprimir, por muy mal que me hiciese sentir.

—Lo tengo.

Me enseñó una hoja. Después sonrió, como si esperase mi aprobación, a pesar de que con Lola no funcionaban así las cosas y, si se le metía entre ceja y ceja tatuarse un maldito donuts rosa, lo haría por encima de cualquiera.

Me asomé y lo vi. Era un pequeño triángulo. Su silueta. Sencillo y discreto. Lo bonito de aquel diseño era el significado que albergaba cuando otra persona se tatuaba, a su vez, el relleno, como veíamos en la fotografía.

Sentí una punzada desagradable en el pecho.

—Lola...

Ella negó con la cabeza al captar enseguida mis dudas.

—No lo entiendes. Es perfecto.

—Pero él no puede...

Ni siquiera sabía cómo planteárselo. A mí me daba igual qué se tatuara, sólo el hecho de hacerlo era lo realmente importante, pero aquello... aquello me resultaba tan jodidamente triste que me ahogaba. Yo no quería que, cuando lo viese sobre su piel, recordase que faltaba la otra parte; yo no deseaba que se tatuara a medias, que esos trazos de tinta significaran carencias, sino recuerdos bonitos.

No obstante, sus siguientes palabras me devolvieron no sólo el aliento, sino algo más de dentro que no sabía que me faltara hasta ese punto.

—¿Cuál prefieres tú? Yo creo que me quedo con el vacío. Sí, sin duda, tiene que ser ése.

Tragué saliva y parpadeé. Me temblaban ligeramente las manos.

—Pero esto no... Éste no es el trato.

Entonces me cogió la mano y se la llevó al pecho. Pese a su inquietud, su corazón latía lento, tranquilo, seguro.

—Tú formas parte de esto. Él lo quiso y yo también. Y quiero hacer esto contigo, Tristán. Creo que sólo tendría sentido hacerlo si es contigo.

Me dio un abrazo rápido pero sentido. Yo suspiré contra su pelo y la agarré con fuerza por la espalda. Después observé el dibujo y pensé en nosotros. Y en él. En las tres partes de un nuevo triángulo que habíamos formado. Era perfecto. Y, sí, yo también deseaba hacer aquello.

—¿Por qué el vacío? —pregunté; quería entender su elección.

—Porque es como me siento. Y tú estás llenando todo eso, poco

a poco. Tú eres lo que hay dentro.

Asentí y le dejé un beso en el pelo, antes de entrar en la sala con el corazón a mil por hora y completamente en sus manos.

* * *

Lola gritó. También insultó a Nacho y se sumió en un ataque de risa un tanto histérica que acabó por contagiarnos a los tres. Hacía tiempo que no se reía así, casi faltándole el aire, y fue increíble formar parte de ello. Al ver el diseño terminado, se mareó y tuvimos que tumbarla unos minutos sobre la camilla con las piernas alzadas. Para ser tan valiente en el resto de su vida, era una auténtica cobardica si se trataba de dolor físico.

Cuando Nacho me tatuó a mí, ella no dejó de mirarme ni un segundo a los ojos. Y yo lo sentí, no sólo la tinta entrando, sino que ella también lo hacía, se colaba, se deslizaba entremedias de los trazos.

Salimos de allí riéndonos y felices. Ambos sabíamos que no duraría mucho, pero a veces creo que ésos son los momentos que más recuerdas, los que son felices de la hostia precisamente por su condición efímera.

Pasamos aquella noche en el salón, viendo una película, mientras Lola no apartaba los ojos del borrón de tinta que expulsaba su piel por debajo del filme transparente, como si la imagen en sí le mostrase más cosas que yo no supiera ver.

Yo la miraba a ella, mientras me decía que no, que el tatuaje no era perfecto porque representara los tres lados de aquella extraña ecuación que Unai, ella y yo habíamos formado, ni porque yo llenase a esa Lola vacía, sino que lo era porque ella era mi continente.

Lola me sujetaba, me contenía.

Lo que no sabía era cuánto aguantaríamos sin que yo rebosara.

Tristán y las alas

El nuevo año llegó con nosotros tachando otra línea de su lista sin ser conscientes de que lo hacíamos. Es extraño cómo la vida a veces actúa por ti, da pasos adelantándose a los tuyos propios. Y eso hicimos.

Ocurrió en Nochevieja. Yo no quería salir, siempre he odiado esa celebración, pero Lola me contó que había una fiesta en un garito al que nos gustaba ir a escuchar música en directo. Sólo el hecho de que ella quisiera salir ya suponía un cambio, así que acepté.

Cenamos en casa de su padre. Creo que mi madre aún no me perdona que aquel año decidiera no hacerlo con ellos, pero me apetecía acompañar a Lola aquella noche.

Había aparecido días atrás como un vendaval en la cocina. Le temblaba el labio y se movía de un lado a otro como si no pudiera respirar.

—Eh, nena, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre?

—No... no...

—Ven aquí.

La cogí y la senté sobre la encimera. Después la agarré por las mejillas y respiré con ella. Una y otra vez..., una y otra vez..., hasta que retomó el control y sus ojos se llenaron de dolor en forma de lágrimas que limpié con los dedos.

—Dímelo.

Tragó saliva y las palabras salieron en pedazos pequeños que yo recogí como supe, acariciando sus brazos y dándole calor.

—Nunca pasé una Navidad con él. Nunca... nunca sabré si le gustaba romper el papel al abrir un regalo. Nunca lo besaré con la última campanada... Nunca...

A veces pasaba. Las carencias sin suplir regresaban con fuerza, esas dudas que Lola albergaba de si lo suyo con Unai fue lo suficientemente importante para marcar su vida de esa manera. No habían celebrado ningún cumpleaños en común, ninguna fiesta importante, ninguna comida familiar, no habían acudido a ninguna boda como pareja. Nada.

—Nunca lo harás, es verdad, pero hiciste otras muchas cosas más esenciales, Lola.

Asintió para sí. Luego dudó, pero al final se humedeció los labios

y habló, con la voz temblorosa de quien decide creer que cuando un sueño se rompe se puede seguir soñando.

—Empieza el año conmigo.

Tragué saliva. Y por una milésima de segundo quise decirle que no, porque cada vez me sentía más vacío según le iba dando poco a poco trozos de mí y, a la vez, más lleno que nunca; tanto que sentía que las emociones me rebosaban sin control.

No lo comprendía. Dolía y calmaba. Todo a la vez.

El amor es la hostia de complicado.

—¿Tendré que bailar?

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. Yo la sentí grande. Es la inmensidad que sólo vive en las pequeñas cosas.

—Lamento decirte que probablemente.

* * *

Aquella última noche del año, Lola estaba preciosa, con un vestido negro por las rodillas, uno de sus moños y sus labios rojos. Yo estaba como siempre, resultón según mi madre y un tanto dejado para Lola, aunque me puse una camisa que guardaba sin estrenar para no tener que oírla por detrás diciéndome que planchara alguna de mis camisetas.

Fue una noche normal. Tan normal que resultó especial.

Nos costaba mucho sentir eso, la normalidad que nunca se aprecia cuando se tiene, pero que cuando falta... cuando falta es casi como un regalo.

Nos despedimos de Domingo a eso de las once y llegamos al bar antes de tomar las uvas. Odiaba las uvas. Lola me prometió comerse las mías si hacía falta. Al final no lo hizo, sino que jugamos con ellas tirándonoslas a la cara.

Parecía contenta. Yo también lo estaba. Al menos sentía ese cosquilleo de la anticipación por las cosas buenas.

Cuando entramos, una chica cantaba una versión preciosa de *A Waltz for a Night* sólo acompañada con la guitarra, como una versión nacional de Julie Delpy en *Antes del atardecer*, una película que a Lola le encantaba. Me lo dijo y comenzó a tararearla, mientras yo me encargaba de conseguir dos copas entre el tumulto.

Fue una buena noche. Bebimos, nos reímos, brindamos y, por unas horas, olvidamos quiénes éramos más allá de en los que nos convertíamos cuando estábamos ella y yo solos.

Empezamos el año con una botella de cava en la playa. Tuvimos que coger un taxi que nos cobró un riñón para llegar, porque nos

pillaba a unos cuantos kilómetros. Hacía un frío que provocó que nos castañearan los dientes, pero lo hicimos porque nos apetecía, y porque era algo muy nuestro que hacía demasiado que no compartíamos.

Llevábamos tantos meses siendo Unai, Lola y después Tristán, que se nos había olvidado lo que era ser sólo nosotros. Tristán y Lola. El chico triste y la chica de ojos negros. Me hacía gracia pensar que habíamos intercambiado los papeles.

Nos sentamos en la arena. Estaba húmeda, pero tampoco importaba. Pasé el brazo por su espalda y la acerqué para entrar en calor. Las olas rompían unos metros por delante y se intuía la presencia de la luna entre dos nubes oscuras y densas.

—Echaba de menos esto. —Lola rompió el silencio.

—Yo también.

—Me echabas de menos a mí. Puedes decírmelo.

—Sí. Pero a ratos estás por ahí. Siempre estás, Lola.

Bebí a morro y le pasé la botella. Ella le dio un trago largo y se le cayó parte por el escote. Nos echamos a reír y se limpió la boca y el vestido con la manga del abrigo.

Me gustaba que conmigo fuera ella misma, sin disfraces. Para eso supongo que ya estaba yo. Escondido. Con ese hilo tirando y tirando de un centro que llevaba su nombre escrito.

Volvimos a casa casi al amanecer. Lo hicimos con los zapatos en la mano y algo borrachos. Pero no sólo por el champán, sino también ebrios de sensaciones. Y es que creo que, aquella noche, Lola comenzó a reconciliarse con esa parte de sí misma que sentía demasiado, porque hacerlo los últimos meses la había consumido. Volvió a hacerlo, conmigo en aquella playa, riéndose, siendo una chica de veinticinco años más y no una que había celebrado su último cumpleaños llorando en la cama. Una chica con todo el mundo al alcance de su mano que se sentía arropada y querida.

Sin él.

Conmigo.

Devoramos las pocas cosas que teníamos comestibles en la nevera. Nos lavamos los dientes juntos y nos pusimos los pijamas nuevos que nos había regalado su padre. Al entrar en el dormitorio, me acerqué al mueble donde guardaba los vinilos y escogí uno. No tuve que pensarlo demasiado. Supongo que hay canciones que nos pertenecen.

Cuando ella llegó yo estaba sentado en la cama y *Blackbird* de los Beatles sonaba entre nosotros. Se colocó el pelo detrás de las orejas y, de repente, me pareció una niña. Quizá aquella Lola de

diecinueve años que conocí un día y que decidió que su vida y la mía irían unidas.

—Aún no hemos bailado.

—Ni vamos a hacerlo.

Ambos susurrábamos.

—Siempre empezamos el año bailando.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy. Creo que es una buena forma de empezar lo que sea que toque ahora.

No pude discutírselo. Me levanté y acepté su mano.

Odiaba bailar. Odiaba todo lo que tuviera que ver con moverme con gracia, porque no tenía ni la más mínima. Pero me encantaba darle instantes. Me encantaba hacerla reír cuando la pisaba y que se burlase de mi escaso sentido del ritmo.

No obstante, aquella noche fue diferente y sentí que estaba bailando por primera vez en mi vida. Rodeé su cuerpo con los brazos y ella apoyó la frente en mi pecho. Y escuchamos una canción que hablaba de un pájaro, mientras yo pensaba en lo rotas que estaban las alas de Lola y rezaba porque algún día volvieran a volar alto.

Tuve que decírselo; tuve que susurrárselo al oído; tuve que hacer lo único que se me ocurrió para que nunca se le olvidara.

—Te veo las alas, Lola.

Ella sonrió y me besó sobre la tela del pijama. Después me atravesó con sus dos ojos negros.

—Si tengo alas es porque tú las estás cosiendo poco a poco.

Y entonces me di cuenta de que, si eso era verdad, también lo era que no pasaría mucho tiempo antes de que tuviera que dejarla ir.

* * *

Nos metimos en la cama, aún con el sabor de la noche en los labios. Ya era de día y los dos nos mecíamos en un estado de duermevela. Pese a ello, aún quedaba el broche a aquel día, que recuerdo demasiado perfecto.

Lola se quedó mirando el techo de mi habitación tanto rato que pensé que se había dormido, pero no lo estaba.

—Necesitas uno.

—¿El qué?

—Necesitas llenar esto de sueños. Está muy vacío. No puede estar tan vacío.

—¿Adónde vas?

Se levantó de un brinco y salió del dormitorio para meterse en el suyo, nerviosa pero decidida a lo que fuera que desease hacer. Volvió con un rotulador y se subió a la cama y, de ésta, a la mesa del escritorio. Casi como si ése fuese el primer vuelo que daba.

Alzó la mano y escribió.

—Pase lo que pase, Tristán, no podemos permitir que los sueños se terminen.

Se tumbó de nuevo y ambos miramos su letra redondeada en el techo. El negro sobre el fondo blanco. Las ganas sobre la tristeza amarga.

«Remiendos en las alas.»

Volvió la cabeza y entonces lo vi en ella, la desesperación casi tangible, las ganas de volver a reír, a soñar, a bailar..., las ganas de vivir, un poco dormidas pero intactas.

Y no pensé. Por una jodida vez no pensé, sólo sentí, sólo dejé que las manos, mi cuerpo y mi piel hablasen por mí. Por primera vez fui yo completamente al lado de Lola.

Puse la mano sobre su mejilla y le acaricié los párpados, la nariz, los labios. Luego acerqué los míos despacio, sin dejar de mirar sus ojos entreabiertos, y la besé.

Un beso suave, un beso prieto, un beso que le di con los dedos sobre su cuello, con la respiración agitada y con su cuerpo blando a mi lado. Un beso dulce. Un beso que sabía a playa, a nuevas oportunidades para ella, a mis propias alas rotas.

Cuando me separé, sonrió y me abrazó, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Buenas noches, Lola.

—Buenas noches, Tan Tan.

Y así, sin darme cuenta, taché un nuevo deseo..., comencé a besarla todas las noches y también al despertar.

Tristán y la sal

Lo malo de estancarse en un punto es que un día algo se abre, una puerta, una ventana, una grieta, y eres consciente de repente de que los paréntesis son sólo eso, paréntesis, que algún día terminan sin más.

Yo me di cuenta la primera noche que Lola salió con Elena y unas amigas y me quedé solo en casa con *Dexter*. Me quedé en casa, esperando. Aunque lo disfrazara de tiempo para mí, de trabajo atrasado con el que ponerme al día, de una película en el sofá. Aunque simulase estar haciendo esas cosas, en realidad, yo estaba aguardando que volviese a mí. Estaba tan inquieto que incluso me permití fumar en el salón.

Dexter dormía a mis pies y Robert de Niro mataba a un tío en la pantalla cuando la puerta se abrió y ella entró. Llevaba el pelo revuelto, la chaqueta mal puesta y un roto en la media. Su mirada estaba borrosa y el maquillaje corrido. Se le cayeron las llaves al suelo.

—Cariño, ya estoy en casa...

Se rio ante su propia broma. Yo me levanté y la ayudé a llegar al sofá. Estaba tan colocada que no podía dar dos pasos sin tropezarse. No la juzgaba por ello, era lógico que buscara vías de escape, aunque fuéramos de los que tendían a elegir las menos adecuadas.

—Veo que te lo has pasado bien.

—Mucho. Ha sido la hostia.

Se desplomó en el sofá y tiró de mi brazo hasta caer de bruces en su regazo sin poder frenar la caída.

—Lola...

Se echó a reír y me incorporé. Notaba sus curvas bajo el ajustado vestido. La forma de su pecho. La suavidad de su piel. El mío respondiendo ante su cercanía.

A ratos tenerla resultaba insoportable.

La aparté con más brusquedad de la que merecía.

—Perdón, es que...

Frunció el ceño y me observó con toda la cautela que el alcohol le permitía, como si hubiese intuido mis pensamientos; un tanto obscenos, un poco románticos, algo combativos.

—¿Cuánto hace que no estás con una mujer, Tristán?

—No es de tu incumbencia.

Meses. Seis. Puede que siete. Había dejado de contar, porque no me importaba. Nada lo hacía. Todo era ella. Y no había espacio para nada más. Apenas quedaba algo para mí mismo.

Cuando eso ocurre llega un día que te ahogas. No te das cuenta, porque sucede casi de sopetón. Pero es una sensación intensa que, una vez se asienta, no desaparece. Todo lo contrario. Y aquella noche de enero me arrolló. Lola lo hizo.

Era la madrugada de un 13 de enero. No podía culparla de querer desaparecer casi la víspera del día que lo cambió todo.

El aire se volvió gélido. La habitación entera pareció congelarse.

Lola se abrazó por las rodillas.

Yo me odié por asociar la excitación que ella despertaba en mí con esa rabia que estaba sintiendo en ese momento. Por asociarla a ella con todo lo malo que me comía por dentro. Los reproches. El amor no correspondido. El egoísmo de llegar a pensar que yo le daba mucho más de lo que ella me ofrecía a cambio. La certeza de lo horrible que yo era por esperar algo, ya que, cuando se trata de cualquier clase de amor, consiste en dar sin desear igualdad. Sólo conceder. Porque sí.

Mis palabras y el tono duro de mi voz se mantuvieron unos minutos entre nosotros. Separándonos. Haciendo que la distancia de nuestros cuerpos en aquel sofá, que siempre se nos quedaba pequeño, resultase inmensa. Hasta que Lola sacudió la cabeza y confesó lo que, en el fondo, yo ya sabía.

—En realidad, no me he divertido.

Apreté la mandíbula con fuerza. Quería marcharme y abrazarla, todo a la vez.

—Lola...

—Ha sido una noche horrible. Yo quería... quería demostrarme que podía hacerlo. Que podía salir, reírme, bailar e incluso coquetear con algún chico. Que podía seguir, Tristán.

—Y puedes hacerlo.

—No. No puedo. Porque cuando he sentido que ese tío rubio me miraba, cuando ha puesto su mano en mi cintura, yo... he tenido que morderme los labios para no llorar.

—Irás dando pasos, Lola. No intentes recorrer todo en un día.

—Es que... estoy estancada. Yo, Tristán. Que antes tenías que frenarme para no comerme la vida.

—Pasará, sólo tienes que acostumbrarte.

Ella negó con la cabeza y se abrazó las piernas con fuerza. Parecía pequeña, frágil... Frágil, mi Lola, la misma que podía con el

mundo entero cuando sonreía.

—Es que... es que siento que yo ya... que yo ya no soy yo.

—Eres tú, sólo que... cambiamos.

—Sólo me siento yo cuando estoy contigo.

Siete palabras. A veces no se necesita más.

Me levanté e hice desaparecer esa distancia. Me senté pegado a ella y la atraje hacia mí.

Se dejó hacer, pero no me devolvió el abrazo.

—Pues tienes suerte, porque no voy a irme a ninguna parte.

—¿Me lo prometes?

—Claro. Vamos.

La cogí en brazos y la llevé a mi cama. La tumbé y le quité el vestido. Después le puse una camiseta mía encima de la ropa interior y las medias. Yo hice lo mismo. Y, cuando estábamos los dos de nuevo listos para acostarnos y olvidarnos de todo entre aquellas sábanas, una idea brotó tan rápida que tuve que llevarla a cabo. Fue casi pura sed. Una necesidad repentina de darle lo poco sólo mío que me quedaba.

Busqué el rotulador que ella había dejado días atrás después de inaugurar mi propio mural. Me subí a la mesa y escribí.

Fue fácil. Las palabras salieron solas. Las rectas. Las siluetas.

Resulta sencillo cuando lo llevas tan dentro. Es como si tu mano fuera sólo una extensión que une tu corazón a la tinta.

No pensé en nada que no fuera ella. En sus ojos negros. En su risa tonta. En la forma de lamerse los labios cuando tomaba café. En Lola bailando. En Lola conmigo. En Lola sola, sin mí, superando miedos y siendo feliz. En Lola, en el centro, en cada esquina, en mi mundo, en cada partícula de aire que respiraba.

En Lola, allí arriba, formando mi mural de sueños.

Cuando terminé de dibujar, me tumbé junto a ella, le di un beso en los labios que me supo a dulzura y ron, y la abracé hasta que se quedó dormida.

* * *

Al abrir los ojos, vi que los suyos también lo estaban. Estudiaban sin descanso el techo de mi habitación. Brillaban. Sonreían. Tenían miedo. Dudas. Confusión. Una pizca de esperanza.

Suspiró, se volvió y me sonrió.

—Es precioso.

—Ya lo sé.

Volvió a ponerse boca arriba y yo hice lo mismo, mientras

leíamos en silencio aquel intrincado laberinto de palabras, frases, detalles, momentos que yo había plasmado de madrugada.

Su mano se coló bajo la sábana y se entrelazó con la mía.

—Tristán.

—¿Sí?

—Perdóname.

—¿Por qué?

Pero no respondió. No hubo palabras. Sólo un mural sobre nuestras cabezas que quizá contaba demasiado. O quizá no. Y silencio. Y el tacto suave de su piel contra mis yemas ásperas. Sólo hubo un «ojalá» que flotó entre los dos y que se quedó ahí para siempre. Sólo hubo una lágrima que se deslizó por su sien y acabó empapando la almohada.

Y yo pensé que sí, que ojalá ésa fuera nuestra historia de amor, pero no lo era.

Me dije que lo hacía, que la perdonaba por todo lo que no podía darme, pero supongo que, en el fondo, nunca llegué a hacerlo. Quizá sea un buen momento para confesar que, en algún instante de estos años, lo conseguí.

Puede que el sentimiento de echarla de menos sea tan fuerte que lo demás ya poco importa. Ni siquiera se ve.

* * *

Febrero pasó rápido, frío y un tanto gris.

Elena venía a menudo a vernos y yo me centré un poco más en el trabajo de lo que necesitaba. Lola comenzó a pasar bastantes tardes fuera de casa.

Retomó sus clases de inglés y limpió la vieja bicicleta que nadie usaba desde hacía años para moverse por la ciudad. Decía que había descubierto lo que le gustaba sentir el aire helado en la cara. Yo creo que lo que le gustaba era sentir cosas extremas por fuera para sentir menos otras por dentro. Siempre fue muy intensa, muy visceral.

Por lo demás..., la rutina nos mecía.

No obstante, a ratos la asfixia volvía con fuerza para recordarnos lo que no se veía, pero sí se sentía. Ese algo que nos hacía adictos el uno al otro, dependientes a un nivel emocional casi excesivo, y a su vez nos recordaba que no llegábamos a ser del todo. Que estábamos viviendo una relación entre nosotros que a mí no me pertenecía. Que era de Unai, de un tío que no estaba, por mucho que fingiéramos.

Nos besábamos al despertar. Lo hacíamos al dormir. Besos dulces, sentidos, besos que sólo significaban cosas bonitas, pero que acababan por saberme a poco a mí y a ella a mirarme con una confusión cada vez más palpable en sus ojos. Pasábamos muchas horas el uno con el otro. Nos avisábamos de cada paso que dábamos separados. Cumplíamos sueños de una lista que no llevaba mi nombre. Dormíamos juntos. Nos abrazábamos. Nos queríamos.

Y es que... lo éramos todo en algunos aspectos y en otros no éramos nada.

Cuesta asimilarlo. Y adaptarse a ello. Cuesta soportarlo demasiado tiempo sin que estalle en pedazos.

Unai le regaló muchas cosas a Lola, pero también acabó castigándonos. Nos hizo vivir una relación sin tenerla, haciéndonos saltar los límites y errando a ratos por no saber cuándo marcarlos y cuándo no. Convirtió una amistad pura en otra cosa, en algo que no entendíamos muy bien, pero que nos gustaba, porque era cómodo y sencillo; porque no daba miedo y, a la vez, nos aterraba que pudiese acabarse de tanto usarlo.

* * *

Era marzo. Tuvimos una semana en la que el sol brilló con fuerza y nos permitió salir a la calle más de lo que acostumbrábamos.

Lola se cortó el pelo y yo se lo corté a *Dexter*. Nadie me lo cortó a mí.

Una tarde casi primaveral, ella entró en casa exultante, más contenta que en meses. Era la primera vez que volvía a intentarlo. Se había presentado a una prueba que realizaba una marca publicitaria para un anuncio de cerveza, de esos de cara al verano donde siempre salen jóvenes al sol, felices, radiantes y bronceados. Donde te hacen creer que la juventud es así de maravillosa, aunque tú, desde el sofá de tu casa, haga meses que no sientes más que desidia.

—¡Tristán! ¿Dónde demonios te escondes?

Abrió la puerta del baño y me pilló saliendo de la ducha.

—¿Qué te pasa?

Me ofreció una toalla y me la puse en las caderas.

—Lo he conseguido.

—¿La audición?

—¡Sí!

Levantó los brazos y se enroscó en mi cuello. Se apretó contra

mí y lo sentí, ese instinto puro, ese hilo tirando y tirando...

Lo ignoré como pude, mientras ella se reía sin parar pegada a mí y acabó por contagiarme.

No obstante..., la toalla se deslizó. Desapareció.

Mi cuerpo respondió al sentir el tacto de su falda.

Cerré los ojos.

Ella se tensó.

—Felicidades —le susurré al oído.

—Gracias.

Pero no se movió.

Yo tampoco lo hice.

Arrugué la tela de su camisa con los dedos en su espalda y respiré contra su mejilla.

No me daba vergüenza, pero sí miedo. Miedo ante la posibilidad de que aquella reacción de mi cuerpo supusiera que Lola alzase un muro entre nosotros. Miedo ante las palabras no dichas. Miedo ante la verdad evidente que ninguno de los dos decía en alto.

Lola alzó la mirada y clavó sus ojos negros en mí.

—Quizá podríamos celebrarlo. Esta noche.

—Me parece bien.

Después hizo eso que siempre hacía cuando algo le gustaba, se pasó la lengua por el labio inferior, sonrió y se marchó. Y yo me quedé ahí, como un puto imbécil, excitado, confundido y..., sí, joder, supongo que aún más enamorado. Si es que eso era posible.

* * *

La ciudad estaba repleta de terrazas. Es lo que pasa en el norte, que en cuanto sale el sol la gente se lanza a la calle y parece que es más feliz.

Nosotros lo hicimos.

Lola estaba muy guapa, con un vestido de cuadros y su pelo alborotado.

Nos sentamos en un bar y bebimos cerveza.

Fumé. La escuché. La miré.

Recordé que hacía más de dos meses que no tachábamos nada de esa maldita lista y casi me gustó saberlo. Como si eso me confirmara que ella estaba allí sólo por mí. Que la vida seguía y nosotros con ella.

—¿En qué piensas?

—En ti —respondí sin dejar de mirarla.

—¿Y qué piensas? —Torció los labios en una sonrisa de lo más

provocadora—. Dime que no en el mismo sentido de lo que pasó esta mañana.

Me chocó que lo dijese de ese modo, sin más, aunque no debería haberme sorprendido, ya que Lola era así; más aún, conmigo. Yo no sentí pudor ni nada parecido. Entre nosotros, eso sobraba.

—No. No te estoy imaginando desnuda si es lo que me preguntas. Pensaba en que me gusta verte así. Aquí. Conmigo. Esto está bien.

—Sí. A ratos se me olvida cuando todo era normal y hacíamos esto a diario. Ahora todo... está teñido de algo distinto.

El camarero se acercó y Lola le pidió una tabla de tequilas; una de esas vías de escape. Yo me eché a reír.

El primero entró solo. Ni siquiera probé el limón ni la sal. El segundo aportó un calor distinto a la conversación. Fue como si nos ayudase a destrozar ese muro que a veces nos alejaba.

—Lola, ¿qué estás pensando?

—Pensaba en él. —Me tensé un poco y ella lo notó—. No en él..., no es eso. Estoy bien, de verdad. Hoy somos tú y yo, ¿vale?

Asentí.

—Si es así, ¿qué te preocupa?

Entonces Lola explotó. Corrió de un lado a otro de sí misma, rápida, casi eléctrica, como era ella. E hizo algo que, pese a todas las conversaciones y todos los momentos que habíamos compartido esos meses, no había salido nunca a la luz.

Supongo que lo hizo cuando por fin estaba preparada para asumir ciertos aspectos de su vida.

—¿Se puede querer lo que no has tenido, Tristán? ¿Lo que no has llegado a ver? Porque estos meses he llegado a la conclusión de que a mí me pasó eso. Me enamoré de Unai, sí, pero también de todo lo que podríamos haber tenido y no llegó. De todos los planes que imaginé a su lado y no pude llevar a cabo. De los recuerdos inventados que no llegaron a ser. Y a ratos siento que es una locura, porque ni siquiera existieron.

—Por supuesto que se puede. Al final, el amor es, en parte, una ilusión.

Se mordió el labio, con la mirada fija en el limón cortado que nos esperaba encima de la mesa.

Era valiente, Lola. Nunca nadie podría echarle eso en cara. Estaba pasando por un duelo y, aun así, se cuestionaba sus propios sentimientos, los mismos que la habían llevado a vivir aquella pérdida.

—¿Y si estoy equivocada? ¿Y si sólo creí quererlo porque

deseaba vivir algo así? Quizá, a la larga, no habría funcionado y habría sido una relación fallida más.

—Eso no puedes saberlo, Lola, pero lo que sentiste, sí. Lo que sentiste fue real. Eso es lo único que importa.

No me atreví a decirle que estaba tan seguro porque era lo que me pasaba a mí con ella. Esa seguridad de que el sentimiento era real, pese a que supiera que nunca podría funcionar.

—Lo echo de menos, pero a ratos como éste se me olvida y me siento fatal por ello. He empezado a pensar en...

—¿En qué?

—En... cosas.

—Muy concreta. —Nos reímos.

Lola me ofreció el tercer vaso y me echó sal en la mano antes de hacer lo mismo. Bebimos mirándonos con una sonrisa en los labios. El mundo me olía a limón.

—He pensado en ti. En mí. En nosotros. En el viaje.

Era la primera vez que lo decía en voz alta. Desde que le conté todo lo que Unai le había dejado antes de irse, nunca había pronunciado una sola palabra sobre el tema. En realidad, creo que no quería saber nada de lo que supusiera quedarse con dinero de Unai. Como si hacerlo la pusiese en la posición de alguien que se aprovecha de las circunstancias, aunque no tuviera mucho sentido. Hablo de que, en aquella carpeta que un día tuve que mostrarle a Lola, no había sólo una lista arrugada de sueños escritos, sino también dos billetes de avión pagados con nuestros nombres y sin fecha, y unas escrituras a las que les faltaba su firma para poder completar el más loco de todos ellos.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—A que quiero hacerlo. Iremos allí y terminaremos con esto. Necesito poner un punto y aparte.

Asentí, porque la comprendía demasiado bien.

—Necesitas tacharlo de la lista.

Ella negó con la cabeza.

—No, ya no lo hago por eso, sino porque tú y yo nos lo merecemos.

En aquel instante, me gustó creer que la razón de que Lola tomara esa decisión era que aquella lista había pasado a ser nuestra. Ya no era algo que él le hubiese regalado, sino algo que yo le estaba ofreciendo.

Levanté el último vaso y la animé a chocar el suyo.

—Por Islandia.

—Por nosotros.

Bebimos, sonreímos y después hicimos el tonto con la cáscara del limón sobre los dientes. También me permití una concesión; me acerqué a ella, la agarré por la nuca, apoyé la frente sobre la suya y la besé para sellar el trato.

Aún puedo saborear la sal de sus labios sólo al recordarlo.

Tristán y el amor

Fueron dos semanas divertidas en las que organizamos un viaje exprés, dejamos a *Dexter* disfrutando de sus propias vacaciones en casa de Domingo y nos dimos cuenta de que éramos las peores personas del planeta para preparar un viaje en condiciones.

Nuestro equipaje no era más que un par de mochilas de montaña llenas de ropa de abrigo metida al tuntún, una cámara de fotos y una carpeta con la documentación. Poco más. Tampoco es que necesitáramos demasiado.

Ni siquiera era la época más idónea para irnos a un país en el que posiblemente Lola moriría congelada, porque era bastante friolera, pero no importaba. Desde que había tomado la decisión aquella noche en la que acabamos viendo amanecer desde un parque, abrazados y borrachos, parecíamos estar viviendo en una jodida nube.

Todo era emocionante. ¿Pasar la noche en una lavandería haciendo la colada? Divertido y fascinante. Sobre todo, porque allí no había otro objetivo más que de verdad tener ropa limpia para irnos de viaje. ¿Hacer una lista con todo lo que teníamos que hacer antes de marcharnos? Eso nos llevó cuatro noches despiertos, compartiendo una botella de vino y riéndonos; nuestra propia lista, que, para colmo, mal cumplimos. ¿Dibujar el recorrido desde que llegáramos al aeropuerto hasta el pequeño pueblo en el que se encontraba la casa? Lo hicimos sobre una servilleta que acabó con restos de pizza y con nosotros viendo una película bajo una manta.

Lo recuerdo como algo bonito, diferente; como nuestro propio juego.

El viaje fue horrible. En serio. Una jodida agonía. Lola se tomó una pastilla, se tumbó sobre mi hombro y se echó un sueño que duró horas. Yo no pude pegar ojo. Estaba inquieto, me agobiaban los sitios cerrados con tanta gente, y habría matado a alguien por un cigarro. Así que dediqué las horas a pensar.

Nunca es bueno.

Comencé a darme cuenta de que aquel viaje suponía el inicio de una cuenta atrás. De que llegaría el momento en el que Lola pusiera punto final a esa etapa, y ¿dónde me dejaba a mí eso? Fuera. Lola debía volver a volar y a mí me aterraba verla alzar el vuelo.

* * *

—Nena, hemos llegado.

Abrió los ojos y parpadeó confusa. Creo que esperaba estar en el salón de casa y no con la cabeza apoyada en mis piernas y aterrizando en un país a tres mil kilómetros de nuestro hogar. Se estiró y después se incorporó emocionada mientras asomaba la cabeza por la ventanilla.

Sonrió y yo lo hice con ella.

Fuimos a recoger el coche de alquiler. Un 4 × 4 de color azul que una hora después estaba lleno de trastos desperdigados.

—¿Cómo lo haces, Lola? —le pregunté mientras recogía el envoltorio de un pastel de debajo de mi pierna.

—No tengo ni idea, pero somos expertos en hacer nuestro cualquier espacio.

Y su explicación me pareció cojonuda, pero era verdad. Cuando estábamos juntos pasaba eso. Lo habíamos logrado en nuestra casa; incluso con tanto ímpetu que Elena se había visto arrastrada sin remedio hasta marcharse. No fue una consecuencia buena, está claro, pero había sucedido. Como en aquel coche. Ya parecía nuestro, con su desorden y el olor de mi tabaco.

«Nuestro.» Joder, qué bien sonaba.

La idea era recorrer los primeros días el itinerario que nos habíamos marcado; como dos turistas que sólo han ido allí de vacaciones y no con el objetivo implícito de tachar del todo una lista y olvidarla para siempre.

Lola puso una emisora y comenzó a tararear una canción en un islandés inventado que me hizo reír a carcajadas. Hacía un frío de la hostia, pero el sol brillaba y no había apenas nubes. Se podía ver la nieve cubriendo las montañas al fondo.

Era bonito. Todo lo fue.

Fueron días en los que pateamos las grandes ciudades y los pueblos pesqueros que fuimos encontrando a cada paso, de forma improvisada. Días en los que nos retamos a probar comida en restaurantes al azar, eligiéndola sólo por su nombre en esa lengua que parecía un jeroglífico. Días en los que dormimos en habitaciones de hoteles o en cabañas escondidas entre la maleza. Días en los que reímos, callamos y nos resguardamos del frío entre los brazos del otro.

Hasta que llegó. Como todo. Todo llega; aunque frenemos; aunque miremos hacia otro lado; aunque finjamos olvidarlo.

—Estás muy callada.

—No... ¿Sabes si queda mucho?

—No. Según las indicaciones de Unai, está a un par de kilómetros.

—Bien.

Seguimos avanzando. Lola retorcía las manos en su regazo y miraba a todos los lados. Al frente. Por la ventana. A sus pies. La conocía bien y estaba perdiendo el control. Sus emociones estaban ganando la batalla.

Me desvié en un entrante de un camino y paré el coche. Ella me miró confusa.

—¿Qué haces?

Apreté con fuerza el volante entre mis dedos antes de hablar.

—Lola... No tienes que hacer nada. Lo sabes, ¿verdad? Podemos darnos media vuelta y perdernos. Pon un dedo sobre el mapa y allí iremos. ¡A la mierda tu marido! Era un pirado.

Ella se rio. Daba gusto oírla reír en un momento así. Luego observó de nuevo dónde estábamos. Ambos lo hicimos.

—Sí que parece un pirado. Mira dónde nos ha traído.

El paisaje que nos rodeaba imponía. Las montañas, el mar al fondo, la soledad. Tenía que reconocer que era un sitio perfecto para perderse. O para esconderse. Quizá, también para despedirse.

Nos mantuvimos unos minutos en ese silencio, que no era incómodo, sólo era un silencio más en el que respirar antes de dar el siguiente paso. Uno de los últimos.

Cuando me dijo que ya estaba preparada, arranqué y recorrimos la poca distancia que nos separaba de aquel sueño que un día Unai tuvo de niño y que había decidido darnos, sin más. Incluso aunque no lo quisiéramos.

Cogimos un camino de tierra y la vimos. Destacaba como lo haría una gota de vino sobre un mantel blanco. Me imaginé cómo sería verla en invierno, allí en medio, con todo alrededor cubierto de nieve y su tejado rojo brillando. Un punto marcado en un mapa imposible de obviar.

Nos bajamos del coche y fue entonces cuando vi la expresión de Lola.

Sus ojos negros albergaban tanta fuerza que resultaba increíble que no se le escapase de otro modo más tangible. Sus labios estaban fruncidos en una línea, pero los entreabría a ratos para respirar. Sus puños cerrados contra sus costados. Nerviosa. Ilusionada. Sorprendida. ¿Esperanzada? No lo sé..., sólo sé que era un terremoto emocional y que yo la quería.

Sí, en ese momento tan importante para ella yo sólo pude pensar en que la quería.

Rota, valiente, enamorada de otro y bajo el sol de Islandia.

Yo la quería.

—Ojalá estuviera aquí, sólo por verte la cara.

Me acerqué, le acaricié la mejilla y después nos aproximamos a la casa.

Era una construcción algo descuidada, de fachada blanca y roja, y el tejado también rojizo. Tenía dos plantas y en su puerta había un cartel: RAUDA HÚSID. La casa roja.

Miré a Lola. Se había quedado parada frente a la edificación. Su pelo estaba revuelto por el aire que nos rodeaba y que traía el olor del mar. Sus labios, entreabiertos y un poco secos. Sus ojos, repentinamente calmados, pese a todo.

Parecía congelada delante de la puerta. Le di la llave, pero no la cogió. Acabé dejándola puesta en la cerradura y me marché, dejándole espacio y tiempo.

Di una vuelta a la casa y me encontré con una vista acojonante. Me encendí un cigarrillo y no pude evitarlo. Me la imaginé allí, pero con él. Escapando. Desapareciendo del mundo. Creando uno propio. Quizá haciendo una locura de esas que Lola solía hacer, como casarse en un hospital o mudarse a una casa perdida en Islandia y teniendo hijos con un Unai más afortunado que el que se había ido. Formando un hogar.

Fue fácil imaginarlo. Y fue fácil hacerlo con Unai de su mano. O sola. O con Marco. Pero no conmigo. Conmigo, no. Porque hay cosas que sabes. Que, por mucho que sueñes, no son.

Cuando regresé, Lola estaba dentro. La casa era grande, estaba llena de muebles tapados con viejas mantas y olía un poco a humedad.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. Yo sólo tenía que traerte hasta aquí, Lola.

—Lo has hecho muy bien.

—Tú también. Estaría orgulloso de ti.

Sonrió y la dejé sola.

Me ocupé de adecentar un poco el lugar, aunque estaba preparado para nuestra llegada. Unai se había ocupado de todo y, gracias a Ander y a la inmobiliaria a la que se la había comprado, estaba cuidada y preparada para cualquier imprevisto. Teníamos luz y agua. Incluso una pequeña estufa de gas que encendí para entrar en calor. La coloqué en medio del salón y enseguida se caldeó. Lola se daba una ducha en el piso de arriba.

Cuando bajó, se encontró con unos bocadillos y un tetrabrik de zumo como una merienda improvisada colocada encima de una mesa. Era todo lo que teníamos, pero estábamos tan agotados que ir en busca de algún sitio en el que comprar no era una opción.

—Qué festín.

Llené su vaso y la obligué a brindar con el mío.

—Toda inauguración se merece un brindis, Lola.

Chocamos los vasos y luego comimos en silencio. En una casa que, aunque un día llegase a llevar su nombre en las escrituras, no sentía que le pertenecía. Se lo notaba. Y yo tampoco. Había sido un regalo bonito de Unai, pero la vida nunca funciona así.

El hogar nace, no se hace.

Cuando terminamos de comer, vi que Lola estudiaba toda la estancia con ojos críticos.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—¿El qué?

—La última noche, él me habló de una casa. Una casa que *aún* no conocía. Eso dijo, pero, en aquel momento, no lo comprendí y di por hecho que era un error de su mente por la morfina o por la propia enfermedad. Qué sé yo. Había soñado conmigo en ella, con un vestido rosa. El mar..., las montañas..., la nieve... Todo es tal y como lo describió.

Se levantó y sacó una foto un tanto sobada de su mochila. Eran los dos vestidos de novios en el hospital. Cogió un chicle de un bolsillo, se lo metió en la boca y después lo sacó y con él la pegó en la pared.

—Me dijo que había una foto justo aquí. Y chaquetas de lana en la entrada.

Colgó las de ambos y las observó, un tanto confusa, como si algo no le cuadrase.

—¿Qué pasa?

—Pensé que me sentiría de otra manera.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Sin más. Normal.

—¿Y eso es malo?

—Supongo que no. Pero me da miedo dejar de sentir.

La comprendía. Lola tenía miedo de que eso que había sentido en su día se fuera debilitando, porque hacerlo provocaba que la importancia de lo vivido menguase. Incluso aunque así le doliese menos. Lola prefería el dolor, porque ese sentimiento albergaba también los buenos.

—Quiero probar una cosa —me dijo—. Ven.

Cogió un par de mantas gruesas que estaban en un baúl y salimos al exterior.

Eran las siete pasadas y ya estaba anocheciendo. El cielo se tornaba anaranjado tras las montañas y el mar parecía un tanto inestable. Mi estómago estaba igual. Puedo llamarlo presentimiento o de cualquier otra forma, pero era eso, una sensación que me decía que apenas nos quedaban dos pasos y todo se acabaría.

Lola se sentó sobre la manta y me animó a hacerlo a su lado.

Miramos el mar y entonces habló. Con la voz tomada y las emociones en la garganta, que raspaban mucho más a su paso que su simple sonido.

—Ojalá hubiéramos sido nosotros, Tristán.

Tragué saliva y jugueteé con una brizna de hierba entre mis dedos. Estaba prácticamente helada y se rompía sólo con tocarla. Casi como parecía estar Lola. Ella continuó, con la vista clavada en el horizonte que aquel rincón nos regalaba y con los ojos llenos de dolor.

—Ojalá hubieras sido tú mi lista de deseos. Ojalá hubieras sido ese «ojalá» por cumplir que él me dejó al cerrar los ojos. Ojalá hubiera podido vivir todo esto que hemos vivido hasta llegar aquí contigo, siendo felices, siendo nosotros. Todo terminaría hoy, bien o mal, pero le encontraría algún sentido. Pero él se cruzó. Se chocó en mi vida y todo se desvaneció.

Asentí, porque la entendía. Dolía, lo hacía como tirarme hacia abajo por el acantilado, pero la entendía. Eso era lo que más dolía de todo. Habíamos llegado allí, había sido bonito e inolvidable, pero nadie le devolvería a Unai, ni la vida que había tenido antes de él, ni siquiera a la Lola que era entonces.

El dolor seguía por mucho que tachara nuevas líneas de aquella lista; la pérdida, el vacío.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora, Lola?

—Porque a ratos no entiendo qué diferencia hay. Lo que podría haber sido con él y no fue, ¿en qué se diferencia de esto que tenemos? De lo que eres para mí, Tristán.

—Alguna tiene que haber.

—Supongo que sí, pero no la encuentro.

La había, sólo que era más profunda, estaba enredada dentro de ella. Era amor igualmente, yo lo sabía y ella también, pero de otra clase. Uno distinto del que ella me ofrecía. Uno que, de tenerlo, no le dejaría esa sensación de pesar que cargaba en aquel momento.

Hay muchas clases de amor, ahora lo sé. Fui afortunado de tener uno sólo para mí, pero no supe verlo a tiempo.

—Sea lo que sea lo que busques, quiero que sepas que yo no cambio esto por nada. Estar tú y yo aquí. Estar contigo. Este recuerdo.

—¿Sabes una cosa? Yo tampoco.

Apoyó la cabeza en mi hombro y allí nos quedamos viendo atardecer, solos, ella y yo. Nosotros. Por primera vez, sentí que era cierto, que aquello le había pertenecido a él, pero que, aquella noche, Unai me lo estaba regalando.

Sólo tenía que cogerlo.

Tristán y el atardecer

¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué no pensaba en mí por una vez? Era el instante; no creí que pudiera tener más, así que tomé una decisión sin ser muy consciente de que lo estaba haciendo.

—Puedo hacerlo, si quieres. Puedo intentarlo. —Las palabras salieron solas.

Ella levantó la cara y me observó muy cerca, tanto que apenas hablábamos en susurros que chocaban contra la boca del otro.

—¿De qué hablas?

—Podemos tachar todo lo que queda de tu lista y todas las que quieras escribir otra vez. Podemos llenar el mural de tu cama o de la mía con nuevos sueños. Puedo llevarte a un parque de atracciones y comprarte un puto algodón rosa y pringoso. Ya lo hice. Puedo besarte todos los días, al despertar y al dormir; ya lo hacemos. Puedo darte todo eso que él no pudo. Sé que no es lo mismo, pero te mereces todo lo que desees hacer, Lola. Y yo estoy dispuesto a dártelo.

Se lo daría todo. Todo. Lo bueno. Lo malo. Lo que me pidiera. O eso creía. Pero sólo le pedía algo a cambio, una sonrisa, volver a ver a mi Lola, esa que me hacía sonreír a mí cuando me costaba un mundo. Esa que hacía que mi mundo fuera bonito y un lugar seguro.

—Gracias.

—¿Eso es un sí?

—No lo sé.

—Déjame probar algo.

Lo hice. La besé. Besé a mi Lola. En sus labios suaves y llenos. Y no como hacía todas las mañanas o todas las noches, no, lo hice de verdad, como si no fuera el objetivo de otro hombre que tachar de una lista, sino porque deseaba hacerlo. La besé como siempre me había imaginado y como había dibujado en el techo de mi habitación. La besé como ella debía de haber intuido que yo ansiaba.

Le puse una mano en la mejilla y la sentí temblar, antes de acercarme y saborearla por primera vez. Antes de descubrir que el sabor que ya había probado en su boca era aún mejor. Antes de darme cuenta de lo mal que quizá estaba eso, porque no era mi

momento y a la vez sentía que era más mío que de nadie. Antes de mirarla un segundo a los ojos y comprobar que los tenía cerrados y que suspiraba inquieta. Que lo aceptaba.

La besé.

Separé sus labios con la lengua y rodeé la suya. Y gemí. Y ella respondió. Recorrí su boca, descubrí la forma de sus dientes y la textura de la carne entre los míos. Deseé que le gustara tanto como a mí, y que fuera feliz, aunque sólo lo hiciese en ese instante. Deseé protegerla y darle todo lo que estuviera en mi mano. Y deseé no amarla como lo hacía; pero era tarde. No para ella, pero sí para mí.

Besé a Lola al atardecer en un jodido rincón de Islandia y no me arrepentí.

Cuando me separé, ella me miraba como si me viese por primera vez.

—¿Ha sido como esperabas?

—No.

Dejé escapar el aire contenido y apreté mi frente contra la suya. Sentí que algo se me retorcía bajo la piel.

—Lo siento, Lola.

Pero entonces la percibí, una sonrisa, pequeña, leve y efímera. Una sonrisa naciendo que me decía que aún ella estaba por ahí, en algún lugar, conmigo.

—Ha sido mucho más que eso. Has hecho que esto sea perfecto.

Sonreí yo, con el alivio corriendo por mis venas, la abracé contra mi pecho y quise quedarnos allí para siempre, en un momento en que la sentí más mía que nunca y en el que todo parecía posible.

Aquella noche, Lola y yo tachamos todos los puntos que quedaban de su lista. Aquella lista que a ambos nos había dejado de importar.

Entramos en la casa bajo las mantas y las colocamos sobre el suelo, frente a la estufa.

Después acercamos nuestros cuerpos.

Nos miramos. Nos tanteamos. Nos conocimos del único modo que nos quedaba por hacerlo.

La desnudé sin apartar los ojos de los suyos. Luego ella lo hizo conmigo.

Y, allí, en el suelo de una casa apartada en medio de la nada, Lola y yo tocamos fondo y a la vez cielo. En aquella casa roja, Lola y yo no dejamos entrar nada que no fuéramos nosotros. Escondimos nuestros fantasmas debajo de la cama y bajamos la guardia.

Sin miedo. Sin pudor. Sin dudas. Sin barreras.

Sólo un chico. Una chica. Y una lista hecha pedazos.

Tristán y el adiós

Llega la peor parte. Ni siquiera sé cómo explicarlo. Quizá porque, pasada lo que parece una eternidad, ya no le encuentro ni sentido. Supongo que, en frío, las cosas pierden importancia. O ésta se ensalza.

No lo sé...

Lola y yo nos despertamos desnudos, abrazados y enredados entre mantas de lana que picaban un poco. No hablamos demasiado. Sólo nos levantamos, recogimos y decidimos que era la hora de marcharnos.

Hay silencios decisivos, y aquél lo fue.

Yo sabía que ella necesitaba su tiempo. Que no se arrepentía de lo que había sucedido, pero que debía encontrar la razón que había acabado con nosotros follando bajo el cielo estrellado de un hogar inacabado.

Quizá todo habría sido diferente si yo hubiese explicado las mías, pero suele ser más fácil callar que hablar. Y fue lo que hice. Lo que hicimos.

Hasta que volvimos a casa y la burbuja estalló.

* * *

Los primeros días fueron como estar en un limbo extraño. Entre el cansancio acumulado y la vuelta a la rutina, apenas hablamos.

Lola se encargó de arreglar los papeles de aquella casa con su abogado. Cuando Marco cumpliera los dieciocho años, sería suya y podría hacer con ella lo que quisiera. Visitó a su padre, quedó con Elena y con amigos suyos y se apuntó a una empresa de trabajo temporal. Decía que necesitaba hacer algo, lo que fuera.

Yo volví al trabajo, paseé con *Dexter* y pensé. Mucho. Me comí la cabeza como un loco y fumé tanto que llegó a darme asco.

Algo ocurría. Era innegable. Seguíamos cenando juntos, compartiendo espacio e incluso cama. Pero una cama que no volvió a ser testigo de ningún beso. Ni siquiera los abrazos o los roces sabían igual. Era una tensión. Un leve rechazo. Y no me refiero a por parte de Lola; yo también lo sentía.

Algo había cambiado y no lo comprendía.

* * *

Llegó mayo y, con él, el cumpleaños de Elena. Salimos a cenar con David y con algunos amigos suyos y después acabamos tomando copas en un bar atestado de gente.

Yo estaba contento de ver a Ele feliz, pero sólo quería irme a casa. Con ella. Con Lola. Taparla con una manta y escucharla hablar. Me daba la sensación de que hacía días que no lo hacía, incluso oyéndola contar anécdotas de nuestro viaje al grupo con una sonrisa.

En un momento dado, fui al servicio y, al volver, una chica me frenó.

—Tristán, ¡cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

Me dio dos besos a los que respondí por inercia. No me acordaba de ella.

Nada. Todo era una pared oscura.

—Bien. Lo siento, me están esperando.

Intentó coquetear conmigo, pero apenas la escuché y me acerqué a la barra.

Necesitaba algo fuerte que me anestesiara por un rato o no soportaría estar allí mucho más.

—No deja de mirarte.

Lola se colocó a mi lado con una sonrisa cómplice y señaló a la misma chica de minutos antes.

—Es un mundo libre.

—No seas capullo.

—No lo soy.

Pedí al camarero y ella se apuntó a la ronda levantando dos dedos para indicarle que pusiera otra.

—Deberías hacerlo.

—¿El qué? —Me tensé.

—Ya sabes. Vete a hablar con ella.

—No quiero hablar con ella.

—Pues vete a..., ya me entiendes. A hacer otras cosas.

Me giré con brusquedad y le hablé muy cerca de la oreja. Olía a ella, a perfume y un poco a alcohol. Olía a todo lo que más me gustaba junto, mezclado, intenso.

—¿Qué cojones intentas decirme, Lola?

—Nada, sólo...

—Porque intuyo que, después de semanas sin hablar de nada, esta invitación significa más de lo que parece.

Le di un trago a la copa recién servida, pagué las dos y me alejé de ella.

No quería tenerla cerca. No quería tener que asumir lo que parecía; que no era otra cosa que lo que ya sabía, que nada había cambiado entre nosotros. No quería asumir que, después de todo lo que había hecho por ella, sólo me hubiera dado un polvo a cambio. No quería odiar a Unai por haber provocado que, para mantener vivo el suyo, el mundo que Lola y yo compartíamos perdiera el equilibrio hasta el punto de que no sabíamos gestionar aquello.

Los odié. A ella y a él.

Nos odié. A ella y a mí.

Salí a la terraza cubierta que se encontraba en la parte de atrás del local. Me encendí un cigarro y le di un trago largo a la copa. Sabía que seguía detrás de mí.

—Significa exactamente lo que significa, Tristán.

—Significa lo que tú quieres que signifique.

—¿Esto es una especie de acertijo?

Sonreí. No fui sincero, ni con esa sonrisa ni con lo que debería haberlo sido.

Debería haberle dicho: «Lola, yo te quiero. Te quiero como tú lo quisiste a él. Y me haces daño». Pero no lo dije. Dije otra cosa. Estallé y lancé contra ella todo ese dolor que guardaba, esa rabia, esa envidia, esos reproches de los que nunca debería haberla culpado.

—Así que, según tú, esto es todo.

—No sé a qué te refieres, Tristán.

Parecía realmente perdida. Eso fue lo peor de todo. También lo que más me enfadó.

La conocía tan bien que no podía creerme que ella me conociera a mí tan poco. Lo que no sabía era que llevaba tanto tiempo cerrado en mí mismo, escondido, cobarde y un tanto solo, que ni siquiera debería haberla juzgado. No podía culparla de no ver lo que yo me había esforzado tanto en ocultar. No debería haberla culpado nunca de mis propios errores.

Pero lo hice.

La miré y fui cruel. Fui todo eso que nunca debería haber sido con Lola.

—Tú y yo. Después de todo. Un polvo sucio y ¿ya está?

Tengo que cerrar los ojos al recordar su expresión. Tan rota. Tan dolida. Tan sorprendida que apenas podía reaccionar. Y... no. Nunca se trató de eso. Nunca fuimos un polvo sucio. Ni siquiera lo recuerdo como un polvo.

Fue más. Fue todo.

—¿Cómo puedes hablar así?

—Estoy harto, Lola. Estoy harto de tirar de ti. Estoy harto de esto.

—Vámonos. —Su voz temblaba. Toda ella lo hacía.

—¿Adónde?

—A hablar.

Me eché a reír. Me odio por ello, pero, cuando ella comenzaba a llorar, yo me eché a reír.

—Así que ahora quieres hablar. No creo que haya nada de lo que hablar, Lola.

Me marché de aquel local, dejándola sola, llorando y totalmente desubicada.

Llegué a casa, abrí la nevera y cogí una botella de vino.

Cuando ella regresó, yo seguía ahí, tumbado en mi cama, fumando por primera vez dentro de aquella habitación, rompiendo también esa regla.

Rompiéndolo todo.

—Tristán...

—¿Qué esperas de esto, Lola? Ahora que ya has acabado con tu jodida lista. ¿Qué es lo que toca ahora?

—No lo sé. Ni siquiera entiendo qué está ocurriendo.

—Lo que ocurre es que no lo soporto más.

—Explícate. Porque te juro que estoy a punto de tocar fondo.

—Eso ya lo hicimos en aquella casa.

Su rostro se desencajó. Lo que ella no sabía era que no me refería a que la hubiéramos jodido al acostarnos en Islandia, sino a que yo había tocado fondo en todos los demás aspectos. Que, al intentar recomponerla, yo me había destrozado poco a poco. Y, allí, mirándola temblar y sin apenas poder hablar, la misma Lola que nunca se callaba, me di cuenta de que había llegado a mi límite. Que si no me quería yo, tampoco podía seguir queriéndola a ella, porque me mataba. Me consumía.

—Sólo... sólo pasó. Y fue bonito. No lo ensucies más, porque no podría soportar haber estropeado también esto.

Sus ojos se humedecieron, pero entonces no lloró. Su orgullo seguía muy vivo dentro de ella.

Ahora que lo pienso, quizá eso era lo que necesitaba para poder continuar.

Sí, recuerdo que tuve que apretar los dientes con fuerza al ser consciente de que no sólo yo necesitaba aquello, sino que ella también necesitaba que la soltara. La llevaba amarrada a mí desde

hacía demasiado y tenía que volver a volar.

—Pasó. Pero ojalá no hubiera pasado.

—¿Cómo puedes decir eso? —me recriminó, llena de rabia, pero también de miedo.

—Porque ahora estamos aquí. Así. Y yo no quiero esto, Lola.

—Yo tampoco. Ni siquiera lo entiendo.

Tragué saliva y dije lo que sabía que la lanzaría lejos de mí.

—Se acabó. Ni siquiera puedo mirarte a la cara.

Pero lo hice, la observé callado, mientras me encendía un nuevo cigarro prácticamente con el anterior. Ella no se movía. Sólo me miraba. Casi como si no me conociera. Deseé que lo hiciera de verdad para saber por qué estaba haciendo aquello y, a la vez, que no hiciese nada para poder borrarlo todo y empezar de cero.

Pero no. Estábamos en ese punto medio, en un callejón sin salida que me asfixiaba, y yo siempre había sido un gato asustadizo.

—Nunca pensé que diría esto, pero creo que ahora mismo te odio.

Tragué sus palabras, las saboreé despacio, porque me las merecía y quería grabármelas a conciencia, y después asentí, con una sonrisa ladeada que nos destrozó del todo.

—Supongo que es lo que merezco.

Se dio media vuelta y se marchó.

Fue la primera vez que dormíamos separados desde hacía demasiado como para no notar la ausencia. Fue la última vez que la sentí cerca.

Al día siguiente, Lola no estaba, ni tampoco su mochila. Pasó la noche fuera y yo la pasé mirando por última vez ese mural de sueños que había roto en pedazos y pensando en cómo un acontecimiento puntual había condicionado la vida de todos. La de Elena. La del bueno de *Dexter*. La del joven Marco. La de Lola. La mía propia.

* * *

Me marché días después de aquella casa sin despedirme de ella.

Cuando salía con *Dexter* y mis maletas, nos la encontramos montada en su bicicleta.

Al llegar a nuestra altura, se bajó. Le dio un beso al perro en la cabeza y me miró por última vez. Y ninguno habló. Y me di cuenta de que, por primera vez desde que nos conocíamos, tuve que apartar la vista.

Fue incómodo. Y nuevo. Y desconcertante.

Fue la despedida más triste que podríamos habernos dado.

Supe que dejó la casa poco después. Elena me contó que se fue a vivir con su padre durante un tiempo. No volví a preguntar por ella. No podía. Tampoco creo que mereciera poder hacerlo.

* * *

Siempre que rememoro nuestra historia me da la sensación de que es un relato sin final. Aunque hubiera un adiós. Aunque algo se rompiera. También creo que es imposible que se haya acabado cuando el hilo sigue dentro de mí, tirando y tirando cada vez que pienso en ella; como una jodida marioneta. O cuando la he visto hoy de nuevo después de tanto tiempo. Como si hubiera hecho un nudo por dentro y jugara con los hilos desde lejos. Y lo peor de todo es que puede que suene muy esclavo, pero no lo es si, al hacerlo, me siento liberado de todo ese dolor guardado.

Y... no hay mucho más que pueda decir.

Que ellos se quisieron.

Que yo la quise.

Que el amor tiene muchas formas.

El de aquella amistad que formamos en aquel piso junto a Elena.

El que Marco y Unai forjaron unidos por el monstruo que los devoraba por dentro.

El que *Dexter* nos enseñó que también se podía sentir por otros distintos de nosotros.

El que vivieron Unai y Lola, intenso, único, efímero y un tanto loco.

El que Lola me ofreció a mí, a gritos, eligiéndome cada día, aceptándome con todos los claroscuros y los silencios que tenía.

El que yo sentí por ella.

Supongo que la única manera de entender el significado del amor es viviéndolo.

Correspondido o no.

Con final feliz o sólo con final.

El amor en cualquiera de sus versiones.

Incluso en la que acaba con un corazón que aún late en las manos del otro.

Un comienzo...

Marco

—Ven aquí.

Lola me abraza y yo disfruto de su contacto. Hace meses que no nos vemos.

Está enfadada, se lo noto enseguida en la manera de apretujarme con fuerza contra su cuerpo y por cómo frunce el ceño y rumia palabras ininteligibles en mi oído.

—Siento no haber ido de visita, he estado liado.

—¿Liado con quién?

—Liado... en general.

Ella me suelta y me da una colleja antes de que pueda saludar a Tristán con un apretón de manos que acaba también en abrazo. Pese al tiempo que hace que no se ven, sonríe al ver el cabreo que carga Lola. Es inevitable.

Ella es lo más parecido a una madre que tengo, y eso me gusta.

—Se le pasará —me dice él, tranquilizándome con una media sonrisa cuando ella se aleja para inspeccionar el centro donde estudio y paso la mayor parte de mis días.

—Y, bueno, ¿dónde es?

Señalo la puerta doble de madera de la sala que he acondicionado, que está detrás de nosotros, y ellos la observan. No parecen nerviosos. Al menos, no en exceso. Más bien impacientes, como si fuese algo que necesitaran hacer, pero que no lo han sabido hasta que yo se lo he ofrecido. Como si llevaran demasiado tiempo esperándolo.

—Ésa es la sala. Ya está todo preparado. Nadie nos molestará mientras grabamos.

—Bien.

Tristán traga saliva y cierra los puños.

Lola coge aire.

Yo pienso en si no me habré equivocado. En si este proyecto no será una estupidez, un modo de recrearnos en todo lo malo que pasamos, en no continuar hacia delante.

«Tenéis que expresar vuestra idea de lo que es el amor», había dicho el jefe de proyectos, y a mí sólo se me ha ocurrido plasmarlo de esta manera. Porque es lo que conozco. Lo que vivimos. Además, se lo debo a él. Le hice una promesa hace tiempo, y qué mejor

forma de cumplirla que haciéndolo con ellos.

Aun así, ahora que los tengo aquí, dudo, porque cada uno afrontamos la vida de un modo y no quiero que se sientan obligados a nada.

—No tenéis que hacerlo, si no queréis.

Lola entonces se vuelve y clava sus ojos negros en los míos con esa firmeza que la acompaña desde que la conozco.

—Vamos a hacerlo. Por ti. Por él. Por todos nosotros.

A su lado, Tristán suelta el aire contenido y sonríe, aunque no parece tan convencido como ella. Es como si tuviese miedo de que algo saliese a la luz; algo que no quisiera.

No se hablan. Apenas se miran. Llevan años sin tratarse e incluso así han accedido.

—Ya la has oído. Ella manda —me susurra, encogiéndose de hombros como si no le importara. Pero lo hace. Le importan las cosas incluso más que a los demás.

Yo asiento y me trago las lágrimas.

Es difícil. Lleva siéndolo desde que esta idea se asentó en mi cabeza y sé que no me va a dejar descansar hasta verla cumplida. El proyecto que he decidido escoger para comenzar mi carrera como director. Sé que soy joven y que aún tengo mucho que aprender por delante, pero también tengo la seguridad de que será el mejor trabajo de mi vida.

Tiene que serlo, porque esto somos nosotros. Ésta es nuestra historia.

Abro la puerta y ellos me siguen.

La pared está cubierta por una tela negra y dos focos encuadran una sencilla silla blanca. Delante, la cámara. Nada más.

No lo necesitamos. Él no lo hizo.

—Tristán, si te parece, empiezas tú. Mi idea es montar después la parte de Unai contada por mí y, por último, la tuya, Lola. Podéis guardaros para vosotros lo que queráis, pero, una vez pulse, no habrá pausas ni cortes, así que pensáoslo bien. Quiero que se transmita realidad. No forcéis. No finjáis.

Él se sienta y se queda quieto, mirando al objetivo. Se pasa las manos por el pelo y luego las entrelaza sobre las rodillas.

Yo pulso el botón.

No sé por qué, pero, de repente, él mira a Lola. Sus ojos se clavan durante unos segundos. No se dicen nada, al menos nada que yo pueda ver. Entonces vuelve a retirarse el flequillo con los dedos y habla con su voz ronca tomada por una emoción que jamás había atisbado en él.

—Nunca imaginé que el amor fuese abrazar muy fuerte a la otra persona para intentar juntar sus partes rotas. Rodearla con los brazos para agarrarla y evitar que caiga. Aunque no sea correspondido. Nunca imaginé que amar fuese sostener el corazón del otro, mientras el tuyo, en silencio, llora. Y eso duele.

La última palabra se rompe en sus labios. Sus manos tiemblan.

Lola, a mi lado, respira con fuerza y lo observa como si estuviera viéndolo por primera vez. Y es que lo hace.

Yo los miro a través del objetivo y entonces comprendo tantas cosas...

Al instante, el silencio lo absorbe todo. Los recuerdos. Los momentos compartidos entre ambos. Los detalles sin importancia que ahora la tienen. Un viaje juntos a Islandia que los hizo regresar más solos que nunca. Un adiós que ninguno comprendimos cuando sucedió. El amor, que se libera y se expande. La certeza de que esto no es sólo la historia de cómo Unai y Lola encontraron el amor de su vida. También es la de cómo lo perdió Tristán. La historia de un silencio que ha durado demasiado.

Él clava la mirada en el suelo y no se mueve. Parece perdido en los recuerdos, en esa confesión que lleva cargando una eternidad. En todo lo que nunca fue.

No reacciona.

Sus ojos desprenden algo tan cargado de emociones que se palpa en el ambiente.

Es bonito, a su modo, poder grabarlo, inmortalizarlo; aunque también me resulta triste y de una intimidad que me parece estar robando.

Decido romper el silencio, pese a que eso suponga romper también la primera regla del documental.

—Hagamos una cosa. Como voy a montar las tres partes por separado, puede empezar Lola. Ya, después, veré cuál es el orden, ¿de acuerdo?

—Vale.

Tristán se va a la esquina más lejana, saca un paquete de tabaco del bolsillo y se enciende un cigarro. No puede fumar aquí dentro, pero no seré yo quien se lo prohíba. No cuando acaba de desnudarse delante de nosotros.

Ella se sienta en la silla y me parece más pequeña que nunca. Su pelo negro suelto, sus ojos brillantes por la emoción bajo su flequillo. Está más perdida que cuando ha entrado, se lo noto. No se esperaba el discurso de Tristán. Yo tampoco. Creo que ni él lo hacía.

—Cuando quieras, Lola.

Y lo hace.

Vuelve al pasado. Concretamente al día anterior de aquel 15 de enero en que sus vidas cambiaron para siempre.

—Resulta complicado relatar una historia que lleva tanto de ti sin miedo a romperte un poco, o a vaciarte de tal modo que el recuerdo de ella nunca vuelva a ser el mismo. Mi madre me decía de pequeña que…

Un final...

Marco

Horas después, nos despedimos en la puerta y los veo marchar. Cabizbajos y con los ojos aún llorosos por todas las emociones revividas, pero más ligeros, como si se hubieran desprendido de un peso que cargaban desde hacía mucho tiempo, e incluso más felices, porque hay experiencias que merecen ser inmortalizadas.

Quizá sea el punto final que todos necesitábamos para pasar página.

Antes de doblar la esquina, la mano de Lola se cuela en el bolsillo de Tristán y envuelve la suya. Él le deja un beso sentido en el pelo y yo pienso que ojalá...

Vuelvo a casa con un material perfecto, con la sensación de que lo que hemos hecho está bien y con la satisfacción de una promesa cumplida.

Pienso en Unai, miro al cielo y sonrío.

Porque lo hemos conseguido.

Porque hay historias que merecen ser contadas y yo tengo vida suficiente como para hacerlo por los dos.

Porque mi hermano ya es inmortal.

Tristán

Su mano resbala entre mis dedos. Aun así, no la suelto.

Hemos salido, nos hemos despedido de Marco y hemos echado a andar como si estuviera planeado. Como si fuéramos de nuevo la Lola y el Tristán de hace años, jóvenes, sin preocupaciones o con ellas, pero los que se encerraban en ellos, paseaban en silencio y se comprendían. Aunque no lo hayamos hecho durante los últimos años. Aunque hayamos necesitado que Unai fuera de nuevo esa conexión para juntarnos y anhelar un perdón.

No hablamos. Y no es incómodo.

Sin saberlo, me dirijo hacia un lugar que sé que es importante para ella.

Cuando llegamos al parque, nos soltamos la mano y ya la echo de menos. Nos sentamos en un banco, frente a él, aunque está viejo, cubierto por una carpa y cerrado al público.

No importa, ya que por la sonrisa de Lola sé que ella ve el tiovivo despierto, con sus luces y su música.

Entonces soy yo el que sonrío, cojo aire y lo suelto. Como una verdad de esas indiscutibles que deben liberarse de lo reales que son.

—Te quise, Lola.

Y no cuesta. Incluso me gusta decirlo. Es como un cosquilleo en la lengua. Como meterse un caramelo en la boca que no pruebas desde niño.

—Ya lo sé.

Asiento y ella parece aliviada, casi como si mi confesión, aunque llegue tarde, fuera necesaria para entenderlo todo. Para que encajara una pieza que lleva años buscando.

—Y no me importa que tú no. Ya no.

Lola se pasa la lengua por los labios y suspira. Después se gira y sonríe.

Está preciosa. Tiene el pelo más corto que entonces y la mirada más madura, aunque también más rotunda. Es una puta pasada sentir sus ojos de nuevo mirándome.

Vuelve a posar la vista en el tiovivo inerte y se coloca unos mechones detrás de las orejas. Está nerviosa. Me gusta ver en ella aún esos detalles que me dicen que la conozco bien; que aún lo

hago.

—¿Qué tal va la empresa? —dice, refiriéndose a la pequeña firma de diseño que he creado hace apenas unos meses.

—Bien. ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé todo de ti —confiesa.

Tengo que hacer esfuerzos para no levantar la mano y rozar su mejilla. Recuerdo que antes nos tocábamos todo el tiempo.

—Te vi en aquella serie.

Suelta una risa y sacude la cabeza.

—Sólo fueron dos episodios y acababa en una cuneta.

—Aun así, te comías la pantalla.

Sé que no le ha ido muy bien en lo suyo. No pregunto por ella, pero es inevitable. Con Elena, con Marco... Me enteré hace casi un año de que trabaja en una tienda de ropa del centro y de que sale de vez en cuando con el dueño, aunque no es nada serio.

—¿Te trata bien?

Sabe a qué me refiero y parece gratamente sorprendida por mi pregunta. Supongo que no conoce al nuevo Tristán que no se calla las cosas.

—Sí. ¿Y tú? ¿Alguien te trata mal?

—No me dejo, ya me conoces.

Nos reímos, pero enseguida su expresión se transforma en una agridulce.

—En realidad, no lo sé. No sé si te conozco.

Suspiro y me retiro el pelo de los ojos; lo tengo demasiado largo. Asumo que es verdad, como todo lo demás que nos estamos diciendo casi con monosílabos. Hemos necesitado tres años de distancia para ser totalmente sinceros el uno con el otro.

—Puedes hacerlo. Si quieres. Conocerme. Otra vez.

Lola no dice nada. Sólo alarga la mano y coge la mía. Como tantas veces antes. Como siempre. Nuestros dedos se trenzan y allí nos quedamos. Uno al lado del otro. A ratos sonriendo y a otros mirándonos de reojo. Descubriendo esos detalles que nos dicen lo que hemos crecido o cambiado.

Y vuelvo a darme cuenta de que quizá sea verdad aquello de que el tiempo lo cura todo, porque, de pronto, Lola y yo, sin apenas intercambiar más que unos silencios y unas pocas palabras, estamos bien. Todo está bien y hace un día cojonudo para irnos de terrazas y reírnos de la vida. Quizá hasta para bailar un tango en la playa.

Y creo que la quiero. Porque igual que es verdad que el tiempo cura las heridas, también lo es que no nos salva del amor.

No obstante, no me importa.

Ya no.
Porque volvemos a ser ella y yo.
Contenido y continente.
Tristán y Lola.

Lola

—Es posible que aún lo haga —me dice.

Lo miro. Sonríe como nunca antes lo había visto sonreír. Como si hubiera aprendido en estos años sin mí a hacerlo, a soltarse.

Qué curioso que yo haya aprendido a contenerme y Tristán parezca menos contenido que nunca. De hecho, hago esfuerzos para no retirarle el pelo de la frente con los dedos, como hice tantas veces sin pensar.

Mi niño triste ya no lo es..., y no sé si lo echo de menos o prefiero decirle adiós para siempre y poner el punto final a aquello que nos separó.

—¿El qué?

—Es posible que aún te quiera, Lola.

Oírlo es como si un montón de hormigas me subieran por los brazos. Me resulta raro, pero también dejan cosquillas a su paso.

Recuerdo que yo se lo decía todo el tiempo. No necesitaba excusas. Pero él, no. A mí, no. Y oír esas palabras ahora se me antoja extraño, aunque reconfortante a tantos niveles que no sé explicarlo.

—Yo siempre te querré.

Porque es cierto. Lo hice, lo hago y lo haré toda la vida. No sé si del mismo modo en que lo hace él, pero no importa.

Ya no.

Aprieta mi mano entre la suya y apoyo la cabeza en su hombro.

Sus labios se acercan y acarician mi pelo.

Una vez... Dos... Tres...

—Te echo de menos —me susurra.

Yo también lo hago, incluso estando de nuevo a su lado. Se lo digo:

—Yo no quiero volver a hacerlo.

Tristán sonríe contra mi frente.

Yo alzo el rostro y me encuentro con el suyo.

Tiene los ojos oscuros, muy negros; casi como yo. El pelo negro. La sonrisa sincera.

Es como mirarme en un espejo.

Aprieto entre los dedos la nariz roja que descansa en el bolsillo de mi cazadora y pienso que ojalá se pudiera hacer como en esas

películas que me encantaría interpretar algún día; pienso que ojalá pudiese elegir yo misma a los protagonistas de la historia, su comienzo, su desarrollo y su final.

Lo elegiría a él una y mil veces con los ojos cerrados.

Y pienso que ojalá ésta fuera nuestra historia de amor.

Pero no lo es.

Es otra.

Y éste es sólo el comienzo.

Un chico. Una chica. Nada más.

Epílogo
Lola

Miro el reloj y me levanto de la mesa.

—¿Ya te vas? —Elena me observa con un puchero, y asiento. Aún tengo mucho que hacer antes del viaje.

—Sí, pero prometo pasar a despedirme el lunes.

Asiente y se apoya en el hombro de David con una de sus dulces sonrisas.

Me acerco y les dejo un beso en la mejilla a cada uno, antes de agacharme sobre la tripa redondeada de ella y darle otro mucho más sentido al futuro que está por venir.

Todos se ríen. Me despido también de Marco y de la chica que últimamente siempre lo acompaña.

—¿Comemos juntos mañana?

—Claro. Nos vemos en casa de papá.

Marco sonríe y se me forma un nudo en la garganta al pensar en todo lo que lo voy a echar de menos en los próximos meses.

Después hago lo mismo con el resto de los amigos de Elena que ocupan la mesa de su salón, y con los que hemos brindado por su cumpleaños, y me dirijo a la puerta.

Cuando la abro, me encuentro con él al otro lado.

—Ei, ¿ya te vas?

Llega tarde, pero no importa, porque sigue siendo el niño mimado de Elena y le consiente todo. Lo hace despeinado, con cara de haber dormido poco y con un cigarro apoyado en la oreja. Pero también sonríe. Y eso es suficiente para que se me olvide que ni siquiera ha traído un regalo y que apenas nos hemos visto.

—Sí, aún tengo que lavar ropa que quiero llevarme, comprar algunas cosas y revisar mil veces el equipaje.

Sonríe y cierra la puerta con los dos fuera de la casa, sin avisar de que ha llegado. Supongo que haciendo lo de siempre, buscando un momento sólo para nosotros que nadie pueda interrumpir.

Nos quedamos los dos en el porche y nos miramos fijamente, hasta que nos entra la risa.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco.

Me marcho tres meses de gira por el país con una compañía de

teatro. Ni siquiera podría considerarlo un trabajo, ya que los gastos corren por cuenta de cada uno, pero sí una experiencia vital.

Después de dos años trabajando en diversas tiendas de moda, llegué a la conclusión de que, si nadie me daba una oportunidad, quizá había llegado el momento de dármela a mí misma. Así que ahorré, volví a contactar con algunos compañeros de estudios y me embarqué en este proyecto. Y, ahora, aquí estoy, a sólo unos días de marcharme en busca de un sueño.

—Vas a hacerlo.

—Sí.

Nos sonreímos. Yo un poco a medias, porque cumplir sueños siempre me recuerda de manera inevitable a aquellos que se quedaron en el camino. Él lo hace con ganas. Me regala una de esas sonrisas de Tristán a las que me resultó demasiado fácil acostumbrarme cuando comenzaron a aparecer.

—Acuérdate de este pobre mortal cuando llegues a lo más alto.

—Siempre.

—Estoy muy orgulloso de ti, Lola.

Me falta el aire por un momento y lo abrazo sin pensar. Su cuerpo enseguida responde y me sostiene. Nos sujetamos. Nunca hemos dejado de hacerlo, incluso cuando nos mantuvimos lejos.

Cierro los ojos y hundo el rostro en su cuello.

—Te quiero, niño triste.

Sonríe. Su mano aprieta mi nuca y me besa el pelo.

—Te quiero, niña de ojos negros.

Tan fácil, tan bonito, tan real.

Antes de marcharme del todo, nos estudiamos sin pestañear y entonces lo sé. Lo veo en el brillo de su mirada. Sé que, pase lo que pase, aún no es tarde para seguir cumpliendo sueños.

* * *

Abro la puerta con la mochila al hombro. Huele como siempre, a detergente industrial y a la mezcla resultante de los suavizantes.

Sólo con ver las máquinas girando, me siento bien. Tranquila. Acompañada pese a estar sola. Feliz.

Mientras meto la ropa en una de las lavadoras, pienso en cómo ha cambiado mi vida desde la primera vez que entré en una lavandería. No fue en ésta, fue en otra que encontré como una señal que me decía que algo importante estaba a punto de suceder. Lo hizo una Lola que sólo deseaba saber qué sentía el chico de la sonrisa al observar las vueltas. Una Lola curiosa, inquieta, que

anhelaba tanto encontrar algo grande que chocó contra ello. Una Lola que se enamoró rápido y fuerte de un hombre con un destino escrito que no era el suyo.

Siempre que pienso en él, la nariz roja late en mi bolsillo. Meto la mano y la toco, la aprieto y después sonrío, porque estoy bien. Me siento bien.

Por fin he aprendido que se puede sentir bonito, pese a que la vida no siempre lo sea.

Pulso el botón de inicio y me dejo caer pegada a la pared hasta tocar el suelo.

Entonces recuerdo la primera vez que estuve en este mismo lugar, en la lavandería favorita de Unai, sentada sobre los fríos azulejos y mirando las máquinas girar, pero no con él, sino con otro. Con Tristán. Tachando deseos de una lista.

El corazón se me encoge al volver a ese pasado. Se me retuerce de dolor, pero también de amor. Tanto por el chico de la sonrisa bonita como por el que nunca sonreía. Y es que... hay muchas clases de amor. Existen infinidad de formas de querer y todas, a su manera, te dejan sin aire. Ahora sé que también te ayudan a respirar.

El programa acaba, saco todo en una de las cestas y me dirijo a las secadoras.

Lo hago pensando aún en aquella Lola visceral, apasionada, entregada, luchadora y un tanto temeraria. Sigo siendo la misma y a la vez otra. Otra que es más contenida, más reservada con sus emociones, que ya no busca con insistencia, sino que deja que la vida fluya. Una Lola que ha aprendido a esperar, a estar sola, a quererse incluso dentro de la tristeza que a veces vuelve, y a hacerlo, sobre todo, cuando la felicidad la envuelve como un manto que abriga.

Y no sabría decir si me gusta más la que fui antes de todo aquello o la que soy ahora, porque, al fin y al cabo, ambas soy yo. Soy la Lola que encontró el amor y lo perdió, y también la que se perdió a sí misma durante un tiempo para al final reencontrarse.

—Perdona, ¿te importaría dejarme un poco de suavizante? Se me ha terminado.

Mis pensamientos se desvanecen al oír una voz. Un poco atropellada; un tanto electrizante. Me giro y veo un brillo. Como una chispa. Como una pequeña llama dentro de una chimenea que se niega a convertirse en ceniza.

—Sí, claro. Aquí tienes.

Le tiendo el bote. Lo huele y sonríe. Es de melocotón. Pienso que

no es una sonrisa tan bonita como la de él. La suya era sincera, transparente, entera. Ésta es ladeada, un tanto irónica y canalla. No tienen nada que ver. Pese a ello, el brillo persiste. Es intenso. Es una partícula de luz en sus ojos castaños. Es algo que no conozco.

Me siento de nuevo a esperar. El chico del suavizante trastea con las máquinas. Es un desastre. Me hace reír porque es incapaz de poner el programa bien. Sólo consiste en pulsar dos botones y se le resiste. Pero no hago nada. Lo dejo pelearse con la lavadora, mientras yo me peleo conmigo misma.

Creo que no dejo de hacerlo. Desde que todo acabó vivo en una lucha constante; una en la que sigo teniendo ganas de volar, pero en la que, a la vez, me ato los pies al suelo para no perderme si lo hago demasiado alto.

No creo que se pueda tocar el cielo dos veces. No sin que la segunda caída te destroce del todo.

No obstante, siento las alas remendadas que Tristán me cosió a la espalda; tiemblan, se sacuden, esperando una orden.

Mi programa acaba y me levanto. Abro la secadora y no puedo evitar hacerlo. Meto la mano y cierro los ojos al sentir la suavidad. Ese secreto reconfortante que descubrí gracias a Unai y que siempre guardé para mí. La sensación de calma es absoluta, casi irreal.

—¿Qué estás haciendo?

Parpadeo y lo veo de nuevo a mi lado. Me observa, pero no lo hace como si estuviera loca, con la mano entre la ropa seca y los ojos cerrados en un estado de trance que siento que sólo podría comprender yo, sino con una curiosidad demasiado viva.

—Es un secreto.

—Si te cuento yo uno, ¿me lo cuentas a cambio?

Se me escapa la risa. Es inevitable. Tiene la mirada de un niño travieso.

—Prueba.

—Sí que me queda suavizante.

Ahora no sólo tiene la mirada de un niño travieso, sino también la sonrisa. Y la picardía.

¿Y yo qué tengo? Tengo un pasado roto. Un puñado de sueños cumplidos. Un presente difuso con el que me reconcilio a diario. Quizá también ganas de un futuro en el que volver a soñar sin miedo.

Siento la falta de aire, pero no le hago caso. Sólo cojo su mano, sin dudar. Tiene áspera la palma y las uñas mordidas. La meto sobre el montón de prendas y la muevo junto a la mía. El olor del suavizante se nos cuela por la nariz. Una canción desconocida nos

envuelve. Todo es nuevo. De repente, hasta la lavandería me parece otra; con otra luz; con otro color. El chico del suavizante descubre conmigo la calma escondida entre los tejidos. Comparto con él mi secreto. Percibo que vuelvo a abrirme al mundo con ese simple gesto. Siento que todo estalla y que empiezo de cero.

Él se deja hacer y me mira. No lo hace con dudas, ni con incredulidad, ni con miedo. Lo hace como si lo comprendiera. Como si me comprendiese a mí.

Su mano se encuentra con la mía entre la ropa limpia.

Entrelazamos los dedos.

Sonrío.

Él también.

Cierro los ojos y respiro de nuevo.

Vuelo.

Referencias a las canciones

I Wanna Be Sedated, RR Live Recordings, interpretada por Ramones.

Like Real People Do, Rubyworks Limited, interpretada por Hozier.

Shape of You, Asylum Records UK, a division of Atlantic Records UK, a Warner Music Group company, interpretada por Ed Sheeran.

Skinny Love, Jasmine Van den Bogaerde, under exclusive license to Warner Music UK Limited, interpretada por Birdy.

La noche eterna, Warner Music Spain, interpretada por Love of Lesbian.

Wrecking Ball, RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Miley Cyrus.

A Waltz for a Night, Warner Bros. Entertainment Inc./Milan Entertainment/Talagane LLC/Editions Milan Music, interpretada por Julie Delpy.

Blackbird, Calderstone Productions Limited (a division of Universal Music Group), interpretada por The Beatles.

Nota de la autora

Ahora que ya has terminado este libro, quiero pedir perdón. Sí, perdón. Nunca es fácil hablar de ciertos temas. Espero que, si has vivido una experiencia parecida, haya sabido hacerlo con el tacto y la sensibilidad necesarios. Si no, te pido disculpas.

Por desgracia, todos hemos vivido de cerca alguna situación como la de Lola. Quizá no tan intensa, pero en la actualidad es una realidad que nos acompaña a diario.

Por eso también quiero recalcar que esto es una historia de ficción, y que cualquier fallo o error en lo que respecta a la enfermedad o a los términos médicos puede considerarse una licencia literaria.

Por otra parte, no sé si existe, o siquiera si sería posible dadas las circunstancias, algún programa hospitalario tipo «Hermano mayor», como el que une a Unai y a Marco. Si no, ojalá fuera posible.

Sería un deseo precioso que tachar de una lista.

Agradecimientos

Esta vez los agradecimientos son para ellos. Para la chica de la nariz roja, el chico de la sonrisa bonita, el de las pecas que vivía en un hospital y el de la tristeza infinita. Incluso para el chico del suavizante, que llegó tarde, pero lo hizo cuando debía. Por aparecer. Por hacerme sentir como nunca. Por regalarme unos meses increíbles y recordarme la sensación de intimidad absoluta que es para mí escribir cuando los creaba.

Gracias por atarme los pies al suelo y por hacerme volar.

Aunque no existen, ya lo hacen para mí.

Gracias a todas las personas que creyeron en este proyecto; a mis compañeras de fatigas, esas lectoras cero y amigas que me dan la mano y lo que haga falta cada vez que lo necesito. Es un lujo teneros en mi vida.

En especial, gracias a Saray. Por ser mi media mandarina. Por querer tanto a Tristán. Por quererme tanto a mí. Esta historia es tuya. Siempre.

No puedo olvidarme de Esther, mi editora. Gracias por arriesgarte conmigo. Sé que no era una historia sencilla, pero confiaste en mí y en ellos. Gracias por ponérmelo tan fácil.

Y, a ti, que estás leyendo esto, gracias por darme alas.

Biografía

Me llamo Andrea Longarela, pero escribo en las redes sociales y me muevo por ellas bajo el pseudónimo de Neïra. Es la imagen tras la que me escondo y dejo salir mi parte más lunática, caótica y emocional, aunque detrás de ese disfraz no soy más que una chica normal con un exceso de imaginación, que tiendo a tener ataques de verborrea incontenible en mi zona de confort y que me pongo del color de los tomates maduros y titubeo cuando me sacan de ella.
Disfruté de la vida universitaria de Salamanca mientras estudiaba Psicología, y actualmente resido en Valladolid, ciudad donde nací, con mi pareja H y mis perros *Neo* y *Lola*. Somos una manada la mar de feliz.

Llevo toda la vida escribiendo palabras sin sentido en cualquier superficie apta para ello, desde servilletas hasta puertas de lavabos públicos, pero a finales de 2014 terminé una novela y, gracias a la confianza de los míos, decidí aventurarme en la selva de la autopublicación.

Me estrené con *La lista de Oliva* en abril de 2015, a la que siguieron *La lista de Mario*, *Fuimos un invierno* y *Fuiste mi verano*, *Valiente Vera, pequeña Sara*, *Caótica Jimena*, *Amor se escribe con H y otras maneras de decirte que te quiero*, *Carlota y el cactus de color rojo*, *Flores para Julia*, *Un cielo sin Luna* y *April, Adam y la trayectoria de los planetas*.

Tiempo después sigo viva y con más ganas que nunca de crear nuevas historias.

Además de garabatear letras por el mundo, me apasiona el cine, poner banda sonora a los momentos, el chocolate y, por supuesto, leer. Soy vegetariana, adicta a los tatuajes y a las cañas con los amigos. No obstante, mi mayor pasión es pasar las horas imaginando que vivo otras vidas, historias a las que ahora les doy forma y voz.

Puedes contactar conmigo en:

<neira.alg@gmail.com>

<neiracondieresis.blogspot.com>

O buscarme en las redes sociales como Neïra.

Ojalá ésta fuera nuestra historia de amor
Andrea Longarela

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Imagen de la cubierta: Stas Knop y Schab / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Andrea Longarela, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21689-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta